Nación, sociedad y utopía

en el romanticismo mexicano

CARLOS ILLADES



Primera edición en Sello Bermejo: 2005

Producción: CONSEJO NACIONAL PARA LA CULTURA
Y LAS ARTES
Dirección General de Publicaciones

ISBN 970-35-0796-4

Impreso y hecho en México

ÍNDICE

Una posteridad más sabia que nosotros buscará cualquier noticia del pasado como si fuera una reliquia, y ni la vida de un solo hombre, por insignificante que ésta sea, le será indiferente, porque en ella verá reflejada, con mayor o menor intensidad, toda la vida de una época.

Novalis

La historia no se hace cargo de todas estas particularidades; y no puede tampoco hacer otra cosa, porque la invadiría el infinito. Sin embargo, estos detalles que se llaman pequeños —no hay hechos pequeños en la humanidad, ni hojas pequeñas en la vegetación— son útiles. La figura de los siglos se compone de la fisonomía de los años.

Victor Hugo

PRÓLOGO

La Ilustración y el romanticismo son vistos frecuentemente como movimientos consecutivos y antitéticos. Después de una época en que se rindió culto a la razón y la ciencia, siguió otra que privilegió el sentimiento y buscó la verdad en las artes, en particular en la poesía y la pintura.[1] De la clasificación de las criaturas y fenómenos del mundo sensible, el interés se dirigió a la exploración del alma y la vida interior. Dios, cuya autoría de la creación había sido relegada en favor de las segundas causas, volvió a escena en un mundo donde se abría paso la secularización.[2]

De manera muy general se puede decir que la Ilustración europea se extendió de 1680 a la Revolución francesa (Deprun, 1992a) e incluyó la creación de academias (científicas, de historia, artísticas, de la lengua), sociedades (de lectura, económicas, de ideas, secretas, patrióticas), salones, tertulias y clubes (Im Hof, 1993). Con ella, la observación, la experimentación, el cálculo y la medida, incorporados como procedimientos definidos por un método, se establecieron como los nuevos criterios de verdad y la razón instrumental alcanzó primacía ontológica sobre la razón teórica. El despegue de las ciencias naturales fue la expresión más notable de este cambio de acento. La deducción cedió el lugar al análisis, recurso fundamental de la ciencia experimental. La comprensión de la naturaleza y el universo no pasaría ya por fijar leyes sintetizadas en una expresión matemática exacta, sino por la explicación de fenómenos específicos sometidos a un orden causal (Cassirer, 1997). Vico diferenció el estudio de la naturaleza —relativamente inalterable, unitaria y con la que

[1] Clark (1990, p. 131), refiriéndose a Ingres, apunta que "estaba profundamente convencido de que le había sido revelada la verdad".

[2] Novalis concibió al hombre como una proyección del cosmos, y a éste como una extensión de aquél. El mundo, según Schelling y los hermanos Schlegel, era tan sólo la representación simbólica del "más allá" (Verwiebe, 2000). Constant (1985, p. 107) se sumergió en el alma humana para comprender el conflicto amoroso y la tensión entre la razón y el sentimiento: "Nos empeñamos en vano en consultar tan sólo a nuestro corazón; tarde o temprano estamos condenados a atender a la razón".

el hombre guarda una relación de exterioridad— y las disciplinas humanas, que dan cuenta de fenómenos cambiantes y plurales, y donde priva una mirada introspectiva. Establecida esta distinción, extrajo una conclusión radical: el hombre estaba en posibilidad de conocer lo que él mismo había hecho o inventado, la historia y las matemáticas, por ejemplo, en tanto que la naturaleza sólo podía ser plenamente conocida por Dios, su creador (Berlin, 1983).[3]

Si el siglo XVIII había sido una época de clasificación, pensándose que con este recurso se evidenciaría la estructura racional o el orden divino oculto bajo la superficie de la naturaleza, el resultado fue contrario al que buscaba: "...el estudio pormenorizado de los especímenes individuales no hizo más que poner de manifiesto sus diferencias, propiciando la especulación sobre los conflictos entre fuerzas opuestas y los misteriosos procesos de crecimiento y mutación" (Honour, 1981, p. 19).[4] Herder rompió el paradigma ilustrado que sostenía la existencia de una esencia humana única y una meta común, encarnada en la razón, para toda la especie humana, al indagar en la diversidad nacional y orientar la pesquisa hacia las causas del movimiento histórico (Palti, 2001). Argumentó la especificidad de pueblos y culturas, sospechando de toda tentativa de fusión y conquista. La variedad y diversidad de las naciones, aunque cada una dotada de un espíritu propio y singular, sería uno de los atributos deseables del concierto mundial. Atento a los rasgos distintivos de los pueblos, sin dejar de concebir a cada uno de ellos como una totalidad, el pensador alemán es ancestro de "estos aficionados que merodean por el mundo desentrañando distintas formas de vida olvidadas, que se deleitan en todo lo que es peculiar, extraño, nativo, en todo lo que está intacto" (Berlin, 2000, p. 94).

Al romanticismo se le describe con tantos rasgos que es difícil definir un perfil; no obstante, prevalece enorme acuerdo sobre su importancia. Isaiah Berlin (2000) lo considera el cambio puntual de

[3] *La ideología alemana* (1845-1846), de Marx y Engels (1974, p. 676), profundizó en la dirección trazada por el napolitano: "...reconocemos solamente una ciencia, la ciencia de la historia..."

[4] Las Anti-Luces hicieron énfasis en la decadencia y no en el progreso de la especie humana (Deprun, 1992b). Corrientes seudocientíficas como el mesmerismo vieron al magnetismo animal como el responsable de la atracción/repulsión de los objetos materiales, incluidos los humanos, popularizando la ciencia del alma (Darnton, 1968). Bartra (1997, p. 200) encontró otro efecto no deseado del proyecto ilustrado: "el monstruo creado por Frankenstein [...] es la sombra destructiva que persigue al hombre de la Ilustración".

mayor envergadura "ocurrido en la conciencia de Occidente en el curso de los siglos XIX y XX" (p. 20). Mario Praz (1969) indica que es válido hablar de romanticismo siempre y cuando dé razón de una sensibilidad propia de un determinado periodo histórico, al cual Paul Bénichou (1984) nombra "época romántica".[5] Alfredo de Paz (1992) y Adam Zamoyski (1999) ven en el romanticismo una crisis espiritual que se afana en propiciar la rebelión, la glorificación de la pasión y el sentimiento, de la intuición y el sueño, el ejercicio del arte como libertad absoluta y poder de trascendencia, la extensión de la razón hacia los espacios soslayados por la ciencia, la irrupción de la noche y la muerte, la búsqueda de los orígenes históricos, culturales y lingüísticos, el retorno a un cristianismo puro,[6] la exaltación del sentimiento nacional y una afinidad esencial con la revolución, o con el "mito de la revolución", como lo llama Bolívar Echeverría (1998).

No hubo uno sino varios romanticismos, acordes con las circunstancias específicas de cada país (De Paz, 1992), desligados de una doctrina filosófica precisa (Trotignon, 1990), de una posición política particular (Berlin, 2000),[7] de una cronología rígida y de una temática uniforme (Honour, 1981).[8] Ante la dificultad de asirlo, Hugh Honour opta por identificar temas, actitudes y tratamientos comunes presentes en la obra de un conjunto de artistas: la fascinación por la naturaleza, la valoración de la dimensión histórica, el culto a la libertad artística y política, el misticismo, la soledad del genio y la reivindicación de la excepcionalidad del acto creativo, el recelo hacia la popularidad y la paradójica democratización de un arte dirigido a cualquiera que poseyera la posibilidad espiritual de comprenderlo. Según Albert Béguin (1986), el romanticismo fue a la vez una forma de reflexión, una estética, una actitud vital, la expresión de un estado de ánimo nostálgico y angustiado, el anhe-

[5] "Entre los ásperos tiempos de la barbarie y las edades ricas en arte, en ciencia y bienestar se encuentra la época romántica, llena de sabiduría, una época que, bajo su sencillo ropaje, encubre una figura excelsa", decía Novalis (1998, p. 99).

[6] Para los románticos alemanes, señala Gay (2002, p. 177) en tono excesivo, "los hombres y mujeres de la *Ilustración* habían cometido una grave injusticia con la religión y eran responsables de todos los males que el mundo había padecido desde entonces".

[7] Zavala (1972, p. 47) observa en España una estrecha relación entre el ascenso del liberalismo y la adopción de un romanticismo tan plural que incluyó "del más radical al conservador; del socialismo utópico al cristianismo monárquico".

[8] Por el contrario, François Furet (1997) es preciso: el hombre romántico nace y crece en el periodo que va desde 1814 hasta 1848.

lo de dirigirse al infinito, de expresar lo inagotable, la afirmación de la heroicidad individual y de los pueblos, así como una exploración del alma, de los sentimientos y de las emociones.

A diferencia del romanticismo alemán, de tendencia introspectiva y mística, dice Roger Picard (1947, p. 38), el francés agregó a las dimensiones de la belleza y la verdad el objetivo de procurar el bien: "...el yo romántico no es egoísta, sino que es ante todo social".[9] Por eso, Saint-Simon quiso "organizar el mundo espiritual y el mundo material en un mismo método" (Picard, 1947, p. 237),[10] y Fourier (1989) intentó esclarecer los fundamentos de todas las relaciones humanas, reduciéndolos a principios seriales ordenadores del impulso vital bautizado como "atracción apasionada".[11] Por eso también, Michelet (1991, p. 16) encontró en el pueblo "una riqueza de sentimientos y una calidad humana muy raras en las clases adineradas", y Lamennais se declaró contra la opresión de éste, "contra los reyes y los gobiernos dominados por la nobleza y los ricos, e igualmente contra todos los que se niegan a basar su radicalismo en los cimientos de la fe en la voluntad divina" (Cole, 1980, p. 193). Esta "afinidad electiva" entre romanticismo y sociedad llevó al mismo Picard (1947) y a David Owen Evans (1951) a considerar el primer socialismo parte del romanticismo, añadiendo a éste el calificativo social (Picard), o nombrándolo socialismo romántico (Evans).[12]

Picard (1947) distingue dos tipos de novela social: la descriptiva, que presenta las costumbres, el medio en que viven los personajes y los sentimientos colectivos; la ideológica, que expone conceptos morales, programas, critica las instituciones existentes, habla de

[9] Freud (1970, p. 30) habla del sufrimiento de origen social: "...nos negamos en absoluto a aceptarlo; no atinamos a comprender por qué las instituciones que nosotros mismos hemos creado no habrían de representar, más bien, protección y bienestar para todos".

[10] Berman (1988, p. 64) relaciona al conde de Saint-Simon con el último Goethe: "cuando fueron compuestas las últimas secciones de *Fausto*, entre las lecturas favoritas de Goethe se incluía el periódico parisino *Le Globe*, uno de los órganos del movimiento saint-simoniano". Recordemos que la segunda parte de la tragedia fáustica abre paso a la acción-transformación del medio a través de la industria: "Este globo terrestre es todavía campo para grandes acciones [...] La acción es todo, la gloria nada es" (p. 394).

[11] Hume (1990, p. 153) consideraba haber demostrado que, "en la producción y conducta de las pasiones, hay un cierto mecanismo regular, que es susceptible de una disquisición exacta, igual que las leyes de la dinámica, óptica, hidrostática o de cualquier parte de la filosofía natural".

[12] Miliani (1963) encontró un origen común del romanticismo y el socialismo en América Latina.

doctrinas reformadoras y trata de ejercer alguna influencia en el espíritu del público. Éstas no diferenciaban el campo político del artístico —definición del arte social—, asumiendo la práctica literaria "como un compromiso, como una acción colectiva, basada en sesiones de reunión regulares, en consignas, en programas" (Bourdieu, 1995, p. 143), rechazando "el 'arte egoísta' de los partidarios del 'arte por el arte' ", y exigiendo a la literatura cumplir "una función social o política" (p. 115). Leemos en el prólogo a *Los miserables*:

> ...mientras no se resuelvan los tres problemas del siglo: la degradación del hombre por el proletariado, la decadencia de la mujer por el hombre, la atrofia del niño por las tinieblas; mientras en ciertas regiones sea posible la asfixia social; en otros términos, y bajo un punto de vista más dilatado aún, mientras haya ignorancia y miseria sobre la tierra, los libros de igual naturaleza que el presente podrán no ser inútiles [Hugo, 2000, p. 13].

De Lamartine a Hugo —pasando por Musset, Vigny, Sue y Sand— la república se convirtió en símbolo: "...advenimiento de la igualdad y de la justicia social"; partidaria "del pueblo, de los trabajadores, frente a los ricos, los nuevos aristócratas del dinero" (Baczko, 1997, p. 303). La vida de las clases bajas y las alternativas para mejorarla permeó la escritura. Peter Burke (1991) señala que hacia fines del siglo XVIII y principios del siguiente, mientras se vivía la progresiva desaparición de la cultura popular, el pueblo y el folclor comenzaron a ser de interés para los intelectuales europeos, quienes se dieron a la tarea de recopilar y reconstruir los testimonios de aquélla.[13] Primero como expresión del exotismo, complementado más adelante con los registros de los viajeros, y seguidamente, en tanto que objeto de culto e imitación, el pueblo atrajo la atención de estudiosos, escritores y artistas: "lo 'artificial' (como lo 'pulido') llegó a ser un término peyorativo, mientras que 'natural' (como 'salvaje') llegó a ser una alabanza" (Burke, 1991, p. 44).

El descubrimiento del pueblo y su cultura se asoció sólidamente con el nacionalismo, y ambos con el romanticismo. José Álvarez Junco (2001) y Perry Anderson (2002) hablan de un "nacionalismo

[13] La reconstrucción, o literalmente invención, de tradiciones populares en Escocia y Gales puede verse en Trevor-Roper (2002) y Morgan (2002), respectivamente.

romántico", en el que, de acuerdo con el pensador inglés, la definición de la nación no es política, como en el patriotismo ilustrado, sino cultural, "y su piedra sería la lengua, en tanto que transcripción acumulada de la experiencia de pasadas generaciones" (2002, p. 9). Para el historiador español, el romanticismo agregó al nacionalismo una "manera colectiva de entender el mundo y expresarlo culturalmente" (2001, p. 187). A este momento cultural hizo referencia Eric J. Hobsbawm (1991, p. 20) apoyándose en Miroslav Hroch, cuando observó que el nacionalismo, en su principio, fue una expresión cultural, folclórica y literaria, carente de implicaciones políticas y de articulación con movimientos de masas; después aparecieron ideologías nacionalistas, ligadas frágilmente a campañas políticas, y por último, emergió el nacionalismo militante.

Ernest Gellner (1991) y Edward W. Said (1996) sitúan el fenómeno nacionalista dentro de procesos más generales. El sociólogo checo lo asocia con la industrialización, la cual requiere de una sociedad cohesionada y culturalmente homogénea.[14] El escritor nacido en Palestina lo enmarca dentro del imperialismo, subrayando la actitud de resistencia anticolonial que conlleva: "Nunca se dio el caso de que un activo agente occidental tropezase con un nativo no occidental débil o del todo inerte..." (p. 12). A la vez que los imperios tratan de hundir raíces históricas en las naciones dominadas, éstas fincan su legitimidad en un pasado idílico, construido a modo.[15] Hay tradiciones inventadas, nos recuerda Hobsbawm (2002).[16]

[14] Perry Anderson (1998) destaca tanto la originalidad como la insuficiencia del enfoque de Gellner, dado que deja fuera los nacionalismos agresivos del siglo XX —el fascismo y el nacional socialismo— y resulta problemática su aplicación al mundo hispanoamericano decimonónico. Berlin (1998, p. 242), quien tenía muy presente el nazismo, ve en el nacionalismo el sentimiento de inferioridad de algunos pueblos en desarrollo —"una forma patológica de una resistencia autoprotectora"—, ansiosos por desempeñar un papel en escala mundial. Williams (1984), en aguda observación, presenta la fusión entre el nacionalismo y la lucha por la emancipación política en el tercer mundo.

[15] Esta recreación no concierne solamente a la historia en su sentido más general, también involucra a los centros donde se almacena la memoria: archivos y museos. Wesemberg (2001), a propósito de la Galería Nacional de Arte de Berlín, relata los sucesivos reordenamientos acaecidos en los últimos cien años, sujetos a las necesidades presentes, y que exhiben, en cada caso, la historia encerrada en las obras pictóricas como parte de un proceso lineal, de tal manera que cada pieza figura de manera distinta de acuerdo con la "política de la memoria" del momento, siendo el mismo cuadro eslabón de interpretaciones *ad hoc* a veces opuestas.

[16] La ideología liberal "fracasó sistemáticamente al no suministrar los lazos sociales y de autoridad que se daban por supuestos en anteriores sociedades, y creó vacíos que deberían llenarse con prácticas inventadas" (p. 15).

Con algunas excepciones, los estudios acerca del nacionalismo mexicano se han dirigido hacia el nacionalismo revolucionario, es decir, a la fase en que posee una ideología y adquiere un cariz militante. Sin embargo, autores como David Brading (1985) y Eric Wolf (1985) se remontaron a los antecedentes. El primero, en su estudio acerca del patriotismo criollo, notó el afán de distanciamiento de su raíz española al incorporar a los antiguos mexicanos en los primeros esbozos de la historia patria. La Guadalupana sirvió para socavar el ascendiente de la Iglesia metropolitana sobre las almas nacionales y arraigar una novohispana. Mito e historia se conjugaron para hacer el milagro de liberar a los criollos de sus orígenes peninsulares.[17] Para Wolf, cuando los mestizos cubrieron el vacío social dejado por la autoridad colonial y afianzaron su dominación, combatieron a los enemigos reales o simbólicos de la patria mexicana: el español, primero; el estadunidense, después.

Octavio Paz (1999) y Roger Bartra (1996) localizaron los fundamentos intelectuales del nacionalismo mexicano en el porfiriato y su *praxis* a partir de la Revolución. El primero consideró a Justo Sierra pionero en la concepción de México como "realidad autónoma, viva en el tiempo", con una historia que "posee un sentido y una dirección" (p. 146). Bartra encontró gran parte de los rasgos del carácter nacional "descrita, exaltada y criticada por los intelectuales positivistas y liberales de principios de siglo" (p. 18). Para el poeta la revolución fue "una búsqueda de nosotros mismos y un regreso a la madre", y el zapatismo histórico reanudó "los lazos con el pasado, rotos por la reforma y la dictadura" (p. 162).[18] Los estereotipos del nacionalismo posrevolucionario cobraron vida en personajes populares mediante los cuales se trató de unificar culturalmente al país (Pérez Montfort, 2000), proceso en el que la sociedad mexicana produjo los sujetos de la cultura nacional "como

[17] La virgen morena, dice Florescano (1998, p. 110), era a la vez "una expresión del reino de Nueva España, una representación de la unidad y la diferenciación entre España y Nueva España, la madre intercesora de los indios y la protectora celestial de la nueva población mestiza".

[18] Lomnitz-Adler (1995, p. 360) introdujo coordenadas locales, regionales y raciales al bordar sobre las tesis de Paz y Wolf: "...la ideología de la Revolución traía, en su núcleo, el nacionalismo mestizo. Esta ideología ha sido el soporte de un Estado nacional fuerte que tradicionalmente trató de abrazar al todo social. Puede ser la razón de por qué el PRI tradicionalmente no tuvo militantes y sin embargo incluyó a la mayor parte de la sociedad civil. Hasta hace muy poco, el PRI representaba al 'mexicano' ".

criaturas mitológicas y literarias generadas en el contexto de una subjetividad históricamente determinada" (Bartra, 1996, p. 16).

El ciclo de la revolución burguesa, que corre desde la guerra de Independencia hasta la Revolución de 1910 (Semo, 1981), vino acompañado por la gestación de la conciencia nacional en los planos cultural y literario.[19] El ascenso de una nueva clase, la fractura de un orden racial (así no fuera definitiva como aún podemos observar) y la separación de la metrópoli europea, fueron el sustrato histórico en el cual elementos diversos, tomados de la historia y de la lengua, se engarzaron en un discurso referido a la identidad (nacional) y a la patria (mexicana).[20] Las guerras con las potencias extranjeras proporcionaron una base empírica de acontecimientos y personajes emblemáticos integrables a una épica histórica y literaria que actualizó los mitos fundadores de la patria, dirigida a afianzar valores, reforzar las convicciones del lector, presentar didácticamente el ideario liberal, castigando a los traidores y abordando la reforma social.[21]

El pueblo se convirtió en protagonista de la narrativa romántica, alabándose sus virtudes y asociándolo con la patria y su destino. En oposición a los invasores externos y a los conspiradores nacionales, descritos como extranjerizados, el pueblo mestizo e indio se erigió garante de la soberanía nacional, depositario de los valores patrios, expresión diáfana de la mexicanidad y beneficiario directo de los proyectos de regeneración social. La emergencia del pueblo correspondió de alguna manera a su participación efectiva en las guerras de intervención que activaron a apreciables segmentos de la población. Se puede pensar entonces que la irrupción de las masas en la novela del XX no sólo fue expresión de la moviliza-

[19] Decía Gramsci (1967, p. 110) que "un nuevo grupo social que entra en hegemonía en la vida histórica, con una seguridad de sí que antes no poseía, tiene que promover su íntima personalidad para manifestarse cabalmente en determinado sentido".

[20] Un proyecto de libro de Lucien Febvre (1999), que no pasó de un conjunto de notas ordenadas, exploró la historia de los conceptos de "honor" y "patria", fuentes del sentimiento nacional francés, tratando de encontrar la manera en que se vincularon con el tiempo, no obstante el origen caballeresco del uno y la connotación revolucionaria del otro. Los románticos, sin ser los primeros, asociaron las nociones de honor y deber, en tanto que el significado de la palabra patria cobró un sentido más vasto y rico cuando en el XIX se apoyó en la realidad de la nación.

[21] Mora (2001) señala el año de 1836 como un primer momento de quiebre entre el optimismo inicial por construir la nación y la constatación de las dificultades que entrañaba, razón por la cual las clases medias y altas emprenden la renovación cultural del país.

ción social de 1910,[22] sino que también obedeció a una continuidad histórica que se remonta al XIX y que guardó una estrecha relación con la constitución de la nación y su identidad, como señaló Raymond Williams (1984) a propósito de Inglaterra.

Al explicar por qué en Italia no hubo en el siglo XIX una literatura popular, lo que incluso llevó a que entrado el XX se reprodujeran aún en la prensa las novelas decimonónicas europeas de folletín, Antonio Gramsci (1967) lo atribuyó al espíritu de casta de las clases dominantes y observó que, en muchas lenguas, nacional y popular son sinónimos, y también que, para el florecimiento de una literatura de este tipo era condición que los escritores se apropiaran estéticamente de las motivaciones y sentimientos populares, para después devolverlos al lector en forma literaria.

El caso mexicano parece ser el opuesto. Carlos Monsiváis caracteriza globalmente la literatura del XIX como popular: "no hay 'literatura artística'. Todo es *literatura popular*" (Monsiváis en Riva Palacio, 2001, p. 27; cursivas del autor). Ésta iba dirigida al público letrado en proceso de expansión y sobre el cual pendía la expectativa política y cultural de construir la nación. También dice que "por *pueblo* se entiende la minoría selecta que forma la nación" (p. 27; cursivas del autor). Tomás Pérez Vejo (2001, p. 399) indica que a las clases medias —para autores como Peter Gay (2002) éstas son sinónimo de burguesía—, también muy reducidas, se les "catequizó hasta que creyeran en la nueva fe de la nación". Sin embargo, estudios recientes, como el de Antonio Annino (1997), destacan justamente el progresivo ensanchamiento de la ciudadanía política, componente esencial del pueblo moderno, a partir de la Constitución de Cádiz que condujo "a la inesperada conquista por parte de los *pueblos*, de la nueva ciudadanía liberal" (p. 66; cursivas del autor). Además, debido a su participación en la defensa de la patria agredida por las potencias extranjeras, segmentos de las clases populares accedieron a la ciudadanía. Así pues, estamos en presencia de una minoría no tan pequeña y, si nos atenemos a las definiciones de los propios escritores, la clase media y el pueblo no eran idénticos.

[22] Para una problematización de los enfoques acerca de la cultura popular del México revolucionario véase Joseph y Nugent (2002).

En la formación de la conciencia nacional confluyeron la experiencia de la lucha contra los invasores externos, con la consecuente exacerbación del sentimiento patriótico, y el despunte de una literatura, una plástica y una ciencia abocadas al tema nacional.[23] La nación mexicana, tal vez el principal "descubrimiento" del siglo XIX, fue objeto de estudio de las disciplinas sociales y humanas. Los pensadores nativos (empeñados en identificar lo propio) y los viajeros extranjeros (a la caza de lo exótico, lo virgen y lo colonizable) fueron a su encuentro. Surgieron también instituciones dirigidas a consolidar culturalmente la nación: el Instituto Nacional de Geografía y Estadística (1833), la Academia de Letrán (1836), el Liceo Hidalgo (1849) y la Academia Mexicana de la Lengua (1875), entre otras. El Estado liberal diseñó políticas educativas y culturales encaminadas a la unificación del país y a la construcción de la identidad nacional. Las cartillas históricas, geográficas y lingüísticas, financiadas por el Ministerio de Justicia e Instrucción Pública, respondieron a ese cometido. En suma, a la par que se desarrolló la conciencia nacional, o lo que es lo mismo, el reconocimiento de la pertenencia a un territorio, a una cultura y una lengua, hubo una política oficial promotora del nacionalismo cultural.

Emilio Carilla (1975) consigna el arranque del romanticismo latinoamericano en 1832, con el poema "Elvira o la novia del Plata" de Esteban Echeverría (1805-1851).[24] "El matadero" (1839-1840), redactado después de su regreso de París, expone la disputa de unitarios y federalistas como la forma política del conflicto más profundo entre barbarie y civilización. Un rastro bonaerense en días santos es el marco sangriento del cuento donde la multitud, concluido el gratificante ejercicio de lanzarse vísceras y excremento animal, lastima y ata a un joven unitario con el objeto de humillarlo, desvistiéndolo. El muchacho, que encarna a la Argentina civilizada, no se arredra ante sus bárbaros captores, proclamando su amor a la patria y la libertad. Es tal su furia y fervor que, después de luchar inútilmente, revientan sus venas, manando a borbotones

[23] En encomiable conceptualización, Knight (2003) distingue el patriotismo del nacionalismo, reconociendo en el primero dos dimensiones fundamentales: la afectiva y la cognitiva.

[24] Halperin Donghi (1987, p. 241) señala que el romanticismo en Argentina lo introdujo la generación de 1838; mira su ocaso hacia 1880, cuando se verificó "la transición final del romanticismo al positivismo".

la sangre en una hemorragia incontrolable. Concluye inc escritor: "...no es difícil imaginar qué federación saldría de sus cabezas y cuchillas", del sacrificio del "hombre decente y de corazón bien puesto", de "todo patriota ilustrado amigo de las Luces y de la libertad" (p. 114).

Al primer movimiento literario de las naciones hispanoamericanas independientes la poesía le sirvió de punta de lanza, después vendrían el drama y la novela.[25] Aquélla tomó como motivos principales la patria, la historia, la naturaleza, los sentimientos, la religión y la sociedad. De ésta eligió el indianismo, más volcado hacia el indio histórico que en dirección del contemporáneo.[26] El drama no fue significativo cuantitativa ni cualitativamente; predominó el de contenido histórico, ya fuera sobre la Europa medieval o el pasado colonial americano. La novela posibilitó una apropiación pragmática de la realidad, además de introducir personajes históricos auténticos y documentos oficiales referidos a la vida pública. El romanticismo cobró mayor fuerza en los países latinoamericanos donde existió una literatura colonial poco significativa, siendo además estos lugares, el Río de la Plata por ejemplo, más receptivos a la adopción de modelos europeos no españoles. Colombia, Perú y México, de rica tradición literaria virreinal, tendieron a adoptar el canon peninsular.

Con unas pocas periodizaciones discordantes, varios estudiosos sitúan el auge del romanticismo literario mexicano en los años 1836-1867. José Luis Martínez (1984), Julio Jiménez Rueda (1989) y Alicia Perales Ojeda (2000) son de esta opinión. Celia Miranda Cárabes (1985), José Miguel Oviedo (1997) y Fernando Tola de Habich (en Calderón, 1999) están de acuerdo en lo que respecta al punto de partida: la Academia de Letrán y la poesía de Fernando Calderón e Ignacio Rodríguez Galván. Raimundo Lazo (1992, p. 75) redactó su obituario: para la década de 1870 "era ya sólo pasiva y opaca obediencia a lo convencional de la retórica que había creado". Monserrat Galí Boadella (2002a y 2002b), atendiendo a las artes plásticas y escénicas, así como a la música, desplaza la cro-

[25] Zea (1949, p. 11) incluye dentro de éste a los educadores y pensadores del periodo 1840-1860, que dotaron a la región de "sentido y unidad espiritual".

[26] Bartra (1996, p. 122) subraya el paralelo entre la crítica a la imitación de lo europeo, subyacente en el romanticismo latinoamericano, y la incomodidad que los románticos del viejo mundo mostraron hacia el modelo griego.

nología hacia 1821-1855.[27] María Teresa Bermúdez (1988) fecha su inicio en 1867 y Huberto Batis su fin en 1869, con la conclusión de la segunda época de *El Renacimiento* y la edición de *Clemencia* (Batis en *El Renacimiento*, 1993, pp. xvii y xxvi).

Como corriente nacional el romanticismo mexicano se fraguó en la Academia de Letrán, que albergó a la generación de fines de la época virreinal, y el Liceo Hidalgo dio cabida a la siguiente. Fuera de estos círculos están los llamados "novelistas sociales", parte también del segundo romanticismo. El primero tuvo como género predilecto la poesía, aunque empleó también el drama, el cuento y la novela corta. La conquista española, la guerra de Independencia y el mundo indígena remoto conformaron su trama histórica principal. Los escritores de la Academia de Letrán mostraron un mundo indígena plagado de anacronismos, al que al fin y al cabo consideraron la semilla de la mexicanidad; atribuyeron a la Conquista la sujeción de la nación, y concibieron la Independencia como liberación del pasado colonial y reedición de aquel conflicto originario.

La generación del Liceo Hidalgo se sirvió mayormente de la novela (¡larga!), aunque sin abandonar los otros recursos expresivos. La época colonial, las guerras con Estados Unidos y Francia y el caótico santanismo, fueron el marco de acontecimientos animadores de su épica literaria, su didáctica moral y los dramas pasionales, que reforzaron la línea nacionalista,[28] intentaron sentar las bases de la literatura mexicana, volvieron protagonista al pueblo llano, convirtiendo en tema la "segunda independencia". Este desplazamiento en el tiempo histórico, el énfasis en la situación política, la presentación de la problemática social y la irrupción popular en la narrativa son los rasgos más sobresalientes de este segundo momento. Decayó en la década de 1870, cuando en el plano literario arraigaron el realismo y el naturalismo, marcados por el pesimismo, la ironía y el escepticismo, y en el terreno filosófico e historiográfico cobró fuerza el positivismo (Matute Aguirre, 1991). En su etapa terminal fue apolítico e introspectivo, recurrió de nueva cuen-

27 "Tenemos la impresión de que *El Presente Amistoso* cierra el romanticismo mexicano genuino y que a partir de los cincuenta sólo nos quedan las fórmulas y los estereotipos vacíos" (Galí Boadella, 2002a, p. 402).

28 Ruiz Castañeda (1987, p. 125) señala que "el nacionalismo, en su primera etapa, se identifica con el romanticismo".

ta tanto al drama como a la poesía, y cedió la narrativa a otras corrientes estéticas.

Octavio Paz (1999, p. 35) contrastó "la excelencia de nuestro arte barroco", con "la pobreza" del romanticismo, el cual pareció a Francisco Monterde (en Calderón, 1993, p. xi) "mesurado aun en sus extravagancias". Tal vez la pobreza de su estética tuviera que ver con que antepuso la función a la forma en la práctica artística. Y la mesura, a la presencia tardía de la Ilustración, que obró como elemento neutralizador de aquél (no deja de ser sintomático que una de las revistas literarias que difundió el romanticismo a mediados del XIX llevara el nombre de *Ilustración Mexicana*). La guerra de Independencia quitó continuidad a la práctica científica, y la formación de centros y academias se fue dando a lo largo del siglo. En parte, los gobiernos liberales llevaron a la práctica los proyectos ilustrados en materia educativa y cultural. Muchos escritores participaron a la vez en círculos literarios y en academias científicas, lo cual reforzó el contacto entre ambas corrientes y medios, propició el eclecticismo, limando al romanticismo algunos de los filos sobresalientes. Esto para no hablar de la fuerte influencia católica en los terrenos de la moral y las costumbres de las familias mexicanas (*El Recreo de las Familias*, tituló Rodríguez Galván a su revista literaria), y su ascendiente dentro de la comunidad de lectores formada por segmentos del artesanado urbano y de las clases medias y altas.

La vertiente social del romanticismo mexicano está virtualmente ausente en los estudios especializados, más inclinados a abordarlo por medio de los autores y los géneros literarios. En el mejor de los casos, aquéllos han subrayado su conexión con el liberalismo, desatendiendo otras ideologías políticas que contribuyeron a moldearlo. El elemento nacionalista ha sido tratado en función de la obra de algunos escritores,[29] pero no desde un enfoque global que establezca conexiones entre pensadores diversos. Estos dos aspectos,

[29] Giron (1989, p. 53) sostiene que Ignacio Ramírez e Ignacio Manuel Altamirano intentaron construir "desde el punto de vista político, el nacionalismo mexicano, aún sin cuajar luego de las guerras de Independencia, como realidad psicológica". Y encuentra (1996), tanto en Altamirano como en Vicente Riva Palacio, un quehacer literario comprometido con la política cotidiana, si bien las letras, más que la actividad partidaria, fueron las que los consagraron como glorias nacionales. De Ezcurdia (1997) ve en los ensayos de José Tomás de Cuéllar el antecedente de la filosofía de lo mexicano.

junto con la utopía y la armonización de las pasiones que la hace posible, constituyen el núcleo temático de la presente investigación, ya que dotan de unidad y redondean una aproximación al conjunto del pensamiento romántico.

Las siguientes páginas no pretenden inscribir al romanticismo en un proceso general, en el cual las distintas corrientes serían eslabones de un *continuum* que conduce hasta el presente, aportando el segmento faltante. Tampoco intentan indagar exhaustivamente sobre un universo textual clasificado genéricamente como romántico, o ahondar en la sensibilidad romántica. Esas tareas desbordan su cometido. Su perspectiva se adentra más en los contenidos y el contexto, en el referente, que en los recursos narrativos o las técnicas empleadas, en el pensamiento más que en una estética particular. Favorece la novela sobre la poesía y oscila entre la historia y la literatura, no por asumir la inexistencia de fronteras entre ambas (las hay, aunque para la época el campo literario en México no estaba estructurado como territorio autónomo),[30] o por suponer que sus discursos sean intercambiables, sino por dar cuenta de una corriente intelectual que estableció una forma de concebir la cultura nacional y fijó un canon literario operantes durante mucho tiempo.[31]

La escritura de este libro se facilitó enormemente gracias al apoyo material de la División de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Iztapalapa, del Servicio Alemán de Intercambio (DAAD) y del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, el cual me permitió realizar una estancia de investigación en el Instituto Iberoamericano de Berlín y en el Instituto de Romanística de la Universidad de Potsdam, Alemania, así como tomar un año sabático como investigador asociado en la Research School of Asian, African and Amerindian Studies (CNWS) de la Universidad de Leiden, Países Bajos. Haber contado

[30] Bourdieu (1995) considera *La educación sentimental* de Gustave Flaubert punto de partida en la constitución del campo literario, por restituir "de manera extraordinariamente exacta la estructura del mundo social en el que ha sido elaborada e incluso las estructuras mentales que, moldeadas por estas estructuras sociales, constituyen el principio generador de la obra en que estas estructuras se revelan" (pp. 62-63). Tanto Flaubert como Baudelaire contribuyeron decisivamente "a la constitución del campo literario como un punto aparte, sujeto a sus propias leyes" (p. 79).

[31] La insistencia de Joseph y Nugent (2002) en despojarse de la visión romántica de la cultura popular es indicativa de su durabilidad.

con la asesoría y amistad de los profesores Ottmar Ette (Potsdam) y Raymond Th. Buve (Leiden) fue un privilegio. Algunos resultados preliminares se presentaron en los seminarios internacionales "Identidad, política y memoria" (UAM, marzo de 2001), "Trabajo, prensa y socialismo en el mundo hispánico" (UAM, septiembre de 2001), "Esfera pública y élites intelectuales" (Instituto Mora, junio de 2002), "El nacionalismo mexicano ayer y hoy" (Secretaría de Cultura del Distrito Federal, septiembre de 2003), y "De la Ilustración al Romanticismo: España, Europa y América" (Universidad de Cádiz, noviembre de 2004), beneficiándose considerablemente por las aportaciones de los participantes. La versión final del manuscrito recibió los valiosos comentarios y sugerencias bibliográficas de Adriana Sandoval. Luis Ignacio Sáinz, con diligencia y entusiasmo, hizo posible su publicación.

Tlalpan, noviembre de 2004

I. EL "DESCUBRIMIENTO" DE MÉXICO

Edward W. Said (1996) desmontó los supuestos culturales con que Occidente ha construido la imagen del mundo colonial: la presencia benéfica y civilizadora del hombre blanco, lo nativo encasillado en lo exótico e irracional, la fragilidad cultural intrínseca de estos pueblos, el desorden político y social, la falta de instituciones o su inadecuación a la modernidad, la inobservancia de la ley, el salvajismo y los atavismos, etcétera. A la vez, presentó la influencia de "los otros" en las propias representaciones metropolitanas acerca del Oriente y, agregaríamos, del Sur.[1]

El siglo XIX fue de transición en Europa y América Latina (del antiguo régimen a la modernidad, de colonias a naciones independientes, del campo a la ciudad, de economías agrarias a sociedades industriales), así como de travesías (reales y ficticias) en ambas direcciones atlánticas. Este flujo circular de imágenes en que se movieron los hombres decimonónicos fue prolijo en experiencias, representaciones (científicas, pictóricas, literarias)... y utopías (que el escritor palestino prácticamente soslaya). Todas ellas rondan el mismo circuito, pero poseen características específicas: los viajeros mexicanos del XIX vieron a Occidente, particularmente a Estados Unidos, como el lugar del futuro que había que trasplantar al trópico; no era raro que los utopistas europeos y estadunidenses vinieran a México tras experiencias fallidas, considerándolo lugar propicio para realizar experimentos fructíferos. Lo "salvaje" era lo "intocado", "virgen" y "natural", arrasado en sus países por un proceso civilizatorio que daba lugar al escepticismo. Freud (1970, p. 31), recordemos, criticó esta idealización: "...los europeos, observando superficialmente e interpretando de manera equívoca sus usos y costumbres, imaginaron que esos pueblos llevaban una vida

[1] Este "otro" americano es el indígena, dotado de identidad e historia, descendiente de civilizaciones milenarias. El negro "representaba a otra sociedad como símbolo ideal, por humillante yugo, del anhelo romántico de libertad" (Araújo, 1998, p. 157).

simple, modesta y feliz, que debía parecer inalcanzable a los exploradores de nivel cultural más elevado".

Viajeros

Ottmar Ette (2001a) llama la atención acerca del doble proceso de traducción, de orden lingüístico y sociocultural, contenido en la literatura de viajes. Insertar lo que se mira en el vocabulario del observador, poner en relación lo nuevo con lo ya conocido, manufacturar un texto que recree la atmósfera vivida —comprensible para los que no estuvieron allí y tal vez nunca estén—, dar una idea del tiempo empleado en el trayecto y del tiempo histórico que puede separar o no al lugar de llegada del punto de partida, interrelacionar el tiempo con el espacio, transformando a veces el uno en el otro, representan unos pocos de los muchos lados por los que puede penetrarse en este género discursivo. Literatura en sentido amplio, pues puede incluir o combinar documentos, mapas, reflexiones autobiográficas, meditaciones filosóficas, disquisiciones teológicas, registros lingüísticos, notas científicas, recuentos históricos, ficción literaria y numerosos aspectos más. Disecciona también las múltiples líneas de la literatura de viajes. Destacaremos tres: la centralidad de la ciudad como conexión entre Europa y Latinoamérica, aunque lo narrado se refiera al campo, incorporando los nuevos hallazgos al *logos* occidental; el contacto del viajero con capas y grupos sociales comúnmente difícil a los observadores corrientes, dada la estructuración jerárquica de las sociedades de los siglos XVIII y XIX; la intención de aquél de trasladar al país de origen los aspectos positivos (a veces incluso las instituciones), capturados mentalmente o conocidos empíricamente durante el viaje.

La vida y obra de Alexander von Humboldt, como ha mostrado el mismo Ette (2001b), es un ejemplo mayor dentro de esta literatura. Su práctica científica, la condición de observador directo y escritor moderno, lo condujeron de una disciplina a otra, de un país a otro, de un nivel textual a otro, y lo situaron en los terrenos de la interculturalidad y la transdisciplina. Provisto de cincuenta de los instrumentos científicos más modernos, el 5 de junio de 1799 el sabio prusiano, acompañado por el médico y naturalista francés Aimé Bonpland, zarpó de La Coruña en la fragata Pizarro con

dirección a América y arribó a la Nueva España cuatro años después, habiendo visitado los actuales territorios de Chile, Perú, Ecuador, Colombia, Venezuela, Surinam y Cuba. Culminó su viaje en Filadelfia. A lo largo de su prolífica carrera científica incursionó en la climatología, la ecología, la geología, la oceanografía, la botánica, la fitografía, la minería, la geografía, la cartografía, la historia, los estudios precolombinos, la etnografía, la estadística y la economía (Bieber, 2001). En la botánica y geología mexicanas Pablo de la Llave —autor junto con Juan José Martínez de Lejarza de *Novorum vegetabilium*, publicado en 1824— y Andrés Manuel del Río fueron sus sucesores más notables (Trabulse, 1994).

El *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España* (1809), uno de los textos que publicó Humboldt en Europa después de su viaje, reeditado varias veces en francés, alemán, inglés y castellano, contribuyó enormemente a despertar el interés europeo en el país, a dar vuelo al viejo mito de la ilimitada riqueza mexicana (comprado por extranjeros y nacionales), y a definir la perspectiva con que los gobiernos y viajeros del viejo mundo se acercaron a México tan pronto alcanzó su independencia. El estudioso alemán mostró que con el concurso del capital foráneo, la técnica y el trabajo, la minería y el comercio mexicanos podrían desarrollarse grandemente, de tal manera que sus consejos fueron bien recibidos por las compañías británicas que deseaban invertir en los yacimientos mexicanos (Bernecker, 2003).

Después de Humboldt llegaron a México viajeros distinguidos que se ocuparon de otros campos del conocimiento y las artes, o deseosos de poner en marcha ambiciosos proyectos económicos. *El Iris* lo fundaron el poeta cubano José María Heredia y los litógrafos italianos Claudio Linati y Florencio Galli.[2] Heredia (1803-1839) emprendió la ruta del exilio en Nueva Inglaterra y en una segunda y definitiva escala vino a México en agosto de 1825; aquí colaboró con los regímenes de Guadalupe Victoria y Antonio López de Santa Anna, para en sus últimos días malvivir como juez en Toluca.[3]

[2] Galli trabajaba como empleado en las minas de Tlalpujahua antes de que su paisano Linati lo incorporara al proyecto editorial de *El Iris*. Como él, también tuvo una militancia política que lo condujo a emigrar de Italia.

[3] "No es la menor dicha de la nación tener a la cabeza al general Victoria: no hay mexicano que no deposite en su patriotismo la más profunda confianza". José María Heredia, "Rumores de invasión", *El Iris*, 22 de abril de 1826, vol. I, pp. 121-122.

Escribió en nuestro país algunos de sus poemas más famosos: "Al Popocatépetl" (1820), "En el teocalli de Cholula" (1820) y "Niágara" (1824). Los dos primeros ligan la historia con la naturaleza, el pasado indígena con la grandeza del humeante coloso. La profundidad de las cataratas norteamericanas le hace evocar la tierra tropical y constatar tristemente la realidad de su destierro:

> ¿Por qué no miro alrededor de tu caverna inmensa
> las palmas ¡ay! Las palmas deliciosas,
> que en las llanuras de mi ardiente patria
> nacen del sol a la sonrisa y crecen,
> y al soplo de la brisa del océano,
> bajo un cielo purísimo se mecen?
> Este recuerdo a mi pesar me viene...
>
> [Heredia, 1974, p. 46].

El escritor caribeño publicó en Filadelfia la novela *Jicoténcal* (1826), la cual no se atrevió a firmar por considerarla de calidad inferior a la de su obra poética, que le otorgó un temprano y amplio reconocimiento.[4] El texto narra el sacrificio del caudillo Xicoténcatl, obligado a obedecer el mandato del Senado de Tlaxcala (dibujado con trazos que lo acercaban al romano, aunque sin sus excesos), a sabiendas de que Hernán Cortés buscaba sojuzgar a su pueblo y apropiarse de su amada, la bella Teutila. Prolija en anacronismos, como si en el mundo indígena se hubiesen sustanciado los valores nacionales y el ideario liberal, los tlaxcaltecas de la novela simultáneamente combaten la tiranía mexica y defienden la "república" de la "monarquía" española. La división en el Senado abrió la puerta a los planes del astuto e inmisericorde Cortés, de la misma manera que la fragmentación de la oposición cubana, como constató en vida el propio Heredia, impidió independizar la isla de la metrópoli ibérica cuando esta posibilidad asomó en el horizonte latinoamericano. A fin de cuentas, la causa de Xicoténcatl representaba la causa de todos los pueblos, anticipando los sueños emancipadores de los caudillos decimonónicos. El noble tlaxcalteca debería dejar de pensar en la patria chica y enfocar la mira hacia

[4] En su reciente biografía novelada sobre Heredia, apoyada en una investigación documental, Leonardo Padura (2002) le atribuye la autoría de *Jicoténcal*.

un propósito superior: "Tu patria ya no es Tlaxcala; la humanidad reclama tus servicios y un mundo entero te señala como su libertador" (Heredia, 2002, p. 103). Finalmente, triunfan el mal y la perfidia: el conquistador mata a Xicoténcatl, domina a los tlaxcaltecas y enfila hacia la gran Tenochtitlan (el autor la llama "México", p. 176); la dulce y casta Teutila, cual heroína romántica, se suicida ingiriendo veneno, no sin antes decirle sus verdades al extremeño.

Linati acompañó a Heredia en su empresa literaria.[5] Iniciador del arte litográfico e introductor, junto con Gaspar Franchini, de la primera máquina de este tipo en 1825, el artista italiano no se incorporó a la Academia de San Carlos a pesar de la formación clásica con que contaba, prefiriendo dedicarse (en lo posible para un extranjero) a la crítica social y política en medios más abiertos que la conservadora institución artística. Formó al oaxaqueño José Gracida, primer litógrafo mexicano.[6]

Trajes civiles, militares y religiosos de México (Bruselas, 1828), obra compuesta por cuarenta y nueve litografías basadas en las acuarelas que pintó dos años antes, retrata (y a veces retoca) la estratificación social, racial y ocupacional del país. Cinco imágenes refieren explícitamente a tipos indígenas. El retrato de Moctezuma II suaviza los rasgos del mexica, ajustándolos al patrón occidental: moreno muy claro, casi blanco, de labios rojos y delgados, ojos de tamaño regular, nariz grande y recta, tendiendo a aguileña.[7] El penacho que le cubre la cabeza es mucho más discreto, semejándose al del soldado napoleónico, que el suntuoso tocado conservado en el Museo Etnográfico de Viena. Anotó en el revés un texto explicativo:

> El espectáculo de un país que guarda todavía el recuerdo de sus reyes indígenas, de sus hecatombes humanas, que lanza todavía fulgores sobre la piedra circular de los sacrificios sangrientos, que hormiguea de monjes y de mendigos, que conserva la vieja com-

[5] Marcos Claudio Marcelo Antonio Pompeyo Blas Juan Linati de Prevost (1790-1832), carbonario parmesano, revolucionario en Italia y España, enrolado en las tropas napoleónicas, alumno de Louis David, en 1825 estuvo por primera vez en México. La fiebre amarilla le causó la muerte en Tampico.

[6] Se conoce un retrato de Hidalgo presumiblemente dibujado e impreso por él. *El Iris*, 12 de julio de 1826, vol. II, inserto después de la p. 172.

[7] Widdifield (2001b) señala que el original fue realizado en blanco y negro.

> postura castellana, esos juegos, esas costumbres, esos trajes que nos transportan a los siglos y a los lugares de los Guzmán y los Rodrigos, pero que al mismo tiempo toma prestado a Francia, a Inglaterra, a los Estados Unidos constituciones, modas, uniformes, etcétera, ofrece extraños contrastes, pero instructivos, que solicitan la ayuda del lápiz para ser aprehendidos en su interés histórico y pintoresco [Linati, 1993, p. 26].

Embriagadas con chinguirito, funesta herencia etílica europea, presenta a dos indias en salvaje pelea. Descalzas, con coloridas faldas y rebozos, de donde cuelgan unos niños cabezones con rostros adultos, dos robustas mujeres se dan con todo. De gesto amenazante, una de ellas blande una piedra. Indiferentes a la violencia, los transeúntes contemplan la escena divertidos, "creen, al azuzarlas, excitar algo semejante a los perros o a los gallos cuyas peleas también los apasionan" (p. 78).

Otra lámina muestra a la sirvienta indígena de Jalambaya cargando dos jarros (todas las casas acomodadas procuran tener una "indita" para realizar las tareas domésticas, informa el litógrafo italiano al público europeo). De huipil estampado, está peinada con una trenza que rodea toda la sien. Morena, mira hacia abajo con aire retraído: "...esta timidez les viene de la conciencia de la esclavitud y de la inferioridad política en las cuales han caído" (p. 100).

Un indio, joven y esbelto, de pelo largo y quebrado, apacible, extrae el aguamiel de un maguey sirviéndose de una rama hueca; lo vierte en una cubeta de madera. A Linati no le gusta el pulque; no deja pasar la ocasión, sin embargo, para hacer una digresión científica: el nombre de la planta es "*agave americana*; acaso ese nombre le conviene exclusivamente por su cualidad particular de encerrar en la parte inferior del tronco y en un receptáculo que se halla en el centro de las raíces un licor blancuzco, espirituoso y muy agradable al gusto que suple entre los indios al vino" (p. 138).

El apache es un indio distinto al del altiplano mesoamericano: monta a pelo un brioso caballo, torso desnudo, cubiertas las piernas con un pantalón de gamuza, el pecho pintado y arracadas en las orejas. Armado con arco, escudo, flechas y lanza, trae un pequeño penacho cónico. Parece feroz y resuelto: "...estos terribles indígenas empujados de valle en valle por la superioridad de las armas europeas, han terminado por encontrar en los climas riguro-

sos donde se han refugiado la energía necesaria para vengarse de los usurpadores de su patria" (p. 182).

La gráfica de Linati emplea la naturaleza como marco de las coloridas estampas mexicanas. Complaciente hacia lo extraño, sin por ello omitir juicios personales, su mirada europea (convenientemente reforzada por las explicaciones escritas) fija el criterio histórico y el horizonte de ideales de los tipos retratados. México, de rico pasado, proyecta hacia el porvenir un instinto libertario, adelantado por la resistencia indígena a la Conquista, específico en sus formas pero acorde con el movimiento universal.[8] El esfuerzo del artista está dirigido a hacer comprensible en Occidente este sentido que posee de suyo la patria mexicana.

Dos perspectivas anglosajonas son las que ofrecieron el inglés Henry George Ward y la escocesa Frances Calderón de la Barca. En 1828 se publicó en Inglaterra *México en 1827*, escrito por el encargado de negocios en México, quien conocía la obra de Humboldt, y viajó por el interior del país e hizo observaciones incisivas acerca de su historia y la situación política presente. De la población nativa resaltó "una sagacidad y habilidad naturales". Los mexicanos "son valientes, hospitalarios, afectuosos cuando se les muestra bondad y más que magníficos en sus ideas de lo que debe ser el trato social. Por el miedo de no hacer lo suficiente, con frecuencia hacen muy poco; pero todo lo que intentan lo ejecutan con un esplendor que con frecuencia resulta embarazoso" (Ward, 1985, pp. 192-193). Con un prólogo de William H. Prescott, se publicaron en Estados Unidos, bajo el título de *Life in Mexico* (1843), las cincuenta y cuatro cartas que la esposa del primer embajador español en México escribió a amigos y parientes narrándoles sus viajes y experiencias. La desigualdad social y la pobreza no escaparon a su registro, como cuando describe al lépero, habla de los salarios de la servidumbre, relata las consecuencias nocivas que acarrea la bebida a las clases bajas o ve en el rostro de un niño indígena "The most resigned expression on earth" (Calderón de la Barca, 1960, p. 146).

Johann Moritz Rugendas (1802-1858), pintor bávaro, visitó México en los años 1831-1834. De formación clásica, en el taller

[8] Linati dibujó la cerámica precolombina que encontró en la Isla de Sacrificios. *El Iris*, 18 de febrero de 1826, vol. I, inserto después de la p. 24.

paterno de Augsburgo y en la Academia de Munich, colaboró con el naturalista Georg Heinrich von Langsdorff en una expedición científica en Brasil (1822-1825); *Voyage pittoresque dans le Brésil* (París, 1827) es resultado del viaje.[9] En el país sudamericano pintó escenas de la vida cotidiana, costumbres y danzas, mercados y plazas, paisajes naturales,[10] animales silvestres, viajeros transitando caminos escabrosos o navegando los ríos, las faenas agrícolas, y a indios aborígenes, esclavos negros y blancos. Algunas láminas consignan episodios violentos. Un grupo de aguadores se distrae un poco para ver los golpes entre dos negros. Alzando un fuete, un agente del orden trata de contenerlos (Rugendas, 1979, p. 231). En otra, la plaza pública acoge a personas bien vestidas, militares y gente del pueblo que no pierden detalle de los azotes propinados a un negro joven, de torso desnudo, amarrado a un palo. El castigo lo inflige un individuo del mismo color. Por el estado de varios a su alrededor, pareciera que otros ya han pasado por el trance. Una mujer tiene a sus pies a un hombre exhausto y maltratado, lanza una mirada oblicua, recriminadora, a dos señores de sombrero alto. Muy cerca, un cura es testigo del cruel suceso (p. 234).

Humboldt reconoce las dotes artísticas de Rugendas y se convierte en su tutor intelectual, tras el regreso del joven pintor de la nación amazónica. Rugendas marcha a Italia a fines de la década; enriquece su técnica, entra en contacto con ambientes populares para él desconocidos y amplía su perspectiva estética asimilando elementos románticos. Su estadía mexicana constituye apenas una escala de un viaje continental que se prolonga en el espacio, el tiempo y la obra: llega hasta el Cabo de Hornos, dura dieciséis años, produce cerca de seis mil piezas. En Sudamérica conoce a Esteban Echeverría y Domingo Faustino Sarmiento (Diener, 1996).

A veces acompañado por el barón de Courcy, pintor francés, o por el naturalista alemán Eduard Harkort, Rugendas recorrió México partiendo del este hacia el centro, y de allí en dirección al Pacífico. Involuntariamente visitó la cárcel; fijó la atención en el paisaje, las costumbres, la variedad topológica, racial, botánica y

[9] A lo largo del siglo Karl von den Steinen, Theodor Koch-Grünberg y Wilhem Kissenberth continuaron las expediciones alemanas en Brasil.

[10] Rodríguez (1996, p. 134) considera que el romanticismo descubrió que "el paisaje permitía expresar la vida y la historia sin necesidad de poblarla de héroes modernos o antiguos, de escenas religiosas o de ejemplaridad moral".

zoológica de cada región, así como en los monumentos precolombinos. Una revisión del catálogo que publicó el Instituto Iberoamericano de Berlín sobre la escala mexicana del pintor bávaro (*Johann Moritz Rugendas in Mexiko*, 1992), permite considerarlo precursor del paisajismo, aunque sin esa atmósfera de apacible tranquilidad de los pinceles finiseculares nacionales.[11] La naturaleza captada por Rugendas es tosca y difícil, majestuosa y fuerte; las figuras humanas no parecen dominarla, luchan por remontar la sinuosa geografía y, cuando paran y descansan, dan la impresión de invocar una tregua condescendiente.

El cuaderno consigna imponentes serranías como las de Atotonilco, la cascada de Regla, el mar veracruzano con el castillo de San Juan de Ulúa al frente, el Pico de Orizaba en el fondo de un paisaje arbolado, palmeras exóticas en medio de terrenos desolados, barrancas profundas como la de Tuzampa, la ciudad de Puebla con los volcanes detrás, el Popocatépetl nevado visto desde sus faldas, árboles de formas caprichosas en el pueblo de San Juan Teotihuacan, el lago de Texcoco sobrevolado por un ave solitaria, el Nevado de Toluca erguido sobre el valle, la prolija vegetación de Cuernavaca, formaciones rocosas en Atotonilco el Grande, el lago de Zirahuén con una verde vegetación delante, el inquieto volcán de Colima, la Costa Chica guerrerense surcada por un barco de vela. El mar está tranquilo y el cielo nublado (p. 139).[12]

Como buen viajero retrata frecuentemente a hombres a caballo, en tránsito por caminos escabrosos y solitarios. Al detenerse en pueblos y ciudades, o en los alrededores a manera de antesala, esboza las actividades cotidianas de cargar el agua, pescar, charlar y jugar. Las procesiones religiosas de la ciudad de México captan su atención. Exhibe el trasiego de la plaza pública, y en el atrio de las iglesias, los contrastes sociales: tal vez es domingo, el párroco sale de la catedral y hombres y mujeres visten de negro; portan éstas mantilla y abanico, ellos capas y sombreros altos. Al lado de una señora con ropa blanca, va un militar; los acompaña una joven

[11] Humboldt mismo había llamado la atención sobre los célebres volcanes. Contemporáneos de Rugendas, el italiano Pedro Gualdi, el inglés Daniel Thomas Egerton y el francés Jean Baptiste Gros también los pintaron (Widdifield, 2001b).

[12] En su estudio sobre las imágenes de la prensa ilustrada de la primera mitad del siglo XIX, Pérez Vejo (2001) destaca que el territorio solía presentarse como un paisaje vacío situado en un país de pioneros.

de enaguas coloradas y rebozo gris (¿la "indita" a su servicio?). Distraídos ¿o indiferentes?, no miran a un indio que extiende el sombrero pidiendo limosna, y cuya esposa hace lo mismo con las manos, el hijo semidesnudo mira el piso. Los tres están recargados al pie de la gran cruz situada en el atrio (p. 109).

El pasado prehispánico también captó la atención del artista bávaro. Su lámina de la Pirámide del Sol, en Teotihuacan, es magnífica: la enfoca desde lejos, un poco atrás de la Pirámide de la Luna, permitiendo ver los montículos inexcavados de los demás edificios y el largo trazo de la Calzada de los Muertos. Un paisaje árido se prolonga hasta las montañas que aparecen al fondo (p. 112). El Teocalli de Centla (Veracruz), otro monumento precolombino que dibujó, está rodeado y parcialmente cubierto por espesa vegetación. Dos hombres lo miran atentamente, y uno de ellos extiende el brazo en gesto descriptivo. Metros delante, dos personas toman medidas a un inmenso monolito de cara redonda (p. 92).

Entre 1834 y 1836 el pintor checo Frédéric Waldeck (1766-1875) visitó y dibujó las ruinas mayas. Publicó en París en 1838 su *Voyage pittoresque et archéologique dans la Province d'Yucatan (Amerique Central) pendant les annés 1834 et 1836*. Más adelante, la representación del mundo indígena comenzó a ser animada por personajes. José Obregón (1832-1902) pintó temas bíblicos y representó el pasado indígena en *El descubrimiento del pulque* (1869), simbolizado por la escena en que Xóchitl acompaña a su padre para dar a conocer al emperador mexica la nueva bebida. La disposición del espacio, las formas de los personajes y el afán clasicista hacen pensar en la idealización de la época prehispánica y en la intención de trazar un paralelo entre la antigüedad mexicana y la griega. Con este cuadro, el indigenismo irrumpió en la pintura académica (Fernández, 1967).

Hubo viajeros que hicieron del lugar de arribo su nueva morada: los inmigrantes que no completan el movimiento circular del viaje o que, después de regresar a su patria, reemprenden el camino de regreso a la tierra que los adoptó, como Mathieu de Fossey (1805-1870) y Carl Christian Sartorius (1796-1872). Durante una estancia de veinticinco años, cortada por intermitentes retornos a su natal Francia, De Fossey vivió de la enseñanza del francés y de lo poco que le dejaban sus escritos. En 1844 la Imprenta de Ignacio Cumplido le publicó *Viaje a México*, incorporado después a

una obra más amplia, *Le Mexique* (París, 1857). Aquel texto destaca la bondad del clima, la fertilidad del suelo, la configuración geológica y la violencia telúrica mexicana (Covarrubias, 1996). En lo que respecta a la descripción del medio y sus habitantes (la situación política es deliberadamente omitida), el autor define el propósito de la obra: "...en ella se hallará, por una parte, el resultado de observaciones concienzudas y de una larga experiencia, y, por otra, a pesar de pequeñas críticas inofensivas, una defensa ingenua y verdadera contra los ataques de los detractores imprudentes o parciales" (De Fossey, 1994, p. 25).

De Fossey llegó a México a principios de 1831, motivado por los folletos que Laisné de Villevêque imprimió sobre la colonización de Coatzacoalcos:

> Que atrajeron desde varios puntos de Francia colonos de todos los rangos y edades, que llegaban al Havre presurosos y llenos de entusiasmo por aquella tierra de promisión, por la cual se separaban de su patria, destinados, el mayor número, a no volverla a ver jamás; no es extraño, pues, que sin dificultad me dejase seducir yo también por aquel cuestor de la cámara de diputados, en quien suponía cabían honradez y juicio [p. 29].[13]

No resultó lo que esperaban, aunque el sabor de frutas desconocidas, la caza y el paisaje compensaron parcialmente la pobre infraestructura, los gastos imprevistos, la insalubridad, el calor, los mosquitos, las hormigas, las enfermedades y los ladrones. Pronto el viajero aventura una primera observación antropológica: aunque el indígena costeño es de buena índole, el de Minatitlán no la tiene. La razón: no son castizos, su sangre está revuelta con la africana (p. 40). Tal vez ello, aunado al clima, propiciaba

> la inmoralidad en todas las aldeas de Coatzacoalcos, y sobre todo en Altipan en donde los indios aventajaban a los mismos sansimonianos; pues cuanto se respetaban las leyes del pudor bajo el imperio de los aztecas, tanto más se ha desenfrenado la licencia bajo los

[13] En 1832 Villevêque puso a disposición de los redactores de *Le Phalanstère*, órgano del movimiento fourierista, una concesión de tierras en México (Desroche, 1975). Probablemente se tratara de las de Coatzacoalcos.

> españoles. En tales términos, que en este lugar todo está confundido: se hallan desconocidos los deberes; así es que viven incestuosamente el padre con la hija, la madre con el hijo y el hermano con la hermana, haciendo el cambio escandaloso de sus derechos más sagrados [p. 44].

De percepción aguda, De Fossey relata cuidadosamente el pasado prehispánico y las migraciones nahuas al altiplano central. Los toros le parecen una fiesta bárbara que contrasta con la refinada ópera italiana. No le entusiasma la comida nacional, excesivamente picante y grasosa. Algunos platillos de plano le dan asco. La mujer mexicana, de las clases altas y bajas, le parece inteligente, vivaz y deseosa de aprender. Destaca su hospitalidad. Le gustan las veracruzanas, en particular, sus ojos oscuros y brillantes. Aunque tengan dinero y sigan la moda, las jóvenes y los niños no saben vestir. Advierte que los nacionales no quieren a los extranjeros. Repara en la presencia de los léperos, a quienes describe en varias páginas. Observa que pese a su condición precaria tiene buen corazón o, cuando menos, no la mala entraña de los bajos fondos de otros países. Le augura al país un futuro promisorio: "...pudiendo los hombres inteligentes esperar, en todas las carreras, la gloria que han soñado, con ánimo se pondrán a la obra del edificio social, que sólo tiene sus cimientos puestos, elevándolo en poco tiempo tan alto cuanto lo permitan la multitud de elementos que México tiene a su disposición" (p. 152).

Amigo de Rugendas, a quien acoge en su hacienda veracruzana, ilustrador de la versión inglesa de *México hacia 1850* (*Mexico, Landscapes and Popular Sketches*, 1858), Sartorius nació en Hessen-Darmtadt. Estudió derecho y filología en Giessen antes de llegar a México en 1824, empleado por una compañía minera alemana. Vislumbra la posibilidad de montar una colonia agrícola y busca terrenos propicios. Toma notas sueltas sobre territorio, plantas y animales de los lugares recorridos. Cinco años después adquiere en sociedad con un comerciante suizo de nombre Karl Lavater, crédito de por medio, una hacienda en el cantón de Huatusco, estado de Veracruz, a la que bautiza como El Mirador. Promotor oficial en Europa del proyecto colonizador del gobierno mexicano, expone a sus connacionales las ventajas de emigrar a territorio azteca, es decir, traduce lo mexicano a lo alemán con el propósito

de germanizar a México, cosa que le parecía perfectamente factible, dado que percibía un débil nacionalismo y un dócil carácter de la población nativa. Trajo a un puñado de compatriotas para ocupar y trabajar la tierra. Muere en México sin haber alcanzado cabalmente su propósito (von Mentz en Sartorius, 1990, pp. 30 y ss).

La mirada mexicana de Sartorius no es la del científico, ni la del artista, es la del *homo faber*. Advierte desde el principio:

> el indulgente lector no debe esperar que se trate de un libro de viajes, en el que se detallen concienzudamente todos los acontecimientos, día con día, con el habitual añadido de la lista de los platos o comidas; ni relaciones geográficas, etnográficas o artísticas; ni siquiera una enumeración sistemática de la historia natural de México; sino únicamente estampas del país, a veces un simple esbozo tomado a distancia, otras veces un cuadro más completo, trazado en la vecindad inmediata, adornado con follaje y lianas rastreras [p. 47].

Contra lo dicho, el libro tiene cierto orden y lógica interna: parte de la descripción geográfica, después incursiona en materia de población y costumbres, y por último habla de la economía (agricultura, ganadería, minería). Lo deslumbra la geografía mexicana. En la descripción de la naturaleza y los caminos veracruzanos, no desaprovecha oportunidad para enumerar los recursos naturales y destacar las potencialidades del ecosistema. Un comentario al paso recoge la historia de la fundación de la Villa Rica de la Vera Cruz y su traslado a Antigua; otro más destaca la economía de esfuerzos del habitante del trópico:

> El jarocho, como suele llamarse al nativo de la costa, se sentiría humillado si tuviera que cargar en su espalda un pesado cántaro de agua, aun cuando el río se encuentra a unos cuantos pasos de su cabaña; lo que él hace es unir con una cuerda dos grandes cántaros; los cuelga sobre el lomo del pollino, se monta en éste y se dirige a la corriente. Al llegar al río, se mete al agua con el animal, para que los cántaros se llenen por sí mismos; así no se molesta en desmontar [p. 57].[14]

[14] Linati atribuía esta falta de esfuerzo a la geografía de algunas regiones americanas: "...ricas por mil espontáneos favores de la naturaleza, con poca población, escasos en necesidades, y por eso mismo [sus habitantes] menos *impulsados* al trabajo". "Sobre el privilegio exclusivo de los juegos", *El Iris*, 4 de marzo de 1826, vol. I, p. 43; cursivas del autor.

La luz que permite pasar el cerrado follaje de las palmas provoca un efecto que le hace admirar la grandeza divina. Después registra el cambio de la vegetación: ha pasado del trópico a las praderas y circula en dirección a los bosques "eternamente verdes". Repara en la técnica agrícola, que le hace evocar las del valle de Mesopotamia y el antiguo Egipto, para después hablar de los tepalcates y pequeños restos arqueológicos encontrados en el camino, testimonio de culturas desaparecidas. Ofrece una explicación equivocada: "eran tribus toltecas destruidas en sus guerras con los aztecas" (p. 64). A su vez, éstos fueron sometidos por "la inteligencia superior de los europeos", reduciéndolos a la esclavitud (p. 122).

Al llegar a la zoología Sartorius remite a la bibliografía existente, haciendo pequeños comentarios de lo que no juzga acertado. Pasa entonces a hablar de la población. Llaman su atención los mercados urbanos, por sintetizar la diversidad social. De los habitantes extranjeros constata que únicamente los españoles comercian al menudeo. Cuando aborda las razas hace una observación aguda:

> La ley no conoce distingos de ninguna clase; la constitución considera jurídicamente [iguales] a todos los ciudadanos del país [...]. Empero, las costumbres profundamente arraigadas entre la gente y que son perpetuadas por el lenguaje, no pueden ser eliminadas fácilmente por ninguna ley: por consiguiente, aquí encontramos una aristocracia de color, del mismo modo que en las repúblicas o monarquías de Europa existe una aristocracia de nacimiento [p. 118].

A diferencia de la nobleza indígena, que se asimiló a los conquistadores, las clases bajas simplemente cambiaron de amos. Los indígenas menos afortunados permanecieron apegados a tradiciones milenarias y viejas costumbres, en calidad de "hijos de la naturaleza" (p. 125), honrados y ocupados en el trabajo y la familia. No escapa en este registro la muy marcada desigualdad económica, más perceptible aún con un punto de referencia europeo: riqueza y pobreza extremas ocupando espacios contiguos. Entre su detallado retrato costumbrista, salta a la vista la miserable condición de los indolentes "léperos" o "pelados", de raza mestiza, proletarios según Sartorius, que pinta con palabras como antes hizo Linati en imágenes, injustificable de suyo en un país de cuantiosos recursos naturales y extenso territorio. La escuela y una policía eficiente

contribuirían a remediar este grave mal social. Sentencia: "...no hay fiesta popular, ni reunión de muchedumbre en un templo, ni matrimonio en los suburbios sin que alguno de los 'pelados' hiera o mate a otro" (p. 257).

Los últimos capítulos destacan las capacidades productivas del país y el potencial que encierran para los eventuales inmigrantes: en la agricultura el cultivo de centeno, papa, chile, chícharo, lenteja, pistache, nabo, trigo, añil, tabaco, maíz, algodón, plátano, mandioca, café, vainilla, caña de azúcar, cacao, uva. En relación con este fruto, considera que México está en condición de crear una pujante industria vitivinícola, comparable a la mediterránea. La grana cochinilla es otro giro atractivo. La ganadería permanece subexplotada. Conoce el metal y lo deslumbra; repasa brevemente la historia de la orfebrería prehispánica y de la minería y metalurgia coloniales. Hay que dirigir el esfuerzo hacia la explotación de los ricos yacimientos de metales preciosos: zinc, hierro, cobre, plomo, estaño y mercurio. Realiza cálculos, contabiliza posibles ganancias. Categórico, concluye:

> Ninguna rama de la actividad humana ha sido tan bien calculada como la minería para congregar a las distintas clases de la sociedad. El comercio, la agricultura, la ganadería aparecen como medios de abastecimiento con el objeto de surtir a los hombres que trabajan en las entrañas de la tierra. Los mineros, sin embargo, representan la rama nerviosa, la que, a guisa de poderoso imán, atrae y anima. A la postre llegan las artes y las ciencias llevando la civilización a las masas e implantando el orden en el caos [p. 327].

Michel Chevalier, ingeniero en minas, economista, diputado por el Aveyron en 1845, senador durante el régimen de Napoleón III, publicó en París *La expedición de México* (1862), alegato en favor de la invasión napoleónica. De pasado sansimoniano, treinta años antes había visitado México y publicado varios folletos que merecieron la ironía de Payno (2000a), en particular por la mala opinión que tenía de los mexicanos.

En *México antiguo y moderno* (1863), Chevalier relata sorprendido que los mexicas desconocían la noción de "peso" (en sus transacciones sólo medían y contaban), signo "de la infancia en que se hallaban las ciencias entre los aztecas" (1983, p. 32), aun-

que muestra admiración por su astronomía y literatura. Atribuye a los toltecas la paternidad de la civilización precolombina y remonta su dominación hasta el siglo VII de la era cristiana; la valora a tal grado que compara su arquitectura con la egipcia (incluye a Teotihuacan dentro del periodo tolteca). Tal vez una epidemia de *matlazahuatl* motivó el abandono de la ciudad sagrada (ignoraba que la enfermedad la habían traído los españoles). La dominación mexica le parece equivalente a la de los romanos sometiendo a los griegos: involucionó la cultura, se barbarizaron los pueblos. Los conquistadores encontraron la síntesis de los adelantos toltecas con los productos de la regresión mexica: "una mezcla indescriptible de dulzura y de barbarie, la gracia unida a usos terribles y repugnantes, y para decirlo de una vez, los sacrificios humanos y los festines caníbales asociados al culto de las flores y a ceremonias llenas de nobleza y elegancia: tal es el espectáculo que la sociedad mexicana ofreció a las miradas estupefactas de los españoles" (p. 46). No obstante, para el futuro esperaba más de los indígenas que de los descendientes de los conquistadores blancos: "colocada en condiciones diferentes que el servilismo bajo, el cual ha gemido durante los últimos siglos, esta raza podría verosímilmente aspirar a útiles destinos y traer a la civilización general un contingente inesperado" (p. 114).

Chevalier se pregunta por las razones que condujeron a Nueva Inglaterra hacia el progreso y sobre las causas del atraso del imperio español, encontrando aquéllas en la instauración de las libertades civil, religiosa y política en los dominios anglosajones, y éstas, en la intolerancia impuesta por los peninsulares en sus territorios. Remontar esta situación exigiría organización y trabajo, "porque en la naturaleza de las cosas está el que México represente un gran papel en la escena del mundo" (p. 326). Con Sartorius, resalta el potencial económico del país (clima, flora, minería, etcétera), pero no ve la colonización como la vía única del progreso. La intervención armada en curso se le presenta como alternativa mejor: "la expedición tiene un fin declarado, pretende ser el punto de partida de la regeneración política de México" (p. 387), además de contener a Estados Unidos y preservar la influencia "latina" y católica en el hemisferio. Debería acompañar al ejército francés una misión científica, como la que llevó Bonaparte a Egipto: "No es el emperador Napoleón quien puede ser insensible a la gloria de proseguir, en

una de las regiones más ricas y más curiosas del mundo occidental, la exploración que el fundador de su dinastía había [realizado] tan admirablemente para una de las comarcas de Oriente" (p. 423).[15]

Utopistas

Victor Considerant visitó el noroeste de México cuando manejó una colonia, La Reunión, cerca de Dallas, Texas.[16] Este pasajero en tránsito escribió cuatro cartas al mariscal François Achilles Bazaine, denunciando la precaria situación vivida por los peones de las haciendas. A su juicio, los liberales mexicanos no mejoraron la posición de los trabajadores agrícolas y mantuvieron el sistema de peonaje colonial. Tal vez los invasores franceses serían capaces de abolirlo y ello constituiría condición *sine qua non* para que Maximiliano pudiera perpetuarse en el poder (García Cantú, 1974). De todos modos, Considerant condena la invasión.

Redactadas en 1865 y 1867 y publicadas en Bruselas al año siguiente, *Mexique. Quatre lettres au maréchal Bazaine* son un enérgico alegato histórico y moral contra la herencia hispánica aún viva en las instituciones mexicanas, lacerantemente presente en el campo bajo la forma del peonaje, y reforzada por la sumisión inculcada por la Iglesia católica.[17] Divaga, haciendo su propia caracterización del mexicano, por cierto mucho antes que apareciera la "filosofía de lo mexicano". Sutilmente distingue entre atraso e

[15] El gobierno francés atendió la sugerencia: formó y puso a operar entre 1864 y 1867 la Commission Scientifique du Mexique, en la cual el propio Chevalier participó al lado de estudiosos como el etnólogo Brasseur de Bourgboug, el geólogo Edmund Guillemin Tarayre, el geógrafo Vivien de Saint-Martin, el coleccionista Aubin y varios científicos más. Entre otros, por el lado mexicano estuvieron Joaquín Velásquez de León, Antonio del Castillo, Francisco Pimentel, Francisco Jiménez, Antonio García Cubas, Joaquín García Icazbalceta y Gabino Barreda, miembros en su mayoría de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística (Pichardo Hernández, 2001).

[16] Victor Prosper Considerant (1808-1893) marchó a Nueva York en 1852 y visitó la North American Phalanax, en Nueva Jersey, sin resultar de su agrado este ejercicio falansteriano (lo juzga más próximo al comunismo que a la doctrina de su maestro Fourier). Después de explorar en el valle del Mississippi la posibilidad de fundar una colonia agrícola, acabó por instalarla en Texas en 1854. En 1869 canceló este proyecto. Hasta su muerte permaneció fiel al fourierismo (Picard, 1947).

[17] Para una ubicación de las tesis de Considerant dentro de la tradición socialista europea véase Geli (2003).

incultura: el nativo de esta tierra es ignorante y refinado a la vez; no es emprendedor como el anglosajón, pero se activa fácilmente gracias a su sociabilidad; posee una inteligencia ágil e ingeniosa, distinta de la que profundiza y crea; tiene gran aprecio por la justicia y, en caso de conflicto, le resulta fácil ponerse de acuerdo; es fiel y sumamente honrado cuando se le confía algo. Desafortunadamente, la pobreza y su carácter lo predisponen al peonaje que, como mal congénito, se transmite de generación en generación. La tienda de raya y el alcohol aportan el resto.

Cuando vuelve sobre el asunto del peonaje, Considerant formula una acusación grave: la institución, en sí misma inhumana, echada sobre las espaldas del indio, ha pasado inadvertida para los intelectuales mexicanos, incluidos los liberales (hipotéticos transformadores de la sociedad), para los viajeros extranjeros (hipotéticos observadores del otro) y para la ley (hipotética expresión de la voluntad general).[18] Todos han cerrado los ojos, de tal manera que en Europa ni siquiera se tiene noticia de su existencia. Ahora las largas cartas y la solicitud de paciencia al mariscal Bazaine se apuntalan en esta doble denuncia: será necesaria una nueva óptica de carácter crítico, la socialista, para darle una dimensión adecuada al problema.

¿En qué consiste éste? —pregunta, y a continuación responde—: en el trabajo sobreexplotado que un proletario (peón en el lenguaje mexicano) urgido de dinero entrega al patrón que le ha adelantado unos cuantos pesos. Lamentablemente, cuando cubre el adeudo ya se han sumado otros. El círculo no se rompe y el trabajador queda en manos del propietario. Ahora no sólo es pobre, también ha perdido la libertad. Es la esclavitud o la servidumbre bajo otro nombre. Mientras no quede suprimido el peonaje, México estará condenado a muchos males: agricultura enfermiza y miserable, industria sumamente atrasada, aparato judicial venal, estado interior vicioso y viciado, florecimiento del delito, robos y asesinatos, prostitución ilimitada, clero podrido, militares levantiscos y ejército inoperante o virtualmente inexistente, funcionarios

[18] En lo referente a los viajeros habría que matizar un tanto. De Fossey (1994, p. 184) observó: "Aunque está abolida de derecho la esclavitud en todas las haciendas de la república, sin embargo existe de hecho en las de tierra caliente; siendo casi todos los operarios de una hacienda deudores a sus dueños en sumas más o menos fuertes, no se pueden mudar a otra parte mientras no se hayan desempeñado; y no pueden negarse a trabajar si no quieren morirse de hambre".

corruptos y políticos intrigantes, pocos ricos y un sinnúmero de pobres y léperos.

El viajero-inmigrante Plotino Rhodakanaty no concentró su esfuerzo en hacer atractivo el país a los europeos, sino en lograr que fuera habitable y justo para los mexicanos, poniéndolo en sintonía con las corrientes mundiales que concebían un cambio profundo en las reglas de la convivencia social. Un internacionalismo adaptado a las particularidades nacionales, y no un nacionalismo que se regocijara en la admiración de lo propio orientó su actividad. Partidario de la filosofía de la naturaleza, no la aborda desde una perspectiva contemplativa, o como el entorno de la vida humana, más bien la inscribe en un orden general donde el universo, el mundo y el hombre integran una unidad a fin de cuentas de raíz divina. El pensador griego vivió en México durante veinticinco años, canalizó saber y acción hacia la reforma social que consideraba inaplazable: mujeres, indígenas y trabajadores deberían ser incorporados a un proyecto que restituyera a la humanidad su igualdad originaria en cuanto a su condición material, respetara las diferencias naturales de los individuos y encaminara a la especie hacia el progreso.[19]

En 1863 Rhodakanaty fundó en la ciudad de México una escuela libre que difundía entre las clases trabajadoras, por medio de lecturas públicas, "los principios más puros y luminosos de la moral universal" (1998, p. 22). Tiempo después, dejó la capital para instalarse en Chalco con la finalidad de fundar una colonia agrícola y una "escuela libre", donde difundió sus ideas filosóficas y sociales. Después del fracaso de su experiencia campestre, tras la ejecución de Julio López a manos de la fuerza pública, regresó a la ciudad de México e incorporó la vida urbana a su análisis de la sociedad y los males que padecía. Producto de ello fue el proyecto de crear un falansterio donde se resguardara a la población más desafortunada.[20]

[19] Plotino Constantino Rhodakanaty (1828-?) nació en Atenas y de pequeño su madre lo trasladó a Austria. Estudió medicina en Viena y Berlín. Se mudó a París en 1857, donde comenzó a militar en las filas socialistas. A fines de 1860 se trasladó a Barcelona, embarcándose posteriormente hacia México. Arribó a Veracruz en los últimos días de febrero de 1861 (Illades, 2002).

[20] Escribió textos filosóficos, sociales, teológicos, un poema y artículos periodísticos sobre temas puntuales. Publicó en la prensa obrera, en otros periódicos, en impresos religiosos y escribió varios folletos: *De la Naturaleza* (1860), *Cartilla-Socialista* (1861), *Neopanteísmo, consideraciones sobre el hombre y la naturaleza* (1864), *Garantismo Humanitario* (1876), *Disertación sobre la verdadera pronunciación del griego* (1879),

En 1872 el ingeniero estadunidense Albert Kimsey Owen (1847-1916) se internó en Chihuahua por instrucciones de la empresa donde trabajaba: acabó descubriendo la bahía de Topolobampo, en el estado de Sinaloa. El viaje del norte hacia el Pacífico alumbró la idea de construir una vía férrea que descendiera desde Nueva York hasta llegar a la bahía. También fundaría la Ciudad de la Paz o Metrópoli Socialista de Occidente, Ciudad González según el decreto presidencial. Regresó ese mismo año a Estados Unidos para dar forma a su proyecto, que le consumiría ocho años. En 1880 vino de nueva cuenta a México para asegurar la concesión ferrocarrilera y de aquí marchar a Londres en pos de apoyo financiero. Varios meses pasó en la capital británica y, por fin, el 13 de junio el gobierno mexicano le otorgó los derechos para construir el ferrocarril y fundar la ciudad. Año y medio después, el 5 de diciembre de 1882, fue ratificado el decreto por el presidente Manuel González.

Owen partió a Nueva York en 1886 para reclutar a los primeros colonos y obtener recursos mediante la expedición de bonos por conducto de la sociedad denominada The Credit Foncier Company. Después de tres meses de travesía, trescientos inmigrantes arribaron a Topolobampo en un barco fletado por la sociedad financiera. Después llegaron otros más, contemplando azorados cómo sus antecesores vivían incómodamente en austeras casas de madera. Dominado por el entusiasmo, el estadunidense había soslayado algunos detalles sanitarios importantes:

> Hizo creer, a través de sus descripciones y sus anhelos, que el colono, sin más esfuerzo que su trabajo, vería surgir espléndidamente la Ciudad de la Paz. No advirtió a los colonos que el "lugar encantado" era un desierto, falto de techo para familias, sin agua potable, con la tierra sin primicias de cultivo. Uno de los temas de los que más abusó en la propaganda fue el maravilloso clima de Topolobampo, olvidando que la comarca estaba comprendida dentro de una zona palúdica [Valadés, 1939, p. 53].

Metafísica trascendental o sea la Ética de Spinoza (1881), *Tratado de lógica elemental* (1882) y *Cartilla Socialista-Republicana* (1883).

Pronto aparecieron problemas: los inmigrantes recelaron de las bondades del proyecto y los socios del Credit Foncier vieron que la ciudad obedecía más al "régimen capitalista" que a "una colonia socialista" (Valadés, 1939, p. 59). Otros, por el contrario, afirmaban que Owen había violado el acuerdo de permitir la cohabitación armónica de personas de distintos credos políticos. En Topolobampo también cundió el conflicto. Primero se rebelaron los colonos; después algunos se fueron, a causa de la enfermedad y el hambre. Los llamados "santos", aproximadamente ciento veinte personas, permanecieron fieles a su fundador; los "kickers", sus detractores, sumaban ciento cuarenta. En julio de 1893 Owen abandonó la colonia y, para noviembre de ese año, decidió entregar su dirección a manos más diestras. Unos pocos años bastaron para echar abajo un proyecto en el que ocupó más de dos décadas. En 1913 fueron repatriados por el gobierno de Estados Unidos parte de los colonos que aún quedaban en la zona; otra porción se asimiló al país (Ortega Noriega, 1978).

Desde este lado del Atlántico

Juan Nepomuceno Adorno (1807-1887) hizo el trayecto inverso: viajó a Europa para regresar a México y esbozar el plan de una sociedad ideal. Fue empleado de la Renta del Tabaco, estuvo varios años en Europa con la intención de perfeccionar sus inventos mecánicos para fabricar cigarros; en la Exposición Universal de París (1855) presentó un aparato para escribir música; después aplicaría su imaginación a la metalurgia. Adorno se propuso regenerar la especie humana, o cuando menos a los mexicanos, sentando los principios generales de la armonía y el progreso y, de manera puntual, las bases formativas de las cajas de ahorro y las sociedades obreras (González Casanova, 1987).

Santiago Rebull (1829-1902) mostró desde niño sus dotes pictóricas pulidas por el profesor Manuel Esteban.[21] Vivió el reflorecimien-

[21] Cuando la expulsión de los españoles en 1829 la familia Rebull abandonó México y, en altamar, durante la travesía de regreso a la madre patria, nació el segundo de sus hijos, Santiago, que llegaría a ser el pintor romántico más importante del país. Retornaron a México un año después del restablecimiento de las relaciones diplomáticas hispano-mexicanas en 1836.

to de la Academia de San Carlos durante las gestiones directivas de Francisco Javier Echeverría y José Bernardo Couto, expresado en la mejoría financiera de la institución, la compra de obras pictóricas para el acervo y la contratación de dos maestros catalanes sobresalientes: Pelegrín Clavé y Manuel Vilar, difusores del género histórico, particularmente el sagrado, acorde con las pautas del nazarenismo,[22] romanticismo tardío abierto a los temas católicos y medievales, desarrollado, entre otros, por Joseph Antón Koch (1768-1839), Friedrich Overbeck (1789-1869), Julius Schnorr von Carolsfeld (1794-1872), Carl Philipp Fohr (1795-1818), Ludwig Richter (1803-1884) y Moritz von Schwind (1804-1871).[23]

Cinco años después de ingresar en la institución artística, en 1852 Rebull marcha becado a Roma, tras ganar el concurso de selección con las obras *Abraham adorando a los Ángeles* y *La muerte de Abel*. Ésta aborda el conflicto primigenio de la familia humana, tal vez en alusión a los enfrentamientos fratricidas que desgarraban a la patria (Ramírez, 2000a). Poco antes de concluir la década regresó a México cargado de un gran prestigio que le valió, en 1861, el nombramiento de director de la Academia de San Carlos. Maximiliano, de quien hizo tres retratos, lo designó "pintor de cámara" y le otorgó la Orden de Guadalupe. Pintó también los frescos del Castillo de Chapultepec y un retrato de la emperatriz Carlota, que se conserva en el Museo Nacional de Praga (Stepánek, 1971).[24] Restaurada la república, retrató a Juárez, Altamirano y Porfirio Díaz. En 1873 trabajó en los óleos *La muerte de Marat* y *La prisión de Cuauhtemotzín*. Esta tela, una de sus obras mayores, rescató la gesta del emperador mexica, inscribiéndose en una didáctica plástica constructora de los valores patrios y encauzada a edificar la identidad nacional.[25]

[22] El editor y crítico de arte catalán Rafael de Rafael (1817-1882) se felicitaba de que los pintores mexicanos siguieran a los nazarenos en un nacionalismo exaltado sin soslayar la fe religiosa (Rodríguez Prampolini, 1997, 1, p. 51).

[23] Se conocía como nazarenos a un grupo de artistas alemanes avecindados en Roma, en su mayoría católicos conversos, que llevaban barba y pelo largos, y que recuperaron los temas pictóricos del comienzo de la cristiandad (Honour, 1981). Al respecto véase Forster-Hahn y otros (2001).

[24] En cuanto a la escultura, el romanticismo utilizó las formas del mundo clásico como recurso expresivo (De la Maza, 1959).

[25] La última parte de su vida la dedicó a elaborar su obra y formar a pintores noveles como Diego Rivera (Leonardi, 1999).

A Manuel Payno la experiencia del viaje no le resultaba desconocida: en 1851 visitó el Reino Unido para encargarse de la legación de México en Londres y resolver el problema de los bonos mexicanos en manos inglesas. La crónica del viaje quedó recogida en *Memorias e impresiones de un viaje por Inglaterra y Escocia* (1853), de las que publicó sólo la primera parte.[26] El escritor partió de Veracruz en el vapor Great Western e hizo su primera escala en las Antillas, dándole oportunidad de hacer un comentario acerca del colonialismo británico: "Enviaremos a los que crean que la república mexicana sería un paraíso en poder de una nación extranjera, a que den un paseo por Jamaica y se convencerán al momento de que los mejores gobiernos del mundo tratan a sus colonias como los arrendatarios a las haciendas, es decir, sacándoles únicamente el provecho de que son susceptibles" (Payno, 1997, II, p. 20). De todos modos, no oculta su admiración por Inglaterra:

> Únicamente examinando la exposición de Londres se podía comprender por qué los ingleses tienen tanto orgullo, por qué dominan moral o físicamente las dos terceras partes de la tierra, por qué Londres es el depósito general de todos los tesoros, y en una palabra, por qué tiene ese país el primer lugar entre las naciones civilizadas. Todo esto no es más que la recompensa necesaria y natural del talento, la constancia y el trabajo [p. 80].

Payno lamenta la pobreza de los objetos mexicanos (unas piezas de cera) exhibidos en el palacio de Hyde Park, y enumera todos los que se podrían haber presentado y causado grata admiración.[27] Ante el mundo, la nación no estaba representada convenientemente, no daba razón suficiente de su potencial, no llevaba a especialistas capaces de mostrarla, perdía una oportunidad más. El diplomático mira en el futuro y no en el pasado la riqueza del país: el comercio (como hicieron los ingleses), más que la extracción de metales (como hicieron los españoles), serviría de motor para el despegue

[26] Manuel Payno y Flores (1810-1894) fue escritor, profesor de historia, funcionario público (aduanas, estanco del tabaco, Secretaría de Hacienda), diplomático en Europa y Sudamérica, diputado, senador, estudioso del sistema penitenciario, luchador contra la invasión norteamericana y golpista al lado de Ignacio Comonfort.

[27] Para un estudio de la participación mexicana en las ferias internacionales finiseculares véase el documentado estudio de Tenorio-Trillo (1996).

económico, lo cual haría conveniente promover la emigración a territorio mexicano. Los europeos habían ya hecho todo en el viejo continente, ahora bien podrían beneficiarse y favorecer al nuevo mundo:

> Las naciones como los hombres, para merecer el aprecio y la consideración, necesitan ser conocidos en su carácter, en sus costumbres, en sus maneras y en su saber. México, pues, no puede reclamar esas consideraciones mientras no procure darse a conocer de una manera distinta, es decir, por la industria, por la riqueza de su suelo, por la literatura y por las artes, y no por las revoluciones, por el desorden y por la constante difamación que vuela de las columnas de nuestros diarios a las columnas de los diarios extranjeros [p. 84].

Desde el lado opuesto (no es el que viene sino el que va), Payno adopta la postura de los viajeros que ya repasamos, presentando el país a los extranjeros y las ventajas que acarrearía la colonización (tal vez por ello dedicó el libro a lord Palmerston), y muestra Londres, "la capital de toda la tierra" (p. 94), a quienes no la conocen (los mexicanos), sin escatimar detalles en su descripción, ni dejar de relatar con agudeza los claroscuros de la cultura británica. Comunica y comparte su conocimiento y fascinación por el mundo que algún día podríamos "llegar a ser".

Los viajeros extranjeros que vinieron a México ofrecieron un registro contrastado: de un lado, exhibieron la belleza del paisaje y el potencial económico de sus recursos naturales; del otro, resaltaron las limitaciones (raciales, culturales, disciplinarias, organizativas y mentales) de su población, más inclinada hacia el "sentimiento" que hacia la "razón", lo que haría decir a Considerant (1868, p. 15): "el mexicano conserva una marcada disposición a la alegría, por ser tan vivaz la naturaleza primitiva". Validaba esto la colonización territorial por parte de inmigrantes o la realización de experimentos sociales, ambos considerados positivos para el desarrollo de la población nativa. Incluso Rhodakanaty (2001, p. 68), convencido de que los males sociales provenían de la imperfección de las instituciones humanas, no dejó de hacer un comentario sobre el temperamento nacional, "tardío en sus determinaciones". Un personaje de Payno, caracterizando a los mexicanos y de paso

a sí mismo, señalaba: "...somos charlatanes, versátiles, apasionados y apáticos aun en las cosas de propio interés: olvidamos con facilidad los agravios, sin perdonarlos, y no tenemos energía para llevar a cabo nuestras resoluciones" (2000a, I, p. 464).[28]

[28] Contrastan estas reservas con el optimismo mostrado por la inteligencia rioplatense sobre la excepcionalidad y grandeza argentinas. Al respecto véase Terán (2000).

II. RECEPCIÓN Y DIFUSIÓN

La capacidad comunicativa de la imprenta se potenció con la aparición de los Estados nacionales y el surgimiento de la esfera pública. Incluso en países como México, donde la comunidad de lectores no era muy amplia, fue notable el incremento del número y variedad de las publicaciones puestas a disposición de aquélla. Es bien conocido el papel desempeñado por los escritos de los ilustrados europeos en la formulación de la crítica de las instituciones de antiguo régimen y en la conformación de una conciencia autonomista entre las élites novohispanas. Durante la guerra de Independencia la prensa política tuvo una presencia destacada, así como la edición de panfletos. En las décadas siguientes se extendió la prensa nacional y, en los distintos estados de la república, circularon periódicos locales. Los núcleos intelectuales y científicos, de reciente formación, contaron con publicaciones propias, abriendo paso a la edición de revistas y boletines incipientemente especializados, mientras en el terreno literario cobró vida la literatura de folletín. El cuento y la novela corta cedieron algún espacio a textos de mayor volumen, a menudo publicados por entregas en los periódicos.

Entre las publicaciones periódicas del siglo XIX las revistas literarias ocupan un lugar relevante, obviamente porque documentan la historia de este campo, pero también por el hecho de testimoniar la vida intelectual del país. Éstas, además de literarias, fueron revistas culturales en sentido amplio, y por tanto, son ahora fuente valiosa para el conocimiento del pensamiento decimonónico, la recepción de las ideas y el despliegue de las corrientes estéticas en un medio donde aún no se constituían los distintos saberes en especialidades diferenciadas, y el préstamo, la mezcla de ideas y enfoques, así como la trashumancia disciplinar eran moneda corriente.

Este capítulo estudia los círculos y publicaciones literarios, ponderando el papel que desempeñaron en la recepción y difusión del pensamiento moderno. Se propone trascender la simple distinción

entre las corrientes nacionalista (la Academia de Letrán, el Liceo Hidalgo, la novela de la Revolución, etcétera) y cosmopolita (el modernismo, los Contemporáneos) de la literatura mexicana, bajo el criterio de su aceptación o no de los cánones foráneos, como si la primera estuviera ensimismada en lo autóctono y la segunda viviera de cara al exterior. En esta línea, se planteará cómo algunas de las publicaciones literarias que expresaron tempranamente esta óptica nacionalista estuvieron abiertas a las tendencias estéticas de la otra orilla del Atlántico, e hicieron de las traducciones y los comentarios a la obra de los escritores más notables una práctica habitual.

Las revistas iban dirigidas a una comunidad de lectores pequeña, pero en crecimiento. Buscaron en el público femenino a un nuevo interlocutor —*El Iris* cedía un espacio a la "moda", e incluso *El Renacimiento* publicó las contribuciones de varias poetisas—, además de reservar varias páginas a la política, de mayor interés para los lectores masculinos.[1] En cualquier caso, pusieron a disposición de un público culto amplios campos del conocimiento abordados por los mejores autores mexicanos o, cuando fue necesario, la reproducción y la traducción directa de materiales de interés escritos en otras lenguas.

Los círculos literarios

El Colegio de Letrán articuló al núcleo de eruditos y literatos formado por Manuel Tossiat Ferrer, José María y Juan Nepomuceno Lacunza, y Guillermo Prieto. El nombre con que se conoció a este círculo fue Academia de San Juan de Letrán, la que a partir de junio de 1836 abrió sus puertas a cualquiera que cumpliera el trámite de someter un texto en prosa o verso a la consideración de sus colegas escritores. Rápidamente creció esta membresía informal compuesta por poetas, científicos y periodistas a los que vinculaba el ejercicio de la pluma y el gusto por la conversación culta. Al cabo de un mes se nombró a don Andrés Quintana Roo (1787-1851) su presidente perpetuo, quien trajo a cuento el tema patrio

[1] En un juicio un tanto exagerado, sin sustento estadístico alguno, Galí Boardella (2002a, p. 30) afirma que en la primera mitad del XIX "las mujeres se convirtieron en el principal grupo de lectores".

en su "Oda al 16 de septiembre", en la cual presentó como forjadores de la nación a Hidalgo, Morelos y Guerrero:

> ¿Y qué, cuando llegado se creía
> de redención el suspirado instante,
> permites, justo Dios, que ufana cante
> nuevos triunfos la odiosa tiranía?
> el adalid, primero,
> el generoso Hidalgo, ha perecido,
> el término postrero
> ver no le fue la obra concedido;
> mas otros campeones
> suscita que rediman las naciones
> [Martínez, 1984, pp. 23-24].

Manuel Carpio y José Joaquín Pesado se internaron en la historia bíblica, mientras la sorpresa y el enojo se apoderó de varios cuando un joven de veinte años, espigado y de rasgos indígenas, comenzó su intervención con la frase "No hay Dios", lo que le valdría el epíteto de "Voltaire mexicano": era Ignacio Ramírez.[2] Tossiat Ferrer leyó "Los recuerdos", "La idea del dolor", "El crepúsculo de la tarde", "A la Alameda" y "El marinero", poemas sencillos que hablan de la naturaleza y los sentimientos. José María Lacunza (1809-1869) dio a conocer "Al matrimonio", "Adiós a la patria", "Las estrellas", "La melancolía", "Al cementerio de Santiago", "Pensamientos" —escrito en prosa— y la novela corta "Netzula".[3] Dios, el amor y la patria fueron tópicos recurrentes en sus versos: "México, en donde hizo nacer fortuna mi primera risa como flor divina, mi primer llanto cual primera espina, adiós, oh dulce cuna" o "mas en ti ¡oh patria! fiero el conquistador mandó a la guerra matar aun el

[2] Ramírez (1818-1879) nació en San Miguel el Grande, Guanajuato. Su padre fue un liberal de la generación de Gómez Farías y Mora. A los dieciséis años estudió francés en la cátedra de artes del Colegio de San Gregorio. Continuó su formación en el Colegio de Abogados, graduándose en la Universidad Pontificia Nacional en 1845.

[3] José María Lacunza pisó las aulas del Colegio de San Ildefonso. De él se conservan unas breves notas de uno de los cursos de derecho. Al respecto véase "Consultas y apuntes de cuestiones jurídicas hechas por [José María] Lacunza, José María del Valle y J.M. Morlán en el Colegio de San Ildefonso", V-VI.1834, AHUNAM-CESU, ramo Rector, subramo Vida Académica, serie Noticias de Cátedra y Sistema de Enseñanza, c. 56, exp. 60, doc. 201.

recuerdo, e invocando de Dios el nombre santo, hasta el abismo del olvido lanzar quiso tus días" (*El Año Nuevo*, 1994-1996, vol. I, p. 178; vol. IV, p. 11).[4] Su hermano Juan Nepomuceno (1812-1843) presentó "El lago de Texcoco", "El sueño", "La resolución" y "La piedad", provistos de contenidos como el amor, la muerte, el sueño, la pasión y la naturaleza.

"Netzula" (1832) es una historia de amor donde el pasado mexicano se presenta como defensa de la patria india contra la conquista española. Netzula, hija de un viejo guerrero, es comprometida en matrimonio con Oxfeler, "general del ejército de la América", ignorando que se trata del mismo hombre que salvó a su madre, al cual admira y ama. Los valientes hombres del Anáhuac libran una lucha desigual con "los hijos de la España", defendiendo la libertad que pretende arrebatarles el opresor extranjero, hasta que sucumben. Al final del texto, Oxfeler yace moribundo y la joven descubre que se trata del noble guerrero con quien debería casarse; aunque ya es demasiado tarde, abriga la certeza de que en la otra vida realizarán su amor:

> Pues no he podido acompañarte en mi vida, exclama ésta, te seguiré a lo menos al sepulcro. Procura incorporarse: en vano; toda su fuerza la ha abandonado: los españoles llegan en este instante: su espada completa la destrucción de la batalla: los deseos de Netzula están cumplidos: su sangre se ha mezclado a la del jefe del Anáhuac [*El Año Nuevo*, vol. I, p. 52].[5]

Payno leyó ante el selecto auditorio de la Academia dos poemas y un cuento: "La huérfana", "Recuerdos de ventura" y "María". Éste, que evoca el alma de lord Byron y la imaginación de Friedrich von Schiller, tiene como marco la guerra de Independencia: el esposo de Dorotea y padre de María "murió peleando por su país como un

[4] Para un listado de los contenidos de esta publicación véase Alegría de la Colina (2001).

[5] Posteriormente, en un escrito a propósito de las "sacerdotisas aztecas", Lacunza declaró muerta tanto a la cultura como la religión de los antiguos mexicanos. Escribe disculpándose: "...hemos querido sólo hacer un trabajo moral, semejante al de los naturalistas, que por los restos de una osamenta desenterrada de las capas que cubren nuestro globo, describen el cuerpo del animal de raza extinguida". "Sacerdotisas, religiosas aztecas. Papel que tuvieron las mujeres en la religión de los indios de México antes de la conquista española", *El Año Nuevo*, 1865, p. 36. Agradezco a Érika Pani haberme llamado la atención sobre este texto.

héroe; pero murió como soldado" (*El Año Nuevo*, vol. III, p. 168). La mala fortuna orilló a ambas mujeres a retirarse a un "sitio lejano y solitario", el puerto de Soto la Marina en Tamaulipas, pues nadie les tendió la mano para ayudarlas, salvo Agustín de Iturbide, quien en alguna ocasión salvó de la muerte al marido de Dorotea y, en otra, evitó que la joven fuese deshonrada. Por ello, el prócer "había sido para María un objeto de adoración interior, de un culto puro: lo amaba desinteresadamente por uno de aquellos movimientos naturales del corazón" (p. 174). El azar las volvió a colocar en la senda del emperador; desgraciadamente, ahora camino a su ejecución. En este momento el autor reflexiona, trae a cuento el legado de Iturbide y convoca al pueblo, a sabiendas de que ya todo es inútil: "Mira, el hombre al que llevan al suplicio es el mismo que te quitó las cadenas: corre, libérale de sus asesinos" (p. 182). Con el tiempo, hija y madre morirían del dolor que la pérdida del caudillo de la Independencia les causó.[6]

Ya poseedor de un prestigio local y nacional, Fernando Calderón llegó a la ciudad de México en 1837, deportado de Zacatecas por su filiación política.[7] La Academia de Letrán lo acogió de buen grado y escuchó sus poemas líricos "El soldado de la libertad" y "El sueño del tirano". Aquél, imitación de la "Canción del pirata" de José de Espronceda, ve en la lucha armada el medio para alcanzar la libertad:

> Entre hierros, con oprobio
> gocen otros de la paz;
> yo no, que busco en la guerra
> la muerte o la libertad
> [Calderón, 1999, p. 34].[8]

[6] Acevedo (2001) indica que la plástica en torno a la figura de Iturbide fue abundante.

[7] Calderón (1809-1845) nació en Guadalajara, publicó su primer libro a los diecinueve años de edad y sus obras fueron reeditadas en varias ocasiones. Autor de los dramas *Zadig*, *Zeila o la esclava indiana*, *Armandina*, *Los políticos al día*, *Ramiro, conde de Lucerna*, *Ifigenia*, *Hersilia y Virginia*, *Reinaldo y Elina*, *El torneo*, *Herman o la vuelta del cruzado*, *Ana Bolena*, *A ninguna de las tres* y otros más. Este último, réplica a la famosa comedia de Manuel Bretón de los Herreros (1796-1873), *Marcela, o ¿a cuál de las tres?* (1831), adoptó una vertiente nacionalista al caricaturizar los modales europeizantes, criticar la educación hogareña, el provincianismo y los excesos románticos (Monterde en Calderón, 1993, pp. VII y ss).

[8] El pirata, perseguido por la ley, desafía a la muerte en aras de la libertad: "Que es mi barco mi tesoro,/ que es mi dios la libertad,/ mi ley la fuerza y el viento,/ mi única patria la mar" (Lloréns, 1989, p. 481).

Contrasta con la recompensa al valiente guerrero, el castigo infligido al opresor en el otro poema. Al enfrentar la muerte se hizo el recuento de su trayectoria. Arder en el Infierno, cargar con la culpa de las malas acciones, el desprecio del prójimo, era su ineludible destino. Incluso en ese trance la posición del soldado sería mejor: una vida digna conducía a una muerte feliz. Escuchemos el suplicio del tirano:

> Mas no, que ya dada
> está su sentencia;
> en vano clemencia
> demanda su voz;
>
> ¡Ya tiene con fuego
> marcada la frente
> del vil delincuente
> la mano de Dios!
> [p. 40].

Distinguiéndose de Calderón, quien extrajo sus temas literarios de la historia universal, Ignacio Rodríguez Galván nutrió su poesía con episodios precolombinos y virreinales.[9] Ingresó en 1836 o 1837 en la Academia de Letrán, de la que fue uno de sus más asiduos concurrentes, con la lectura del poema "El tenebrario". En "La profecía de Guatimoc", tal vez su texto más recordado, rompe la calma de Chapultepec la figura lacerada del héroe prehispánico, haciendo exclamar al poeta: "Maldigo a tu asesino y a la Europa, la injusta Europa que tu nombre olvida" (Rodríguez Galván, 1994, I, p. 122). A pesar de la simpatía expresada, la respuesta del emperador mexica no da lugar a la conmiseración:

> ¿Lloras, pueblo infeliz y miserable?
> ¿A qué sirve tu llanto?
> ¿Qué vale tu lamento?
> Es tu agudo quebranto

[9] Rodríguez Galván (1816-1842) nació en Tizayuca. Por sí mismo aprendió francés, inglés e italiano y tomó clases de latín. Su hermano Antonio editó sus obras en 1851, después que aquél muriera de vómito negro en La Habana, en tránsito hacia Sudamérica con un destino diplomático.

para el hijo de Europa inaplacable
su más grato alimento
[I, p. 127].

Fernando Tola de Habich (en Rodríguez Galván, 1994, I) califica al diálogo entre Guatimoc y el escritor como el más desgarrado y realista modo de confrontar la visión mestiza de la Conquista, la cual exigía venganza ante la usurpación, con la conciencia de la derrota expresada por el guerrero indígena. Derrota sí, pero asumida con dignidad y aplomo, la misma con que el soldado insurgente enfrenta la prisión en San Juan de Ulúa:

Por liberar a su patria
del español orgulloso,
en castillo tenebroso
se le condenó a gemir
[I, p. 26].

Amplitud y dispersión son dos de los rasgos más salientes de la producción intelectual de Guillermo Prieto, que incluyó diversas disciplinas y géneros: poesía, crónica costumbrista, teatro, historia patria, economía, memorias, etcétera.[10] *El Museo Mexicano* le publicó en 1843 "El marqués de Valero", una historia sentimental que tiene como trasfondo la podredumbre del gobierno colonial. La novela narra el asedio amoroso del mismísimo virrey de la Nueva España, don Baltasar de Zúñiga Guzmán Sotomayor y Mendoza, a la cautivadora Lucesita Ruiz, esposa del capitán Nicolás José Camacho. La frívola muchacha le juega una mala pasada al militar y cede a la seducción del noble y poderoso pretendiente que, por si fuera poco, intenta matar a su rival con la ayuda de otras espadas. Tras el despojo, un colega de armas intenta consolar al marido burlado con palabras de aliento que anticipan los

[10] Prieto (1818-1897) nació en la ciudad de México. Perdió a su padre a la edad de trece años, viéndose en la necesidad de trabajar para ganarse el sustento y el de su madre. Ya adolescente, se inscribió en el Colegio de Minas para cursar francés, continuando sus estudios en el Colegio de San Juan de Letrán. Alternó su oficio literario con el periodismo y la función pública (varias veces fue titular de Hacienda). Entre 1848 y 1897 participó en veinte legislaturas, representando varias veces al Distrito Federal, además de los estados de Guanajuato, San Luis Potosí, Querétaro, Jalisco y Puebla. Desde 1868 fue miembro honorario de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.

mejores diálogos del cine de charros: "...la mujer quiere desprecio, capitán: todo el llanto de las hijas de Eva no vale la ceniza del puro de un valiente; tocar a olvido, y amor con amor se cura, como dijo el otro" (1985, p. 174). La perfidia del virrey llega a tal punto que lo hace encerrar en San Hipólito, declarándosele loco. Cuando sale del asilo, el capitán intenta infructuosamente matarlo. Finalmente el loco se desquita: asesina a su todavía esposa y se roba a la hija que ésta procreó ilícitamente con el marqués.

Fidel presentó en la Academia de Letrán las poesías "A un sabino de Chapultepec", "A mis padres", "Las pasiones", "¿Cómo será el mar?", "A la invasión de los franceses", "La confianza del hombre en la religión", "La inmortalidad", y una más sin título.[11] "A un sabino de Chapultepec" trae a cuento el acontecimiento de la Conquista, enfocada desde una óptica negativa, y al emblemático emperador mexica:

Tal vez tú eres monumento
de la hora en que el mejicano
oyó en el trueno lejano
el anuncio de la opresión

Quizá mirando a tu cima
juró Guatimoc el fuerte,
o dar al tirano muerte,
o perecer con valor
[*El Año Nuevo*, 1994-1996,
vol. I, p. 9].[12]

El Liceo Hidalgo (1849-1888), presidido en sus comienzos por Francisco Granados Maldonado, fue sucesor de la Academia de Letrán y cuna de la segunda generación del romanticismo literario mexicano. Entre otros importantes intelectuales, fueron socios Guillermo Prieto, Ignacio Ramírez, José María Roa Bárcena, José

[11] Cuando *La República* abrió en 1890 una consulta para determinar quién era el poeta más popular del país, Fidel superó con mucho a Juan de Dios Peza y Salvador Díaz Mirón (McLean, 1998).

[12] Prieto, como otros de sus colegas de la Academia de Letrán, recibió los comentarios críticos del conde de la Cortina vertidos en el *Examen crítico de algunas de las piezas literarias contenidas en el libro intitulado El Año Nuevo* (1837). El científico elogió al autor por su imaginación, a la vez que le censuró la falta de estudio de la lengua y la insuficiente reflexión (Rodríguez, 2001).

Tomás de Cuéllar, Francisco Zarco, Francisco González Bocanegra, Vicente Riva Palacio, José Martí, Ignacio Manuel Altamirano, Antonio García Cubas, Francisco Pimentel, Francisco Sosa, José María Vigil, Justo Sierra y Manuel Acuña.[13]

Francisco Zarco lo encabezó a partir del 1° de junio de 1851, año en que fue electo diputado suplente por Yucatán.[14] Con motivo de su toma de posesión, disertó sobre el objeto de la literatura, en discurso recogido por *La Ilustración Mexicana*, abogando por su universalidad e independencia. Para el periodista, el ejercicio de las letras significaba alzarse sobre los vicios y otros defectos, presentarlos reflexivamente al lector bajo la forma de una obra, dispuesta con belleza y mediante una representación procesada por la moral. El objeto de la práctica literaria sería entonces: "...enseñar sin pretensiones; corregir sin aire autoritario; dar reglas de moral y de sabiduría sin erigirse en legislador" (1980, p. 227). Dotada de estos principios, México pronto podría tener una literatura propia, acorde con los postulados filosóficos de la época, cosmopolita. La crítica, indispensable para el desarrollo literario, debería ser imparcial, leal y ponderada. Liberal congruente, rechaza que este ejercicio creativo deba recibir subvención estatal, porque "el favor debilita, la protección corrompe, y el genio se degrada y se envilece cuando consiente ser parásito del poder" (p. 242).

La búsqueda de una literatura nacional también estuvo en la agenda de escritores conservadores como Francisco González Bocanegra (1824-1861) y José María Roa Bárcena. El primero, autor de la letra del Himno Nacional, poeta de vena erótica y de inspiración patriótica, escribió el drama *Vasco Núñez de Balboa*. En 1850 leyó en el Liceo Hidalgo el discurso "La poesía nacional", el cual atribuía a Juan Ruiz de Alarcón la creación de la literatura mexi-

[13] Domingo Villaverde, Fernando Orozco y Berra, Marciano María Moralí, Marcos Arróniz, Juan Suárez y Navarro, Emilio Rey, José María Tornel, José Galindo, Mariano G. García, José María Rodríguez y Cos, Hilarión Frías, Telésforo García, Gustavo Baz, Juan de Dios Peza, Santiago Sierra, Manuel Rivera Cambas, Jorge Hammeken y Mexía, José Peón y Contreras y José López Portillo y Rojas, también estuvieron en el Liceo (Perales Ojeda, 2000).

[14] Zarco (1829-1869) nació en Durango. Estudió en el Colegio de Minas, donde aprendió inglés, destreza que le permitió entrar como meritorio en la sección de traducciones del Ministerio de Relaciones Exteriores, haciendo carrera bajo la tutela de Luis de la Rosa. Suscribió el Plan de Ayutla y, siendo diputado por su estado natal, publicó la *Historia del Congreso Constituyente de 1857*. Colaboró también en los anuarios de Ignacio Cumplido.

cana. Roa, partidario de Maximiliano —lo que le acarreó una condena en prisión por dos años al concluir la intervención—, socio de la Academia Imperial de Artes y Literatura, fue miembro fundador de la Academia Mexicana de la Lengua.[15]

Altamirano encabezó el Liceo Hidalgo en su segunda época.[16] En agosto de 1875 se debatió en la institución el derecho de huelga. Guillermo Prieto e Ignacio Ramírez, además de Francisco Pimentel y Manuel Cervantes, llevaron la discusión. Fidel consideraba al capitalista y al obrero propietarios de mercancías que concurrían al mercado, sujetas a la ley de la oferta y la demanda. En esa medida, cada cual podía decidir si aceptaba o no el precio que se le ofrecía por su mercancía. Con dicha premisa fundamentó el derecho de huelga: "...la libertad de buscar otro mercado de trabajo, y otro obrero el capitalista, son los contrapesos naturales del armonismo de los intereses" (Prieto, 1995, XXV, p. 111). En dos artículos publicados en la *Revista Universal*, Altamirano destacó las virtudes de la asociación y sentenció que los principios de libertad e igualdad carecerían de bases sólidas si dejaban de lado el progreso de las clases trabajadoras. Con motivo del aniversario de una sociedad mutualista de la ciudad de México, el escritor tixtleco expuso su postura en relación con el asociacionismo trabajador.[17] Sin salirse de la perspectiva liberal de Ramírez y Prieto contraria a gremios y cofradías, adelantó la idea de que la formación de sociedades de auxilios mutuos y cooperativas, que consideraba hijas del socialismo, resultaba benéfica no sólo para artesanos y obreros, sino también para el país. Una democracia como la mexicana, cuyo soporte social era el pueblo, "el único soberano", no podía permitir la desorganización de las

[15] Roa nació en Jalapa. Colaboró en *La Cruz*, *El Eco Nacional*, *La Sociedad* y *El Renacimiento*; ganó notoriedad por sus novelas (*La quinta modelo*, 1857), poesía (*Poesías líricas*, 1859), relatos (*Leyendas mexicanas*, 1862) y cuentos ("Una noche de raso", "Lanchitas", 1878), este último iniciador de la narrativa mexicana de suspenso (Oviedo, 1997, p. 93).

[16] Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893) nació en Tixtla. Fue becario y después empleado de la biblioteca del Instituto Científico y Literario de Toluca, donde fue a completar su educación, que incluyó el aprendizaje del latín, el francés y el inglés. Allí conoció a Ignacio Ramírez, entonces catedrático de derecho, quien influiría decisivamente en su formación. Ingresó en la carrera de Jurisprudencia del Colegio de San Juan de Letrán en 1854, la cual interrumpió para adherirse a la revolución de Ayutla. En 1858 abandonó definitivamente la institución. Nunca se recibió de abogado.

[17] "Discurso pronunciado por el licenciado Ignacio Manuel Altamirano en la celebración del segundo aniversario de la Sociedad de Socorros Mutuos de Impresores", *La Firmeza*, 13 de febrero de 1875.

"clases pobres que forman en todas partes la mayoría". Su articulación sería el mejor apoyo para las instituciones republicanas.

Altamirano tal vez fue el primero en llamar "novelas sociales" a la narrativa de Pantaleón Tovar, José Rivera y Río, Nicolás Pizarro Suárez[18] y Juan Díaz Covarrubias.[19] Pizarro enfocó su obra a la realización de los ideales patrios, y subordinó su prosa a una didáctica social y política comprensible por el gran público. Amalgamó el liberalismo con el primer socialismo, sobre todo el de Charles Fourier, sustentando su propuesta social en la filosofía de la naturaleza y el espiritualismo. Su reflexión social corrió por tres líneas: la cooperación, fundamentada en principios asociativos y condición de posibilidad de la regeneración futura; el orden liberal, formalizado en la Constitución de 1857, marco general en el que según él se inscriben la libertad, la igualdad y la justicia; la reforma moral, modificadora de pautas y valores, que harán posible cimentar la convivencia bajo nuevas bases.

El mundo editorial

Benedict Anderson (1993) ha subrayado el papel del periódico y la novela en la representación de la nación.[20] *La Gaceta de México* inició en el siglo XVIII la prensa periódica en Nueva España, pero fue en el XIX cuando ésta se expandió (en 1805 comenzó a circular el *Diario de México*) con la aparición de revistas culturales, ya fueran humorísticas, literarias, científicas o misceláneas, muchas veces ilustradas.[21] *El Periquillo Sarniento* se editó en 1816, y en la

[18] Pizarro (1830-1895) nació en la ciudad de México. Tuvo cargos en las secretarías de Relaciones Exteriores y de Justicia, y fue magistrado y representante popular ante el Congreso.

[19] Díaz Covarrubias (1837-1859) estudió medicina. Su narrativa incluye *La sensitiva, Gil Gómez, el insurgente, La clase media. Novela de costumbres mexicanas*, publicadas en 1859, y *El diablo en México*, obra póstuma escrita en 1858 e impresa dos años después. Fue asesinado en la masacre de Tacubaya del 11 de abril de 1859. Fuera de este grupo, el dramaturgo Alberto G. Bianchi (¿1850-1904?) abordó la condición trabajadora en las piezas teatrales *Los martirios del pueblo* (estrenada en 1876) y *Vampiros sociales* (escenificada en 1887). Autor también de *Versos* (1878) y de *Los Estados Unidos: descripciones de viaje* (1878).

[20] Representación en el sentido de sustituir con una imagen a un objeto ausente, como señala Chartier (2000).

[21] Entre 1830 y 1850 se introdujo en México el diseño gráfico moderno (Fernández Hernández, 2001).

década de 1830 proliferó la novela corta, culminando la narrativa de la primera mitad del siglo con *El fistol del diablo* (1845-1848). Después de la Reforma el género parece haberse consolidado, nutriéndose de los episodios históricos de la época (la independencia nacional, las guerras contra las potencias extranjeras, la adopción de la doctrina y el orden liberal, el debilitamiento de las corporaciones, la extensión de la ciudadanía y el surgimiento de la sociedad civil), así como de los proyectos de sociedad futura imaginada por pensadores y artistas, empeñados en difundir valores, enseñar y adoctrinar a la población y combatir ideológicamente a los considerados enemigos de la nación. Tuvo por destinatario a un público relativamente amplio: la primera edición de *Calvario y Tabor* de Vicente Riva Palacio, por ejemplo, constó de seis mil ejemplares y se agotó en un mes. Este hecho, complementado con el previsible préstamo de los cuadernillos a otras personas y la práctica corriente de la lectura en voz alta, permite estimar que durante el primer año de circulación el manuscrito fue conocido por más de treinta mil personas (Ortiz Monasterio, 1994).[22]

La imprenta y los oficios desarrollados en torno a ella vivieron una expansión en el siglo XIX, no obstante que la economía posiblemente permaneció estancada, lo cual podría ser un indicio del crecimiento de la cultura letrada: mientras en 1794 la imprenta representaba el 1 por ciento del total de giros industriales de la ciudad de México, hacia 1865 la proporción ascendía al 3 por ciento (Illades, 2001). Los registros fiscales de ese último año consignan veintiuna imprentas tipográficas, entre las que se destacaba por sus mayores posibilidades económicas la de Andrade y Escalante (cuadro 1).[23]

[22] En el género histórico también hubo obras que rebasaron los pequeños tirajes o que se editaron varias veces. Es el caso del *Compendio de historia de México para el uso de los establecimientos de instrucción pública de la República Mexicana* de Manuel Payno, cuya octava edición corrió a cargo de la Imprenta de Francisco Díaz de León en 1886, y del *Catecismo elemental de historia de México desde su fundación hasta mediados del siglo XIX, formado con la vista de las mejores obras y propio para servir de texto a la enseñanza de este ramo en nuestros establecimientos de instrucción pública* de José María Roa Bárcena, reeditado por sexta ocasión en 1888 por la Imprenta de Francisco Díaz de León. Las *Lecciones de historia patria*, escritas por Prieto para los alumnos del Colegio Militar, texto de lectura obligatoria en la Escuela Nacional Preparatoria y en los colegios de instrucción superior del país, se editó por quinta vez en 1896.

[23] Paralelamente al esfuerzo de las privadas, instituciones públicas como el Técpam de Santiago Tlatelolco, dependiente del ayuntamiento de la ciudad de México, o la Imprenta del Gobierno en Palacio publicaron manuscritos.

Cuadro 1
IMPRENTAS TIPOGRÁFICAS

Propietario	Calle	Impuesto mensual (pesos)
Miguel Zornoza	Águila	4.00
Lino Casillas	R. de Santa Catarina	0.50
Luis G. Inclán	Cerca de Santo Domingo	5.00
José Mariano [F. de] Lara	Palma	6.00
Andrade y Escalante	Tiburcio	8.00
Mariano Villanueva	Ortega	6.00
Testamentaría de [M.] Murguía	Puente Quebrado	7.00
Manuel Fernández Redonda	Capuchinas	2.00
Juan Lagarza	Cerrada de Jesús	0.50
Carlos Barres	Don Juan Manuel	3.00
Joaquín Moreno	Cordovanes	7.00
Manuel Castro	Escalerillas	0.50
Luis Abadiano y Valdés	Escalerillas	1.00
Ignacio Loris	Cerrada de Santa Teresa	0.50
Testamentaría de [V.] Segura	Perpetua	6.00
José María Aguilar	Santo Domingo	1.00
Juan N. del Valle	San Pedro y San Pablo	0.75
Ignacio Cumplido	Rebeldes	2.00
Cecilio Salazar	San Juan	0.50
M.G.*	Del Parque de la Moneda	2.00
______**	Santo Domingo	2.00

Fuente: "Calificación de establecimientos industriales", 1865, AGN, Padrones, c. 4, f. 14.
* Ilegible.
** Sin nombre.

La litografía, que como dijimos fue introducida en México por Linati y Franchini, hizo más atractivas y didácticas las publicaciones. En ese mismo año de 1865 había en la ciudad capital siete talleres litográficos legalmente registrados (cuadro 2). Aunque los oficios de impresor, litógrafo y encuadernador estaban claramente diferenciados, eran interdependientes, y confluían en el mundo de la edición: el novelista Luis Gonzaga Inclán y la Testamentaría de Murguía contaban a la vez con una imprenta y un taller de litografía.

Quince talleres de encuadernación estaban registrados en el padrón de contribuyentes de 1865 (cuadro 3).

Cuadro 2
TALLERES LITOGRÁFICOS

Propietario	Calle	Impuesto mensual (pesos)
Luis G. Inclán	San José del Real	1.00
Hesiquio Iriarte	Santa Clara	1.00
Jean Decaen	Coliseo Viejo	3.00
Manuel Rivera	Coliseo	1.00
Hipólito Salazar	Tlapaleros	1.50
Testamentaría de [M.] Murguía	Portal del Águila de Oro	2.00
T. Debray	Ángel	2.00

Fuente: "Calificación de establecimientos industriales", 1865, AGN, Padrones, c. 4, f. 48.

Cuadro 3
TALLERES DE ENCUADERNACIÓN

Propietario	Calle	Impuesto mensual (pesos)
Juan Vargas Machuca	Medinas	0.50
César Sirleti	San José el Real	0.25
Andrés Castillo y Compañía	Santa Clara	2.50
José Montes de Oca	Águila	0.25
Delanoé Hermanos	Puente del Espíritu Santo	2.00
Antonio Mancera	Cadena	0.50
Juan C. Gutiérrez	Tiburcio	0.50
Miguel Torner	Zuleta	2.00
Luciano Vázquez	Zuleta	0.25
José María Pruneda	Balvanera	0.25
Pedro María Rosado	Escalerillas	0.25
Pedro Vega	Santa Inés	0.25
Carlos G.*	Tacuba	2.00
Carlos Beck	San Francisco	2.00
Ricardo Sáenz	Plateros	2.00

Fuente: "Calificación de establecimientos industriales", 1865, AGN, Padrones, c. 4, f. 85.
* Ilegible.

Aunque frecuentemente mudaban de residencia, imprentas, talleres litográficos y de encuadernación como los de Manuel Mur-

guía, Ignacio Cumplido, Vicente Segura, Jean Decaen, José Mariano Fernández de Lara, Andrade y Escalante, Luis Abadiano y Valdés y Alexandre Delanoé funcionaban desde hacía varias décadas, según consta en los pies de imprenta de la folletería del periodo 1821-1853 y en los protocolos notariales (Giron, 2001; Reyna, 2001).

Las empresas de Mariano Galván Rivera e Ignacio Cumplido ilustran las vicisitudes del ramo durante el siglo XIX. En la década de 1820 Galván Rivera vendía libros en el Portal de Agustinos y tenía una imprenta en su casa-habitación de la calle de Alfaro. Para 1827 mudó imprenta y hogar a la calle de Cadena, donde permaneció al menos quince años más. Para ese momento enfrentaba situaciones económicas difíciles, a consecuencia de los adeudos del gobierno que tardaba en pagar los trabajos terminados o las dotaciones de papel que Galván le proveía, la pérdida de algunas remesas de libros, la escasa respuesta del público a sus iniciativas editoriales más ambiciosas y el fracaso de la revista literaria que patrocinó, lo cual lo obligó a contraer préstamos, hipotecar la imprenta y finalmente cederla a Vicente García Torres, editor de *El Monitor Republicano*. Con el tiempo también perdió casa y librería. Al finalizar la década de 1840 repuntó su negocio y, en 1863, formó parte de la junta de notables que se instaló durante la intervención francesa. Murió en 1876, ejerciendo aún el oficio (Solares Robles, 2001).

Para 1829 Cumplido tenía bajo su dirección la imprenta que publicaba el periódico yorkino titulado *Correo de la Federación*. Tres años después montó un taller propio en la calle de Zuleta, donde editó *El Fénix de la Libertad* y *La Aurora de la Libertad*. En 1840 su establecimiento ya estaba situado en la calle de Rebeldes, donde permanecería largo tiempo. Al año siguiente emprendió la edición de *El Siglo Diez y Nueve* que, con algunas interrupciones, se prolongaría cincuenta y cuatro años. En lo que respecta a las cuestiones técnicas, contrató al estadunidense Eduardo Nollan para que se hiciera cargo de la imprenta y adiestrara a los jóvenes aprendices. Cuatro años contó con sus servicios, compensados con un salario elevado y una habitación en el mismo taller. El periódico se imprimía en la calle de Hospital de Jesús y dispuso de la primera prensa de cilindros que hubo en el país, la cual posibilitó el aumento de los tirajes y la disminución de los costos. También se hizo de otros equipos modernos (Lombardo García, 1989; Reyna, 2001).

Entre otros títulos, la Imprenta de Abadiano y Valdés editó la revista *El Año Nuevo. Periódico semanario de literatura, ciencias y variedades* y el *Catecismo de la providencialidad del hombre*, de Juan Nepomuceno Adorno. Andrade y Escalante realizó la primera edición del *Catecismo elemental de historia de México* de Roa Bárcena. Galván Rivera publicó *El Periquillo Sarniento*, *El Año Nuevo. Presente amistoso*, *El Recreo de las Familias*, sus famosos calendarios, una edición mexicana de la Biblia de Vence, en veinticinco tomos, libros jurídicos y de cocina, además de un apreciable número de folletos sobre temas diversos; Cumplido, las revistas *El Mosaico Mexicano* y *La Ilustración Mexicana*, la traducción al castellano de la *Historia de México* de William H. Prescott, la Constitución de 1857, así como el *Compendio de gramática de la lengua española* de Nicolás Pizarro y muchísimos folletos; Castro, las novelas de Juan Díaz Covarrubias.

Este esfuerzo editorial fue acompañado por la actividad de impresores y litógrafos extranjeros que publicaron textos en lenguas distintas del español, para abastecer de información sobre todo a los inmigrantes y, en su caso, a los ejércitos de ocupación. A veces, mediante convenios o filiales en Estados Unidos y Europa, editaron libros, calendarios y folletos que se venderían en México.[24] María del Carmen Reyna (2001) consigna treinta y tres publicaciones de este tipo a lo largo del siglo XIX: diecisiete en francés, diez en inglés, cinco en alemán y una en italiano. Estos editores, al igual que los mexicanos, vendían libros, suscripciones y otros materiales de lectura en sus establecimientos. Escritores y pensadores como Heredia y Rhodakanaty realizaron traducciones o glosas de manuscritos de interés, y era común que en periódicos y revistas se diera a conocer a los autores europeos contemporáneos. En 1845 *El Siglo Diez y Nueve*, por ejemplo, abrió una sección dedicada a la literatura de folletín con la traducción de *Los misterios de París* de Eugéne Sue, ilustrada por Rafael de Rafael y, tres años después, una de anuncios bibliográficos europeos (Lombardo García, 1989). Altamirano informó en 1869 que *El hombre que ríe* de Victor Hugo, se podía

[24] Según el impresor Juan de Mata Rivera, el principal problema de la industria editorial mexicana era el alto costo del papel, lo cual hacía más cara la elaboración de un libro en México que su impresión en Francia y los correspondientes gastos de envío hacia nuestro país. "Una ley necesaria para el desarrollo de la imprenta", *El Socialista*, 23 de julio de 1871.

Cuadro 4
ARTESANOS ADULTOS QUE SABEN LEER

Oficio	Total	Leen	Porcentaje
Albañiles	191	14	7
Canteros	23	3	13
Carpinteros	155	51	39
Encuadernadores	10	6	60
Impresores y tipógrafos	20	20	100
Sastres	148	75	51
Sombrereros	24	12	50
Zapateros	162	52	31
Plateros	19	8	42
Talabarteros	21	10	48

Fuente: "Padrón de ciudadanos domiciliados en la ciudad de México que pueden servir el cargo de jurado", 1873, AHCM, Padrones, Municipalidad de México, 1842-1886, vol. 3416.
Nota: salvo por la inclusión de los encuadernadores, se seleccionaron los diez oficios numéricamente más importantes del cuartel mayor número 6, situado en el norponiente de la ciudad.

adquirir en la ciudad de México, tanto en su lengua original como en la edición castellana realizada por Manuel Valle.[25]

No sabemos hasta qué punto el desarrollo de la industria editorial incrementó el número de lectores, lo cierto es que puso a disposición del público libros de temas muy variados, compendios de leyes, revistas literarias, musicales,[26] científicas y de entretenimiento (o una mezcla de esos tres campos), periódicos y traducciones de textos clásicos y de moda. Aunque sería excesivo hablar de una masificación de la lectura, se puede pensar en un crecimiento y diversificación de los receptores de la cultura escrita, que incluía ahora a las clases medias y altas y a una porción del artesanado urbano (cuadro 4).[27] También se incorporó a las mujeres en este

[25] "Crónica de la semana", *El Renacimiento*, t. I, pp. 388-389; "Boletín Bibliográfico", *El Renacimiento*, t. I, p. 510.

[26] Entre otros periódicos musicales se publicaron *La Armonía* (1866-1867), *La Ópera* (1871-1873), *El Teatro* (1872-1873), *El Trovador* (1874), *El Mosaico Musical* (1878) y *La Historia Cantante* (1878-1879). Al respecto véase Moreno Gamboa (2002).

[27] En 1844 apareció el *Semanario Artístico*, publicación educativa dirigida a los artesanos y, a lo largo de la década de 1870, se desarrolló la prensa obrera, circulando, entre otros, *El Socialista* (1871-1888) y *El Hijo del Trabajo* (1876-1884).

contingente letrado, como destinatarias de algunas de las revistas literarias y de entretenimiento.[28]

Las revistas

Entre el 4 de febrero y el 2 de agosto de 1826 se editaron cuarenta números de *El Iris*, "periódico crítico y literario", en las prensas de la Imprenta del Águila. Inicialmente aparecía los sábados, y a partir del número 14, también los miércoles. Su distribución quedó a cargo de la propia oficina de la revista (calle de San Agustín número 13) y de las librerías de Recio, Ackerman, Valdés y Galván.[29] La suscripción trimestral costaba cuatro pesos en la ciudad de México; cinco y los gastos de envío en los estados de la república. La presentación de Heredia al primer número precisó el objeto (brindar un solaz agradable), identificó en las "personas de buen gusto" y "el bello sexo" a los destinatarios ideales, expuso los géneros que se acogería (poesía, teatro, biografía, ensayo, crónica), fijó el tipo y la temática de las ilustraciones, entre ellas litografías y partituras de música moderna, y la orientación ideológica de la revista.[30] Linati, Heredia y Galli redactaron prácticamente toda la publicación, permitiendo en ocasiones la incorporación de manuscritos de otros colaboradores. El autor cubano escribió poesía, ensayos y reseñas, así como todas las crónicas teatrales y traducciones, apoyado en su conocimiento del inglés, francés e italiano. Galli se encargó de la mayor parte de los ensayos e hizo reseñas y poesía. Linati escribió ensayo y poesía, además de ilustrar la publicación.[31]

Contra lo que después pensarían los viajeros extranjeros, en ese momento Europa no era para los editores de *El Iris* una influencia benéfica y un faro civilizatorio; por el contrario, representaba un elemento retardatario que introducía de nuevo la barbarie política.

[28] Para Gramsci (1967, pp. 152-153), "las mujeres pesan mucho en la selección del diario e insisten atraídas por las bellas e interesantes novelas".

[29] Manuel Recio fue un librero español que llegó a México en los primeros años de vida independiente. Instaló su negocio en el Portal de Mercaderes, donde vendía textos elementales importados de España y Francia (Reyna, 2001).

[30] "Introducción", *El Iris*, 4 de febrero de 1826, vol. I, p. 1.

[31] *El Iris*, vol. I, p. xxxix.

Obraba en sentido opuesto al sueño de la modernidad de hacer homogéneo al mundo, a imagen y semejanza del viejo continente, y de compartir la convicción de Alexander von Humboldt de que el progreso del mundo sería posible solamente si todos participaban de él.[32]

Linati comparó las repúblicas antiguas y modernas, concluyendo que el gobierno representativo desarrollaba de suyo todas las potencialidades humanas y permitía el desarrollo óptimo del cuerpo social.[33] Representó la tiranía en una siniestra imagen: vestida a la romana, con un báculo en la mano izquierda y el cráneo de Europa en la diestra, a la que le habla al oído un fraile mientras una bestia detiene un hacha. Un muro pertenece a la Inquisición. Un demonio deshoja un texto constitucional, las revistas liberales son quemadas. Arriba están escritos los nombres de las naciones sometidas. Atrás se observan los cuerpos inertes de sus víctimas ahorcadas, Hidalgo y Mina entre ellas. Al pie, un verso sentencia: "Entre superstición y fanatismo / La feroz tiranía mira sentada / Y con terror y mercenaria espada / Doquier siembra la muerte el despotismo".[34]

El litógrafo italiano, quien había sido carbonario, subrayó la importancia de las sociedades secretas en la regeneración de las naciones europeas. La Confederación Helvética, los Países Bajos e Inglaterra difícilmente habrían logrado las libertades que gozaban de no ser por por estas organizaciones clandestinas, anatemizadas por la Iglesia y los déspotas absolutistas. Incluso si hubieran alcanzado sus objetivos, estas sociedades debían mantenerse vigilantes ante la posibilidad de que sus adversarios volvieran a la carga. Sólo cuando floreciera en todos lados "el hermoso árbol de la libertad, sin que ningún enemigo intente cortar sus raíces, meditando su muerte, diremos que cesen todos los misterios, ya que no los debe haber entre hermanos".[35]

Ese tiempo estaba aún por venir y suponía capitalizar en provecho de la humanidad entera los logros científicos y tecnológicos de "la asombrosa progresión de las Luces". Linati no dudaba de

[32] Acerca de la noción de Europa como espacio mutable y la influencia de la periferia en la definición de sus fronteras, véase el magnífico ensayo de Ette (2003).

[33] "Civilización", *El Iris*, 11 de febrero de 1826, vol. I, pp. 9-11.

[34] *El Iris*, 15 de abril de 1826, vol. I, pp. 120-121.

[35] "Sociedades secretas", *El Iris*, 12 de mayo de 1826, vol. II, pp. 27-28.

que vivía en una época de progreso material, de rebasamiento de las viejas fronteras geográficas y culturales, gracias a la expansión de la navegación y el comercio; un proceso de universalización que abría por vez primera la posibilidad de una verdadera integración de toda la especie. Este vendaval de experiencias, riquezas y descubrimientos —sintetizados con los antiguos— ensanchó su mundo mental, y entonces "el globo no pareció más que un punto, que una patria común, cuyos beneficios por consiguiente lo eran también a todos sus habitantes".[36]

El significado de la independencia nacional y el peligro que la acechaba ocupó muchas páginas de *El Iris*. Por eso, según Heredia, debía continuamente recordarse al pueblo "las guerras sangrientas de la independencia", provocando una "mayor adhesión a sus principios" y permitiéndole "apreciar el valor de nuestras instituciones libres con la memoria de los esfuerzos y dolores que costó su adquisición de la patria".[37] La mirada política dirigida a las naciones americanas estaba imbuida del temor a una regresión semejante a la sufrida por Europa por la reinstauración absolutista. Galli advirtió el peligro que ésta entrañaba para las nacientes repúblicas: "...se encienden las mismas hogueras en que se forjaron los grillos a la Europa, para encadenar a la América".[38] Esta pretensión restauradora era absurda y antinatural, obedecía a un afán insensato, a "la demencia de querer hacer girar al revés la rueda de la Ilustración".[39] Con Linati y Heredia, sospechaba que España y la Santa Alianza no descartaban invadir México. Tres años después lo confirmaría la aventura del brigadier Isidro Barradas.[40]

Los temas y autores tratados en *El Iris* indican el interés por la cultura clásica —tanto el helenismo como las antigüedades de Medio Oriente, conocidas fundamentalmente a través de los relatos de viajeros—, así como por la civilización mesoamericana; la poesía clásica y romántica, sobre todo la inglesa, y la narrativa gala; la mú-

[36] "Civilización", *El Iris*, 3 de junio de 1826, vol. II, p. 78; cursivas en el original.

[37] "Introducción", *El Iris*, 4 de febrero de 1826, vol. I, p. 2.

[38] "Historia contemporánea", *El Iris*, 4 de marzo de 1826, vol. I, p. 42.

[39] "Europa", *El Iris*, 20 de mayo de 1826, vol. II, p. 41.

[40] Claudio Linati, "Los enemigos de fuera amenazan la independencia" y "¿El peligro está próximo o remoto?", *El Iris*, 3 y 7 de junio de 1826, vol. II, pp. 75-77 y 81-82; José María Heredia, "Rumores de invasión", *El Iris*, 22 de abril de 1826, vol. I, pp. 121-122. Para una historia de los intentos metropolitanos por recuperar México véase Sims (1984).

sica, la divulgación científica, las noticias sobre los países europeos, y la política internacional y mexicana. Linati destacó la pintura de Luis David, su mentor, llamándolo "el Rafael de la Francia"; Galli y Heredia, la literatura de ese país.[41] El poeta cubano lamentó que únicamente se conocieran en México los grandes nombres de las letras francófonas (Corneille, Racine y Rousseau), pero no los escritos de Chernier, Ducis y Lebrun. Recomendaba a los lectores dejar de ser timoratos y ensanchar "la esfera de nuestras ideas más allá de los límites que conocemos, para lanzarnos en la región de las cosas posibles, y buscar en ella nuevos títulos a la gloria".[42]

Heredia habló también de George Gordon Byron y Thomas Campbell. A su juicio, lord Byron era el mayor de los poetas ingleses contemporáneos. No le gustaban la excentricidad y la moral del escritor: admiraba su poesía. Lo veía alejado del canon clásico y abierto al genio de su propia fantasía, ágil en saltar de un tema a otro, en cambiar de tono y estilo. Esta pericia deslumbró al poeta isleño, que sabía de memoria sus versos, comprendía su dolor interior y compartía su espíritu libertario.[43] Campbell, reposado, estudioso y modesto, poseía una escritura delicada y sobria, no cultivaba el exotismo como Byron, cantaba a la vida doméstica y campestre.[44] Hizo además una reseña crítica de las *Poesías* (1826) del joven jalapeño Joaquín María del Castillo y Lanzas. Le reconoció facultades, a la vez que desaprobó la ligereza con que hablaba de cuestiones íntimas y notó constantes incorrecciones estilísticas: falta de armonía en la versificación, impureza en el lenguaje, afrancesamiento en el fraseo, falta de claridad. Aprovechó también para definir su concepción de este género literario: "la poesía en el fondo consiste en la fuerza y belleza de los sentimientos e imágenes".[45]

Cuando Linati comentó las impresiones del viaje que el arquitecto italiano Francisco Vecelli hizo a la Isla de Sacrificios en 1825

[41] Claudio Linati, "Necrología", *El Iris*, 18 de marzo de 1826, vol. I, p. 68; Florencio Galli, "Literatura francesa", *El Iris*, 29 de abril de 1826, vol. I, p. 132. Según este último, la "Francia literaria" era mucho más que la "Francia política".

[42] José María Heredia, "Literatura francesa moderna", *El Iris*, 8 de abril de 1826, vol. I, p. 98.

[43] "Poetas ingleses contemporáneos. Lord Byron", *El Iris*, 25 de febrero de 1826, vol. I, pp. 26-31.

[44] "Poetas ingleses contemporáneos. Tomás Campbell", *El Iris*, 17 de mayo de 1826, vol. II, pp. 33-36.

[45] "Revisión de obras", *El Iris*, 7 de junio de 1826, vol. II, p. 83.

y, en particular, los objetos prehispánicos que compró, impresos por aquél en una litografía, planteó el asunto de la influencia de etruscos y chinos en la civilización mesoamericana: "...no se sabe, ni hay datos para creer que estos pueblos, antes de la Conquista puedan haber tenido relaciones y heredar conocimientos de los europeos ni de los asiáticos".[46] Lo interesante aquí no es señalar la errada apreciación del litógrafo, sino la carencia de herramientas para penetrar en una civilización prístina y, en consecuencia, la obligada referencia a lo que es familiar o, al menos, conocido a través de los registros.

El lugar que Linati otorga a estos hallazgos se encuentra en los extremos de su cultura (Roma y Etruria), y el más remoto en el espacio y el tiempo: China. En el primer caso se podría tratar tanto de una analogía como de una manifestación de simpatía: los etruscos llegados del norte de la península Itálica dominaron Roma durante el siglo VI a.C. y definieron su evolución posterior (a ellos deben los romanos el nombre de su ciudad y el alfabeto). ¿Por qué no extenderían también su influencia hacia México? El Lejano Oriente estaba en las antípodas geográfica y cultural de Europa: lindaba con lo desconocido y encarnaba lo exótico, distante y ajeno, aunque asimilado parcialmente por la conciencia occidental que, en el siglo XIX, desplegó una fascinación por Asia equivalente a la experimentada en el Renacimiento por la antigüedad grecolatina (Said, 2002). El problema ahora era desentrañar cómo las influencias europea y asiática se pudieron extender a Mesoamérica. En eso Linati fue cauto: dejó a los "sabios eruditos en las antigüedades mexicanas"[47] la resolución del enigma.

El número 27 publicó unos versos de Heredia adaptados a una pieza musical de Wenzel.[48] La siguiente entrega anunció su retiro de la redacción y, en breve comunicado, Linati y Galli reiteraron su aprecio al talento del poeta isleño, sin revelar las razones de su separación.[49] Luis Mario Schneider conjetura que se debió a la

[46] "Antigüedad", *El Iris*, 18 de febrero de 1826, vol. I, p. 22.

[47] "Antigüedad", *El Iris*, 18 de febrero de 1826, vol. I, p. 22. Años después Isidro Rafael Gondra lamentaría el atraso de la arqueología mexicana: "tan falta de método y exactitud, como llena de oscuridad". "Arqueología literaria", *El Recreo de las Familias*, 15 de febrero de 1838, p. 302.

[48] *El Iris*, 17 de junio de 1826, vol. II, p. 111.

[49] "Manifestación", *El Iris*, 21 de junio de 1826, vol. II, p. 113.

polémica provocada por la crítica de Heredia a una traducción del actor teatral español Andrés Prieto, ante la cual no obtuvo el respaldo de sus colegas italianos. Otros añaden que la reiterada desaprobación de éstos a la política de la logia escocesa,[50] de un liberalismo más moderado que el de los yorkinos, distanciaron al escritor cubano de la beligerante mancuerna europea (Claps Arenas, 2001).[51] Tras su salida la revista se desdibujó, se empobreció la sección literaria, aumentó la reflexión política y los textos de los redactores dejaron de firmarse. Con el número 40 dieron por terminada la publicación, aduciendo "la escasez de sus luces" y el ingente esfuerzo de hacer una revista en una lengua distinta de la suya.[52] Lo cierto es que uno y otro abandonaron el país, tal vez previniendo una expulsión por inmiscuirse en los asuntos internos de México: Linati marchó a Bruselas y Galli a Inglaterra.[53]

El título de varias revistas puso de relieve el carácter nacional al que aspiraban: *El Mosaico Mexicano* (1836-1837, 1840-1842), *El Liceo Mexicano* (1844), *El Museo Mexicano* (1843-1846),[54] *El Ateneo Mexicano* (1844-1845), *Revista Científica y Literaria de México* (1845-1846), *El Álbum Mexicano* (1849) y *La Ilustración Mexicana* (1851-1855).[55] Ésta ofreció a su público volúmenes (cinco en total) de contenido diverso en el que lo mismo aparecían textos literarios que artículos científicos (originales y traducciones) sobre geología, aritmética, química, física, tecnología, economía,

[50] Linati escribió varios artículos sobre la situación interna de México: "Política", "¿Hay enemigos del Estado", "Los enemigos del Estado conspiran", "¿Estando el peligro próximo, se necesitan medidas vigorosas que estén fuera del alcance de las autoridades ordinarias?" y "¿Cuáles son los peligros de la dictadura, y existen en este país?", *El Iris*, 21, 27 y 31 de mayo, 10 y 14 de junio de 1826, vol. II, pp. 49-51, 58-59, 68-69, 88-90 y 97-98, respectivamente.

[51] *El Iris*, vol. I, p. L.

[52] "Aviso", *El Iris*, 2 de agosto de 1826, vol. II, p. 214. El problema no parece haber sido el dinero o la falta de lectores, pues a partir de mayo editaron dos números por semana sin incrementar el precio de la suscripción. "Aviso", *El Iris*, 1° de abril de 1826, vol. I, p. 96.

[53] Antes de partir, Linati dejó un poder al inglés Robert Manning para que arreglara lo referente a la litografía que había traído a México, así como una indemnización por las pérdidas sufridas por su negocio (Reyna, 2001).

[54] Editado por Ignacio Cumplido, participaron en él Manuel Payno, José Joaquín Pesado, Carlos María de Bustamante, Luis de la Rosa, José María Lafragua, Manuel Orozco y Berra y José María Roa Bárcena, entre otros (Tapia Chávez, 2004).

[55] Mora (1997) observa en estas revistas un desplazamiento temático, de la política hacia la cultura, movido por la intención de dar a conocer el país.

historia universal y de México y arqueología. Otras llamaron la atención sobre el tipo de lector que deseaban allegarse y la distracción que le ofrecían. Así ocurrió con *El Recreo de las Familias*, editado en la imprenta de Mariano Galván Rivera, que arrancó en noviembre de 1837 bajo la dirección de Ignacio Rodríguez Galván.

Además del apoyo económico de su tío, el proyecto editorial de Rodríguez Galván contó con la experiencia de José María Heredia y se benefició del cierre temporal de *El Mosaico Mexicano*, que acercó a su redacción a Isidro Rafael Gondra, Pascual Almazán, Fernando Calderón, Manuel Orozco y Berra, Joaquín Navarro, José Ramón Pacheco, Manuel María Andrade, Eulalio María Ortega, Antonio Larrañaga, José Joaquín Pesado y al núcleo que formó la Academia de Letrán. La nueva revista quincenal atendió los temas científicos y desdeñó la política y la historia patria, aunque publicó efemérides históricas de México y América Latina. Predominaron el ensayo y la poesía sobre la crónica y la narración; decayó la polémica. Buscaba entretener y actualizar a un público culto, el cual resultó insuficiente para costearla.[56] Cada número incluía una litografía y costaba cuatro reales; tres pesos y cuatro reales valía la suscripción trimestral en los departamentos de la república. Las litografías, copiadas prácticamente en su totalidad de *El Artista* de Madrid (copia a su vez del parisino *L'Artiste*)[57] por la imprenta Rocha y Fournier, las hicieron Federico de Madrazo, Cayetano Palmaroli, Carlos Luis Ribera y F. Morales.[58]

Muchos de los materiales fueron tomados directamente de las revistas españolas, lo cual no contradijo el propósito de mexicanizar las colaboraciones. Los autores nacionales, además de publicar sus propios escritos, tradujeron a los grandes pensadores europeos, reseñaron libros de interés, resumieron artículos extensos o compusieron versos imitando a los poetas más notables. Esto supuso la asimilación al menos parcial de las corrientes estéticas europeas, tanto porque llevaron a la lengua vernácula textos generados en otro contexto cultural, como porque reprodujeron y recrearon el estilo de los grandes escritores. Sin duda, el ejercicio de adoptar el

[56] "[Presentación]", *El Recreo de las Familias*, 1° de noviembre de 1837, p. 1.

[57] *El Recreo de las Familias*, pp. xlvi-xlvii. *L'Artiste* se publicó de 1831 a 1904. Lo fundó y dirigió Achille Ricourt, seguido por Arsène Houssaye y Théophile Gautier. Al respecto véase Bénichou (1984).

[58] *El Recreo de las Familias*, p. xli.

canon, pero insertándolo en una realidad distinta, significó una adaptación y, a la vez, una traducción no sólo de índole literaria sino también de orden cultural.[59] Hubo además una traducción de tipo histórico, que yuxtapuso la gesta de la Independencia sobre la resistencia indígena a la Conquista (como si la una hubiese sido repetición de la otra y como si los actores fueran idénticos).

Paradójicamente, mientras la guerra de conquista incorporó a los aborígenes americanos al flujo histórico universal, el imaginario de los novelistas invirtió la ecuación y universalizó, en tanto que derecho, la legitimidad del combate contra el invasor. Esta perspectiva, sin embargo, no estuvo exenta de problemas, ya que la admiración por el indio histórico no propició necesariamente la simpatía hacia el indio realmente existente. Tal vez porque a éste ya no se le vinculaba con la libertad, sino con el atraso material y mental, como si su antigua civilización se hubiese descarrilado de la vía del progreso. Al respecto, las páginas de *El Recreo de las Familias* relataron las prácticas idólatras observadas en el pueblo de Huixquilucan, perteneciente al departamento de México, y juzgaron inaceptable el sincretismo religioso que revolvía el catolicismo con las antiguas creencias prehispánicas, consistentes en la adoración de figuras de barro nombradas "Los dueños del monte". Por la noche, durante la Pascua, un indio anciano o "indio maestro" colocaba las piezas de acuerdo con su tamaño y añadía ofrendas tales como maíz, tamales, cigarros, aguardiente y dinero. No se precisó la función de este culto, simplemente se mostró preocupación por la extensión de estos ritos paganos que adulteraban la verdadera fe católica:[60] los resabios religiosos precolombinos —que después la ciencia positiva incluiría en el amplio cajón de los atavismos— desnaturalizaban la religión traída por los conquistadores.

La revista mantuvo el interés por la literatura europea pero, al lado de Francia e Inglaterra, cedió mayor espacio a España y un poco a Alemania. Los textos de Espronceda ("Canción del pirata", "Fragmentos de Pelayo", "Fragmentos de un poema inédito de Pelayo", "La pata de palo"), y Bretón de los Herreros ("Lamentos

[59] Sobre los problemas y el papel que desempeña la traducción en las construcciones culturales véase Ette (2003).

[60] Antonio Larrañaga, "Estado de la religión entre los indios", *El Recreo de las Familias*, 1° de febrero de 1838, p. 275.

de un poeta"), acompañaban los de Byron ("Fragmento del Sitio de Corinto"), Pascal ("La condición humana", "La curiosidad", "Encontrar la verdad", "Un entendimiento que cojea", "Los filósofos griegos", "Gobierno y alcurnia", "Los hombres persiguen la adquisición de los bienes", "Los mentirosos"), Voltaire ("La complacencia"), Lamartine ("La imaginación", "Mi tumba", "Nostalgia del pasado", "Pensamiento de los muertos", "El poema") y Balzac ("Opinión acerca de las mujeres"). Reprodujo también escritos breves de Goethe ("Aprendizaje de la historia"), Winckelmann ("Sobre la belleza") y Tieck ("Genoveva de Bravante"). De los escritores nacionales o avecindados en el país dio a conocer "El zapatero literato", "La tumba", "Un rayo de luna", "El soldado ausente" y "El ciego", de Rodríguez Galván; "La risa de la beldad" y "El soldado de la libertad", de Fernando Calderón; "Juan Bautista Casti", "La desesperación" y "Dios al hombre", de Heredia; "Una erupción del Jorullo", de José María Lacunza; "La sonrisa del pudor" y "A M. [María]", de Prieto; "A Elisa en primavera", de José Joaquín Pesado; "La esperanza", de Manuel Tossiat Ferrer. Eulalio M. Ortega hizo una semblanza biográfica de Heredia, acompañada por un retrato litográfico del poeta firmado por Verger, además de una carta de Alberto Lista.[61]

En "El zapatero literato" Rodríguez Galván ratificó la fama de ilustrados que poseían estos trabajadores.[62] Agobiado por las malas noticias, un zapatero parisino decide quitarse la vida pero, para evitar que se responsabilice a otro de su muerte, escribe una nota en la que cita unos versos de Molière ("Cuando toda la esperanza llega el hombre a perder, la vida es un oprobio y la muerte un deber"). Por un momento duda si son de la autoría del comediante; tal vez los escribiera Rousseau, Lamennais, Bossuet o Hugo. Absorto en estas cavilaciones, el personaje posterga la ejecución del suicidio.[63] El cuento carece de valor literario, pero muestra familiaridad con el romanticismo francés, de la misma manera que las referencias a Byron, primero en *El Iris* y después en *El Recreo*, testimonian el conocimiento del romanticismo inglés.

[61] "Don José María Heredia", *El Recreo de las Familias*, 1º de febrero de 1838, pp. 241-245.

[62] Sobre las cualidades intelectuales de los artesanos ocupados en este oficio sedentario véase Hobsbawm (1987).

[63] *El Recreo de las Familias*, 15 de marzo de 1838, p. 386.

La revista fue un fracaso monetario, a lo mucho logró vender doscientas cincuenta suscripciones, del todo insuficientes para costearla.[64] En realidad, su editor concluyó el volumen gracias a la disposición incondicional del dueño de la imprenta. El número 12 informó a los lectores acerca de su cancelación. Las razones fueron sumamente claras y apuntaron un problema que, por desdicha, se volvería crónico: falta de lectores, urgencia de subsidios, indispensables ambos en un país donde "en todos los ramos del saber humano estamos en los principios". No bastaba la buena voluntad para sacarla adelante, porque "los *buenos deseos* no dan de comer al artista, y el artista retrocederá o perecerá de hambre".[65]

El 2 de enero de 1869 apareció la primera entrega de *El Renacimiento*, "periódico literario", adornada con un grabado de Hesiquio Iriarte en la portada. La revista, editada en las prensas de Francisco Díaz de León y Santiago White, convocó a una fraternidad literaria más allá de las ideologías políticas, constituyendo una tentativa de reconciliación nacional y un proyecto de formación de la "República de las letras", baluarte de la independencia cultural de la nación. En aquel número, Altamirano hizo un recuento de las producciones literarias y científicas más significativas de la década de 1860, entre las que incluyó los trabajos geográficos y lingüísticos de Manuel Orozco y Berra, Francisco Pimentel, Joaquín García Icazbalceta, José Guadalupe Romero y Joaquín Arróniz, además de las traducciones, estudios y obras literarias de José María Roa Bárcena, Vicente Riva Palacio, Isabel Prieto de Landázuri y Pedro Santacilia. Concluyó su presentación llamando "a nuestras filas a los amantes de las bellas letras de todas las comuniones políticas [...] Muy felices seríamos si lográsemos por este medio apagar completamente los rencores que dividen todavía por desgracia a los hijos de la madre común".[66]

Gonzalo A. Esteva fue el editor de *El Renacimiento*, e Ignacio Ramírez, José Sebastián Segura, Guillermo Prieto, Manuel Peredo

64 Políticos y empresarios conocidos recibían la publicación: Anastasio Bustamante, Estevan de Antuñano, Cayetano Rubio, Francisco Olaguíbel, José María Tornel, Rafael Canalizo, Melchor Ocampo y, por supuesto, científicos y hombres de letras. "Lista de los señores suscriptores", *El Recreo de las Familias*, 15 de abril de 1838, pp. 479-482.

65 "*El Recreo de las Familias* dice adiós", *El Recreo de las Familias*, 15 de abril de 1838, pp. 473 y 474, respectivamente; cursivas en el original.

66 "Introducción", *El Renacimiento*, vol. I, p. 6.

y Justo Sierra se hicieron cargo de la redacción. Al cabo de unos meses figuraban las colaboraciones de Pimentel, José Tomás de Cuéllar, José María Roa Bárcena, Ricardo Ituarte,[67] Segura, Peredo, Ramírez, Juan A. Mateos, Santacilia, Pesado, Manuel Carpio, Manuel Acuña, Luis Ponce, José Peón Contreras, Justo y Santiago Sierra, Casimiro Collado, Manuel de Olaguíbel, Enrique de Olavarría y Ferrari, los hermanos Roberto, Gonzalo y Guillermo A. Esteva, Martín F. de Jáuregui, Ignacio Mariscal, el emigrado alemán Oloardo Hassey y, semanalmente, una o varias contribuciones de Altamirano. Abundaron las poetisas (Soledad Manero de Ferrer, Gertrudis Tenorio Zavala, Esther Tapia de Castellanos, María del Carmen Cortés, Manuela L. Verna, Constanza Verea, Luisa Gil e Isabel Prieto de Landázuri). Pronto la publicación contó con una cartera de más de cien autores mexicanos. Aunque predominaron éstos, las traducciones del francés, alemán, inglés, griego y latín fueron considerables: Lamartine, Musset, Hugo, Goethe, Schiller, Novalis, Uhland, Gessner, Byron, Poe, Teócrito, Moscho de Siracusa, Píndaro, Coluto y Apolonio.

Los ejemplares incluían habitualmente imágenes en apoyo a los artículos, por lo regular una litografía de Iriarte[68] y, ocasionalmente, alguna de Hipólito Salazar (*Cascada de Tizapán*, *Claustro de la Merced*), un mapa o bocetos de las antigüedades prehispánicas. Altamirano hacía recuentos de las novedades bibliográficas mexicanas, que incluían desde literatura e historia hasta códigos legales y descripciones geográficas, y escribía una crónica semanal de sus visitas a lugares, instituciones y personas. También realizó un estudio biográfico del músico Melesio Morales. Peredo se ocupó de la revista de teatros. Cuéllar de crónicas sobre las fiestas

[67] Ituarte, junto con José María Lafragua, Manuel Orozco y Berra, Antonio del Castillo, Emilio Pardo, José María Lacunza y Manuel Payno, encabezó durante el segundo imperio la edición de *El Año Nuevo*, "periódico de literatura, ciencias y variedades" dedicado a las señoritas mexicanas (Pani, 1999).

[68] Retratos de fray Manuel Navarrete, José Manuel Sartorio, Charles Dickens, Vidal Alcocer, Manuel López Cotilla, Fernando Orozco y Berra, Rafael Roa Bárcena, Hernán Cortés, Melesio Morales, Alphonse de Lamartine, Emilio Castelar, Alexander von Humboldt, Victor Hugo y Francisco Zarco, entre otros, e ilustraciones: *Tívoli*, *El Descendimiento*, *Vista de Heidelberg*, *Gran Tonel de Heidelberg*, *Puente de Santa Cruz*, *Vista General de Jalapa*, *Barranca del Muerto*, *Cascada de Regla*, *Ferrocarril de Tlalpan*, *Barranca de Metlac*, *Volcán de Colima*, *Tívoli de San Cosme*, *Vista de Cuernavaca*, *Proyecto de Ferrocarril de México a Puebla*, *Vista de la Alhóndiga de Granaditas en Guanajuato*, *La Tzararacua*, *Cascada de Rincón Grande*, *Ruinas de la Quemada*.

populares y religiosas de la provincia mexicana. Ignacio Cornejo abrió una columna sobre las efemérides nacionales y José de Jesús Jiménez otra de "pensamientos filosóficos". Ramírez, Pimentel y Hassey publicaron sendas notas lingüísticas sobre el castellano, las lenguas indígenas, y las etimologías grecolatinas. Pedro C. Paz escribió acerca de los tesoros prehispánicos de la región de Tabasco y Alfredo Chavero sobre los monolitos mexicas. Manuel Orozco y Berra presentó un listado exhaustivo de los conquistadores españoles. Justo Sierra detalló las características del cristal de Bohemia, e Ignacio Cornejo configuró una tabla hipsométrica y meteorológica del volcán de Colima. Mariscal tradujo "El cuervo" de Poe; Roa Bárcena, "Mazeppa" de Byron; Ituarte, "El lago" de Lamartine, y Segura, "La joven forastera" y "Fantasía fúnebre" de Schiller. Isabel Prieto escribió una oda a Victor Hugo en la que le hacía saber cuánto se le admiraba en estas tierras.[69]

Como muchas veces se trataba sobre todo de presentar al público los personajes más relevantes del mundo de la política y las artes, el ensayo biobibliográfico constituyó un instrumento importante para alcanzar ese propósito. En lo que respecta a los autores extranjeros, Justo Sierra escribió sobre Lamartine, Hugo y Castelar; Altamirano, acerca de Dickens. Aquél advirtió que la literatura francesa estaba en un periodo de transición, luego de extinguidas las figuras de Lamartine, Hugo, Musset y Beranger. Las estéticas realista y naturalista, que dominaban la escena, procreaban una literatura malsana, desprovista de virtud, cruda: únicamente rescató a Alejandro Dumas, hijo.[70]

Altamirano pensaba que la literatura debería ser útil y prestar un servicio a la patria y la sociedad, no en la línea del didactismo moral de Lizardi, sino en la de la novela social europea de mediados de siglo. Para el escritor tixtleco, Dickens figuraba entre las plumas más notables del XIX y equiparó sus cualidades descripti-

[69] "Ignoras que del mundo en un rincón lejano / Del mexicano cielo bajo el azul dosel / En esta bella tierra do con potente mano / Naturaleza ha hecho un eternal vergel / Dos seres para un genio, cual tú, desconocidos / Devoran tus cantares con férvida emoción / Dos corazones beben, absortos, conmovidos / El néctar de tu dulce, radiante inspiración." "A Victor Hugo", *El Renacimiento*, vol. I, p. 132. Martín F. de Jáuregui expresó una fascinación equivalente por el poeta nacional de Francia. "A Victor Hugo en la muerte de su esposa", *El Renacimiento*, vol. I, p. 261.

[70] "Lamartine", *El Renacimiento*, vol. I, pp. 333-335, 343-346, 376-380, 408-411.

vas a las de Walter Scott. Elogió su estilo apacible y definió su narrativa como "moral" (lo llama "narrador de la familia"), abocada a corregir el vicio y reformar las costumbres. Esta perspectiva establecía una diferencia fundamental entre el escritor inglés y los novelistas franceses, quienes sacrificaban la verosimilitud en favor de una imaginación desbordada, dispuesta a conmover "aun sacrificando la moral, presentando a veces a la vista de inocentes lectores, cuadros de una repugnante disolución, o pintando el vicio con colores brillantes". Por su prosa sencilla y elegante, "y por su amor a los desgraciados",[71] Dickens bien podía ser imitado en México, territorio fértil para la novela popular, como pensaba Altamirano y lo ratificarían los años.

Prevalecía el entusiasmo respecto al desarrollo de las letras mexicanas, aunque se reconocía simultáneamente el atraso en relación con el viejo continente: "...podemos medir la distancia que hay de la educación literaria que se recibe en las naciones cultas de Europa, y la que se recibe en México incompleta e incumplida por las agitaciones de la vida política".[72] Sin embargo, la literatura nacional constituía ya un objeto historiable. Cuéllar remontó su origen al "imperio azteca", esplendoroso en todos los renglones culturales. La época colonial abundó en "coplas insustanciales de asuntos frívolos, alabanzas de carácter puramente místico, casi la única senda abierta al pensamiento, controversias en colegios sobre asuntos de muy poca importancia, y en las que no escaseaban desahogos vergonzosos y ridículos". Escaparon a ese oscuro periodo —descrito en términos parecidos a la Edad Media— Sor Juana, Ruiz de Alarcón, Alzate, Clavijero, Lizardi y un puñado de talentos más. El escritor mexicano, que inició su texto citando a Mariano José de Larra (del que adaptará la tipología de los "calaveras" en la caracterización de los "pollos" que pueblan sus novelas), atribuyó tal atraso literario a la intermediación española, que bloqueó "la comunicación directa con las naciones que iban a la vanguardia del progreso humano". La independencia novohispana abrió el camino paulatinamente a las emergentes letras nacionales (resalta la labor de Francisco Manuel Sánchez de Tagle y José

[71] "Carlos Dickens. Su carácter, sus obras", *El Renacimiento*, vol. II, pp. 66-67.
[72] Ignacio Manuel Altamirano, "Crónica de la semana", *El Renacimiento*, vol. II, p. 193.

María Heredia) que, tras la derrota de la intervención francesa, arribaron a "la primera época verdaderamente floreciente".[73]

A mediados de 1869 Altamirano cedió la propiedad de la revista a los impresores, reservándose la dirección. Para el segundo tomo Manuel Orozco y Berra y Francisco Pimentel se sumaron a la redacción y el escritor tixtleco publicó *Clemencia* por entregas. Comenzó esta etapa con mucho optimismo, seguro del avance de la reconciliación nacional y de la integración de la "familia mexicana" de las letras. El alto número de colaboraciones, y el interés despertado dentro y fuera de la capital, le hizo pensar que la implantación de *El Renacimiento* era definitiva.[74] Estaba equivocado: tres meses después se canceló su publicación. Conspiraron contra ella los altos costos de la edición y el elevado precio de los artículos.[75] En el texto de despedida señaló que el objetivo estaba logrado, porque florecían las publicaciones literarias en todo el país y la reconciliación nacional en el terreno literario era una realidad, además de que pronto iba a ocuparse de "una nueva publicación que tendrá un carácter literario y filosófico".[76] Por tanto, "*El Renacimiento* puede desaparecer, en el concepto de que deja a quienes lleven a cabo ventajosamente el pensamiento que inspiró su fundación".[77]

La vida literaria decimonónica padeció continuas interferencias tanto de la política como de las demás artes y saberes. Operaban en el mismo circuito escritores, músicos y científicos o, más aún, cada cual transitaba por varios oficios culturales. A menudo ellos mismos hacían la crítica de arte,[78] ejercían el magisterio y realizaban actividades diversas para ganarse la vida. La presencia del romanticismo, que creía en la necesidad de integrar los distintos campos del conocimiento en un programa unitario, abonó esta tendencia.

[73] "La literatura nacional", *El Renacimiento*, vol. II, pp. 186, 187 y 189, respectivamente. El artículo apareció originalmente en *La Ilustración Potosina*.

[74] "Introducción", *El Renacimiento*, vol. II, p. 3.

[75] Justo Sierra, por ejemplo, cobraba 15 pesos por artículo y Altamirano 25 (Batis en *El Renacimiento*, 1993).

[76] Este nuevo proyecto editorial fue *El Federalista* (1871-1877), fundado por Altamirano y Gonzalo A. Esteva, y dirigido por Payno, donde se escucharon todavía los ecos románticos y empezó a despuntar el modernismo con la poesía de Manuel Gutiérrez Nájera, Salvador Díaz Mirón y Agustín F. Cuenca.

[77] "Despedida", *El Renacimiento*, vol. II, p. 257.

[78] Véase Rodríguez Prampolini (1997).

Asimismo, las luchas políticas del periodo, que deslindaron los terrenos ideológicos donde se movían los hombres de ideas, y la edificación de las instituciones nacionales en la que ellos mismos intervinieron, otorgaron relevancia a su opinión, más allá del ámbito cultural.[79]

La difusión de la literatura, la ciencia, las artes y el periodismo cultural en publicaciones amenas abrió los canales de la cultura letrada a un lector que buscaba ilustración y entretenimiento. Si bien su destinatario principal fue el público culto —una minoría en una sociedad abrumadoramente analfabeta—, también se puede decir que la oferta de temas y asuntos trataba de diversificarlo, y eventualmente ampliarlo. No debiéramos pasar por alto el reclamo de Rodríguez Galván por las escasas suscripciones a su revista, muy por debajo de las expectativas que había abrigado. *El Iris* y *El Recreo de las Familias* no parecen haberse sentido defraudados por la respuesta del público (en sus páginas no hay señalamientos en ese sentido), más bien se deja ver una aceptación si no amplia por lo menos creciente. La política interna y los altos costos editoriales —propiciados por el afán de allegarse las mejores plumas, ofrecer un material bello y recurrir cotidianamente a las ilustraciones— dieron al traste los respectivos proyectos hemerográficos. *El Iris* y *El Recreo de las Familias* duraron un semestre; *El Renacimiento*, sólo un año.

Otro indicio de la expansión del consumo de revistas literarias fue el progresivo incremento de su número, pese a que muchas se quedaban en el camino. Desaparecía una, pero al poco tiempo surgían dos o tres, y los editores de la primera llevaban su experiencia a las sucesoras. Heredia, aparte de impulsar *Minerva* tras su separación de *El Iris*, participó en *El Recreo de las Familias*; Altamirano pasó de *El Renacimiento* a *El Federalista*, dirigido a su vez por Payno, que intervino antes en *El Año Nuevo*. La comunidad intelectual era pequeña y esto propició también la colaboración en varias publicaciones. Por ambas razones, no obstante la corta vida de éstas y las reiteradas intromisiones de los conflictos políticos, es posible hablar de la continuidad de las publicaciones literarias a lo largo del XIX.

[79] Sobre el remplazo del sacerdote por el escritor como creador de opinión, remito al clásico estudio de Bénichou (1981).

Llama la atención la gran variedad de temas que fueron capaces de tratar, de forma muchas veces caótica pero por lo general informada: literatura mexicana y europea (poesía, narrativa y ensayo), arqueología, política nacional e internacional, historia de México y de varios países, crítica teatral y musical, estudios lingüísticos, tradiciones populares, religión, estadística, biografías, viajes, geografía, efemérides, cuestiones militares, física, tecnología, etcétera.

Estas revistas fueron uno de los espacios intelectuales donde comenzó a fraguarse el nacionalismo cultural mexicano, que exploró los fundamentos de la nación, las raíces históricas de su cultura, y trató de sentar las bases de la literatura mexicana. Pero, como en un espejo, reflejar la imagen propia suponía mirarse en otro objeto, confrontarse. A este propósito contribuyó la gran cantidad de noticias, reseñas y glosas acerca de lo que ocurría en el exterior, así como los intermitentes informes sobre las tendencias artísticas europeas, que desfilaban como una inmensa galería de nombres, retratos y biografías.

III. LA EPOPEYA POPULAR

El pueblo, entendido como la masa de ciudadanos que constituyen la nación y en cuyo nombre se gobierna, fue objeto de análisis de la filosofía política del siglo XVIII, particularmente en Rousseau, que en su *Contrato social* lo definió como el nombre que "toman colectivamente" los miembros de una sociedad (1992, p. 29). Esta noción abstracta de pueblo, que soslayaba las diferencias de origen y fortuna de los miembros del cuerpo social, lo convirtió en elemento constitutivo de la nación, entelequia concebida como "comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana" (Anderson, 1993, p. 23). La Revolución francesa de 1789 elevó al pueblo moderno a la calidad de actor histórico y, en adelante, la legitimidad dentro del imaginario político occidental se mediría en relación con él, visto como expresión de una voluntad independiente y soberana.

Ya en el siglo XVIII la noción abstracta de pueblo entró en conflicto, por lo menos semántico, con el pueblo concreto. La multitud plebeya inglesa estaba lejos de compartir valores, postulados y prácticas con los patricios dieciochescos, y la disputa devino en la centuria siguiente en una lucha de clases. Unos y otros se reconocían con dificultad como parte de una comunidad que mostraba no sólo fisuras sino fracturas mayores; tampoco creían compartir una condición común que mínimamente los igualara; no todos tenían derecho a votar y unos pocos podían ser electos. El movimiento *sans-culotterie* del año II (1793) reconoció como suyos a trabajadores, artesanos y pequeños propietarios, y distinguió su ejercicio político de la democracia representativa de matriz censitaria instaurada con la Revolución. Los cartistas de la década de 1830, al hablar por el pueblo, buscaron que éste adquiriera el derecho a la representación política. Con su acción frustrada exhibieron la paradoja de que se gobernara en nombre de aquél, no obstante que el pueblo concreto carecía de escaños parlamentarios. Las "clases populares" decimonónicas esbozaron un discur-

so identitario propio y en muchos sentidos opuesto al de la aristocracia y la burguesía (Lida, 1997). Jules Michelet (1991, p. 15) se pensó vocero de éstas: "yo que salí de él [pueblo], que he vivido con él; que más que ningún otro puedo decir que lo conozco, me propongo exponer aquí, contra todos, su verdadera personalidad". Victor Hugo (2000, p. 472) lo elevó a lo sublime, haciéndolo receptáculo de la verdad: "...mirad al través del pueblo y descubriréis la verdad".

La segunda generación liberal del XIX proyectó construir el "pueblo moderno" (Guerra, 1988) y el romanticismo exaltó su protagonismo en la historia patria, depositando en él la reserva moral de la nación mexicana, ocupada por las potencias y enajenada por los políticos y la elite económica: la acción organizada del pueblo procrearía a los ciudadanos de la república reconstruida. Liberales y socialistas lo presentaron como actor político central. Enemigo de la aristocracia y el privilegio, el pueblo liberal era la agregación de individuos indiferenciados e iguales integrados en una entidad abstracta que se manifestaba como voluntad general. Los socialistas advirtieron la escasa correspondencia entre el pueblo moderno que había inventado el liberalismo y el pueblo concreto que tenían ante sí.

El pueblo del primer socialismo, aunque fracturado socialmente, incorporaba al conjunto de las clases productivas (artesanos, fabricantes, operarios, agricultores, etcétera), excluyendo a la aristocracia, porque vivía sin trabajar, y a otras clases ociosas (los vagos y los comerciantes abusivos, por ejemplo); era un conglomerado amplio, aunque no abarcaba a toda la sociedad, no polarizado en fuerzas antagónicas. Esta doctrina vio en el comerciante el adversario principal del artesano honrado, y en éste, el elemento moralmente puro, económicamente productivo, socialmente cooperativo, política y militarmente activo, agente de la construcción de la nación, materia prima de la ciudadanía cabal, elemento estructurante de la sociedad civil y objeto de la regeneración social.

La historia patria

La nación mexicana amenazada por las potencias extranjeras fue escenario propicio para el surgimiento de una épica histórica, lite-

raria y gráfica que exaltaba el protagonismo popular en el rescate de la patria sometida. En un grabado en madera publicado el 7 de mayo de 1847 en el periódico *El Calavera*, considerado la primera caricatura antiestadunidense impresa en México, el personaje del mismo nombre llama al pueblo a combatir con un clarín de guerra mientras pisa la bandera y el cañón de Estados Unidos (Barajas, 2000, p. 157). Escribió Prieto en "A mi patria" (1846):

> Dulce será la muerte de los héroes,
> muy más dulce será si la fortuna
> protege ingrata al invasor infame,
> decirle en medio de la mortal pelea:
> si este campo a tu gloria ha de dar cuna,
> ¡antes mil veces nuestra tumba sea!
> ¡Y así morir!, y las futuras gentes
> que digan recorriendo nuestra historia:
> aquí fue un pueblo grande, el infortunio
> oscureció un tiempo su memoria;
> pero noble a la par que desdichado,
> se levantó y muriendo en el combate,
> toda su sangre redimió su gloria
> [1994, XIII, p. 420].

Raymond Williams (1984, p. 211) plantea que en la formación de la identidad nacional habitualmente se recurre a la historia para extraer de ella episodios, ejemplos y fechas emblemáticas que conciten entre los individuos un sentido de pertenencia a la sociedad y, por extensión, al Estado-nación erigido en su forma política, operándose un procedimiento selectivo de "la historia subyacente de esa identidad que se quiere imprimir, y se repiten esas versiones en todos los niveles, desde las imágenes y anécdotas más simples hasta libros de texto aparentemente serios". El resultado es una visión más o menos uniforme de los procesos históricos y sociales, donde las contradicciones parecen estar ausentes. La historia patria confeccionada por el romanticismo se ajustó a este ejercicio consciente e intencional de producción de significados que, a su vez, esbozó imágenes y provocó sentimientos (idealmente nobles y patrióticos) en el público lector, particularmente entre niños y jóvenes, consumidores de los libros de texto, como los de Payno y

Prieto, que proliferaron en el siglo XIX. Idéntico propósito tuvo la novela histórica que germinó en esa época.

José María Morelos hizo la primera tentativa de fusionar a los héroes prehispánicos con los caudillos de la independencia, y fray Servando Teresa de Mier una argumentación pionera y original en favor de la causa insurgente, sustentada en la tesis de un contrato originario entre los antiguos reinos americanos y la monarquía española, el cual quedó roto a consecuencia del despotismo peninsular. A final de cuentas, España dependía más de las colonias que éstas de la metrópoli, convertida ahora en un obstáculo para su progreso, de tal manera que la emancipación era justificada a la vez que necesaria. Su argumentación histórica lo llevó a recusar el pasado colonial y a inventar el mito de una nación indígena en pos de la anhelada independencia. A Carlos María de Bustamante le correspondería reunir y dar forma al primer *corpus* documental de la insurgencia.[1] Tanto éste como Mier destacaron el contenido popular de esa gesta: "...las masas populares, los hombres humildes y anónimos convertidos en llama revolucionaria, y los dirigentes que abanderaron la causa popular son los héroes que merecen las loas más emotivas del cronista" oaxaqueño (Florescano, 2002, pp. 301-302).

Juan Díaz Covarrubias se propuso escribir una serie de novelas que contara la historia del país desde la independencia hasta la guerra con Estados Unidos. Sólo consiguió escribir *Gil Gómez el insurgente o la hija del médico* (1859), en la que, utilizando como fuente documental *El Diario de México* de Bustamante, trazó una continuidad histórica entre los antiguos mexicanos y la gesta insurgente. Ésta, según el escritor, significó la emancipación de una nación oprimida (la mexicana) de la tutela peninsular y, a la vez, una lucha de la gente pobre (los indígenas) contra los acaudalados españoles, los aristócratas; es decir, una disputa social inserta en un conflicto étnico —"de castas", la llama— y en una lucha nacional: "...aquel eco de libertad, lanzado desde el rincón de un pueblo miserable por un modesto párroco, había encontrado un eco

[1] Bustamante (1774-1848) fundó *El Diario de México*, fue propietario de *El Juguetillo* y editor de *El Correo Americano del Sur* y de *La Abispa de Chilpancingo*. Próximo a Morelos y enemigo de Iturbide, fue diputado durante la mitad de su vida.

de música en todos los corazones de los buenos mexicanos" (Díaz Covarrubias, 1959, II, p. 231).

Gil era un muchacho de extracción humilde cuya madre viuda cedió su tutoría al hacendado don Esteban. Más diestro en las actividades físicas que en los ejercicios intelectuales, el joven estaba adornado con todas las virtudes del estereotipo campirano: sencillez, generosidad, valentía, rectitud, laboriosidad, economía, honradez, sensibilidad, astucia, gratitud, nobleza y espíritu justiciero. "Hijo privilegiado de la naturaleza", observaba rigurosamente sus leyes (II, p. 174). Siguiendo a un amigo muy cercano, el muchacho sale del pueblo de San Roque y va a dar casualmente a la casa de Miguel Hidalgo la noche del 15 de septiembre de 1810. Magnetizado por el benévolo cura, se persuade al instante de las bondades de la causa y acepta el grado de capitán. Pronto se convierte en el milusos de la insurgencia: hace repicar las campanas de Dolores, carga el estandarte de la Virgen de Guadalupe, se entrevista con el intendente Riaño antes del asalto a la Alhóndiga de Granaditas, es el primero en entrar ahí después de caída la puerta, vigila que las huestes de Hidalgo no se entreguen al saqueo, se convierte en secretario y ángel de la guarda del prócer, acechado por un aristócrata traidor (y además peninsular). Ya nunca perderá esta función tutelar: vigila a su pueblo, pelea en la guerrilla de Guadalupe Victoria, castiga a los malvados. Gil Gómez se trasmuta en "Gil Pueblo".

Para un nacionalista recalcitrante como Bustamante, la invasión estadunidense de 1847 representó un ultraje mayúsculo que, según se cuenta, adelantó su muerte. *El nuevo Bernal Díaz del Castillo, o sea la historia de la invasión de los anglo-americanos en México* (1847) encierra su testimonio de esa tragedia histórica. A su entender hay un origen y un responsable detrás de ella: la colonización de Texas por parte de los estadunidenses y Antonio López de Santa Anna, respectivamente. En San Jacinto se selló este desenlace, debido a la impericia del caudillo, "a su indolencia en echarse a dormir la siesta a vista del enemigo y a su ignorancia, pues cuando lo buscaba lo tenía a retaguardia, habiendo mandado destruir un puente que tenía a este lado, y por cuya medida él mismo se imposibilitó su fuga y retirada, y cayó prisionero" (Bustamante, 1987, I, p. 48).

En su desgarbada crónica, Bustamante busca establecer el origen de los problemas presentes, aunque enlista tantos puntos de parti-

da que nubla cada vez más la posibilidad de esclarecer la relación causal de los acontecimientos: la colonización del septentrión, como se mencionó, la actividad de las logias masónicas, el gobierno del general Mariano Paredes y Arrillaga, los intereses opuestos de los estados de la república y otros sucesos más. Antonio López de Santa Anna, sin embargo, aunque cada vez acompañado de un mayor número de traidores, permanece como la figura más nefasta del periodo porque "no nació sino para hacer males a la nación" (I, p. 92). A menudo menciona la intervención de la providencia en el curso de los destinos patrios, directamente, o por la acción de sus agentes humanos. Aunque católico practicante, Bustamante la emplea más como recurso retórico que como fuente de explicación de los sucesos relatados. En lo que no cabe duda es en su convicción de que el escenario histórico está poblado fundamentalmente por dos tipos de hombres: los héroes y los ruines.

Al periodista oaxaqueño no pareció impresionarle gran cosa el ejército estadunidense, al que pintó mal avituallado y vestido, no muy bien armado y formado por hombres de mediana estatura: "...cuántas relaciones nos habían hecho de tallas *hercúleas* y de formas elegantes y atléticas, han sido exageración de la malicia o el miedo" (II, p. 170; cursivas del autor).[2] Más bien le pareció extenuado y falto de moral. Así pues, la explicación de la derrota no había que buscarla en la superioridad militar del invasor ni en la cobardía de las tropas mexicanas; más bien "la seducción y corrupción de costumbres nos han dado estos tristes resultados" (II, p. 175), así como en las torpezas de Santa Anna, porque "la inmoralidad no ha emanado de los pueblos, sino de nuestros gobernantes: un gobierno justo, puede moralizar pronto a sus subordinados" (II, p. 184).

Recuerdos de la invasión norteamericana (1846-1848) por un joven de entonces, de Roa Bárcena, es un texto armado sobre la base de sus artículos periodísticos de 1876 y 1877, dándoles nueva forma, suprimiendo digresiones, agregando fuentes oficiales

[2] Su descripción contrasta dramáticamente con la de Payno, deslumbrado por la estatura de los soldados y la estampa de sus frisones: "...caballos enormes y salvajes voluntarios cayeron, hartos los unos y ebrios los otros" (2000a, VII, p. 653).

estadunidenses y comentando la historiografía del periodo.[3] En él, el escritor jalapeño renegó de la invasión, ofreció una narración meticulosa de los acontecimientos, comprometida con la causa nacional y ponderada en la interpretación, escrupulosa en el manejo de fuentes y testimonios. Trató de dar una explicación objetiva que no se redujera a la simple condena moral, a argumentar una mala pasada del azar o a proferir invectivas patrioteras.

El historiador veracruzano criticó la ceguera de los políticos mexicanos que creyeron factible ganar la guerra y recuperar Texas, ignorando el prudente realismo del presidente José Joaquín Herrera, que no veía más remedio que la aceptación del hecho, de otra cesión territorial, y una salida diplomática al conflicto. No achacó la responsabilidad del fracaso militar a Santa Anna, quien hizo cuanto pudo. En última instancia, Estados Unidos habría encontrado cualquier pretexto a modo para invadir, dado que los confederados sureños tenían los ojos puestos en el septentrión mexicano. El atraso material, la desorganización del país y la "debilidad de la raza" están en la base del desastre de 1847:

> Cuando el nuestro [habla del ejército] atraviesa el Bravo para ir a atacar al enemigo, emplea en ello veinticuatro horas por tener que hacerlo en dos chalanes, y da tiempo a Taylor para emprender movimientos y elegir posiciones; cuando regresa derrotado, se ahogan multitud de soldados por la misma carencia de barcas; en Palo Alto no hay un solo médico ni un miserable botiquín para atender a los heridos; en Matamoros quedan abandonados equipajes, parque y cañones por falta de carros y de tiros. Este contraste, fuertísimo para México [...] constituye, a mi juicio, la razón capital del triunfo del invasor [Roa Bárcena, 1971, I, p. 73].

Roa extrajo de la experiencia de 1847 conclusiones polémicas. Para evitar otra invasión estadunidense, México debería apoyarse en la Europa católica, baluarte de la civilización y amante de la

[3] Roa Bárcena había publicado en 1861 el *Catecismo elemental de geografía universal* y, un año después, el *Ensayo de una historia anecdótica de México en los tiempos anteriores a la conquista de México* y el *Catecismo elemental de historia de México desde su fundación hasta mediados del siglo XIX, formado con la vista de las mejores obras y propio para servir de texto a la enseñanza de este ramo en nuestros establecimientos de instrucción pública.*

libertad, aceptando su benigna protección y tutela. En esta hipótesis, endosar la independencia política a países más parecidos al nuestro (¡finalmente del viejo continente vinieron nuestros antepasados!), preservaría la unidad y cultura nacionales. No así con la presencia estadunidense, depredadora y opuesta a los valores autóctonos más caros, y sobre todo, corrosiva para la fe católica, condición de posibilidad de la mexicanidad: "La vanguardia de los latinos en el Nuevo Mundo [se refiere a México], podría en el momento supremo formar en batalla contra el enemigo común, bajo la única bandera propia y tradicional de su raza" (III, p. 355). Esta bandera es el catolicismo.[4]

La intervención francesa volvió a reordenar la percepción de los intelectuales mexicanos sobre Estados Unidos y Europa. El primero pasó de invasor inmisericorde a salvaguarda de la independencia nacional; Europa, y en particular Francia, de benéfico contrapeso al expansionismo estadunidense, a sustento de proyectos políticos retardatarios y alentadora de la conducta pública más fatua. ¿En qué cabeza cabía concebir la monarquía en un país republicano por el lado que se le viera? Ésta parece ser la conclusión de Juan A. Mateos en sus novelas evocadoras de esa experiencia que le parece aciaga y edificante.[5]

El Cerro de las Campanas culpa a los acaudalados mexicanos, al clero católico y a Napoleón III del conflicto bélico. El novelista liberal[6] se solaza describiendo los diálogos cotidianos de familias de la elite económica que, en una mezcla de absurdo y ridiculez, se presentan como una aristocracia "a la europea". Jactanciosos y fútiles, desprecian a sus demás paisanos y rechazan todo lo que

[4] Entre el conjunto de imágenes históricas extranjeras publicadas en la prensa ilustrada mexicana de la primera mitad del siglo XIX predominaban claramente las europeas, particularmente las francesas y españolas (Pérez Vejo, 2001).

[5] Mateos (1831-1913) nació en la ciudad de México y estudió en el Colegio de San Gregorio, el Instituto Literario de Toluca y el Colegio de Letrán, donde se recibió de abogado en 1857. Colaboró en *El Monitor Republicano* y *La Orquesta*. Hizo junto con Vicente Riva Palacio más de quince obras teatrales, a las que sumó muchas otras de gran éxito. De su narrativa destacan *El Cerro de las Campanas. Memorias de un guerrillero* (1868), *El sol de mayo. Memorias de la intervención* (1868), *Sangre de niños* (1901), *Sepulcros blanqueados* (1902) y *El conde de Monteleone*, su novela perdida que apareció en folletín en 1901 (Díaz y de Ovando en Mateos, 1976, pp. xlv y ss).

[6] En su gran mayoría, los historiadores-novelistas y los novelistas-historiadores de esta generación "guardan la forma romántica con un fondo de pensamiento liberal" (Vázquez, 1960, p. 4).

huela a republicanismo. Ni siquiera los atropellos en su contra cometidos por el arrogante ejército francés, que utiliza y dilapida sus bienes, burla a sus bellas hijas y los trata cual aristocracia pueblerina, los hace sopesar los costos de la invasión. Aceptan cualquier cosa con tal de vivir su fantasía y borrar del mapa al México que no les gusta.

Mateos no tiene duda de quiénes son los buenos y cuáles los malos del drama nacional. No perdona ni a Napoleón III ni a los conservadores, pero es indulgente con la "pareja imperial", mostrando su lado humano, la precariedad de su situación y los claroscuros de su conducta: ellos también ocupan un sitio al lado de las víctimas. Sin embargo, esta consideración no los coloca en el mismo plano que a los republicanos y la guerrilla popular, que pagaron con creces los costos de la invasión. Para ellos reserva la categoría de héroes.[7]

Como en un juego de espejos, en la novela de Mateos la guerra engrandeció la imagen de Estados Unidos al presentar ese país como la nación de la libertad y celoso vigilante de la independencia latinoamericana. La costosa aventura napoleónica, y el indispensable contrapeso de la potencia norteamericana, cauterizó temporalmente la herida del 47. Su expansionismo territorial, su fe protestante y su ideología utilitarista no fueron ahora sopesados, por el apremio y porque los liberales mexicanos admiraban el sistema político estadunidense. También la situación del poderoso vecino había cambiado a consecuencia de su propia guerra: en todo caso, era preferible el gobierno de la Unión, encabezado por Lincoln, a los confederados, responsables de la mutilación territorial.

Es notable también la mengua de la estrella francesa en la recreación histórica de Mateos. Prácticamente ignora todas las virtudes con que antes se le vistió (nación católica, patria de la Ilustración, fiel de la balanza europea, alternativa civilizada al expansionismo bárbaro de los anglosajones), presentándola como una fuerza retardataria que trata de obrar en un espacio geográfico que no le pertenece: en territorio americano. A Napoleón III le espeta una condena moral e histórica: "...él vivirá, pero su corazón atormentado, con su conciencia llena de remordimientos, sintiendo que

[7] François Aubert apresó la imagen popular en algunas fotografías (Aguilar Ochoa, 1996).

aquellas víctimas [Maximiliano y Carlota] lo rodearán hasta su fin" (Mateos, 1976, p. 423).

La lucha contra la intervención francesa constituye también la trama histórica de *Calvario y Tabor*. La novela de Riva Palacio combina personajes históricos con otros puramente literarios, quiere ir más allá de la verosimilitud y pretende tocar la realidad en su dimensión exacta: "...desgraciadamente nada hay en esto de exagerado; es quizá una sola de las espinas de esta punzante corona que ciñó el pueblo en los días de su Calvario" (Riva Palacio, 1997b, p. 94).[8] El general-escritor, utilizando metafóricamente la pasión de Cristo, ve en el martirio del "pueblo" un paso obligado en la ruta de la resurrección.[9] Después de penurias y sacrificios, al finalizar una guerra en la que los buenos se concentran exclusivamente en el bando republicano, se llega al éxtasis patriótico, avizorándose un futuro promisorio para los hijos de la república: "Aquel supremo instante de felicidad compensaba cinco años de penalidades, de sufrimientos, de dolores. Aquel era el momento sublime del Tabor; allí la patria bella, radiante, transfigurada, contemplaba su triunfo" (p. 522).

La gráfica de Constantino Escalante publicada en *Las glorias nacionales o Álbum de la guerra* (rep. en *Nación*, p. 221) representa la gesta republicana y algunas batallas notables.[10] *Zitácuaro* (1864), muestra un conjunto de hombres de a pie y jinetes, vestidos indistintamente con traje militar azul o con atuendo campira-

[8] *Adolphe* (1816), basada en la vida del propio Benjamín Constant, se presenta como la narración de una historia verídica encontrada en los papeles personales de un desconocido. *El fistol del diablo* (1845-1848), *Astucia* (1865), *Clemencia* (1869) y *Calvario y Tabor* (1868) también fingen relatar sucesos verdaderos: "...como no es realmente una novela, sino una serie de escenas reales y positivas, entre personajes que han existido y aún existen" (Payno, 2000a, VII, p. 655); "...relataré sus casos tal y como acontecieron, valiéndome de su propio dialecto para no desfigurar los hechos" (Inclán, 1998, p. 3); "...si no fuera así no lo conservaría tan fresco, por desgracia, en el libro de mi memoria" (Altamirano, 1972, p. 16); es la verdad "...disfrazada con el atavío de leyenda" (Altamirano en Riva Palacio, 1997b, p. 34); "...escribimos novela con todos los visos de verdad" (Riva Palacio, 1997b, p. 270).

[9] Ortiz Monasterio (1994, p. 196) adelanta la posibilidad de interpretar la metáfora como el martirio de Maximiliano.

[10] Escalante (1836-1868) y Carlos Casarín fundaron en 1861 *La Orquesta*, publicación satírica quincenal en la que participaron Riva Palacio y otros conocidos escritores liberales. Músico aficionado nacido en la ciudad de México, autor de "Danza habanera", pieza para piano, colaborador del *El Sombrero* y *El Impolítico*, el caricaturista y litógrafo se formó en el trabajo diario de un taller (Acevedo, 1994).

no, acometiendo decididamente con machetes y armas de fuego a las tropas enemigas entre el humo y los cadáveres de hombres y caballos. Varios portan banderas. Al frente, con ropa de civil y montado en un caballo blanco, marcha el general Riva Palacio, cuya mano apunta en dirección del poblado. Un cielo gris, lluvioso y amenazante cubre el terreno que forman unos pocos árboles, lomas no muy verdes, un suelo más bien café y montañas de regular tamaño. En un extremo aparece la iglesia y se entrevé un caserío. El asalto parece inminente. La acción, sabemos ahora, culminó con la toma de Zitácuaro y la incorporación de ochenta prisioneros a las filas republicanas (Ortiz Monasterio, 1994).

La producción historiográfica de Payno consta de varias decenas de ensayos en los que se dota a los acontecimientos recientes de una perspectiva amplia, esmerándose en ser riguroso con las fuentes y en seguir los preceptos retóricos de los clásicos (Trejo y Matute Aguirre, 1997). El *Compendio de historia de México* (1870), su texto más sistemático y de mayor alcance en el campo, fue autorizado por el Ministerio de Justicia y de Instrucción Pública y actualizado en sucesivas ediciones (se publicó la decimotercera en 1902), de tal manera que acabó por incluir los primeros años del porfiriato. Payno dedica pocas páginas de su manual tanto al periodo prehispánico como a la época colonial, y muchas a la etapa nacional, inscribiéndola en un proceso más general donde da cuenta de acontecimientos relacionados ocurridos en Estados Unidos, Europa e Hispanoamérica. Poco común en su época, el novelista resta relevancia a los personajes y atiende más las grandes transformaciones, evitando la satanización tan recurrente en los historiadores liberales. Así, hombres como Cortés, Iturbide o Maximiliano reciben juicios ponderados. La independencia le parece el resultado de una necesidad histórica: "...tuvo todos los caracteres de legalidad y de justicia; y si no se hubiera proclamado en 1810, habría sido algunos años después; pero en el giro forzoso de los sucesos humanos, siempre se habría verificado ese acontecimiento" (Payno, 2001, XII, p. 157). A pesar de problemas y fracasos la historia mexicana siguió un curso positivo, que permitió materializar los postulados más importantes del liberalismo (Vázquez, 1997).

Prieto, quien había enseñado historia universal y de México en diversos planteles, asumió en las *Lecciones de historia patria* (1886) su militancia liberal; su aspiración consiste en formar a la

juventud y a los educadores (no hay que olvidar el impulso que dio a la educación normalista) de acuerdo con los principios de la Reforma. En sus páginas fluye un lenguaje sencillo que narra la historia nacional desde los tiempos prehispánicos hasta la época juarista. El volumen está dividido en cuatro partes, dedicadas a las civilizaciones precolombinas del altiplano central, a la Conquista, el virreinato y la guerra de Independencia, así como al periodo nacional, respectivamente. Prieto no oculta su simpatía por los antiguos mexicanos, asombrándose ante sus logros culturales y exaltando el valor con que encararon la sangrienta Conquista. Presenta la Colonia como el periodo en que se establecieron los privilegios, la marginación de los indígenas y el desorden administrativo. Allí echó raíces el atraso económico. El siglo XIX es la suma de aciertos y errores de los gobernantes, relatándose sus acciones públicas más relevantes, sin desdeñar la historia de la gente común.

La obra historiográfica de Prieto se fraguó durante su madurez. Las páginas de sus *Lecciones* no obedecen a un afán de buscar nuevos conocimientos. Al sistematizar los ya existentes, procuró transmitir a los estudiantes una visión clara y concisa del devenir nacional, ceñida a los valores patrios.[11] No se trataba de enseñar sin método. Por el contrario, para encontrar el efecto buscado, la enseñanza debería apegarse a los procedimientos de la observación y la ciencia. Cuando los hechos narrados lo incluyen como testigo, o cuando menos en calidad de contemporáneo, Fidel recurrió a la sinceridad como instrumento de certeza. Educar, formar ciudadanos y unificar a los mexicanos mediante la pedagogía histórica fueron los objetivos primordiales del poeta-historiador: "En una palabra, el objeto de este libro es dar a conocer a la juventud mexicana los buenos principios liberales [...], para hacerla ante todo mexicana, patriota, liberal, republicana, y defensora entusiasta de los derechos del pueblo y de la Reforma" (Prieto, 1999, XXVIII, p. 449).

Las *Lecciones* constituyeron la gran epopeya histórica del romanticismo, ofreciendo una síntesis de los conocimientos existentes, cosidos con un hilo argumental coherente que entrelaza las

[11] Lo mismo hicieron sus contemporáneos Antonio García Cubas, José María Roa Bárcena, Manuel Rivera Cambas, Eufemio Mendoza, Aurelio Oviedo y Romero, Felipe Buenrostro, José Rosas, Manuel Payno y Luis Pérez Verdía (Vázquez, 2000).

grandes épocas históricas y a éstas con el presente inmediato. Sin pretender ser unívoca como la historiografía positivista que le sucedió,[12] dejó en sus lectores la convicción de que lo narrado en ellas contenía lo indispensable sobre un pasado que debían saber y, sobre todo, "sentir" los mexicanos: exaltar el "amor a la patria, enaltecer a los hombres eminentes por sus virtudes, señalar los escollos en que puede tropezar su marcha y alumbrar el camino que lo lleve a la prosperidad y la gloria, tales han sido los objetos de mi compendio, porque estoy persuadido de que la enseñanza debe ser *intencional*..." (p. 448; cursivas del autor).

El pueblo romántico

Por medio de una trama amorosa, que envuelve a un artesano indígena con una muchacha rica, *El monedero* (1861) presenta los sucesos de la historia patria como una sucesión de desatinos políticos y desgracias sociales: la Iglesia, parte de los acaudalados (que se inventan apellidos y títulos para recordarnos su origen español), los políticos y una porción del ejército conspiran para hacerse del poder que habían perdido transitoriamente, sin reparar en la inminencia de la invasión estadunidense que acabará por arrollarlos junto con el país. Pizarro dictó un juicio histórico sumario contra las clases y políticos que tenían a cargo los destinos patrios, colocándolos al lado del enemigo, en calidad de cómplices o francos traidores a la causa nacional, opinión que compartía Prieto (1999).[13]

Para el autor de *El monedero*, fue un conflicto de la elite lo que condujo al colapso de 1847, pues su ambición ciega, el cálculo de la ganancia inmediata y sin esfuerzo, así como su afán aristocrático, no la hizo reparar en el bien común sintetizado en la nación. Del otro lado emerge "el pueblo" compuesto por trabajadores manuales, indígenas, hombres y mujeres ocupados en actividades productivas, curas comprometidos con sus feligreses, ricos arre-

[12] El canon positivista se abriría paso con la *Historia de la medicina en México* [¿1888?] de Francisco Asís Flores (Matute Aguirre, 1999).

[13] Ramírez (1952, II, p. 14) dice: "...los capitalistas no son republicanos, o lo son a medias; los capitalistas desdeñan unirse con el pueblo".

pentidos y proclives a compartir sus bienes, soldados patriotas[14] y gobernantes honestos. Su capacidad de decisión es poca, pero la suma de sus acciones heroicas permite recobrar la patria perdida y formar una nueva nación sustentada en el trabajo.

Como se ha documentado para la ciudad de México, el conflicto bélico evidenció el desencuentro entre gobernantes y gobernados respecto a la defensa de la capital. Cabe recordar que el gobierno y el ejército nacionales abandonaron la plaza, no sin antes fijar una contribución económica y en especie a la población y al Ayuntamiento de México, que perdió así los recursos mínimos para atender los servicios públicos (Sánchez de Tagle, 2000). Quedó entonces en manos civiles la resistencia armada, si se puede dar ese nombre a las acciones de una muchedumbre provista de palos y piedras que durante tres días desafió en calles y azoteas al ejército estadunidense (Pacheco y Reséndez, 1997).

Pizarro intercaló sucesos reales, incluso descritos con detalle, en medio de episodios ficticios. Este recurso le permitió ofrecer un contenido que acercara al lector con la narración, en la medida en que le concernía lo allí tratado, a la vez que construir una realidad al arbitrio del autor.[15] El artificio literario quedó al servicio de *la asociación armonizadora de pasiones, actividades y goces*. Desde esta perspectiva, la literatura abriría el camino hacia la sociedad ideal concebida como una utopía, que tiene de un lado los principios liberales como marco legal de la república, y del otro, al falansterio como célula social básica y unidad económica productiva. El pueblo reconstruido por ciudadanos trabajadores y virtuosos viviría allí en embrión, acreditando con ello el ideal romántico de que las instituciones deben consagrarse a algún objetivo de vida en común acorde con un progreso espiritual (Berlin, 2000).

Pizarro fue de los primeros escritores mexicanos que volvió el conflicto social tema literario, aunque, como se acaba de señalar, lo abordó con las herramientas conceptuales del primer socialismo.

[14] A propósito de los "Niños Héroes", defensores del Castillo de Chapultepec, es claro cómo historia y mito se entrecruzan en los relatos patrios. Los partes de guerra mexicanos y estadunidenses inmediatos al acontecimiento no mencionan las acciones atribuidas a los cadetes, menos aún hacen referencia a que Juan Escutia se envolvió en la bandera nacional y se arrojó al vacío. El general Pillow informó a sus superiores que "el mayor Seymour del 9° regimiento arrió la bandera mexicana de su asta" (Fritsche Aceves, 2001, p. 80).

[15] Para el diálogo de Rousseau con sus lectores véase Darnton (1987).

Es así que la trama social tiene por actores a una aristocracia ociosa y a las clases productivas (fabricantes y trabajadores). En realidad el conflicto es a la vez social (entre grupos) y moral (entre el bien y el mal). La persuasión, la cooperación, la asociación y el ejemplo son los instrumentos para dirimirlo. El autor revive el escenario de la Conquista al oponer a españoles (o hispanizados) e indígenas, subsumiendo el problema étnico en la disputa social: unos son los ricos capaces de enajenar la patria; otros conforman el pueblo trabajador encargado de salvarla. El protagonismo de los indígenas es evidente, no sólo por el personaje principal, sino también por su defensa de la ciudad asediada. Estos contenidos de *El monedero* anticiparon algunos tópicos de la novela de la Revolución. Sintomáticamente, en imágenes pictóricas de la época, como *La tumba de Hidalgo*, realizada por Felipe Castro en 1859, la diosa Libertad acompañaba a un indio que lloraba a los pies del sepulcro (Ramírez, 2000b, pp. 240 y ss).[16]

Calvario y Tabor identificó al pueblo político (abstracto) con el pueblo concreto que, como los individuos, posee vicios y virtudes sancionados en última instancia por la justicia divina. Los primeros, potenciados por la situación de apremio, se expresaron en los últimos días del imperio en el saqueo y robo de las casas ricas, "de los capitalistas", consecuencia de la escasez y el hambre, pues "los pobres son los que pagan por todos" (Riva Palacio, 1997b, p. 465). Uno de esos aciagos días, en algún lugar de la ciudad capital,

> estaban los trajes desgarrados, incomprensibles, indescriptibles, incopiables; fisonomías patibularias y sombrías; figuras y rasgos que parecían no haber sido bañados nunca por la luz del sol; muchachos que parecían haber brotado de entre las sombras y con la humedad de los sótanos de los subterráneos. Y se impulsaban unos a los otros, y se agrupaban y se estrechaban hasta formar como una mazorca humana, hasta que un movimiento que venía del centro los rechazaba y los desunía [p. 448].

[16] El pudor y pasividad que presenta la diosa contrasta con la imagen pintada por Eugène Delacroix en *El 28 de julio: la Libertad guiando al pueblo* (1830). A causa de su cariz revolucionario, el cuadro del pintor francés fue exhibido por poco tiempo, hasta que en 1861 se puso permanentemente al alcance del público (Honour, 1981). Sobre éste, véase el excelente ensayo de Hobsbawm (1999).

El gobierno imperial —cuenta la novela— había prohibido las reuniones pacíficas, dejando como únicos espacios de la acción popular los desmanes colectivos o la incorporación al ejército republicano. A pesar de la violencia que uno y otro camino suponían, Riva Palacio pondera positivamente aquellas acciones obligadas por las circunstancias: "...un pueblo que así luchaba por su independencia, era un pueblo invencible, era un pueblo digno de ser libre" (p. 185).[17] México, como síntesis de éste, con su gesta condenó al imperio. Por su parte, el autor dejó su veredicto en suspenso, evitando ser parcial: quedaría pendiente únicamente el "juicio de la historia" (p. 379).

La semántica socialista del pueblo la aportó Rhodakanaty (1998, p. 47), asimilando el pueblo trabajador al pueblo de la Constitución de 1857: "...el pueblo es la clase productora de la sociedad [...], el resto es nada, es un enjambre de zánganos o de sanguijuelas sociales que devoran inicuamente la sustancia del proletario". Como aquél es depositario de la soberanía nacional, podría modificar las leyes en su beneficio y dar otro derrotero al pacto social, de tal manera que estaba en posibilidad de mejorar sus condiciones de vida expandiendo el crédito, acabando con los monopolios, creando bancos sociales y escuelas, redistribuyendo la propiedad. En la esfera política le correspondía crear un cuarto poder, el federal, capaz de conducir desde la base territorial y política más pequeña, una reforma social necesaria y apremiante.

Alberto G. Bianchi publicó la pieza teatral *Los martirios del pueblo*, "drama en cuatro actos y en prosa".[18] La dedicatoria y el título de cada uno de los actos muestran por sí mismos los objetivos del escritor. Los obreros de México son los destinatarios de su mensaje social: "...a vosotros, que sois víctimas de los poderosos y que comenzáis a luchar para quitaros el yugo que os oprime, dedico este ensayo dramático" (Bianchi, s.f., p. 1). Cada acto es un tema: la leva,[19] generosidad, la infamia y las víctimas. De entrada

[17] Enrique, en *Los Plateados de Tierra Caliente* (1891) de Pedro Robles, después de perder a la amada y a su padre, se suma a la causa republicana y participa en la batalla del 5 de mayo de 1862.

[18] Debo una copia del texto a Everardo G. Carlos González.

[19] El ejército, más aún si hay guerra, aleja y desarraiga a los soldados de sus comunidades de origen. *El fistol del diablo* criticó la leva por arrancar del trabajo "al labrador y el artesano, y enviarlo después a la costa a perecer de vómito o de fiebre" (Payno, 2000a,

nos instala en el taller-habitación de un zapatero, pobremente amueblado con sillas de tule y varias mesas de madera blanca. La "raya" pagada por su "patrón"[20] alcanza estrictamente para comer y, con los zapatos hechos hasta el momento, espera poder pagar a un médico la atención a su hija enferma. Lo agobian las deudas; todo lo que podía empeñar obra ya en poder del montepío y al día siguiente el casero los desalojará con ayuda de la fuerza pública. No hay salida.

Entonces los personajes de Bianchi reflexionan sobre las causas que están detrás de la desafortunada condición del pueblo trabajador: el gobierno, al fijar una política fiscal que lo empobrece, incentiva la importación en lugar de favorecer a los artesanos nativos; al practicar la leva, expone sus vidas y desprotege a sus familias. Los ricos, egoístas e injustos, ensanchan sus caudales sin atender las necesidades de los demás, en particular "de ese pueblo que les forma sus tesoros" (p. 27). La desesperación los lleva más lejos en su crítica del Ejecutivo. En una escena la hija del zapatero pregunta "¿Qué hacen los presidentes?"; su padre responde "vivir sobre los que trabajamos", para después agregar: "Nosotros somos víctimas de todos los malos gobiernos" (p. 11).

En otro diálogo, alguien vislumbra como solución del problema social convertir al país "en una república donde se respeten las leyes, donde la igualdad no sea una vana teoría, donde no haya clases privilegiadas, en donde todos los ciudadanos tengan los mismos deberes y los mismos derechos" (p. 32). Para alcanzar esto, dirá otro personaje, no hay más remedio que la unión de los trabajadores para rechazar "la fuerza con la fuerza" (p. 58). El desenlace es trágico: la hermana fallece a causa de la enfermedad, el padre es tomado de leva y muere en un combate, el novio de la hija que le sobrevive es capturado después de haber huido de las filas del ejército, la madre y la hija se quedan solas en el mundo. La pieza con-

VI, p. 86). *Calvario y Tabor* responsabilizó a las filas de Maximiliano de practicarla (Riva Palacio, 1997b, p. 212), pero ésta operó a lo largo del siglo XIX, independientemente del signo político de los ejércitos en pugna. El director de *El Socialista*, por ejemplo, pidió a Juárez que acabara con ella. Juan de Mata Rivera, "Al presidente de la República", *El Socialista*, 3 de diciembre de 1871.

[20] En esa época era común que los artesanos que trabajaban en sus casas lo hicieran para los maestros o patrones que tenían tienda abierta al público (Illades, 1996).

cluye con una frase lapidaria: "Gobierno que te llamas republicano, ¡He aquí tus víctimas!" (p. 71).[21]

El bandido y el héroe

Eric Hobsbawm (1976) considera al bandolerismo social expresión del conflicto entre el campo y la ciudad, inscrito en la evolución de la organización tribal y familiar hacia la sociedad industrial moderna, y extendido ampliamente durante los siglos XIX y XX. El fenómeno ocurre entre hombres libres desocupados en las economías rurales sobrepobladas o individuos desarraigados y forzados a llevar una existencia marginal, sin por ello negar los valores de los campesinos corrientes, "incluyendo su piedad y su suspicacia respecto a los grupos extraños" (p. 40). Aunque no es un movimiento social, el bandolerismo tiene un puñado de directrices básicas: terminar con los abusos, vengar las injusticias y defender o restaurar el orden "de las cosas 'tal como deberían ser' (lo que, en las sociedades tradicionales, quiere decir tal como se cree que habían sido en un pasado real o mítico)" (p. 22).

Ulrich Im Hof (1993) ve en el bandido a uno de los héroes románticos más representativos. Aunque se singulariza por su valor, astucia y porte, además de vivir al margen de la ley, este personaje se asume y lo consideran perteneciente al pueblo, así sea su parte "mala". Es una figura ambigua que causa simultáneamente miedo y admiración, que resuelve problemas y produce daños. Corresponde al bandido permanecer leal al grupo al que se debe, acatar las normas colectivas y proceder de acuerdo con ciertos valores entendidos. Si esto se fractura la organización se colapsa. Tomemos como ejemplo a los salteadores de *El monedero*, enfrascados en la disputa financiera que provoca la disolución de la banda des-

[21] La obra se representó con mucho éxito en el Teatro de Nuevo México el 23 de abril de 1876. A causa de su contenido crítico, Bianchi fue internado varios meses en la cárcel de Belem. Después de su excarcelación fue reapresado, por lo que el Congreso Obrero, que se hallaba reunido en la ciudad de México, solicitó a las autoridades su liberación, así como la separación del cargo del gobernador del Distrito Federal. S.G., "El señor G. Bianchi", *El Socialista*, 2 de julio de 1876. La Sociedad Dramática Manuel Eduardo de Gorostiza protestó por el atropello (Carballo, 2001).

pués de la muerte de su "capitán"[22] —llamado el Tigre— en el asalto a una diligencia. En el fragor de la discusión el Gachupín, quien en ese preciso momento se arrepiente de sus fechorías, recuerda las palabras de una santa mujer: "Dios ve todas las cosas desde el cielo, y corta la vida del perverso, luego que colmó éste la medida del mal" (Pizarro, 1861, p. 491). Su compinche, el Coyote, evoca el desarraigo de la comunidad como motivo de su conversión en bandido: "...olvidé para siempre mi oficio de zapatero desde que entré en el batallón" (p. 492). Ya no ve posibilidad alguna de dar marcha atrás. Finalmente, la traición y la mentira lo conducen a la muerte en un ajuste de cuentas moral y narrativo.[23]

Paul Vanderwood (1986), que ha documentado la historia del bandolerismo mexicano, no ve en éste afán alguno de volver a un estado de cosas rebasado, observa más bien la búsqueda de un lugar dentro del orden nuevo. Solían vincularse con esta actividad peones fugitivos de las haciendas, campesinos descontentos, soldados desmovilizados, prisioneros evadidos o simplemente muchachos aburridos deseosos de mejorar su condición y vivir aventuras (Katz, 1992). A veces la ausencia de expectativas sociales indujo a segmentos de la población rural a dedicarse a prácticas ilícitas. Lorenzo Cabello (*Astucia*) expuso a su padre la razón para tornar una vida pacífica en otra sumamente activa, plagada de peligros y penada por la ley: "...lo que a mí menos me azora es el trabajo, señor; pero me repugna sobremanera que con él, otro medre, y el asalariado jamás salga de tan humilde esfera; yo no quiero ser papa enterrada en el valle, deseo buscar mi suerte respirando el aire libre en el camino" (Inclán, 1992, p. 52).

Desde la guerra de Independencia cobró importancia el bandolerismo en el campo mexicano, a consecuencia de la virtual inexistencia de un Estado orgánico y centralizado capaz de controlar el territorio nacional. Al principio, atestiguó Mathieu de Fossey (1994, p. 94), los ladrones eran fáciles de contener: "...huyen del peligro los salteadores del camino de México, atacando sólo cuando creen rendir a los caminantes sin resistencia de su parte". En la Reforma

[22] *El Zarco* hace una analogía entre el bandido y el militar: "...ocupaba un puesto entre los suyos, semejante al que ocupa un general entre sus tropas" (Altamirano, 2000, p. 58).

[23] Los nombres de algunos de los bandidos que aparecen en *El Zarco* (el Tigre, el Coyote y el Gachupín), dan cuenta una vez más de la influencia de *El monedero* en las novelas de Altamirano.

y la intervención francesa el bandidaje creció al punto de que los forajidos llegaron a dominar regiones enteras, atacando indistintamente personas, diligencias, vagones de ferrocarril y conductas de metales preciosos. Ante todo, el resorte que movía a estos grupos de malhechores era el negocio. En plena bonanza lograron dominar rutas comerciales y establecer una relación de beneficio recíproco con los mercaderes, haciéndoles pagar protección o un peaje informal, liquidado en dinero o en especie, para permitirles realizar su actividad sin mayores sobresaltos. Los hacendados los proveían de armas y bienes a cambio de que no quemaran las cosechas o robaran el ganado. El acceso a jugosos recursos permitió a los bandidos alcanzar cierto estatus social, lograr el respeto de los demás y diferenciarse de los vulgares ladrones.

Durante la guerra civil, los bandidos ofrecían sus servicios al mejor postor y se les incorporó a los ejércitos en pugna, de tal manera que existieron destacamentos de maleantes en las tropas liberales, conservadoras e imperialistas. La distinción entre soldado, bandido, patriota y vengador se difuminó. En sus campañas, el general Jesús González Ortega y otros liberales más recompensaron a sus huestes con bienes obtenidos del pillaje y el saqueo. Cuando en 1860 rescató la ciudad de México de manos de los conservadores, prohibió estas actividades ilícitas. Parte de sus soldados no se resignaron a volver a su vida modesta y, como conservaron armas y pertrechos, incursionaron en el bandolerismo. Se sitúa allí el origen de los "plateados", la banda armada más imponente y poderosa de la época (Vanderwood, 1986).

Estos temibles malhechores, calamidad de la gente de Yautepec en *El Zarco* (1888), novela póstuma de Altamirano,[24] formaban bandas armadas de cientos de hombres con reputación de crueles, incendiarios, secuestradores, viciosos, ladrones y asesinos, que abusaban de la población en momentos en que las fuerzas federales enfrentaban como podían la guerra civil. A pesar del terror que infundían y los males que acarreaban, los bandidos mantenían todavía un nexo con sus comunidades de origen, lo cual daba lugar a una ambigüedad (de tipo social), que les permitía contar con la complicidad voluntaria o forzada de los vecinos. No desconcierta, por

[24] Situada cronológicamente en 1861, aparecen también personajes históricos mezclados con otros ficticios, tal es el caso de su jefe Salomé Plasencia o de Felipe el Zarco.

tanto, que estos sujetos eventualmente se pasearan "impunemente por las poblaciones y los campos, en son de triunfo, temidos, respetados, y agasajados por los ricos, por las autoridades y la gente" (Altamirano, 2000, p. 54).[25]

La condición de los plateados no dejaba de ser ambigua también: habían pasado de enemigos a aliados del ejército liberal durante la guerra de Tres Años, para después convertirse de nueva cuenta en perseguidos de las fuerzas del orden. Altamirano lamenta que las tropas liberales, obligadas por las circunstancias, cometieran el craso y vergonzoso error de "aceptar la cooperación de estos bandidos en la persecución que hacían al faccioso revolucionario [Leonardo] Márquez en su travesía por Tierra Caliente, algunas de aquellas partidas se presentaron formando cuerpos irregulares, pero numerosos, y uno de ellos estaba mandado por el Zarco" (p. 25). Ambigua resultaba también la postura del ejército al dañar a las comunidades en lugar de combatir a los bandidos: "...las tropas del gobierno, en caso de matar, mataban a los hombres de bien, lo cual era muy fácil y no corrían peligro por ello, estando el país de tal manera revuelto y las nociones de orden y moralidad de tal modo trastornadas, que nadie sabía ya a quién apelar en semejante situación" (p. 42).

El nombre de plateados provenía de su lujosa aunque vulgar manera de vestir: "...los plateados tenían pretensiones", consigna el escritor guerrerense (p. 73). El Zarco, de gallardo porte, de piel blanca (aunque impura, aclara puntualmente el autor) y ojos azul claro, llamados vulgarmente "zarcos", protegía su "hercúlea figura" con

> una chaqueta de paño oscuro con bordados de plata, calzoneras con doble hilera de *chapetones* de plata, unidos por cadenillas y agujitas del mismo metal; cubríase con un sombrero de lana oscura, de alas grandes y tendidas, y que tenían tanto encima como debajo de ellas una ancha y espesa cinta de galón de plata bordada con estrellas de oro [p. 16; cursivas en el original].[26]

[25] Dicen de Plasencia *Los plateados de Tierra Caliente*: "...nada le arredraba ni contaba jamás el número de sus enemigos. Esto le dio prestigio para que fuera reconocido como jefe, al formarse el grupo conocido después como 'los plateados'" (Robles, 1991, p. 848). Los viajeros solían llamar "caballeros" a los bandidos, muestra de una simpatía romántica hacia ellos (Vanderwood, 1994).

[26] Don Jacinto, el antiguo administrador de una hacienda en San Luis Potosí (*El fistol del diablo*), cuando se mete a bandido, aunque ostentando un nombramiento militar, se colgó "muchos y muy pesados adornos de plata" (Payno, 2000a, VII, p. 243).

Similares a los plateados son los secuaces del "capitán Garcí", banda criminal que hace la vida imposible a los mineros de la Alta California durante la fiebre del oro, relatada por Cuéllar en *El comerciante en perlas* (1871).[27] Esta "sociedad", como la llaman los mismos cuatreros, roba y mata a los trabajadores, suplanta el poder estatal y establece una forma de reparto desigual e inequitativo del botín. Su cohesión no está fincada en la solidaridad, sino en el miedo al jefe, la obediencia ciega, y la certeza de que se accederá a alguna porción de los beneficios. El Tigre (*El monedero*) también era arbitrario a la hora de distribuir y dominaba a sus colegas por medio de la violencia.

Astucia. El jefe de los hermanos de la hoja o los charros contrabandistas de la rama. Novela histórica de costumbres mexicanas con episodios originales de Inclán,[28] distingue al bandido malo, el "plateado de Tierra Caliente", que atacaba las comunidades, secuestraba y cobraba vidas en la población civil, de los charros, cuya actividad ilegal de acuerdo con la óptica estatal no implicaba la sanción moral de la sociedad por respetar sus normas básicas, no recurrir a la violencia y activar en todo caso un comercio necesario y útil: "...quién sabe si este amiguito sea uno de tantos cabecillas que diariamente aparecen capitaneando una punta de vagos" (Inclán, 1998, p. 165), en un caso; "...les tengo amor a los charros que comercian en la rama, a las vez que los compadezco porque no ignoro el eminente peligro a que se exponen unos hombres de bien y trabajadores" (p. 168), en el otro. A veces los charros no tienen más remedio que vérselas con los plateados. Triunfa el bien, que puede incluso adoptar la forma de compasión y solidaridad: "Esto que hicimos con el plateado jefe [Apolonio Reyes, a quien

[27] José Tomás de Cuéllar (1830-1894) nació en la ciudad de México y estudió en los colegios de San Gregorio, San Ildefonso, Militar y en la Academia de San Carlos. Participó en la defensa del Castillo de Chapultepec. En San Luis Potosí editó, junto con José María Flores Verdad, *La Ilustración Potosina*, en 1869. A partir de 1872 se incorporó al servicio exterior. Veinte años después, la Real Academia Española de la Lengua lo designó socio correspondiente.

[28] Luis Gonzaga Inclán (1816-1875) nació en la hacienda de Coapa, ingresó en 1828 en el Seminario Conciliar, donde estudió hasta el tercer año de filosofía, abandonando después la escuela para dedicarse a las labores agrícolas. Escribió en verso varios folletos de tema campirano y, aparte de *Astucia*, dos novelas (*Los tres Pepes* y *Pepita la planchadora*) jamás publicadas y perdidas en un incendio. Después de que menguaron sus propiedades rústicas, compró una imprenta cerca de la plaza de Santo Domingo.

se le asiste cuando se encuentra herido], lo hubiéramos hecho con cualquier otro, pues ya sabes, hermano, nuestro sistema: hacer bien y favorecer a cuantos se pueda; arrieros somos y en el camino andamos" (p. 176).[29]

El "chinaco", prolijamente descrito en *Calvario y Tabor*, también es mirado con suspicacia por algunos y recibe el aprecio de otros muchos.[30] A los ojos de los invasores franceses estos héroes populares eran simplemente bandidos, "hombres a quienes los periódicos del imperio pintaban como unos forajidos sin corazón, sin moralidad y sin sentimientos humanitarios" (Riva Palacio, 1997, p. 468). Para el novelista y todos los demás mexicanos, eran "gente que no transigía con la intervención" (p. 192) y hacía la guerra de guerrillas, mestiza e india, de procedencia civil, que antes llevaba una vida pacífica y laboriosa en el campo. Los chinacos se cobijaban en la noche cuando llegaban de incógnito, como espías o avanzada, a las ciudades ocupadas por las tropas francesas. Usaban sombrero ancho, camisa de manta, paliacate, pantalón acampanado, machete o armas de fuego, espuelas los pocos que lograban hacerse de un par de botas. Nicolás Romero es el arquetipo de este personaje popular. El mismo Riva Palacio proporciona la ficha técnica del "León de la Montaña":

> ...era un hombre como de treinta y seis años, de una estatura regular, con una fisonomía completamente vulgar, sin ninguna barba, el pelo cortado casi hasta la raíz, vestido de negro, sin llevar espuelas, ni espada, ni pistolas. Con su andar mesurado, su cabeza inclinada siempre, y sus respuestas cortas y lentas, parecía más bien un pacífico tratante de azúcares o de maíz, que el hombre que llenaba de miedo al mundo con rasgos fabulosos de audacia, de valor, de sagacidad [p. 83].

[29] Simpatizantes o no de su prosa, los críticos compararon a Inclán con Lizardi (Novo en Inclán, 1998, pp. vii y ss). Manuel Sol (2001) advierte que una de las características de *Astucia* es encontrarse más próxima a la lengua hablada que a la escrita, en buena medida por estar narrada como una plática. Para un estudio reciente sobre la obra, analizada en el contexto de la literatura mexicana sobre el bandidaje, véase Rosado (2001).

[30] José Agustín Arrieta (1802-1874) lo pintó en *El chinaco y la china*, conocido también como "Un matrimonio feliz" (Espinosa Spínola, 2001, p. 11).

Otros chinacos, menos notables, reunían en cualquier caso diversas cualidades: valientes, tenaces, sufridos, abnegados, desinteresados, cantadores, honrados, leales, siempre prestos al combate, resistentes al cansancio y el hambre, fuertes, "de carácter", determinados, convencidos de la bondad de la causa y enamorados como mostró el pincel de Ocaranza (*El Chinaco*, 1864).[31] Célebres o anónimos, a estos soldados del pueblo Riva Palacio los pondera positivamente: "El fanatismo patriótico, si se puede llamar así al santo amor exagerado de la patria, ardía en el corazón de aquellos pobres soldados" (p. 207); "jamás ni la indiscreción ni la mala fe hicieron traición a los soldados de la república" (p. 208).[32]

Los enemigos

Mientras el bandido guarda una relación ambigua con la comunidad al pertenecer y a la vez atentar contra ella, al comerciante se le mira como agente externo, más si es extranjero, que medra y se enriquece abusando de la necesidad de los demás. El socialismo premarxista había identificado como enemigo de los trabajadores a los comerciantes acaparadores de ganancias, materias primas y bienes de consumo. En *El monedero* el mercader aparece como una figura perniciosa que obtiene grandes beneficios sin producir y saca provecho de la especulación; fatuo, conspira contra la patria al lado de curas impíos y aventureros políticos de toda laya. Dirá después Pizarro (1861): "...regateando, exagerando, mintiendo, se fija el precio de las cosas en el común de los humanos".[33] Cuéllar (1997, p. 69) comenta, refiriéndose a los mercaderes: "...esos judíos del negocio [no tienen] más que firmar o vender a doble precio para ganar millones".

Inclán consideró los monopolios fuente importante de las desgracias que aquejan al país. Lorenzo (*Astucia*) esgrime ante el juez

[31] Manuel de Ocaranza (1841-1882), pintor michoacano formado en la Academia de San Carlos.

[32] Dice un oficial francés en *El Cerro de las Campanas*: "Yo he estado en la Argelia, en Italia, en Sebastopol; allí resistía el ejército; aquí lucha el pueblo, y nosotros no podemos vencerle" (Mateos, 1976, pp. 111-112).

[33] Nicolás Pizarro, "La zahorí", *El Semanario Ilustrado*, 7 de agosto-20 de noviembre de 1868.

el combate al monopolio del tabaco como argumento justificativo del contrabando que llevaba a cabo, al denunciar "los malos principios de la usura, el agio, el monopolio, perjuicio de tercero" (Inclán, 1992, p. 413). Rhodakanaty renegó de los monopolios que impedían liberar las fuerzas económicas del país. Particularmente repulsiva le resultaba la hacienda por mantener en la pobreza a una amplia capa de la población mexicana. Tras la desamortización de la propiedad corporativa una aristocracia financiera se había apoderado de las fincas urbanas de la Iglesia, poniendo a su merced a los arrendatarios: "...el feudalismo, así urbano como rústico, que todo lo monopoliza para matar a la vida social en provecho propio y sin utilidad ninguna para el pueblo, es una lepra intolerable, que es preciso extinguir con el fuego de la filantropía universal" (Rhodakanaty y De Mata Rivera, 2001, p. 78).

Prieto opinó desfavorablemente acerca de otro monopolio: los gremios artesanales novohispanos. Desde la perspectiva de Fidel, la organización corporativa del trabajo era contraria a la racionalidad económica e inoperante desde el ángulo social: el gremio representaba "la exaltación del privilegio, la esclavitud del aprendiz, la interceptación tiránica del modo honesto de vivir, el emporio del retroceso, la repulsión del extranjero, la incrustación en el cuerpo social de sociedades con intereses opuestos a los intereses de la sociedad en general" (Prieto, 1997, XXV, p. 150). Por extensión, su opinión acerca de otras corporaciones de antiguo régimen fue en el mismo sentido: "...la cofradía se convirtió en instrumento de preponderancia del clero, los fondos especiales en explotaciones nocivas, los gremios en monopolios ruinosos, las sociedades de caridad en su mayor parte hasta en espionaje de las clases privilegiadas" (p. 52). En oposición a esas instituciones, "el espíritu del siglo" ungió a la asociación como instrumento para alcanzar los propósitos de la economía política y como medio idóneo para estructurar un pacto social armónico, o en sus palabras, "la sociedad regenerada". Artesanos y obreros debían organizarse bajo su amparo, ya fuera en sociedades de auxilios mutuos o en cooperativas de producción.

El artesano honrado

En Nueva España el despotismo ilustrado, instaurado por los Borbones, tuvo entre sus objetivos conservar el orden estamental, evitando las mezclas sociales en los espacios públicos (Viqueira Albán, 1987). *La Plaza Mayor de México*, pintura del siglo XVIII atribuida a Juan Antonio Prado (Suárez Molina, 2000), muestra esta sociedad urbana en que los distintos estamentos sociales aparecen juntos... pero no revueltos en el centro que congregaba a la *polis*. No en balde, para el lenguaje jurídico de la época, "público" equivalía a "lo que pertenece a todo el pueblo o conjunto de vecinos" (Escriche, 1993, p. 587) y la ciudad fungía como el lugar privilegiado de la política (Guerra y Lempérière, 1998).[34] Las guerras decimonónicas sirvieron para que las clases populares expandieran su presencia al terreno de las armas y se les reconocieran derechos dentro del régimen político.[35] Este ensanchamiento de los derechos políticos, que incorporó como ciudadanos a los mexicanos mayores de dieciocho años que tuvieran "un modo honesto de vivir", permitió decir orgulloso a Nicolás (*El Zarco*): "...soy un vecino honrado del distrito; soy el encargado de la hacienda de Atlihuayán, y el señor prefecto sabe que he prestado no pocos servicios cuando la autoridad los ha necesitado de mí. Además, soy un ciudadano..." (Altamirano, 2000, p. 41).

La clase media (1859) jerarquizó a la sociedad en tres grupos: la clase alta o aristocracia, el pueblo y la clase media, compuesta de profesionistas, estudiantes, militares, artistas y amas de casa, "no tiene los placeres de la primera, teniendo sus aspiraciones y sufre con los dolores de la segunda sin tener su ignorancia" (Díaz Covarrubias, 1959, II, p. 351). En el universo sentimental de *El dia-*

[34] Antes de la Independencia "ser vecino era la garantía de acceso a la riqueza y al crédito de los otros, para obtener, de este modo, una serie de prestaciones imprescindibles para sostenerse económicamente" (Sánchez y Dalla Corte, 2000, p. 44). La Constitución Política de la Monarquía Española (1812) ligó la condición de vecino y la de ciudadano, vínculo que se mantendría a lo largo de todo el siglo (Carmagnani y Hernández Chávez, 1999).

[35] Al respecto, la Constitución de 1857 señaló (artículo 39) que "todo poder público dimana del pueblo y se instruye para su beneficio" (Cámara de Diputados, 1985, III, p. 583); reconoció como una de las obligaciones ciudadanas (artículo 35) "tomar las armas en el ejército o en la guardia nacional para la defensa de la república y sus instituciones" (p. 580).

blo en México (1860), el amor se alojaba exclusivamente en la clase media y el pueblo. Las clases nunca se mezclaban, "el día en que las tres se confundan, en que la aristocracia dé su dinero, la clase media sus virtudes y el pueblo su trabajo, en que los lazos de familia unan sucesivamente a la una con la otra, ese día tendremos una posibilidad más de conseguir esa paz anhelada por la que hace cincuenta años suspiramos" (Díaz Covarrubias, 2000, pp. 35-36).

La ciudad vive asediada por las calamidades que representan el lépero, el vago y el calavera. Aunque habitan distintos lugares dentro de la escala social, tienen en común que viven a expensas de los demás. Unos reciben el sustento gracias a la caridad, el robo o el saqueo; el calavera por el abuso, la componenda y el fraude.[36] Linati (1993, p. 29) pintó al lépero recargado en la pared, con el pantalón roto a la rodilla, sin calzado, con el torso semidesnudo cubierto parcialmente con una frazada, sombrero de palma y un perro al lado mirándolo sumisamente. Payno (2000a, VI, p. 85) describió con palabras esta cara bronceada, "que es más imponente y rara porque a veces está oscurecida por un negro bigote, o por grandes madejas de pelo negro y desordenado que caen sobre sus mejillas". Según Bustamante (1987), eran la punta de lanza de los pronunciamientos militares o de las convocatorias de políticos demagogos. Al principio, dice Tovar (1865, p. 109), los léperos eran los "ladrones, homicidas, borrachos y asesinos", pero poco a poco el término incluyó a todos los pobres.

Hacia mediados de siglo, la situación económica de muchos artesanos era precaria y los oficios se degradaban al ir ganando espacio las categorías mercantiles. Castigados por la pobreza y el desempleo, resultó indispensable para los trabajadores con oficio diferenciarse de otros grupos de población con los que solía confundírseles. Construyeron su identidad grupal en oposición a la del vago, haciendo de la honradez y la destreza los pilares básicos en que descansaba su virtud. En la representación literaria, el artesano honrado y trabajador, con una vida a la vez modesta y feliz, padece el desprecio de los ricos, sufre a diario para ganar el pan, pero es medianamente ilustrado y capaz de aglutinar al pueblo llano. Opone el trabajo a la vagancia y la honradez al vicio. *El*

[36] Lizardi, que no tenía gran aprecio por el trabajo manual, lo prefirió a la vagancia (cuyo mejor exponente es el mismo Pedro Sarmiento) o al ocio de la aristocracia.

monedero, como vimos, contribuyó a canonizar al artesano honrado. *Calvario y Tabor* condenó la pereza y el ocio, poniendo de relieve el trabajo del artesano. Altamirano, celoso observador del color de la piel, resaltó la honradez y laboriosidad de indígenas y mulatos. Desde su punto de vista, el trabajo ennoblecía a las personas. Cuando abandonó el hogar paterno, Fernando Valle (*Clemencia*) se ganó la vida como armero, después como soldado raso. La madre de Manuelita (*El Zarco*) trató de persuadirla de las virtudes de Nicolás (indígena, huérfano, artesano letrado), después de que la joven lo había denostado: "...a la edad en que todos regularmente no ganan más que un jornal [es decir que son oficiales] él es ya maestro principal de herrería, y es muy estimado hasta de los ricos, y tiene muy buena fama y ha conseguido lo poco que tiene, gracias al sudor de su frente y su honradez" (Altamirano, 2000, p. 10).

La estratificación social esbozada por estos escritores sintetizó de alguna manera las perspectivas liberal y socialista: de un lado, presentó la ciudadanía como una condición esencial para la participación en los asuntos públicos y, del otro, subrayó el desprecio hacia la aristocracia, glorificándose el trabajo manual. A las clases ociosas altas (comerciantes, agiotistas, aristócratas, calaveras, políticos) y bajas (vagos, léperos) se les achacó a menudo la perturbación de la sociedad y la nación, así como la corrupción de la esfera privada. La clase media (burguesía) y el pueblo (artesanos, indígenas, trabajadores manuales, agricultores) fueron vistos como factores del progreso colectivo, defensores de la familia y las buenas costumbres mexicanas. Aunque todavía no se podría hablar de una sociedad de masas al estilo siglo XX, las corporaciones y las elites ya no gozaban del monopolio de la representación de la totalidad social. Nuevos actores reales y literarios reclamaban su espacio. Esto, como se mencionó en el capítulo II, respondió también a la expansión de la cultura letrada más allá de las clases altas. Es seguro que no había muchos lectores, pero eran cada vez más diversos socialmente.

El ocaso del pueblo

El porfiriato frenó el crecimiento de los derechos políticos de los vecinos (Carmagnani y Hernández Chávez, 1999), consideró la posibilidad de permitir el sufragio sólo a los alfabetas, no abrió la

ciudadanía a los nuevos segmentos sociales que habían surgido con la expansión económica, socavó la igualdad liberal activando mecanismos de segregación social (Piccato, 1997), y ya no miró benévolamente al pueblo. *La Calandria* (1890) de Rafael Delgado, confirmó que las expectativas de movilidad social albergadas por las clases bajas las conducía a la corrupción. Carmen, hija ilegítima de un aristócrata de provincia y una lavandera, confirma la degradación de quien pretende situarse en una posición que no le corresponde, como si la sociedad funcionara todavía bajo un orden estamental prestablecido e inamovible (Sandoval, 1999). "La Calandria", conocida así por su afición al canto, al igual que su madre, es seducida por un rico, haciéndola despreciar el amor bueno de un artesano honrado (Gabriel). La ambición material, el deseo de no ser ya lo que se es, el contacto con costumbres y valores ajenos, la atracción del supuesto refinamiento de las clases altas, acaban por empujar a la muchacha al abismo social: huye primero con el catrín (Alberto Rosas); abandonada por éste al poco tiempo, se suicida mediante la ingestión de fósforos.[37]

Baile y cochino (1885) de Cuéllar retomó la temática de los jóvenes vividores, pero limpió el tratamiento de comentarios moralizantes y los enriqueció con el sarcasmo, aceptando que las cosas son así y que de esa manera hay que contarlas. La novela mostró una sociedad compleja donde no existe una clara distinción entre buenos y malos, el amor está confundido con la sensualidad, y la trama de la vida comunitaria la conforman los pequeños intereses de diversos personajes representativos de toda la escala social. El "artesano honrado" no lo es tanto, engaña al cliente, abate la calidad del producto, recicla prendas. Tampoco hay héroes ni causas patrióticas que merezcan lucharse; nadie finca su prestigio en las guerras de liberación, ni siquiera los militares, y en el mejor de los casos se esgrimen como blasones las influencias dentro del gobierno.

El pueblo, diseccionado por Cuéllar en gran variedad de subespecies, recobra la unidad cuando se desfoga en la fiesta; se presenta entonces como una masa informe deseosa únicamente de comer hasta hartarse, beber hasta perder la conciencia y enamorar a algu-

[37] Prendes (2003, p. 297), en su estudio sobre la novela naturalista hispanoamericana, constata que "la enfermedad, el suicidio o el asesinato que asechan a los personajes supondrán una liberación o un castigo para sus vidas sombrías".

na de las codiciadas Machucas. El baile degenera en pachanga, desnuda la ignorancia y falta de ambición de las clases bajas; la vulgaridad, el mal gusto, las poses y el impostado refinamiento de las clases medias. El microcosmos social que aglutina la fiesta, el desastre en que acaba, los resortes que activan a los personajes, sus paupérrimas expectativas, expresan de alguna manera el estado de una nación vigorosa y a la vez desorientada, mal hecha y peor pegada desde los cimientos hasta las alturas.[38]

Emilio Rabasa, en *La bola* (1887), presentó una imagen pesimista de la sociedad mexicana y sus posibilidades futuras. El realismo y el naturalismo que se abrían paso en la literatura nacional, así como el positivismo en el campo filosófico, vieron con rechazo y escepticismo a la multitud despreciativamente denominada "bola", en el mejor de los casos objeto de la observación sociologizante y portadora de ciertos rasgos de las costumbres mexicanas, por desdicha imposibles de desterrar. Ésta "no exige principios ni los tiene jamás, nace y muere en corto espacio material y moral [...] es hija de la ignorancia y castigo inevitable de los pueblos atrasados" (Rabasa, 2000, p. 166).[39]

Los bandidos de Río Frío (1888), como ya había adelantado Payno en otras novelas, no escatimó calificativos para describir la violencia individual y colectiva de las clases populares: carente de objetivos razonables, proclive a la manipulación de los políticos, bien dispuesta a seguir cualquier pronunciamiento militar por descabellado que fuera, u "organizar" algún tumulto como si se tratara de asistir a un carnaval.[40] La confusión era su elemento. Entonces, "las puertas de los zaguanes y accesorias se cerraban,

[38] Al hablar de los ensayos escritos para *La Libertad*, reunidos en *La linterna mágica*, sus hipotéticas obras completas, Manuel de Ezcurdia (1997, p. 60) describe al escritor como el espectador inconforme y pesimista, "propulsor de panaceas y remedios para esas enfermedades mexicanas que, a pesar de los adelantos de la civilización aparentes, minan la salud mental y física del mexicano y detienen el progreso de un país que merecería ya formar parte del 'coro de las naciones civilizadas'".

[39] *El fistol del diablo* relaciona a la "bola" con el jaleo alrededor de un pronunciamiento político, con el desorden. Después de abortarse, "los artilleros se van a la Ciudadela, la caballería al cuartel de los Gallos y los grupos a sus casas, como chasqueados y tristes de que no hubiese habido *bola* y todo quedase en paz por algún tiempo" (Payno, 2000a, VI, p. 390; cursivas del autor).

[40] Para una descripción social de los personajes véase Lameiras (1995). Un análisis de la caracterización de los indígenas y de las formas de violencia que aparecen en la novela se recoge en Illades y Sandoval (2000).

las familias enteras ocupaban los balcones y mandaban preguntar a los aguadores de la fuente el motivo de tanto alboroto, y cuentos y versiones diversas circulaban sin que nadie acertase con la verdad" (Payno, 2000b, X, p. 150).

Lejos quedaban los ciudadanos virtuosos, los trabajadores honestos y laboriosos, los indígenas sobrios y abnegados, así como los mexicanos patriotas y generosos, protagonistas literarios, objeto de la regeneración social anunciada por el primer socialismo y soporte del proyecto liberal. Algunos atributos del pueblo romántico serían exhumados por la novela de la Revolución mexicana. De todos modos, el pueblo en acción despertaba sentimientos ambiguos: se aceptaban sus razones, se reconocían sus agravios... también se le temía. *Los de abajo* (1916) de Mariano Azuela sintetizó esta doble perspectiva que incorporaba, reacomodadas, las estampas ofrecidas por los pensadores decimonónicos: "Los dolores y las miserias de los desheredados alcanzan a conmoverlo; su causa es la causa sublime del pueblo subyugado que clama justicia, sólo justicia" (Azuela, 1999, p. 95). La causa justa, sin embargo, sufría un desencuentro con los instrumentos de su realización, divorciándose los medios de los fines, los propósitos de los resultados: "Hay que esperar un poco. A que no haya combatientes, a que no se oigan más disparos que los de las turbas entregadas a las delicias del saqueo; a que resplandezca diáfana, como una gota de agua, la psicología de nuestra raza, condensada en dos palabras: ¡robar, matar!" (p. 143).[41]

[41] *La muerte de Artemio Cruz* (Fuentes, 1962, p. 185), que culmina la novela de la Revolución mexicana, guarda todavía algo de esta imagen popular: "Nuestras gentes son como las lagartijas, van tomando el color de la tierra, se meten en las chozas de donde salieron, vuelven a vestirse de peones y vuelven a esperar la hora de seguir peleando, aunque sea dentro de cien años".

IV. LA VIDA INTERIOR

Sería difícil comprender la trama sentimental de las novelas románticas sin tomar en consideración el modo melodramático que las estructura. De acuerdo con Peter Brooks (1976), el melodrama fue una alternativa ante la negación de lo sagrado que consumó la Ilustración; permitió expresar un conflicto moral intenso y polarizado, basado en la lucha entre el bien y el mal. Al teatralizar la realidad, exagerarla e impregnarla de un acentuado sentimentalismo, el melodrama facilita su comprensión sin tener que profundizar en la psicología de los personajes o brindar una justificación de lo que sucede (el mal no necesita ser justificado, basta con presentarlo), propicia la identificación del lector y acerca a un público amplio al texto. El elemento dinámico del relato por lo general son los villanos que, con sus almas retorcidas, tratan de alterar el curso "natural" de los acontecimientos. Su castigo final resarce a las víctimas y permite respirar tranquilo al lector, porque el bien y la virtud han salido victoriosos de su enfrentamiento con el mal. Éste es expulsado de los límites del relato y el orden de las cosas queda restaurado de manera duradera.

La novela romántica mexicana exaltó el amor, condenó la ambición y los opuso entre sí. La ambición va dirigida por lo general hacia los objetos materiales, lo concreto, la riqueza, lo artificial y el lujo. Confunde en vez de aclarar, ciega. El amor apunta en dirección a lo abstracto, lo espiritual, los valores, lo natural y, si no a la austeridad, cuando menos al recato en la acumulación de bienes. Ilumina y ayuda a encontrar el camino. Ambas pasiones implican la posesión absoluta del objeto; la diferencia reside en que el amor la vuelve recíproca, abre la posibilidad del intercambio. A los buenos los domina el amor, los malos padecen una ambición desbocada, de codicia. También, vinculó el bien con Dios, la naturaleza, la moral, el amor, la familia y el matrimonio, el trabajo, la república, la vida modesta, la mexicanidad y la preservación de la comunidad; el mal, con lo diabólico, el instinto, la carne, la transgresión del tabú, la seducción, las actividades improductivas, la traición a la

patria, la usurpación, la extranjería y el rompimiento del orden social. Un descontrol de las pasiones, un desequilibrio en las polaridades magnéticas, una opción política equivocada, la ambición desmedida, la frustración amorosa, o todo a la vez, conducen a la acción negativa y dañina.[1] No obstante sus victorias parciales, finalmente esta acción maligna fracasa, imponiéndose el bien en todos los terrenos y castigando la providencia, habitualmente con la muerte o la locura, a quienes han socavado el orden y "roto el lazo social".

El amor bueno

Pascal consideró el amor y la ambición como las pasiones fundamentales del hombre. Frecuentemente juntas, no guardan relación entre sí y tampoco son antagónicas. Para Dumas el amor y el miedo eran las pasiones más fuertes. Éstas se caracterizan por el exceso: "...no puede haber pasión sin exceso" (Pascal, 2001, p. 41), con lo que coincidirán Goethe y más adelante Stendhal: "...las pasiones son defectos o virtudes, pero aumentados" (Goethe, 2000, p. 235). Hume (1990, p. 77) reparó en su ritmo: "...son lentas e inquietas". Como son tan fuertes y desbordadas, el corazón humano no es capaz de albergarlas al mismo tiempo sin afectarlas, contrarrestándose o anulándose entre sí, según Pascal, o subordinando una a la otra, de acuerdo con Hume.

La pasión amorosa, pensó Pascal (2001, p. 23), está asida en la afinidad: "...aunque el hombre trate de encontrar con qué llenar el gran vacío que ha abierto al salir de sí mismo, no podrá satisfacerse con cualquier tipo de objeto", tiene que ser "por lo menos algo que se le parezca y que se le acerque lo más posible". Lo mismo en Goethe (2000, p. 110), para quien la afinidad era el fundamento de la atracción: "...llamamos afines a aquellas naturalezas que al encontrarse se aferran con rapidez las unas a las otras y se determinan mutuamente". Hume (1990, p. 129) agrega como factores de atracción hacia el objeto "una complacencia en la belleza, un apetito corporal y amistad o afecto". La idealización de aquél, in-

[1] Como Fourier, Dumas (2002, p. 147) lo atribuyó a la civilización que "nos ha creado necesidades, vicios y falsos apetitos, cuya influencia llega tal vez a ahogar en nosotros los buenos instintos, arrastrándonos al mal".

cluso el conflicto entre imagen y realidad, atravesó la sensibilidad romántica, que espiritualizó el amor proyectándolo hacia lo trascendental. Amor y voluptuosidad trababan una lucha en donde se afirmaba el poder redentor de aquél (Muschg, 1965).

La flor marchita (1868) de Manuel de Ocaranza, composición sencilla en la que una joven contempla el tallo roto de una azucena, sugiere en realidad que mira hacia su interior. Viste un traje blanco, símbolo de la pureza; tal vez está en el patio o en un balcón del hogar paterno, rodeada de plantas, lejos están las montañas. De rostro melancólico y con los dedos entrelazados, la muchacha concentra toda la fuerza de su espíritu en un sentimiento, pareciendo invocar a alguien ausente: representa el amor. Pero eran malos tiempos para éste; comenta Altamirano:

> Este culto del amor ya sólo existe en algunos puntos del globo; él ha sido hasta aquí la religión del género humano, pero desgraciadamente va sustituyéndose por la idolatría del becerro de oro, que se halla extendida por toda la tierra, que gana prosélitos a cada momento, y que parece estar cobijada bajo las alas poderosas de la civilización [1972, p. 14].

El escritor tixtleco, por intermediación de Fernando Valle, reniega en *Clemencia* de la corrupción del amor, la desviación de su objeto, de las "pasiones banales", del culto a la forma que quiere ver en ella "la revelación clara del alma, el sello que Dios ha puesto para que sea distinguida la belleza moral" que alberga en el corazón (Altamirano, 1972, p. 19). Defiende el romanticismo, que conduce en la vida interior a abrigar sentimientos puros y, en el exterior, a defender a la patria. En oposición, Enrique Flores, su amigo y rival, hace burla del idealismo ingenuo, de su platonismo: "...no le había observado esta particular disposición hacia el romanticismo [...] ¿Quién diablos le ha puesto a usted hollín en el cerebro? [...] El talento consiste, amigo mío, en cambiarles la cara [a las cosas]. Yo nunca he sido romántico" (p. 23). Tal vez por eso abandonó el arte (era un magnífico pianista), "para dedicarse a los placeres del amor y a los trabajos de la política" (p. 39).[2]

[2] Recordemos que el culto al "arte por el arte" lo iniciaron los románticos alemanes, reivindicado después por escritores franceses como Flaubert y Baudelaire. Según Díaz

El órgano reflejo del corazón son los ojos: "...mas vi tus ojos, ¡adorada mía! / su lánguido mirar y su ternura / y al poder de su angelical dulzura / se eternizó mi ardor", reza un poema de Lacunza.[3] Como muchos otros, Rhodakanaty (1998, p. 73) decía que "los ojos son la expresión del alma", y Zarco (1980, p. 25) que su brillo emulaba el espíritu de Dios: "...es el rayo de la vida, es la chispa que no se extinguirá jamás, es el alma". Lo primero que registra Fernando cuando conoce a Clemencia son sus ojos: "...en los ojos negros y lánguidos de aquella hermosura terrible había algo más que el brillo de la languidez [...] un agüero, quién sabe si feliz o desgraciado" (Altamirano, 1972, p. 18); Amparo (*Astucia*) exclama: "...me pareció que por sus brillantes ojos miraba su corazón" (Inclán, 1998, p. 471). Los enamorados en las novelas de Pizarro solían cruzar "miradas magnéticas"; Leonel (*Martín Garatuza*) declara: "...no sabéis lo que es vivir de una mirada" (Riva Palacio, 1997a, p. 433). Adrián Güemes ("La zahorí") tenía una "expresión magnética verdaderamente" (Pizarro, 1868b, cap. IV) y convence a Isaura de sus mentiras con la fuerza de la sugestión visual: "...magnetizada con las miradas de Güemes y seducida por [sus] palabras, iba a arrojarse en sus brazos" (cap. VII). María (*El comerciante en perlas*) "lanzó una ardiente mirada de reconocimiento que penetró hasta el corazón de Eduardo" (Cuéllar, 1997, p. 109). Isidoro (*La clase media*) tuvo que bajar los ojos "al sentir el magnetismo de aquella mirada penetrante, sombría, acusadora como la voz de la conciencia" de Román (Díaz Covarrubias, 1959, II, p. 378).[4]

Clemencia presenta una serie de parejas contrapuestas que rigen el relato y la conducta de los personajes, o que son estos mismos, polaridades que se repiten en *El Zarco*, *El monedero*, *La coqueta*, *Astucia*, *Calvario y Tabor*, *Monja y casada, virgen y mártir*, *Martín Garatuza*, *El comerciante en perlas* y otras novelas: amor/deseo, corazón/sentidos, alma/cuerpo, rico/pobre, arte/dinero, idealismo/materialismo, moral/libertinaje, república/impe-

Covarrubias (2000, II, p. 357) los políticos, movidos por sórdidos resortes, apelaban al pueblo sólo para ganar las elecciones. También lamenta que la política "a tantos hombres buenos ha extraviado en México".

[3] Juan Nepomuceno Lacunza, "A...", *El Recreo de las Familias*, 1º de enero de 1938, p. 166.

[4] Pascal (2001, p. 37) decía que "los ojos desempeñan el papel principal".

rio, liberal/conservador, pureza/lascivia, trabajo/ocio, mexicano/extranjero, Fernando/Enrique, Isabel/Clemencia, Blanca/Luisa, Esperanza/Catalina, César/Pedro, Eduardo/Garcí, etcétera.

En esta lógica bipolar, simpatía y antipatía son consecuencia de la transmisión del flujo eléctrico: las fuerzas iguales se repelen y las opuestas se complementan, según Pizarro; las iguales y contrarias se destruyen (*sic*), de acuerdo con Riva Palacio. En *El diablo en México*, *Astucia* y *El fistol del diablo*, el magnetismo tiene connotaciones fisiológicas y sirve, entre otras cosas, para tratar de ofrecer una explicación de las atracciones físicas y amorosas: "¿Pero cómo acercarse a aquel ser al cual le atraía ya ese magnetismo que se llama amor?" (Díaz Covarrubias, 2000, p. 30); "hasta el aliento y la respiración de su pareja lo magnetizaba al grado de estar fuera de sí" (Inclán, 1998, p. 469); "Aurora, como si fuera presa de un extraño sueño o estuviera magnetizada, se levantó detrás del galán, lo siguió hasta el balcón" (Payno, 2000a, VI, p. 601).

El amor bueno culmina al menos en promesa matrimonial: Luis y María (*El monedero*), Andrés y Ángela (*La coqueta*), Manuel y Teresa (*El fistol del diablo*), Lorenzo y Amparo (*Astucia*), Nicolás y Pilar (*El Zarco*), Jorge y Alejandra (*Calvario y Tabor*), César y Blanca (*Monja y casada, virgen y mártir*), Leonel y Esperanza (*Martín Garatuza*), Eduardo y María (*El comerciante en perlas*); o puede llevar a la inmolación de Fernando, a sacar su belleza interior ("...el joven estaba hermoso, heroicamente hermoso"; Altamirano, 1972, p. 90) y a postrar ante la cruz (en la versión secular de un pelotón de fusilamiento) a la apasionada y despreciativa Clemencia, transformada en una Magdalena tapatía (imagen similar a la de Manuela tendida frente al árbol donde colgaron al Zarco, con la diferencia de que ésta enloquece y muere, y la otra se desmaya, la suben al carruaje, se vuelve hermana de la caridad y emigra a Francia, porque cayó en cuenta, así fuera algo tarde, que debió haber amado al mártir en lugar del villano). En opinión de Teresa (*El fistol del diablo*), el matrimonio es "el término mejor y más natural de las relaciones entre el hombre y la mujer" (Payno, 2000a, VII, p. 430).

Pizarro le da un baño de pueblo a Rosita Dávila, haciéndola purgar sus pecados aristocráticos y abjurar del galanteo, antes de casarla con el mecánico Fernando Henkel (*El monedero*). Alejado de la perturbadora presencia de Magdalena, "la coqueta" que ab-

dica de la felicidad al casarse con un hombre rico y mayor, a quien no ama, Andrés Iturbide encuentra el amor bueno después de cumplirle a la república en la guerra contra los conservadores, al dedicarse al trabajo honesto, llevar una vida sencilla y austera distante del bullicio de la ciudad, y formar una familia en el Buen Retiro, colonia agrícola productora de trigo, situada en las inmediaciones de Silao, Guanajuato, que establece con el mediano capital reunido en su giro comercial de la ciudad de México. Siente por su joven y bella esposa Ángela la "pasión dichosa, revelada en esas tiernas miradas con que se comunican las almas de los que se aman confiadamente" (Pizarro, 1982, p. 190).

Don César de Villaclara (*Monja y casada, virgen y mártir*, 1868), amado a la vez por la angelical Blanca de Mejía y la perversa Luisa, es desterrado a Filipinas por un lance en el que hirió gravemente a don Alonso de Rivera, quien intentó matarlo arteramente. Al volver después de siete años, por sus dotes se convierte en el brazo derecho del virrey marqués de Gelves, y reencuentra a Blanca, la "mujer más bella de la Nueva España", que acaba de huir del convento en que la había recluido su hermano con el propósito de apoderarse de la otra mitad del caudal familiar. La Inquisición persigue a "la monja", tratando de evitar el matrimonio de los castos personajes, en ese momento prófugos. El valeroso César, pintado con tintes dumasianos, con la espada salva a su amada de la ira clerical después de haberla desposado, convirtiéndola en "monja y casada". Todo ello ocurre en medio de un tumulto popular promovido en el año de 1624 por el arzobispo metropolitano, don Juan Pérez de la Cerna, y la Audiencia, para deponer al virrey y evitar que continuara aplicando políticas contrarias a la Iglesia novohispana; el autor emplea un tono parecido al del conflicto que enfrentó al poder secular y al Estado mexicano durante la guerra de Tres Años. Para el historiador John Mason Hart (1980, p. 59), el tumulto de 1624 se debió a

> una crisis dentro de la elite colonial, entre la autoridad civil dirigida por el virrey y la Iglesia dirigida por el arzobispo, había causado la excomunión del virrey y una brecha en la estructura de autoridad de la ciudad de México, generalmente unificada [...] A raíz de la excomunión, un sector racial, cultural y ocupacional de la clase trabajadora de la ciudad, mezclado, atacó y quemó el palacio del

virrey. La muchedumbre apoyaba al rey, pero estaba harta del "mal gobierno".

Aunque el virrey libra el trance gracias a la siempre oportuna espada de don César, no puede evitar que su palacio "fuese completamente saqueado", ni sofocar "el incendio que había consumido casi la mitad del edificio" (Riva Palacio, 2001, p. 381). Su valiente acompañante tampoco logró conjurar el escarmiento que la Inquisición —"cocina grande", según el habla popular— infligió a su amada, trocada en "virgen y mártir": "Blanca quedó abandonada sobre la mesa, desnuda como un cadáver en el anfiteatro y mostrando las señales de su horrible tormento. Si don César pudiera haberla visto habría muerto de dolor" (p. 398). Súbita y temporalmente arrepentida ante el martirio de Blanca, con la que comparte calabozo, Luisa, de quien hablaremos más adelante, cambia de nueva cuenta su identidad, se hace pasar por ella, liberándola de las garras del Santo Oficio: "...cuando el corazón siente el arrepentimiento es capaz de todo lo bueno, como lo ha sido de todo lo malo, porque de la pecadora Magdalena a la santa, no hay más que el paso de la noche a la aurora" (p. 450). La bella Blanca escapa de las garras inquisitoriales y, después de múltiples peripecias, acaba por arrojarse a un barranco para evitar que un bandido abusara de ella.

En la línea de Heredia, Lacunza y Rodríguez Galván, Vicente Riva Palacio[5] abordó el tema de la mexicanidad en *Martín Garatuza* (1868) que narra el fatal devenir de los descendientes del último emperador mexica durante la primera mitad de la época colonial. Guatimoc, en arresto domiciliario, se liga sentimentalmente con Isabel de Carvajal, y de su cepa brotarán varias generaciones con una marca de fuego en la espalda y deseosas de conseguir la independencia novohispana. Sabiéndose futuro padre, antes de marchar hacia su última morada, exclama el prócer: "La sombra

[5] Vicente Riva Palacio y Guerrero (1832-1896), nieto del caudillo sureño Vicente Guerrero, estudió en el Instituto Literario de Toluca y en el Colegio de San Gregorio, recibiéndose de abogado en 1854. Inició su carrera militar en las filas guerrilleras del general Ignacio Zaragoza en 1862, alcanzando el grado de general. Fue diputado suplente al Congreso Constituyente, gobernador simultáneo de los estados de México y Michoacán, jefe del Ejército del Centro, magistrado de la Suprema Corte de Justicia, ministro de Colonización, Fomento, Industria y Comercio, y plenipotenciario en España y Portugal.

del águila cubrió a la paloma y nació una esperanza para mi estirpe y para mi pueblo; hombre de nueva raza, quizá su descendencia romperá las cadenas de sus hermanos y mi imperio volverá a ser *uno y solo, y Tenochtitlán será libre*" (Riva Palacio, 1997a, p. 163; cursivas del original). No lo consiguen pero lo intentan; ya vendrán tiempos mejores.

En el curso de esta novela, en varios aspectos continuación de *Monja y casada*, Villaclara regresa a la ciudad capital (en la novela anterior había marchado a Filipinas para salvar su libertad) con el fin de escarmentar a los responsables de la muerte de su esposa. Como en *El conde de Montecristo*, la venganza se convierte en motor de su conducta, aunque Riva Palacio viste con un ropaje distinto a su personaje: Edmundo Dantés, antes un modesto marinero, adopta la identidad de un potentado; César de Villaclara, un noble, toma la de un mendigo. Uno es muy visible; al otro ni siquiera se le mira. En los dos extremos de la escala social, ambos quedan perfectamente resguardados.

César sublima temporalmente su afán destructivo al contribuir a que doña Esperanza de Carvajal herede los bienes de su padre (don Pedro de Mejía), responsable de la desgracia de Blanca. Comanda la eliminación de don Alonso de Rivera, compinche de Mejía, y de Guzmán, el jefe de los bandidos que trató de abusar de la muchacha. Don César, en evidente paralelo con Jean Valjean, acabó sus días en el lugar donde se suicidó su amada, "haciendo esa vida de soledad y penitencia mística y contemplativa de que tantos ejemplos nos traen las historias de aquellos tiempos" (Riva Palacio, 2001, p. 577).

La pasión maligna

Después de siglos en que lo privado no estaba diferenciado de lo público, la burguesía victoriana hizo de la intimidad uno de sus valores supremos (Gay, 2002). En la vida real como en la ficción, abundaron los diarios que relataban la conducta privada de sus autores, donde quedaban asentados sentimientos, experiencias y expectativas, corriendo un prudente velo que los ocultaba del escrutinio de los demás. El diario de Ottilie en *Las afinidades electivas*, por ejemplo, nos hace testigos mudos de la fatal decisión

tomada por la joven. En la novela decimonónica mexicana no suele encontrarse ese pequeño reducto de la intimidad, aunque sí recursos equivalentes que establecen la distinción entre lo público y lo personal, que encierran secretos a veces sólo conocidos por el lector y que, cuando llegan a oídos de terceros, son fuente de intrigas y alimento del melodrama. La confesión ante el sacerdote, la carta entregada de mano y la confidencia, al producirse, paradójicamente nos permite cobrar conciencia de ese mundo interior. Lo conocemos pero, como estamos fuera del texto, permanece en secreto.

Pero la intimidad no existe únicamente como un ámbito ajeno a lo público, se ejerce en el espacio privado por excelencia que es la familia: los padres la protegen de la intrusión de los hijos y viceversa. En las novelas era común que el pretendiente se diera maña para saltar a la habitación de la amada, se ocultara entre las cortinas o saliera a hurtadillas, para no ser visto por los padres o por algún criado chismoso. Muchas de las historias desgraciadas tuvieron que ver con un asalto a la tranquilidad del hogar, perpetrado por hombres violentos o, sutilmente, por advenedizos que se ganaron la confianza de la familia y después la destruyeron o dejaron herida de muerte. Celso Valdespino es ejemplo consumado del peligro que amenazaba a las familias mexicanas.

Celso es la encarnación misma del mal en *Calvario y Tabor*: seduce, suplanta, envilece, engaña, secuestra, roba, traiciona y espía, abusando de su posición y explotando las flaquezas ajenas. De inicio burla la confianza de su protector y embaraza a la esposa de éste. Para evitar el escándalo, Matilde, hija de la mujer seducida, se entrega al lascivo don Celso, quien la preña, chantajea para obligarla a abandonar a su esposo y separa de los dos vástagos que en legítimo matrimonio tuvo con un hombre mayor y sosegado.[6] La "Guacha", como se le conoce tras su desgracia, pierde la salud y sus encantos; se degrada a tal punto que acaba en la prostitución, la mendicidad más espantosa y rompiendo su lazo con la sociedad, volviéndose irreconocible para quienes la rodeaban, incluso para su madre quien, por cierto, continúa un tiempo más sometida

[6] El chantaje no era gratuito; desde la época colonial la legislación autorizaba al marido o al padre a matar a la mujer o a la hija si las sorprendía realizando el acto carnal fuera del matrimonio (Speckman, 2001).

a los apetitos sexuales del malvado, haciendo con ello inútil el sacrificio de la antes casta hija, provocándole profundo dolor y un irrefrenable deseo de venganza.

En el proceso que conduce a tan terrible desengaño, Matilde cae en cuenta del mal que aquejaba a la autora de sus días: "...le amaba mi madre; se había casado sin amar a mi padre; no había estado enamorada jamás; y aquel hombre que había entrado en nuestra familia como una maldición, era su primer amor: en la edad madura, debía de ser una pasión terrible, y lo fue" (Riva Palacio, 1997b, p. 160). Una rivalidad contranatura, que no conduce al progreso sino a la destrucción de las contendientes, se apodera del corazón de ambas mujeres. Tan fuerte es el sentimiento de la madre que "había llegado a tener celos de mí, pero celos horribles, celos de madre a hija en una pasión criminal" (p. 165).

Una mezcla de revancha social y perversidad incontenible mueve a don Celso al acoso de mujeres bellas o de clase que se atraviesan a su paso. La misma Guacha aclara la atracción/repulsión experimentada intermitentemente ante el fogoso amante:

> ...cuando estaba a mi lado, cuando se acercaba a mí, cuando me acariciaba, sentía yo hacia él un odio profundo, reconcentrado, sangriento; pero cuando se alejaba, cuando alguna de aquellas mujeres llegaba a verle, cuando oía yo sus alegres carcajadas en medio de sus orgías nocturnas, entonces sentía yo que lo adoraba; me parecía grande, hermoso en sus excesos, en sus desórdenes, en sus crímenes [p. 172].

Don Juan de Enríquez (*Gil Gómez el insurgente*), hombre de por sí malo, emprende ni más ni menos que la cacería del cura Hidalgo por la pasión enfermiza que experimenta al mirar a la bellísima y perversa doña Regina de San Victor, "la mujer más hermosa que hay en la Nueva España", decidida a vengarse "del pueblo" (en cualquier lugar del planeta que se encuentre), porque mató a su novio en la Francia revolucionaria —el autor del crimen fue "un hombre de la familia de Marat y Robespierre" (Díaz Covarrubias, 1959, II, p. 245)— y a su hermano en la Alhóndiga de Granaditas, en Guanajuato. El aristócrata español cumple su promesa: tiende una celada a los jefes insurgentes y los pone en manos de los realistas en Acatita de Baján. Recibe su premio y, de manera inmediata,

padece el desprecio de su malagradecida amante. Despechado, se vuelve más malo que antes.

El marino Rafael Bravo, en *La coqueta* (1861), enloquece a causa de su pasión por la veracruzana Magdalena Malibrán. La única prueba a mano de que es correspondido, es una ambigua carta firmada por "Tu amante", donde habla del cariño, las turbaciones experimentadas por la mujer ante los secretos del corazón y menciona la posibilidad de un amor futuro: "¡Ah, Rafael mío! guíame dulcemente, sáname, enséñame ese edén de que siempre hablan los enamorados, porque hasta ahora yo no conozco del amor sino los tormentos" (Pizarro, 1982, p. 69). Confundido por los gestos de la muchacha, a fin de cuentas frívolos e intrascendentes, Bravo enfrenta al supuesto hermano (Andrés Iturbide) atribuyéndole haber burlado su confianza y robado el amor de "Malenita".

El enamorado cae enfermo; inconsciente regresa a su barco para viajar con destino incierto y cortar de tajo todo vínculo con la sociedad, que lo rechaza por ser racialmente impuro, y alejarse definitivamente de la mujer que lo trastorna. La pasión maligna, acicateada por la coquetería de la señorita Malibrán, lo hace atentar contra lo único que tiene, el amor fraternal de Andrés. La destrucción del adversario es la única salida disponible. Cuando todos lo creen extraviado, probablemente ahogado en una tempestad en altamar, Rafael reaparece en escena para intentar arteramente acabar con la vida de Iturbide. No tiene éxito; al interponerse el esclavo del capitán entre el agresor y la víctima. Intuyendo que se trataba de su hermano, Andrés no lo denuncia. Bravo huye del puerto en un buque de guerra norteamericano. La ruptura es entonces total: con los seres queridos, la sociedad y la patria.

Zarco abordó el tema de la mujer galante en "La ocasión hace al ladrón" (1851-1852), novela corta publicada en *La Ilustración Mexicana*. Un buen día don Melitón, abarrotero de regular fortuna y mediana edad, asoma por la ventana del balcón y mira los dedos y unos cuantos rasgos del rostro de la preciosa y muy joven Pepita. Esto le bastó para quedar perdidamente enamorado y, en breve lapso, desposarse con la insulsa y coqueta mujer de "pecho bastante elevado", que descubría unos "hombros redondos y torneados" (Zarco, 1985, p. 361). Pepita, muy sociable, estrecha relaciones con los hombres que la rodean, aprovechando las ausencias

del marido. Cuando el abarrotero se entera de las andanzas galantes de la bella esposa, un amigo, desafiando la evidencia, convence a este hombre rústico pero de buen corazón de que aquélla jamás le ha faltado. Con el acuerdo de no volver a mencionar el asunto, queda saldado definitivamente el problema.

Luisa, mujer impura tanto racial como moralmente, carente de apellido, es la villana mayor de *Monja y casada, virgen y mártir*. Sin escrúpulos (envenenó a su primer marido), de ambición sin recato (en la ceremonia de sus segundas nupcias "brillaba como un sol, cubierta de diamantes"; Riva Palacio, 2001, p. 261), el día en que la bella mulata se desposa con don Pedro de Mejía, con quien casó por interés, se hacen públicas sus fechorías: esclava que escapó al castigo del Santo Oficio, asesina, cómplice de una bruja, ladrona, casquivana que llevó a su lecho a lo más granado de la sociedad novohispana. Burlado, futuro hazmerreír del reino, don Pedro la corre ("Luisa estaba sola en medio de la noche, en una calle desierta, vestida de baile y cubierta de joyas", p. 265). Ella cambia de nombre y regresa a escena después de seis años, ahora como Isabel de Santiesteban, protegida por su nuevo "esposo" (don Melchor Pérez de Varais, alcalde de Metepec). Sin tapujos, en un diálogo, la mulata reconoce la mala índole de sus desbocadas pasiones: "...necesito gozar porque mis instintos y mi naturaleza me lo exigen, y los placeres son mi elemento como el aire que aliento" (p. 276). Contrita, su sucesora, doña Catalina de Armijo (*Martín Garatuza*) increpa a su madre: "...yo podré comprar amantes, como vos decís, pero nunca inspirar una pasión ardiente y pura, una pasión noble; para mí los torpes placeres del amor, pero nunca el dulce goce del alma, del corazón, del sentimiento; estoy condenada eternamente al pecado y a la desesperación" (Riva Palacio, 1997a, p. 504). Arrepentida, acaba de monja en España y salva su alma.

Producto de la venganza de una de sus víctimas (don José de Abalabide) avezada en ciencias ocultas, a Luisa se le transforma de por vida en negra, subrayando su impureza, negándole la posibilidad de otra impostura y remarcando, incluso físicamente, su condición de esclava y, por tanto, el color subido de su piel. Además, le corta el pelo y la viste de hombre. Presumiéndose que Luisa tenía un pacto con el demonio, va a parar a manos del Santo Tribunal de la Fe, donde el consultor elabora un razonamiento de suyo

concluyente: "...ciertamente que no sólo tornar a una mujer de blanca en negra, sería cosa más fácil para el malo, sino que aun tornarla en bestia y cambiarla el sexo podría hacerlo muy fácilmente" (Riva Palacio, 2001, p. 421). La ejecutan y, al percatarse del error, pues pensaban que se trataba de Blanca, las autoridades inquisitoriales engañan al alcalde de Metepec suplantándola con una negra "estúpida": "—Aquí tenéis a tu esposo, al señor don Melchor —la dijo el inquisidor" (p. 501); "Me la llevo si me lo permite su señoría", contestó aquél (p. 502). Otra impostura más, ahora en nombre de la bella mulata, facilitada por el supuesto de que los negros son prácticamente indiferenciables.

La impostura llega incluso hasta la siguiente novela, *Martín Garatuza*, en que don César se las arregla para frustrar la boda de don Pedro con Catalina de Armijo (que se hace pasar por Estela de Sandoval), haciendo que el arzobispo presente a la negra en la ceremonia nupcial y, con ello, dejando sin efecto el acto. En la noche, cuando don Pedro llega a su dormitorio, se topa "con la fea cabeza de la negra que el arzobispo había traído. Dormía profundamente y se había acostado como en su cama" (Riva Palacio, 1997a, p. 311).

La pasión maligna arruinó también la vida de Manuelita, la mujer del Zarco. La "joven más bella de la Tierra Caliente" amó a primera vista al feroz bandido. Insuflada por la pasión y el dinero, abandona a una familia de bien y trabajo, medianamente próspera, para sucumbir a manos de la seducción. Tras fugaces encuentros nocturnos, la bella morelense acuerda el rapto con el bandolero. A partir de ese momento cae en un despeñadero moral y social. Mira pasmada un mundo que le resulta extraño y peligroso, formado por malhechores que viven en una especie de cofradía perversa asentada en la hacienda abandonada de Xochimancas, "una guarida de chacales", donde se alinean "numerosas cabezas patibularias" de "demonios vomitados por el averno", y las mujeres semejan "una tribu de gitanas" (Altamirano, 2000, pp. 58 y ss). Dominada por el abuso, la violencia y la concupiscencia, esta organización del mal socializa el botín ("...el rico que cae en nuestro poder nos pertenece a todos"; p. 71), incluidas las mujeres que extravían el rumbo: "...el Zarco se cogió lo mejor, después de que nosotros triunfamos. ¡Está bueno! ¡Los gavilanes no chillan! Pero luego que vide a usté dije: '¡Ora sí, me emparejé! Que se lleve el

Zarco las alhajas, pero que nos deje a la güerita y estamos a mano' " (p. 74).[7]

Conforme la muchacha incursiona en su nueva vida, la desesperación, el horror y la envidia copan su corazón. No puede hacer nada para evitar los crímenes del malhechor; implora piedad para las víctimas y evoca el amor jurado por un hombre honrado (Nicolás). Ha dejado de querer a su amasio, al menos lo cree temporalmente, y descubre que fue arrastrada por una ilusión malsana; mira con odio y celo la felicidad que supone encontró aquel pretendiente con la tímida y dulce Pilar, su prima huérfana. El desengaño y el dolor mellan el ánimo de la joven, mientras una mezcla de sentimientos buenos y pasiones perversas luchan en su interior. Al final, degradada, enloquece cuando mira estupefacta, colgado de un árbol, el cuerpo inerte de quien le prometió felicidad y dinero. Irreconocible su antigua belleza, la altiva Manuela cae al suelo escupiendo sangre, las extremidades dejan de moverse, comienza a enfriarse: "...ya está muerta", acierta a decir alguien (p. 90).

Francisco Zarco aventuró una caracterización de la mentalidad del libertino que no quedará en la pura condena moral: lo considera un fenómeno social (la perversión no es genética) que aparece en toda la historia, en diversos países (con mayor frecuencia en los meridionales), en actividades variadas (que van desde la literatura hasta la política), distintos ámbitos sociales (toma como modelo el proveniente de la clase media) y edades diversas (aunque los viejos son más odiosos y repulsivos). Zarco bosqueja un análisis naturalista de las pasiones que descubre las aristas del alma humana: el libertino resulta irresistible a las mujeres (dominándolas, a diferencia de los hombres comunes), los individuos del mismo sexo que lo condenan en realidad lo envidian, su conducta obedece a la vez a un impulso incontrolable (la seducción) y al cálculo frío (la preparación de los medios). El libertino existe siempre, constituye lo que quisiéramos ser pero que a la vez negamos, con él aflora lo que reprimimos, manifiesta el insaciable apetito de placer y de posesión, representa la cara oscura de la vida comuni-

[7] En *Astucia*, el taimado don Manuel recurre al narcótico, en este caso un polvo de opio, para violar a María, "la Monja Cimarrona" (Inclán, 1998, p. 329). Isidoro (*La clase media*) se sirve de recursos similares para abusar de Amparo (Díaz Covarrubias, 1959, II, p. 365).

taria y de la conducta humana: "...el libertino, sin creer en nada, quiso atarantarse, perderse en medio del ruido y del escándalo; vivir en una embriaguez que lo liberara de sí mismo, de sus íntimos dolores, de su completo aislamiento moral" (Zarco, 1980, p. 137).

Castigos

La polaridad entre buenos y malos, la justa retribución a los buenos y el merecido castigo a los malos, forma parte de la sensibilidad melodramática, relacionada también con otra dicotomía: la salvación o la condenación (Brooks, 1976). "Es temible la justicia de Dios", se subraya en *Astucia* (Inclán, 1998, p. 397). Este antagonismo entre buenos y malos se plantea en términos morales, de acciones, de conductas y modos de vida, pero también, de manera importante y como presentación, mediante la descripción física de los representantes de uno y otro bando; no asombra por tanto que la mayor parte de los malos sean físicamente repugnantes, al igual que los buenos sean bellos. Estela de Sandoval, marquesa viuda de Tierraflorida (*Martín Garatuza*), "Tenía un aire de tal candor y de pureza que parecía que aquel cuerpo tan bello encerraba una alma más bella aún" (Riva Palacio, 1997a, p. 116).

Los villanos solían ser los bandidos, los aristócratas y la alta jerarquía eclesiástica corrupta y pecadora. También en este bando están los nuevos ricos; especialmente aquellos que se han beneficiados mediante trampas, influencias, cohechos o abusos. Del lado de los malos, se apunta asimismo a sus servidores; éstos, aun cuando pertenezcan a las capas medias, ejercen la violencia y la arbitrariedad con gusto, en nombre de sus amos o jefes. Son los policías, algunos abogados, empleados domésticos, amigos parásitos, encargados de hacer el trabajo sucio: llevar a cabo los embargos, reprimir y espiar; a cambio, obtienen recompensas de distinta índole, amén de un ejercicio limitado de poder. Abundan los jóvenes calaveras de las clases altas dispuestos a seducir, sin reparo ni remordimiento algunos, a las muchachas de clase media empobrecida o baja: "...¿no se había criado la clase media para víctima de los placeres de la aristocracia?", interrogó Díaz Covarrubias (1959, II, p. 389).

Es ejemplar el escarmiento al villano en *Calvario y Tabor*. Un primer aviso de la inminente desgracia ocurre cuando intenta con-

quistar a la bella Inés, enamorada de otro hombre. Don Celso, furioso por el rechazo tras múltiples acometidas galantes, recurre a un sinnúmero de argucias para cumplir el capricho en turno. Al no poseerla, suelta la rienda a la venganza más espantosa. Cuando fragua su revancha dice para sí en un diálogo imaginario con la joven: "...morirás pensando en los placeres inmundos de la tierra, en vez de pensar en la eternidad y en el espíritu" (Riva Palacio, 1997b, p. 465).[8] Ya irreversible el daño, Valdespino se entera de que envenenó a su propia hija. La muchacha, producto de la relación entre el malvado y la madre de Matilde, pura y a la vez hija del pecado, agónica, apresa entre sus brazos al flamante padre, haciendo que se toquen ambas bocas:

> No era el ósculo santo de la hija al padre. En aquel beso había toda la provocación del infierno, todo el fuego de la pasión, era todo el ardor del deseo concentrado en los labios. Los ojos de Inés se extraviaban, y oprimía más y más el cuello de Valdespino. Todo lo comprendió don Celso; el veneno se manifestaba en los síntomas. Inés era una virgen tocada por el dedo del demonio.

"¡Amor mío! ¡Amor mío!", pronunció la joven antes de exhalar su último suspiro (p. 495).

Por propiciar el incesto, atentando contra uno de los dos tabúes básicos del totemismo,[9] por violar la relación sagrada entre padres e hijos, el castigo, no sabemos si divino o demoniaco, fue inclemente.[10] Valdespino huyó de la ciudad de México al ser recuperada por los republicanos; no tuvo opción, pues formó parte de la policía secreta del imperio y denunció sin escrúpulo a todos los que interferían en sus planes o simplemente por envidia y odio. Con destino a Morelia, pasó la noche en la vicaría de Jocotitlán. Amablemente acogido por el clérigo, cayó fulminado después de beber una taza de chocolate. Apenas alcanzó la absolución *sub*

[8] En relación con los efectos de un rechazo, o cuando menos de la incertidumbre, decía Hume (1990, p. 147) que "los esfuerzos que hace la mente para superar el obstáculo excitan el espíritu y avivan la pasión".

[9] El otro es justamente no matar al tótem, pacto sellado después de que la horda primitiva liquida al padre y reparte el poder entre la descendencia masculina.

[10] Originalmente, "*el temor a violar el tabú es el temor a la acción de fuerzas demoniacas*" (Freud, 1999, p. 34; cursivas del autor).

conditione. Repuestos de la sorpresa, los anfitriones depositaron el cadáver dentro de una estrecha y defectuosa caja de madera con la tapa mal sellada, guardándolo temporalmente en una pequeña bóveda debajo del altar mayor de la iglesia, en espera de que alguien reclamara el cuerpo. A las pocas horas el prófugo despertó de un ataque de catalepsia, golpeó desesperadamente para salir del encierro (brazos y piernas habían quedado inmóviles por falta de espacio). Nadie escuchó los gritos desgarrados. Logró sacar la cabeza del ataúd y lo primero que vio fue la espantosa silueta de Matilde, quien mendigaba por aquellos rumbos, la única persona dentro del recinto una vez concluida la misa. No la reconoció a primera vista.[11] El sacristán se había marchado y las puertas estaban cerradas: "¡Está vivo! —exclamó la Guacha—. ¡Está vivo!" Entonces, "una alegría infernal brilló en sus ojos" (p. 547).

Después de identificarse, la Guacha comenzó el tormento: tapió la entrada de la bóveda para preservar la intimidad, aguijoneó con un alfiler los ojos del malvado para impedir que los cerrara, lanzó carcajadas aterradoras. Repentinamente, la mujer sufrió un paro cardiaco, su adefésico rostro se posó en el de su antiguo amante quien, sin cobrar conciencia de la catástrofe, le mordió los labios con toda su fuerza para hacerle daño; al paso de los minutos sintió cómo se helaba. Bruscamente don Celso trató de separarse; la rigidez y el peso de la muerta imposibilitó la tentativa... tal vez pereció asfixiado. A los tres días el personal de la iglesia concurrió a la bóveda para sepultar el cuerpo. Encontraron no uno sino dos cadáveres fundidos en un beso macabro. Los enterraron juntos: "Matilde y Valdespino durmieron el eterno sueño en el mismo lecho" (p. 553).[12]

[11] Chepe Botas no identifica tampoco el cadáver de su pérfida mujer: "De veras que esta mujer es horrorosa, me alegro no haberla conocido..." (Inclán, 1998, p. 398).

[12] Madame de Franval y su perverso esposo compartieron el ataúd: "...pronto un lugar de descanso eterno engulló para siempre a los esposos que habían nacido para amarse, hechos para la felicidad, y que hubieran podido gozar de ella sin remordimiento si el crimen y sus temibles desórdenes, bajo la mano culpable de uno de ellos, no hubiera transformado en serpientes todas las rosas de su vida" (Sade, 1969, p. 106). Cuando mueren Eduard y Ottilie en *Las afinidades electivas*, se les entierra juntos: "...así descansan los amantes, uno junto al otro. La paz se cierne sobre sus tumbas. Alegres y afines figuras de ángeles los contemplan desde lo alto de la bóveda, y qué dulce será el momento, si en su día vuelven a despertarse juntos" (Goethe, 2000, p. 350).

El diablo

La codicia, materializada en un prendedor de diamantes, es el hilo que engarza las distintas historias de *El fistol del diablo*. El maravilloso objeto provoca admiración y un irrefrenable deseo de posesión. Quienes se apoderan de él, normalmente con malas artes, concitan la envidia de los demás pero, sin darse cuenta, labran su propia desgracia. Arturo es el primero que lo posee. Derrocha la fortuna paterna, de dudosa procedencia, cae en prisión, se distancia de la mujer que cree amar y pierde todo su caudal. Don Antonio, su padre, que se había hecho del fistol, muere de una congestión cerebral en la más absoluta ruina y robado por don Pedro. Celeste, a quien Arturo cede el prendedor de diamantes a fin de aliviar su miseria, es vilipendiada y acusada de hurto por sus vecinas. Va a parar también tras las rejas. El apuesto capitán Manuel se ve enredado en una intriga política que le cuesta la libertad. Otros que momentáneamente se apoderan de la joya mueren asesinados o, como ocurre a dos pordioseras, de indigestión al desbocar su apetito bestial. Aurora, el intermitente amor de Arturo, pierde el respeto de la sociedad que antes la aclamaba y de los amantes arrodillados a sus pies. Va a parar a un convento.

Rugiero aparece en los lugares más insólitos: irrumpe en la noche para inducir en sus anfitriones terribles pesadillas, narcotiza a la gente con sus costosísimos puros de anillo dorado, habla a la perfección las lenguas extranjeras, juega y hace negocios internacionales, ha navegado todos los mares, cambia de nacionalidad y de apellido según convenga, tiene mucho dinero y viste elegantemente; es el propietario del codiciado fistol que, según cuenta, se lo disputaban a muerte reyes y nobles desde la antigüedad remota. La primera vez que se presenta súbitamente ante Arturo —el joven acababa de confesar que, con tal de ganar el corazón de las más bellas mujeres, sería capaz de pactar con el diablo—, viste traje negro, calza botas largas y de puntas agudas, lleva prendida una joya; lo interpela como si fueran viejos conocidos y declara sin pudor:

> Os diré mi oficio: donde hay guerra civil, allí me dirijo a envenenar las pasiones, a aumentar los odios y los rencores políticos. Cuando hay batallas, me paseo por en medio de los fuegos y de la metralla, inspirando la venganza y la rabia en el corazón de los

combatientes. Si se trata de diplomacia, me mezclo en las cuestiones de los gabinetes, y no inspiro más que ideas de maldad, engaño y falsía. En cuanto al amor, hago de las mías, y mi mayor placer es mezclarme en intrigas... [Payno, 2000a, VI, p. 61].

Arturo pasa por alto la singularidad de su inesperada visita, aunque gradualmente irá reparando en los detalles de su atuendo. En una ocasión llama su atención el fondo de llamas que se observa en el fistol de ópalo que pende de su traje; en otra, los puntiagudos zapatos y el tono sanguinolento del chaleco de terciopelo; registra también la piel negra de chivo con que Rugiero ocasionalmente se cubría. Aparece y desaparece vertiginosamente en un carruaje de briosos caballos o perdiéndose entre las nubes y el viento. El joven, seducido por el poder de su extraño amigo, en un primer momento recurre a él frecuentemente; más adelante procurará eludirlo. Sin embargo, el personaje fantástico se presenta sin que se le convoque, sea en la ciudad de México o en los lugares más remotos del país; presto, siempre dispuesto a entrometerse en las vidas ajenas.

La inapreciable joya acarrea terribles desgracias a sus poseedores, así sea por poco tiempo, como si les quemara las manos. El muchacho la extravía y trata de recuperarla o indemnizar al malévolo dueño para que cese su mala fortuna. Pagarla es imposible, su valor asciende a 200 000 pesos, y otro tanto volverla a obtener, porque siempre un conjunto de sucesos fortuitos hacen que cambie de manos y nadie es capaz de resistir su embrujo. Mientras tanto, el enigmático personaje interviene sin cesar y ofrece opciones fáciles para solucionar los problemas, pero impropias, ilegales e indignas: se muestra como la tentación.

Rugiero es un diablo humanizado;[13] si bien posee un cuerpo venoso, es atractivo, atlético y de mediana edad. A las mujeres les agrada su aspecto y buenas maneras. Los hombres no pueden esquivar su influjo, los acobarda y deslumbra.[14] Es más osado y fuerte

[13] Confiesa Mefistófeles en *Fausto*: "...de tiempo en tiempo pláceme ver al Viejo [Dios], y me guardo bien de romper con él. Muy linda cosa es, por parte de todo un gran señor, el hablar tan humanamente con el mismo diablo" (Goethe, 1999, p. 117).

[14] Oloardo Hassey encontró una diferencia radical entre el "diablo joven" de la antigüedad y el "diablo viril" moderno. Este último "es más fino, más astuto, más perverso, se dirige a nuestra *alma* para arrebatarla, confundirla y atormentarla". "Compendio de la historia del diablo", *El Renacimiento*, t. I, p. 467; cursivas del autor.

que todos, "más hombre". Ninguno, ni el más valiente, es capaz de sostenerle la mirada. Aunque corporizado y con vida propia, es sobre todo el demonio que cada cual lleva dentro, funciona como un catalizador que desnuda y activa los deseos íntimos.[15] Él mismo cuenta que se ha metido en el cuerpo de muchos personajes y manejado a su antojo el curso de la historia. Fue Nerón, Calígula, Enrique VIII, el duque de Alba, Nuño de Guzmán, Voltaire y Rousseau. Fusiló a Iturbide "porque tuvo el atrevimiento de consumar la independencia" (VII, p. 77). Le gustaría poder envejecer y quizá ser hombre, pues asecha a la rubia Celeste, buscando dar feliz término a su castidad; pero tristemente reconoce: "...el diablo es una pobre y ridícula persona que no puede tener amores. Su misión eterna es pelear con San Miguel" (VII, p. 577). Simultáneamente, el padre Ambrosio, la encarnación del bien, padece lo indecible para alejarse de la beldad de cabellos dorados, por quien siente una verdadera pasión y le recuerda su primer amor, que falleció horas antes de desposarse con él, razón por la cual adoptó el sacerdocio y abandonó su prometedora carrera de abogado.

Racional, práctico y de espíritu ilustrado, Rugiero ofrece siempre explicaciones verosímiles de las acciones sobrehumanas que realiza, desautorizando las interpretaciones fantásticas o supersticiosas de testigos y escuchas. Ironiza simpáticamente sobre su condición y capacidades, carcajeándose de los pruritos corrientes y de la cobardía del prójimo. Como los humanos, es caprichoso, tiene preferencias y manías, no siempre "está de buenas". Un canónigo amigo señala su inapreciable utilidad para la fe católica: "...si es el diablo, tanto mejor, el diablo mismo al mostrarnos el camino del mal nos indica cuál es el camino del bien del que nos hemos separado" (VII, p. 441).

Don Pedro, viejo libidinoso y abusivo, quiere apropiarse de la fortuna y el amor de la bella, melancólica y enferma Teresa, su pupila. El maligno Rugiero urde un plan para que el tutor de la joven alcance sus infames propósitos. Acatando lo previsto, el seductor, embozado en una máscara, instruye a un cura para confesar a la

[15] Praz (1969) y Muchembled (2002) señalan que el demonio pasó al terreno personal al en el siglo XIX. Antes, destaca Muchembled, era una figura exterior, omnipresente, de rasgos muy salientes: "Satanás el infernal ha perdido la partida, a pesar de las reacciones violentas de sus defensores, a favor de un demonio más familiar, directamente relacionado con cada mortal: el infierno es el propio sujeto, como lo proclaman cada vez más los artistas y autores que reflejan lo más recóndito de la naturaleza humana" (p. 196).

mujer que él pronto asesinará. La hermosa mujer, turbada, cree que el sacerdote está allí para casarla con el hombre de sus sueños, el valiente y magnánimo Manuel. Aparece de súbito el viejo, despojado de la máscara y plantándole una pistola en la sien. La bella damita salva la vida pero pierde el vigor, habla dificultosamente, semeja el "ángel de la desgracia", decide confinarse en La Habana para atender las propiedades de su difunto padre. En el Caribe no deja de ser acosada por los esbirros de don Pedro quien, a falta de un amor correspondido, lo único que desea es quitarla de en medio y quedarse con todos sus bienes.[16]

Agobiada, Teresa se embarca hacia su tierra. Por desdicha, el vapor en que viajaba hacia Tampico es atacado por un violento huracán y naufraga. En altamar se desarrolla una extraordinaria batalla entre el bien y el mal, que se disputan a la muchacha vestida de blanco como un ángel. Rugiero, que va en otra embarcación al lado de hombres valientes dispuestos a arriesgar sus vidas con tal de salvar otras, se lanza al agua, alcanza a la bella morena y hace todo lo posible por ahogarla. Casi lo consigue, pero su propósito se frustra porque el padre Anastasio, un alma caritativa y bondadosa,[17] envía desde la misma lancha a un formidable perro, el Turco, que jala las trenzas negras de Teresa e impide que se hunda en el inmenso abismo que parecía devorarla. La lucha se prolonga y, finalmente, los temerarios navegantes la dan por perdida. Sólo el sacerdote abriga la certeza de que el bien se ha impuesto, salvándose la vida de la joven. Al cabo de un rato, el prodigioso can la conduce a la orilla de la playa. Con cuidados y amor, está a su lado el capitán Manuel, recupera e incluso fortalece su menguada salud (padece del pecho). A pesar de la evidencia, la que por cierto únicamente fue captada por unos cuantos (el cura, el novio y Arturo), el siniestro personaje enreda la historia y se presenta como el salvador de Teresa. Arturo opina que el feliz resultado ha sido obra divina: "...al oír el nombre de Dios, Rugiero se estremeció y sus

[16] En su lecho de muerte, lo aguijonean sus desmesurados apetitos: "...son las pasiones las que le hablan, y las pasiones más viles, como son la avaricia y la lujuria" (p. 460).

[17] Este eclesiástico abnegado y de criterio es enemigo del maligno; en cambio, don Martín, sacerdote dogmático y cuyo objetivo fundamental parece ser conducir a las mujeres bellas hacia los conventos, enterrarlas en vida, es gran amigo de Rugiero. Al final se arrepiente de su conducta, sin llegar a renegar de su malvado amigo.

ojos, que revolvía ferozmente como si fueran rayos, buscaban a una persona a quien herir..." (VII, p. 36).

La novela y la historia patria no tienen final feliz en *El fistol del diablo*. La narración empieza con el baile que la aristocracia mexicana realiza en el Teatro Nacional en honor del general Santa Anna y concluye con el horror del fuego y la completa confusión, como en el infierno: las tropas estadunidenses ocupan la ciudad capital, saquean las casas, ponen su bandera en Palacio Nacional; el caudillo, "en retirada", huye hacia Puebla; los vecinos, abandonados a su suerte, y los comensales de las "veladas de la Quinta de San Jacinto" son víctimas de desenlaces desventurados.[18] A Arturo y Celeste, unidos hasta la eternidad por la bendición nupcial del padre Ambrosio, la muerte los libera del cruel destino.

En uno y otro extremo de la historia aparece Rugiero, atizando las pasiones, confrontando y proveyendo los medios. La discordia, la mezquindad y el egoísmo son los agentes activos de una vida pública dominada por la irresponsabilidad y la apatía. Pronunciamientos militares desprovistos de sustancia política, sin mayor fundamento que el interés inmediato de especuladores y políticos improvisados; cambios de bando en los que no media razón legítima alguna; una jerarquía católica resuelta a poner su dinero a disposición de cualquier aventura que prometiera conjurar el peligro de ser despojada; un populacho ávido de alboroto y dispuesto a robar a la primera oportunidad, son los resortes de una historia carente de sentido, de un país donde nadie sabe por qué pelea ni de qué lado está, sin proyecto nacional pero generoso en derramar a chorros la sangre de sus valientes y abnegados hijos. Parece cosa del diablo, pero en realidad es producto de la acción humana. Payno no da respiro a sus lectores y promete continuar su relato, sin descartar la visita de Rugiero, para hablar con él "muy detenidamente sobre la parte activa que tuvo sin duda en los acontecimientos de la larga guerra de Reforma" (VII, p. 655).[19]

[18] Este final corresponde a la cuarta edición de la novela, realizada en 1887. En las versiones anteriores, como aclaró Aurelio de los Reyes (1997), el texto concluye con un intercambio epistolar.

[19] Según Monsiváis (1997, p. 245), es en *Los bandidos de Río Frío* donde Payno "no se guía por las peripecias individuales, y se preocupa por la integración panorámica, por la suerte del país". Desde nuestro punto de vista, esto ya está apuntado en su primera novela, con las constantes referencias al desorden político, a los agiotistas, en la exposi-

Pizarro expulsó al diablo del mundo material y lo dejó morando únicamente en el terreno de las creencias y la imaginación: una mera invención de la Iglesia católica para someter a los fieles con el recurso del terror.[20] Díaz Covarrubias vio en el maligno la fuerza profunda y anónima destructora de las expectativas amorosas juveniles, que provoca la pérdida de ideales, la sumisión a las convenciones sociales y la complaciente medianía sentimental de la gente mayor. El debilitamiento de este impulso vital, la domesticación de la emoción y la rebeldía interior en aras de la tranquilidad y la preservación del estatus, empobrecen el alma y la dejan a merced del diablo, quien la devora. Con su mistificación de la realidad, el culto al orden, su frío materialismo y menosprecio por el mundo emotivo, en cierta medida el positivismo había contribuido a este estado de cosas, tal vez por eso el autor de *El diablo en México* quiso dar su propia batalla, que resultaría póstuma, e ir con la literatura al encuentro de las "almas buenas que no han sido embriagadas por el vértigo del positivismo" (Díaz Covarrubias, 2000, p. 13).

ción de la mecánica de los pronunciamientos y en la detallada narración de la invasión estadunidense.

[20] "Observaciones respecto del informe presentado a la Junta Directiva de Instrucción Pública sobre el *Catecismo de moral*, por el doctor don Gabino Barreda", *El Semanario Ilustrado*, 23 de octubre de1868.

V. UN MUNDO FELIZ

El siglo XIX persiguió la utopía en una y otra orilla del océano, en polos desarrollados y atrasados del mismo continente, o en lugares diversos y a veces contrapuestos de un mismo espacio nacional, pretendidamente único y soberano. Tuvo voluntad para llevar a la práctica lo admirado en otros lados o el deseo de hacer tabla rasa del pasado y comenzar de nuevo: Gaspar Rodríguez (*La quinta modelo*) regresa a México para realizar el sueño americano; Fernando Henkel (*El monedero*) visita Estados Unidos con objeto de hacer fortuna (parece no creer que se pueda hacer otra cosa allá) que después comparte con hombres y mujeres, probos y trabajadores, en un falansterio jalisciense.

Pensadores mexicanos y viajeros extranjeros no dejaron de apreciar la distancia que separaba las condiciones naturales del país de la situación en que se hallaban amplios segmentos de la población. Algunos profesaban la fe evangélica; católicos como Roa mostraron la imposibilidad, o en todo caso el despropósito, de pretender regenerar la sociedad abandonando la fe y la tradición hispánica. Quienes consideraron viable solucionar el conflicto social, buscaron enfrentarlo por dos vías: el "armonismo de los intereses", como Prieto, o la utopía. Aquél significaba un equilibrio entre los factores de la producción, sujeto a la oferta y la demanda, y su objetivo sería la equidad. En el segundo caso, la armonía se alcanzaría por la adopción de los principios seriales de Fourier, de modo que la complementación de los contrarios fungiera como la dinámica de un desarrollo progresivo, o por el igualitarismo cabetista.

Liberales y socialistas procuraron dar un soporte durable al Estado, en el que identificaban múltiples flaquezas, y no mirar hacia una revolución futura de resultados inciertos. Los primeros creyeron que esa tarea se cumpliría suprimiendo las corporaciones que coaccionaban el trabajo e impedían la libre concurrencia industrial. Los segundos asumieron que consistía en sentar las bases de la armonía social, la cual no pasaba por ensanchar la igualdad sino por

la organización de los diferentes en un nuevo contrato. En el plano doctrinal la expresión de estas posturas ideológicas fue la aceptación, o el rechazo en su caso, de los principios de la economía política. Ambas dieron importancia a la asociación (entre iguales para liberales; entre diferentes para socialistas). Estos últimos defendían las entidades colectivas, aceptaban la fe religiosa y valoraban la moral, guardando cierto paralelo con el catolicismo.

Las agrupaciones concebidas por los socialistas eran libres, contractuales y plurales; la religión, un cristianismo genérico en el que cabían incluso deísmo y panteísmo, identificado con la práctica de los primeros cristianos y crítico del comportamiento de la Iglesia católica; la moral, un conjunto reducido de principios codificados en ley, más permisivos que coercitivos, que comprendían el mundo social y la vida económica. Además, los socialistas eran republicanos, renuentes a jerarquías, privilegios y fueros; internacionalistas a diferencia de los liberales, pero en desacuerdo con un poder espiritual metropolitano.

Dios

El objetivo del *Catecismo de moral* (1868) de Pizarro era cubrir en las escuelas públicas de educación básica el vacío dejado por la supresión de la enseñanza de la moral católica, ofreciendo un material didáctico que fundamentara la "moral republicana".[1] El texto no es didáctico ni un alegato en favor del laicismo, sino un asistemático manual político-religioso preocupado en dirigir el cristianismo hacia la problemática social, en el sentido en que lo habían hecho en Francia Saint-Simon, con su *Nuevo cristianismo*, y Lamennais, por medio de su *Ensayo en torno a la indiferencia religiosa*. Gabino Barreda lo dictaminó negativamente, colgándole a su autor el epíteto "deísta".[2]

[1] Ya en el siglo XVIII David Hume (2002, p. 171) había intentado fundamentar una moral secular bajo la consideración de que "la fuente principal de las ideas morales es la reflexión sobre los intereses de la sociedad humana".

[2] "Informe presentado a la Junta Directiva de Instrucción Pública sobre el *Catecismo de moral*, por el doctor don Gabino Barreda", *El Semanario Ilustrado*, 23 de octubre de 1868. Al "obispo de... D", en *Los miserables*, se le atribuyó algo semejante: "...cierta fisonomía 'panteísta'", con la cual procuraba hacer creer, "ya en contra, ya a favor suyo, que profesaba

Pizarro concebía la sociedad sujeta a leyes naturales y divinas, de cuya influencia no se pueden sustraer los individuos, aunque sí manejarlas en su beneficio. La justicia es su fundamento y la asociación de corte republicano su forma política. Prefirió la democracia sobre la oligarquía, y consideró al gobierno municipal garante de su estabilidad. La igualdad de los individuos ante la ley, la separación de la Iglesia y el Estado, y la independencia nacional serían indispensables para modernizar la vida social y el sistema político, así como para acabar con los antiguos privilegios. El orden social debía sustentarse en la distribución equitativa de los bienes, la moralidad familiar, la gama más amplia de libertades posibles, la equidad, la armonía, la caridad, la solidaridad y el trabajo. Sin formular propiamente una crítica de la economía política liberal, asumió que el trabajo constituía un derecho y debía reconocerse como garantía individual: "...es el goce más puro, el origen de muchos bienes, el asiento de las virtudes sociales de la grandeza de las naciones y de la independencia del hombre" (Pizarro, 1868, p. 172). El ocio deliberado de algunos, que no por dejar de trabajar paraban de consumir, era condenable y, a la vez, obligaba al sobreesfuerzo de las "clases laboriosas". El desempleo y los bajos ingresos podrían atacarse con la solidaridad social, la caridad individual y el auxilio público. Los ricos bien podrían repartir su excedente entre los más pobres o, mejor aún, invertirlo en empresas productivas que les dieran ocupación y sustento. Aparte de salvar sus almas, serían útiles a los demás.

Rhodakanaty admiraba a Spinoza, y no dudó en reconocerse panteísta después de haber sido ortodoxo, protestante y líder mormón. Reacio al fanatismo religioso y enemigo de la adoración a los santos, el sacerdote español que dirige la comunidad agrícola-industrial de *La Navidad en las montañas* (1871) se autonombra "misionero evangélico" y llama al hijo de Dios, cual si se tratara de una jerarquía masónica, "gran maestro Jesús" (Altamirano, 2000, p. 103). Otros escritores censuraron la conducta pública de la Iglesia católica y la inobservancia de sus principios fundamentales. Zarco (1980), considerando que todas las naciones querían ser cristianas, diferenció la religión del clero, la fe de la opresión, la libertad de la tiranía "ejercida en nombre del derecho divino" (véase *infra*, p. 166).

una de esas filosofías personales propias de nuestro siglo, que germinan algunas veces en los ánimos solitarios y en ellos arraigan, hasta remplazar la religión..." (Hugo, 2000, p. 58).

Acorde con la división teológica entre lo terrenal y lo divino, Rhodakanaty sostenía que la Iglesia y el Estado debían permanecer separados, lo cual habría evitado conflictos terribles en la historia, para obligar a los ministros del culto a acatar las leyes y someterse a la autoridad civil, y posibilitar la tolerancia religiosa. "Aquí hay perfecta tolerancia religiosa", escribió a la jerarquía mormona, conminándola a enviar una misión a México (Rhodakanaty y De Mata Rivera, 2001, p. 43). Creía también que la palabra de Dios había llegado a todas las religiones (incluidas las de la antigüedad clásica) y que cada cual le imprimió una forma particular a su credo y culto. No le cabía duda de que en el cristianismo las diferencias residían en los ritos (es decir en las formas) y, especialmente, en las prácticas institucionales. En esta materia la Iglesia romana estaba peor que ninguna: desvirtuó el evangelio, pervirtió la fe y propició una conducta sexual anómala e hipócrita entre los clérigos. El resultado fue la "indiferencia amplia entre un amplio grupo de personas con respecto a las numerosas y vacías ceremonias" católicas (p. 43).

Los remedios no estaban lejos, formaban parte del comportamiento habitual de otras iglesias: con los ortodoxos, propuso acabar con el celibato sacerdotal; con los mormones, llevar una vida cotidiana y práctica religiosa austeras; con los protestantes, emprender el libre examen de las Escrituras; con los primeros cristianos, ocuparse de los pobres; con el panteísmo spinozista, concebir estricta correspondencia entre la divinidad, la naturaleza y el hombre. Nada era creación, ni manifestación, ni resultado espontáneo; todo era Dios mismo. Ello hacía factible la armonía, al existir unidad en el todo, a la vez que inteligible su comprensión:

> ...dejar ya en el pasado a ese dios personal, pesadilla monstruosa y abominable aborto de vuestra delirante imaginación, a ese dios que crea por acaso o por bondad, a ese artista solitario y caprichoso, que sale un día de su reposo y se complace de su obra sacada de la nada. Creencias piadosas, conmovedores símbolos, no lo negamos, pero, a decir verdad, puras supersticiones, preciso es convenir que las más cándidas son las mejores [Rhodakanaty, 1998, p. 211].

Pizarro (1868a, p. 149) sostuvo la legitimidad de las distintas religiones y del cristianismo en sus diversos ritos: "...el que la crea

revelada la practique revelada, y el que la crea simplemente como ley moral así la cumpla, y que todos los que acepten el deber de cristianos, sean consecuentes con sus enseñanzas cualquiera que sea la comunión particular en que los haya colocado la providencia".[3] Si los protestantes rompieron con Roma se debió a la manera como se condujo la Santa Sede, empeñada en la acumulación de poder y dinero, abandonando su misión terrena. México le parecía un claro ejemplo de esta desviación:

> ...ha sentido como ninguna otra nación urgentísima necesidad de llamar a cuentas a los que hasta aquí se han encargado de darle alimento religioso, no para preguntarles por sus dogmas, sino para que digan qué han hecho con la ciega credulidad de tantas ovejas, para que reporten la gran responsabilidad que les resulta del atraso en que estamos, y de la guerra civil que por espacio de medio siglo ha devorado.[4]

En su réplica a Barreda, Pizarro realizó una defensa de la metafísica, de la filosofía espiritualista, refutó el materialismo y los criterios de verificación positivistas, abordó la cuestión social, reiteró su compromiso republicano, abogó por la tolerancia religiosa, trató de fundamentar una moral acorde con el ideario liberal, pero fue elusivo en la imputación de deísmo, quizá por no atreverse a esclarecer sus convicciones religiosas en un libro que aspiraba a convertirse en texto oficial para las escuelas públicas. Los dogmas de la fe no estaban sujetos a la prueba de la experiencia, Dios debería regir el orden moral, la conducta de los primeros cristianos era la correcta, la justicia (extendida al terreno social) era el bien supremo que habría que alcanzar en la tierra.

La verdad es que Pizarro no era deísta, más bien tenía rato de apuntar hacia el espiritismo.[5] Dos de sus personajes femeninos (María en *El monedero* e Isaura en "La zahorí") gozaban de pode-

[3] Pizarro (1851) reconoció dos deberes del cristiano: el amor a los semejantes y el respeto a la divinidad. Desengañada, dice doña Marina en *Jicoténcal* (p. 139): "Abjuro para siempre de una religión que me habéis enseñado con la mentira, con la intriga, con la codicia, con la destemplanza y sobre todo con la indiferencia a los crímenes más atroces".

[4] "Informe presentado a la Junta Directiva de Instrucción Pública sobre el *Catecismo de moral*, por el doctor don Gabino Barreda", *El Semanario Ilustrado*, 23 de octubre de 1868.

[5] Tema "en boga", lo llamó Roa Bárcena (1979, pp. 44-45) en "Lanchitas".

res extrasensoriales que se manifestaban durante el sueño: veían lo oculto, anticipaban los acontecimientos, descubrían las reales intenciones de los malvados, poniendo en entredicho las demostraciones científicas. El sonido tenue que fluía de la divinidad hacia la naturaleza era audible para unos pocos elegidos, niñas castas e inocentes en este caso, una con nombre de virgen, otra "zahorí", servidora del planeta Venus facultada para ver lo oculto bajo de la tierra. Isaura, despierta, ignoraba lo que había dicho dormida, en una especie de esquizofrenia, atribuible tal vez a "que en el estado ordinario de la vida del ser racional, si el cuerpo toma su estado inerte al dormir, deja de influir en el espíritu, o si influye es muy poco; mientras que hallándose el cuerpo despierto, influye en el alma con todas sus pasiones y con todas sus actividades" (Pizarro, 1868b, cap. IX).

Zarco se preguntaba si el sueño captaba una realidad que escapaba a los sentidos. Durante la vigilia, apuntó Pizarro en "La zahorí", el cuerpo, con sus "pasiones y actividades", obstaculiza las funciones cognitivas del alma; cuando aquél descansa, ésta desarrolla todas sus potencialidades comprensivas. Quienes están en contra lo atribuyen a un "hechizo", desde la perspectiva del saber popular, o a un acto fingido, desde el ángulo científico. En el primer caso está la explicación del padre de Isaura, para quien a la niña le "han hecho ojo", y la de la madre, que piensa que "está hechizada" (cap. III); en el otro están los médicos, que "no han de creer nada hasta que lo vean", o califican sus poderes de "puras patrañas" (pról. y cap. III). El galeno amigo de Julio Eguiluz es el frío enviado de la ciencia que ofrece una explicación de la disfunción de Isaura.[6] Ante fuertes emociones, la niña padece desmayos que la sumen en un profundo sueño parecido a la narcolepsia, durante el cual conversa como si estuviera despierta. Eguiluz no concuerda totalmente con la impresión del médico que, como sus colegas, "quieren reducir la naturaleza a los libros; y olvidan, por querer ser sabios, que el espíritu que la vivifica es Dios mismo" (cap. IV). El narrador subraya esta interpretación: "La niña volvió a decir sus admirables frases cortadas, con una suavidad y encanto, que quisiéramos llamar celestiales" (cap. II).

[6] Un médico "romántico" (*La clase media*) declara ante el lecho de una enferma: "...los médicos, encaprichados en negar la influencia del alma, curan solamente el cuerpo, con medicinas que acaban por destruirlo" (Díaz Covarrubias, 1959, II, p. 345).

Pizarro entrevé la posibilidad de la reencarnación: "...mientras la magnífica cascada desaparecerá entre todos los tomos de la inmensa creación, el proscrito renacerá en otra vida, porque tal es la excelencia del hombre sobre todos los objetos de la naturaleza [...] sólo muere verdaderamente para cambiar un modo de ser pasajero por otro indestructible" (pról.). Años después de la polémica con el doctor Barreda, en "Los dos gemelos", una de sus *Leyendas y fábulas para los niños* (Pizarro, 1872), el novelista menciona a espíritus que "vagaban alegremente por el espacio". En el *Libro espírita para niños y adultos de la primera enseñanza* (1879), expone la tesis de la trasmutación de las almas, además de transcribir las actas de las reuniones de un círculo espiritista de la ciudad de México en 1872. Dice su lección novena:

> Cuando la sinceridad de nuestras convicciones, el deseo de adelantar, y tal vez nuestra situación aflictiva, muevan a los espíritus de nuestros padres, amigos o protectores a visitarnos, respondiendo por medio de las pequeñas mesas giratorias, es indispensable que las sesiones sean serias, y los concurrentes poco numerosos y bien intencionados, para que no medien fluidos repelentes, que impidan a los buenos espíritus presentarse, y comunicarnos enseñanzas oportunas y convenientes [Pizarro, en prensa, III].

La naturaleza

Zarco (1980, p. 228) considera que en la naturaleza todo es bello, necesario y tiene el propósito de reproducir la vida. Esta asociación, semejante a la existente entre literatura y belleza, persigue el fin de "generalizar la verdad y la moral", indispensable para perpetuar la sociedad, porque arte y naturaleza obedecen a un mismo principio constitutivo. Establece un segundo vínculo, entre los fenómenos de la naturaleza y los destinos humanos, entrelazados por la presencia divina: "...todo ese ruido con que concluye el día, parece un himno, una plegaria al Ser Supremo; es, en efecto, la voz de la naturaleza toda, contenta de existir; es la expresión de un sentimiento; es la armonía que existe entre todos los seres" (p. 8). El hombre no se renueva día a día como la naturaleza, declina y perece, tiene historia; pero su alma es inmortal, y liberada del cuer-

po y de "la cárcel de la tierra", solventada su cuota de dolor y sufrimiento, vuela hacia "una región eterna" (p. 22).

A la naturaleza se le mira con respeto, a veces miedo, como manifestación de la voluntad divina,[7] como fin y medio para el hombre, y a éste como parte de ella, por tanto no puede romper su equilibrio y debe atender sus mandatos: "...las terribles e invariables leyes de la naturaleza", dice Díaz Covarrubias (1959, II, p. 304). También se le considera a ésta fuente de inspiración artística y clave del conocimiento. Una escena de *El fistol del diablo* presenta a las fuerzas naturales con toda su potencia y en el mayor de los contrastes. Cerca de las costas de Tampico naufraga el vapor Neptuno, procedente de La Habana; inmensas olas lo devoran y aniquilan parte de su tripulación. En auxilio llega una pequeña embarcación que, sobreponiéndose a los fuertes vientos y a la mar embravecida, logra llevar a la isla de Lobos a los sobrevivientes. Las mismas fuerzas que hacen que la nave zozobre, manejadas por una mano experta, sirven para conducir a todos a buen puerto... Después de la tempestad viene la calma.

El comerciante en perlas transcurre simultáneamente en Alta California y Centroamérica, donde hay aventureros afanados en apropiarse de sus riquezas y bandidos prestos a despojarlos a la mala. El joven francés Eduardo Mercier pelea con leones, tigres y tiburones, toda una zoología fabulosa, para llegar a una bahía de perlas en territorio salvadoreño, y hacerse inmensamente rico él y su socio, el capitán Carlos Ardou. Después se interna en California, escarmienta a un paisano (Garcí) y a los ochocientos criminales que lo acompañaban, y da una lección al gobierno estadunidense sobre cómo meter en cintura aquella tierra de promisión.

En uno y otro lugar, la naturaleza aparece imponente, misteriosa y llena de signos. Los únicos capaces de captarlos, además de adelantarse a los acontecimientos por poseer un pensamiento mágico, son los indígenas nativos. Fuertes e impasibles, éstos viven felices respetando el orden despótico de su comunidad, están siempre dispuestos a apoyar las empresas de los colonizadores blan-

[7] Un pasaje de *Eugenia de Franval* recuerda esta relación: "...podéis ver claramente que la sagrada adoración de un ser supremo no la contradice [a la naturaleza] como solías imaginar, puesto que el consejo que uno inspira es la sagrada ley de la otra" (Sade, 1969, p. 103).

cos, y se conforman con lo que les den aunque, por lo general, la retribución es generosa: "...el indio volvió hacia Eduardo con el aire triunfal del hombre de la naturaleza que no da valor más que a la naturaleza, a la fuerza, a la sagacidad, a los sentidos más o menos desenvueltos con la vida libre del salvaje y la necesidad que tiene todos los días de ejercitar esas facultades físicas" (Cuéllar, 1997, p. 160).

En el último de sus viajes a la bahía de la Perla Negra, el joven galo es traicionado por su tripulación, cruelmente abandonado a su suerte y dado por muerto. Ardou, que lo ve como un hijo, desesperado va en pos del rescate y logra salvarlo. Viviendo en la soledad más absoluta, rodeado de animales y plantas silvestres, Mercier vuelve a la condición originaria del hombre, convirtiéndose en un "salvaje", un "Robinson", como lo llamaba afectuosamente el capitán después de superar felizmente el trance. De alguna manera lo purifica el contacto directo con la naturaleza. Al dejarlo sólo con lo esencial ("Eduardo pasó todo un mes viviendo de la caza y frutas salvajes que tanto abundan en aquellos parajes solitarios, sin pensar en los millones que tenía delante"; p. 277), queda en condición de consumar su amor por María, que impedía el cargo de conciencia representado por su responsabilidad indirecta en el suicidio de Mr. Osborn, padre de la dama inglesa, a consecuencia de un tonto y confuso pleito de cantina.

La naturaleza en Pizarro tiene acentos divinos: establece el orden de las cosas, ofrece indicios a algunos elegidos, provee la subsistencia, es bella e imponente, infunde pánico y respeto, tiene la facultad de castigar y, como Dios, es eterna. María e Isaura comienzan a manifestar sus capacidades paranormales justamente cuando viven al margen de la sociedad, en estado de naturaleza, a causa de que los padres de ambas son perseguidos por la justicia humana. Cuando María cura a Fernando, le aplica todo tipo de remedios "naturales", recurre a la herbolaria para restablecer la armonía de su cuerpo; el perro negro de Isaura, un labrador de Terranova, obsequia los deseos de su ama y castiga a los malosos, aunque ella no lo solicite. Ambas poseen algunos de los códigos secretos de la madre naturaleza y obran siempre orientadas por el bien (después de todo son criaturas señaladas por la divinidad, no brujas). Éstas, como sucede con la Sarmiento, cómplice de Luisa en *Monja y casada, virgen y mártir*, perecen de manera atroz.

Huyendo con su amada, a quien salva de morir en un incendio, el coronel Astucia, proscrito por la justicia, vive en el monte con ella y dos fieles criados. Antes pálida y frágil, al contacto con el aire puro la joven se robustece, forja su carácter y se embellece aún más. Ante la imposibilidad de concurrir a la iglesia, cosa que no harán sino hasta cinco años después, la naturaleza santifica provisionalmente el enlace matrimonial de Lorenzo con Amparo: "...hicieron sus bodas a la orilla del agua cristalina, percibiendo el aroma de las flores, sintiendo un fresco cierzo que al declinar el sol amenizaba la entrada de la noche. Celebrados por el silbido de los pájaros que ocurrían presurosos a sus nidos" (Inclán, 1998, p. 489). Viendo que parece un ángel, los criados nombran a la muchacha "reina, diosa y deidad" (p. 490). Producto del amor de Lorenzo y Amparo nace un niño robusto y avispado, Juan Bautista, a quien, tomándose otra licencia religiosa, bautizan en un río. Todo es armonía: la comida abunda, la salud es excelente, el amor florece, los criados se convierten en felices nanas del infante y adoran y obedecen ciegamente a sus amos. "El Edén" o "un paraíso en miniatura", lo llama un visitante (p. 517).

La naturaleza para Rhodakanaty es eterna, perfecta y armónica; no es obra de Dios, es la divinidad materializada. Todo en ella tiene su razón de ser, nada allí es azaroso o producto del error, todo es necesario. El guión de la acción humana está escrito por la naturaleza; el hombre debe vivir en armonía con ésta y formar un pacto social de ese carácter. Cada criatura cumple una función; todas son indispensables. La historia es una ruta crítica hacia el reconocimiento de esta condición natural primaria, el aprendizaje de las normas de convivencia fundamentales, la proyección y realización de las directrices divinas. La naturaleza es fuente de conocimiento y laboratorio del trabajo humano: arrancarle sus secretos, dominar sus fuerzas y respetar sus equilibrios, conduce al progreso de la especie.

La utopía social

A su regreso de las Filipinas, con rumbo a Acapulco, el Periquillo naufraga; arriba a una isla desconocida donde lo primero que nota es la presencia de algunos europeos. Percibe la pobreza de la gen-

te, lo que no impide que compartan el pan, el té y le ofrezcan algo para cubrirse. Posteriormente se le acerca el isleño Limahotón, quien lo convida a su rico palacio. No obstante el lujo, lo provee sólo de alimentos y ropa usada. Adaptado al clima y el ambiente, comprendiendo la lengua, el tután de Saucheofú le preguntó qué sabía hacer y cuál era su oficio, porque "aquí nadie come nuestros arroces ni la sabrosa carne de nuestras vacas y peces sin ganarlo con el trabajo de sus manos" (Nájera Cervera, 1986, p. 91). El Periquillo, que no ha concluido aún el proceso de aprendizaje moral trazado en la novela, se escabulle del trabajo inventándose títulos nobiliarios: "Señor, yo soy noble en mi tierra, y por eso no tengo oficio alguno mecánico, porque es bajeza en los caballeros trabajar corporalmente" (p. 92).[8]

Ambiente puro donde conviven armónicamente hombre y naturaleza, el campo fue vindicado territorio libre para la concreción de la utopía.[9] De alguna manera allí existían encapsulados los valores esenciales de la convivencia y los elementos fundamentales de la mexicanidad, todavía intocados por el poder corruptor del dinero o por las modas extranjerizantes que se apoderaban de la ciudad.[10] Una sociedad rural en la que la gente trabajara en paz, se ocupara de la familia, no olvidara los deberes patrios y observara la moral cristiana era el ideal de vida comunitaria.[11]

[8] José Joaquín Fernández de Lizardi (1776-1827) condenó el ocio, exaltó el trabajo productivo, concibió tanto la igualdad antropológica de los habitantes novohispanos como un proyecto social que mejorara su condición (Dill, 1994; Mayer-Minnemann, 1994). El artículo 1° de su "república imaginaria", concedía la ciudadanía a "todos los hombres que sean útiles a la república, sea de la nación que fuesen" (1975, p. 7).

[9] Si *El Periquillo Sarniento* —dice Jiménez Rueda (1989, p. 110)— "había dado el tipo de la novela de la ciudad, bien pronto los autores se fueron al campo en busca de escenarios concernientes para sus obras". Gay (2002, p. 189) señala que "los escritores desarrollaron un género de literatura campesina, cuentos e historias que contemplaban con benevolencia la saludable sencillez de los rústicos, su cercanía a la tierra, por no hablar de su inquebrantable fe en Dios, contra el doblez y el materialismo de los habitantes de la ciudad".

[10] Al comentar la guerra con Estados Unidos, Bustamante (1987, II, p. 176) observó que "las guerrillas no pueden organizarse con jovenetes relamidos de las capitales, y corrompidos en sus garitos: se necesitan hombres educados en los campos, robustos, de los que se identifican con los caballos, presentan el cuerpo a un toro, y con el lazo en la mano, entrelazados recíprocamente a gran galope desbaratan en un momento las filas; y los grupos que les siguen causan un terrible destrozo".

[11] Este mito rural, como lo llama Thompson (2002, p. 217) al comentar a Raymond Williams, llegó a ser "la fuente de la retrospección perpetua hacia una sociedad 'orgáni-

La apacible existencia campirana aparece sacudida por dos factores disruptivos: el bandidaje y la guerra. El primero, viene de dentro y provoca sentimientos ambiguos, porque el bandido es la parte mala de la comunidad rural; empero, a fin de cuentas pertenece a ella y, por eso, el castigo lo suele aplicar el grupo y hay un ritual público que culmina con la exposición de los cadáveres de los ahorcados. La guerra llega de fuera, desorganiza la producción, confisca bienes y alimentos, roba brazos mediante la leva, y sobrepone nuevas jerarquías de autoridad a las ya existentes, todo lo cual rompe la hipotética "armonía agraria".

Roa Bárcena, en *La quinta modelo* (1857), publicada por el periódico católico *La Cruz* (1855-1858) bajo el seudónimo de "Antenor", desconfió del liberalismo, del modelo estadunidense y de la manera en que los políticos se servían de un pueblo ignorante y analfabeta. Más que ciudadanos libres e independientes, el sistema electoral permitía la formación de obedientes clientelas dentro de un mecanismo de simulación democrática. La educación laica y extranjerizante extraviaba las conciencias de los jóvenes, pues el fundamento de la moral reside en la religión católica. Roa ve en la familia la célula social fundamental y le parece inconveniente diluirla en el pueblo, como consideraba que los liberales lo deseaban. El suyo es un nacionalismo conservador que sitúa en el pasado español la fuente de la continuidad histórica de la patria mexicana. Religión y lengua son a su juicio el legado peninsular más preciado.

Roa construye una distopía a manera de ilustración de las consecuencias perniciosas del liberalismo llevado a la práctica. Manuel Márquez, hombre mayor que quiere casarse con la hija de Gaspar Rodríguez, lo persuade de instrumentar en su quinta el ideario liberal:

> Todavía el país —le dijo Márquez— no está en disposición de realizar muchas de las teorías democráticas; pero, ¿quién nos impediría que las practicásemos, o ensayásemos por lo menos, en la hacienda de usted? ¿No podríamos estimular y ennoblecer el trabajo dando a los mozos una parte del suelo en enfiteusis? ¿No podr[í]amos dividir ese mismo trabajo estableciendo nuevas oficinas? ¿No

ca' o 'natural'". Sobre la oposición campo/ciudad en el pensamiento argentino decimonónico véase Terán (2000).

podríamos destruir la influencia clerical enviando en hora mala al jesuita que viene todos los domingos a escamotear a usted cuatro pesos en cambio de una misa? Si el pueblo, es decir, los mozos de la hacienda, reciben bien estas reformas, avanzaríamos a establecer en pequeño la libertad de cultos, dejando que los indios se entregasen públicamente a sus prácticas idólatras... [Roa Bárcena, 1984, p. 49].

Enajenado con el proyecto de refundar la sociedad y crear el hombre nuevo en los confines de su propiedad, Gaspar lanza una violenta invectiva a su esposa:

> ¡Atrás, mujer! Tú representas aquí las clases privilegiadas en la pequeña república que voy a hacer de mi hacienda: tú representas la familia del propietario, que engorda y se refocila a costa de la familia de los obreros. ¡No más privilegios! Quiero que en mi casa se ponga al fogón una olla de arroz, ni más ni menos que en la del último de los proletarios. Quiero establecer una completa igualdad. ¡Atrás, mujer! Cuídate de que la reforma no pase sobre ti y te aplaste al nivelar la sociedad [p. 54].

Con mirada extraviada y ánimo resuelto, asombrando al administrador y a los trabajadores que pensaba redimir, Gaspar acometió la monumental tarea que se había impuesto. Comenzó por mandar hacer en yeso los bustos de Saint-Simon y Fourier. Más tarde reunió a los labriegos, les distribuyó generosas dotaciones de pulque y les informó acerca de la abolición del peonaje, los fueros y los castigos corporales en la hacienda. En adelante cada quien cultivaría la porción de terreno que se le asignara. El administrador fue depuesto de inmediato y cancelado ese cargo, semejante a la representación de la nobleza "en aquella especie de Estados generales" (p. 55). El ahorro generado con la plaza suprimida serviría para fundar una escuela nocturna de artes y oficios. Un jurado popular, provisto de múltiples atribuciones y dirigido por el mismo Gaspar, se haría cargo del gobierno comunitario.

Poco tiempo bastó para que la democracia deviniera en dictadura, para que los empeñosos trabajadores se convirtieran en ociosos y haraganes, para que la moral degenerara en libertinaje y robo, para que, en suma, la próspera quinta cayera en la más espantosa e

irremediable bancarrota. El experimento social acabó en tragedia: Gaspar se separó de su familia a causa de la ideología que abrazó fanáticamente; su hijo murió asesinado a consecuencia de un pleito de jugadores de naipes. En lugar de alcanzar la armonía, la comunidad ideal desató las más bajas pasiones.

Inclemente, el novelista remata narrando el castigo en última instancia divino: "Aquello era la práctica del comunismo, y Gaspar debió haberse regocijado con tal espectáculo; pero en aquel momento no era *político*, y las desgracias domésticas le abrumaban como a un hombre cualquiera. Acababa de separarse del cadáver de su hijo, y hallaba que su casa era presa de un completo saqueo" (p. 71; cursivas del autor). La única posibilidad de remontar el desastre, adoptada al final, era volver a como estaban antes, recrear el orden terrateniente de la hacienda. Entonces el castigo abre paso a la redención, mostrando la misericordia infinita de Dios (no tanta, pues Gaspar tal vez no recuperará nunca la razón). El conservadurismo de Roa no deja dudas: la reforma social engendra monstruos.

Es antagónica la perspectiva social de Pizarro. La Nueva Filadelfia (*El monedero*) funcionaba siguiendo tímida y selectivamente los principios seriales de Fourier, consistentes en una combinación matemática que agrupaba a los individuos en falanges, de acuerdo con sus cualidades biológicas y psíquicas, de modo que la acción combinada de ellas aumentara el rendimiento del trabajo y propiciara el goce. A lo largo de la novela, el autor va presentando a manera de apuntes de uno de sus personajes el engranaje de la "colonia de la fraternidad". Se trata de una empresa agroindustrial situada en un lugar apartado del estado de Jalisco, llamado Atoyac, bajo la dirección de un sacerdote católico que lucha denodadamente por refrenar sus pasiones. El proyecto arquitectónico constaba de varios círculos concéntricos de habitaciones, quedando en el centro las fábricas, la escuela, la oficina administrativa, la capilla, y los aposentos del director, el médico, el maquinista, el profesor y el capellán. Estas instalaciones las rodearía una inmensa galería o "Gran Rotunda", que serviría de centro de reunión, de juego y de foro artístico. Habría un camino en dirección a cada uno de los puntos cardinales; surcaría los cordones habitacionales y remataría con una puerta que controlaría el acceso al inmueble.

El trabajo diario era variado, alternándose las actividades más duras con otras que requerían sobre todo destreza, concentración

o un mayor cuidado. A las cuatro y media de la mañana sonaba la campana que llamaba a misa, la cual consistía en una plática moral. Una hora después los adultos comenzaban las actividades de lectura, escritura y contabilidad. Se instruía a los más avanzados, hombres y mujeres, en matemáticas, mecánica y física. A los demás les enseñaban las primeras letras. Los niños, junto con la educación básica, aprendían oficios y realizaban algún trabajo acorde con su edad. Todas las actividades estaban reguladas por un horario y una moral estrictos. Cada "falange" de trabajadores contaba con un capitán; los grupos de trabajadoras con una maestra de obras.

El gobierno interior de la asociación estaba bajo la conducción de un director, electo por el voto de los padres de familia; el manejo de los fondos era responsabilidad de un consejo administrativo, y la elaboración de las disposiciones reglamentarias corría a cargo de una "Junta de Ancianos" facultada para vetar lo dispuesto por aquél. Cada año se repartían los beneficios a los socios, según el trabajo, talento o capital aportado, lo cual quedaba asentado en un libro de inscripciones. En un acto festivo, que incluía competencias de fuerza y habilidad, se distribuían las ganancias y se otorgaban los premios a los trabajadores más distinguidos, reservándose una porción para retribuir a la asociación los servicios recibidos. Quien lo quisiera podía abandonarla y se le abonaba el pago correspondiente. También estaba prevista la expulsión de quienes no acataran las normas, incumplieran el trabajo, rompieran los lazos solidarios o violentaran la moral. Ingresar en la asociación suponía el acuerdo de los órganos de gobierno. Después de setecientas páginas, múltiples vicisitudes, conflictos amorosos, traiciones, abusos, desengaños y diez años de historia patria, se formaron dos colonias y quedó en proyecto la instalación de una tercera.

En la utopía de Pizarro, la rivalidad interpersonal es leal, no negativa como la competencia comercial, e induce la superación individual y grupal. Rosa y María luchan por apropiarse del corazón de Fernando; éste y Luis (el cura que consiguió la dispensa papal para casarse con la virginal María) dirigen las dos empresas agrícolas (*El monedero*). Ángela obtiene el amor de Andrés y mengua la desdicha que le causó Magdalena, a la que nunca olvida (*La coqueta*). En ambas novelas, los trabajadores se benefician de esta rivalidad, que aumenta el volumen y la calidad de los productos, obteniendo una tajada mayor de la riqueza colectiva, de acuerdo

con la máxima saintsimoniana, "a cada quien su trabajo, a cada cual según sus fuerzas", y a la noción fourierista de "justicia distributiva", que repartía los bienes con base en la proporción invertida en capital, trabajo y talento. Los contrarios se complementan, no se destruyen, provocando, como en la electricidad, una "tensión dinámica" que genera la luz y conduce al progreso. La rivalidad está subordinada a la solidaridad: todos defienden hasta donde pueden a la "Nueva Filadelfia" cuando es atacada por el invasor estadunidense; todos contribuyen a su reconstrucción cuando el enemigo abandona el suelo nacional.

Rhodakanaty incluía con frecuencia en sus artículos la frase guía de *Los tres mosqueteros*: "Uno para todos y todos para uno", que también anima a la hermandad formada en *Astucia*. La novela de Inclán se ambienta en los tiempos del gobierno del general Antonio López de Santa Anna y sus protagonistas son los "charros", identificándose con ese nombre a los rancheros, o la media docena de "Hermanos de la Hoja": Astucia, Chepe Botas, Pepe el Diablo, Tacho Reniego, Alejo el Charro Acambareño y Juan el Tapatío; al contrabandear tabaco, éstos ponen en marcha un sistema asociativo, cuyas ganancias se distribuyen equitativamente entre todos, además de conservar un fondo común para hacer frente a las eventualidades. Son queridos y admirados en la Tierra Caliente, poseen influencia y gente a su servicio ("galgos" y "telégrafos"), que frustran las tentativas de captura de las fuerzas del orden y las celadas de los bandidos que los odian (por buenos, y porque han visto vengados sus crímenes a manos de los charros). Justicieros, enamorados y generosos, "guardaban la más perfecta armonía" (Inclán, 1998, p. 334).

Una traición acaba con los Hermanos de la Hoja. Cinco de los seis perecen en desigual combate emboscados por la fuerza pública. Sólo salva la vida el jefe de la asociación. Es en la desgracia cuando Astucia da un impulso mucho más vasto a su proyecto, que alcanza la dimensión de una utopía. Su resorte es el compromiso elemental y humanitario de mantener a las familias de los "hermanos" caídos en combate (suman cerca de cien personas). Batalla a más no poder para que se les reconozca como héroes, por haber luchado contra las fuerzas centralistas y restablecido el federalismo; finalmente lo consigue, pero no logra que el gobierno pague a los deudos la pensión a que tienen derecho por ley.

Usando su atributo característico, la astucia, el "coronel", como se autonombra antes de recibir del propio gobernador el uniforme respectivo, organiza a toda la "gente honrada" de una comarca michoacana, monta y arma una fuerza contra los bandidos que la despojaban (la Seguridad Pública del valle de Quencio), confisca los ingresos de la aduana y establece un gobierno autónomo, eficiente y honrado, capaz de rendir cuentas a la población y al gobierno estatal en su momento. Construye caminos, escuelas y demás obras de interés social, apoya monetariamente a los campesinos que sufren siniestros, mejora la administración y cierra las fugas abiertas por la corrupción: "...quitó la contribución directa, la personal; no volvieron todos aquellos vecinos a tener más préstamos ni ninguna más gabela, y con mucho gusto y puntualidad satisfacían sus igualas y alcabalas proporcionales, y cosa rara, habiendo hecho tanta quita, las entradas aumentaron una cuarta parte más que en las épocas anteriores" (p. 450).

Varios aspectos destacan en este mundo transitoriamente idílico pintado por Inclán: el rechazo de la política y la reiterada desconfianza hacia sus personeros, de tal manera que santanistas y liberales no escapan a su sarcasmo, porque a fin de cuentas todos los políticos son iguales; la afirmación del autogobierno y la autodefensa armada de la comunidad como soporte indispensable de la justicia; la preponderancia del bien común sobre el interés individual. En las últimas páginas de esta larga novela, se sacrifica el proyecto social (hay que enterrar al coronel Astucia para que nazca Lorenzo Cabello)[12] en aras de consagrar al héroe, facilitar el desenlace amoroso y desbrozar el camino hacia el final feliz. Culmina con una solución conservadora anclada en los valores tradicionales al consagrar a la familia —en este caso ampliada por sus nuevos hijos, los deudos de los Hermanos de la Hoja— como espacio primordial de realización personal y transformar a la hacienda, conducida con benévolo paternalismo, en unidad económica de la nación y reserva cultural de la mexicanidad.

Los pocos días que pasa Teresa en la hacienda de la Florida, una finca de su propiedad con tres mil almas situada en San Luis Potosí, sirven para que repare parcialmente las injusticias perpetradas por los lacayos de don Pedro, el malvado de *El fistol del*

[12] Como en Lizardi, que acaba con el Periquillo para que surja Pedro Sarmiento.

diablo. Echa al administrador que abusaba de los jornaleros pagándoles muy mal y con vales; acomoda en la tienda a personas probas que abaratan las mercancías. Restablecida la concordia y la alegría, la bella terrateniente declara: "...para ser rica, me bastan la tierra, el aire, el sol, la lluvia, que hacen producir los campos, y no necesito del precio del trabajo de los jornaleros" (Payno, 2000a, VII, p. 111).

Educar al pueblo, mostrarle su historia y su realidad fueron algunos de los puntos del proyecto de reconciliación nacional de Altamirano. En el Colegio de Letrán el escritor tixtleco conoció el borrador de *El monedero*, inspirador de la propuesta social de *La Navidad en las montañas* (Millán, 1957). En ella, un cura español contribuye a la regeneración social de un poblado indígena organizándolo a la manera de una sociedad agrícola-industrial. El trabajo, la cooperación y la innovación en materia tecnológica y organizativa, constituyen la clave de la modernización de un pueblo antes atrasado y ahora enfilado en la ruta de la prosperidad. Tras esta experiencia, fincada en el trabajo y la moral cristiana, una comunidad idólatra e improductiva llega a ser un pueblo trabajador y relativamente próspero. Ya para finalizar, el soldado de la Reforma que narra la historia, transmite un sentimiento de paz y concordia al lector: "Yo mismo olvidaba todas mis penas y me sentía feliz contemplando aquel cuadro de sencilla virtud y de verdadera modesta dicha, que en vano habría buscado en medio de las ciudades opulentas y en una sociedad agitada por terribles pasiones" (Altamirano, 2000, p. 124).

Adorno se asumió practicante de la religión "Providencial" y rechazó tanto a ateos como panteístas, por desconocer el alcance de la acción divina. A la vez que aceptó el libre albedrío, consideró que medios y fines son necesarios por tratarse de una creación divina. El providencialismo, religión "natural" y no revelada, multiplicará los goces y disminuirá el sufrimiento, pues los hombres con su voluntad convertida en acto serán plenamente conscientes de las causas que los provocan. El placer es positivo cuando avanza en dirección de las leyes naturales; el dolor, una advertencia divina contra el mal.

De acuerdo con el *Catecismo de la providencialidad del hombre, deducida de los sentimientos de religiosidad, moralidad, sociabilidad y perfectibilidad, propios de la especie humana, e indicantes*

del destino de ésta sobre la Tierra (1862),[13] la historia humana tiene doce etapas: la primitiva y natural, la barbarie, la patriarcal y poética, la teocrática y despótica, la filosófica y republicana, la cesárea y de transición, la feudal y monárquica, la constitucional (en la que creía estar), la federativa, la asociación del trabajo o federativa absoluta, la convencional o libremente contratante y, por último, la de la solidaridad. Existió una edad de oro en que el hombre obraba guiado por su naturaleza "pura y primitiva", dotada de cuatro virtudes básicas: conveniencia, justicia, amor y misericordia. Después desvió su conducta y abrazó "la tiranía en el poder, la mitología y la superstición en las creencias, la venganza en la justicia, la guerra en las relaciones vecinales, la desigualdad en las condiciones, la esclavitud en el trabajo y la ficción en el entretenimiento" (pp. 54-55). La Revolución francesa abrió el horizonte a tres de los principios básicos de la convivencia humana: libertad, igualdad y fraternidad. Adorno enfatiza el tercero, y agrega un cuarto, al que nombra solidaridad. La felicidad es asequible mediante el trabajo; el ocio produce una degradación física, moral, intelectual y social. El medio es la asociación y el recurso didáctico es el convencimiento que hará que la humanidad cobre conciencia de sus fines providenciales. El modelo político es la federación, que permitirá una asociación de los conglomerados sociales en condiciones igualitarias.

En sus cartillas de 1861 y 1883, Rhodakanaty achacó la responsabilidad de los males sociales a las instituciones humanas, e indicó la premura de acabar con el desorden político y encaminar las energías colectivas en dirección de la reforma social que tendría por fundamento los principios seriales de Fourier, capaces de explotar óptimamente las ventajas naturales de los individuos. La propiedad privada había que extenderla para reducir la miseria y estimular la producción. Al Estado habría que desaparecerlo gradualmente y sustituirlo por un pacto o contrato social que asimilara sus funciones políticas. Los conceptos de armonía, asociación, atracción, progreso y federalismo articularon su propuesta social. Para no caer en la violencia sería fundamental convocar a las clases a un

[13] Adorno escribió también *Análisis de los males de México y sus remedios practicables* (1858), *Memoria acerca de los terremotos en México* (1864) y *La armonía del universo: ensayo filosófico en busca de la verdad, la unidad y la felicidad* (1862).

nuevo pacto basado en la armonía. Cada quien aportaría lo que estuviera a su alcance (recursos materiales, energía o inventiva) para ponerlo en marcha. La revolución de Ayutla permitió alcanzar la democracia, la tarea pendiente era atender la "cuestión social". De no cumplirse, más pronto que tarde habría otra revolución de alcance todavía mayor, pues exacerbaría los resentimientos sociales y raciales, llevando a la destrucción de los factores y agentes productivos. México no necesitaba más guerras; lo que requería era organizar el trabajo.

Albert K. Owen, incansable redactor de artículos y folletos, adelantó su proyecto utópico en *A Dream of an Ideal City* (1880), reeditado después en Londres. El opúsculo precisa la manera según la cual serán administrados bancos, ferrocarriles, muelles, barcos y almacenes en la Metrópoli Socialista de Occidente. Plantea un proyecto educativo que da especial importancia al cultivo de las ciencias y las artes. El trabajo es la actividad que unifica a la colectividad y suelda los lazos sociales (Valadés, 1939). Cinco años adelante escribió *The Problem of the Hour*, en el cual abundó sobre la futura colonia. Incorporarse a ella sólo exigía cumplir dos condiciones: la disposición de trabajar y vivir comunalmente, y adquirir bonos corporativos destinados a solventar la compra de instrumentos de trabajo y la construcción de viviendas y escuelas. La "Ciudad de la Paz" tendría las mismas dimensiones que Nueva York, aunque dotada de mayores espacios para áreas verdes. Un malecón de cinco millas de extensión, bordeado por palmeras, permitiría el arribo de barcos de todas las nacionalidades. Las lomas aledañas serían habilitadas como centros residencial y comercial. El majestuoso edificio de la biblioteca pública miraría hacia el mar para subrayar gráficamente al viajero la inclinación espiritual de los habitantes del puerto.

Owen llamó a su sistema asociativo "cooperación integral", el cual estaba asentado en un conjunto de lineamientos básicos inclinados más hacia el comunismo icariano y al owenismo que hacia el socialismo fourierista: la tierra y los recursos naturales serían de propiedad común, concediéndose a los particulares únicamente su usufructo; el producto se entregaría al gobierno de la comunidad o Estado, estableciéndose su precio con base en los costos de producción y quedando a cargo de aquél la distribución del mismo; en la comunidad operaría el "crédito al trabajo", medio de

intercambio directamente proporcional al trabajo realizado en favor de ésta; los servicios prestados a la colonia agrícola serían tasados de acuerdo con la jornada laboral; el comercio interior constituiría un servicio, y por tanto funcionaría con las mismas reglas fijadas para éstos; el exterior sería función privativa del gobierno comunitario; exceptuando el matrimonio, todos los contratos se harían con la comunidad; los enseres domésticos serían propiedad privada; los bienes públicos se otorgarían gratuitamente o vía los "créditos al trabajo"; las personas menores de veinte años estarían obligadas a estudiar, adiestrarse en una actividad y dedicar parte de su tiempo a las tareas colectivas; las que estaban entre los veinte y cincuenta años, y no tenían algún impedimento físico, deberían trabajar; la inversión pública, la seguridad social y algunos otros gastos se pagarían con los beneficios derivados del comercio exterior, pues se abolirían los impuestos personales; el ejercicio de la justicia y la expedición de leyes correspondería al gobierno comunitario; ambos sexos gozarían de derechos iguales; la religión quedaría inscrita en el ámbito privado y cada quien sería libre de abrazar el credo que más le satisficiera, aunque Owen parece más inclinado a la doctrina evangélica. Otro tanto ocurriría con las doctrinas sociales, dejadas a la libre elección de los habitantes (Ortega Noriega, 1978). Diez departamentos administrativos, cuyos responsables serían electos en asambleas populares, regularían la buena marcha de la colonia.

Para estos pensadores, la utopía sería capaz de reducir la tensión entre los principios del placer y la muerte, padres de la civilización según Freud. El poder destructivo de las pasiones, el infinito afán de posesión y dominio, podrían regularse por el sistema asociativo o mediante la moral, es decir, por la cultura. El resultado sería la felicidad personal y el progreso del grupo. Aquélla no sería una repetición al infinito de una misma trayectoria, suspensión del movimiento histórico, característica común a todas las utopías según algunos autores.[14] Más bien se trataría de un conflicto permanente que se encauza y se halla siempre ante la posibilidad de

[14] Berlin (1998, p. 39); Hobsbawm (1997, p. 32). Otro elemento temporal común de las utopías radica en el hecho de que se presentan como contemporáneas, como otra posibilidad de ser, como alternativa situada en otro espacio. Al respecto véase Benedict Anderson (1993, p. 105).

una interferencia exterior disruptiva (la Nueva Filadelfia, por ejemplo, se colapsa y reconstruye tras la invasión estadunidense). Reconocer la existencia del conflicto social, aventurar que puede haber una salida mediante la acción, pensar que la sociedad humana se puede rehacer, son posturas que derivan de la fuente romántica en que abrevaron. Pensar que había una solución racional y que la evolución futura sería progresiva y ordenada, indica que aún miraban en dirección de la Ilustración.

El orden moral

En la literatura decimonónica, por no hablar de manifiestos y programas agrarios, una constante es el reclamo de justicia que, a falta de la acción pública, obliga a la población a tomarla por propia mano. Detrás del justo escarmiento a los abusos y delitos de las personas ricas, nobles o con poder, yace la idea de una mala administración y aplicación de aquélla, o de su virtual inexistencia. En *El Zarco* la defensa contra los malhechores corre por cuenta del pueblo trabajador. Martín Sánchez "Chagollan", personaje histórico, según Altamirano, de origen campesino, que perdió a parte de la familia en un asalto de los plateados, empeña su vida en hacer justicia: "...era la indignación social hecha hombre" (Altamirano, 2000, p. 80).[15]

Nicolás, de oficio herrero, indígena de "formas hercúleas", valiente y determinado, inteligente y benévolo, humilde y tímido, ama a la misma mujer que el Zarco y organiza la respuesta colectiva en escala local: "...antes de que comenzaran a pisarnos la sombra, los maquinistas de la hacienda y los herreros nos reunimos y determinamos comprar buenos caballos y armarnos bien, decidiendo defendernos siempre unidos, aunque fuésemos pocos [...] todos los trabajadores de Atihuayan son fieles y nos ayudan" (p. 13). El desafío es entonces personal, social y moral: dos hombres tras el amor

[15] Robles (1991, p. 855) ofrece otro perfil biográfico del héroe: Martín Sánchez era platero en Tlayacapan, "sin conocimientos militares, sin más elementos que su buena voluntad, convocó a algunos vecinos, les hizo presente que era necesario defender sus bienes y la honra de sus familias y que era preciso también auxiliar a quienes imploraban protección". "Chagollo" se le nombra a la moneda falsa (p. 859). Hay que recordar que otro héroe, Fernando Henkel, se dedicaba a esa actividad.

de una mujer, la gente de bien frente a los bandidos, el artesano contra el vago, el que camina de día con la frente en alto contra el que transita de noche oculto tras una bufanda, el blanco frente al indio,[16] la honradez contra el vicio, el bien enfrentando al mal; es decir, las polaridades magnéticas en diversos órdenes: "...el herrero, al reconocer al Zarco, no pudo contener un grito de odio y de triunfo. ¡Por fin lo tenía enfrente!" (p. 82). No obstante el fuerte contraste, la hercúlea musculatura de los adversarios indica su virilidad y un origen común, ambos pertenecen al pueblo. El Zarco, recuerda Altamirano, era "hijo de honrados padres, trabajadores en aquella comarca que habían querido hacer de él un hombre laborioso y útil" (p. 24). El abandono de la escuela, su incomodidad con la vida doméstica, la flojera, el vicio, el gusto por el dinero fácil y cierto resentimiento social lo desviaron de la ruta. A como diera lugar quería "brillar" como el metal.[17]

La venganza de la colectividad inocula dosis altas de violencia, procurando a los malhechores sufrimientos intensos como los que ellos hicieron padecer a sus víctimas. *Astucia*, *El comerciante en perlas* y *El Zarco* exhiben públicamente los cuerpos sin vida de los bandidos. En la segunda, el pueblo honrado de las Californias se erige en tribunal y sentencia a muerte a los miembros de la banda de Garcí; a éste lo cuelgan de un balcón, dejándolo expuesto a la vista de todos. Como la violencia está justificada por las propias acciones de los criminales, expulsados de la sociedad por su conducta delictiva, y como se trata de una reparación y no de una barbaridad gratuita, se puede soltar la rienda de los excesos, al cabo la sanción moral ya está dada.[18]

[16] En una de sus correrías, el Zarco escucha el canto de un búho y afirma con desprecio: "...esto no le da miedo más que a los indios [...]; yo soy blanco y güero; a mí no me hace nada" (p. 28).

[17] Está en el punto opuesto de lo que Novalis (1998, p. 150) consideró la virtud esencial del minero: "Sólo aspira a una cosa, saber dónde se encuentra el imperio del metal y sacarlo a la luz del día. Con ello se contenta: el brillo cegador de los metales no puede nada contra la pureza de su corazón. El fuego de su peligrosa locura no es capaz de inflamar su espíritu: la felicidad del minero está en la contemplación de sus extrañas formaciones..."

[18] En esta licencia para actuar sin cortapisas en nombre de la ley, Freud (1999, p. 89) entrevé el fundamento del orden penal humano, derivado "de la identidad de los deseos reprimidos en el criminal y en aquellos que se hallan encargados de vengar a la sociedad ultrajada".

Los personajes que se erigen en brazos de la providencia se ven justificados en su ejercicio de la violencia por la justicia poética. Así, una declaración como la de Rodolfo en *Los misterios de París* o de Edmundo Dantés en *El conde de Montecristo* cumple precisamente esta función: "Pero tened paciencia, esperad, os lo repito, que la providencia reserva muchas veces para el crimen venganzas horribles" (Sue, 1987, I, p. 392);[19] "¡Desde hoy sí que estoy persuadido de que soy el enviado de Dios!" (Dumas, 2002, p. 933).[20] En el suspenso propio del modo melodramático se promete que el orden al final será restaurado y se hará justicia, e incluso se asume sin ambages el nombre de venganza. De igual manera, ésta recompensará a los buenos.

Conforme al primer socialismo, buena parte del conflicto presente tenía que ver con la desviación de la moral cristiana, y es precisamente en este terreno donde toma herramientas para criticar los excesos del naciente capitalismo. Una posible reforma social tendría que partir de allí: la moral es "la razón aplicada a las costumbres", diría Pizarro (1868, pp. 13-14), haciéndose eco de la Ilustración. Con base en ella debería rehacerse todo el edificio social. Rhodakanaty juzgaba indispensable la modificación de las pautas morales, lo cual requería la transformación de las instituciones; localizó el reino de Dios en la vida terrena. En las manos de los hombres estaba la posibilidad de alcanzar la justicia, el bienestar, la armonía y el progreso: "...de nosotros depende" elaborar la felicidad desde esta vida "y hacer descender el cielo a nuestra alma, porque el reino de Dios está en el interior de la conciencia humana" (1998, p. 209). La verdadera libertad pasaba por la emancipación mental, el reconocimiento del fin providencial de la especie, la reorientación del proceso histórico y la recuperación de su sentido "natural".

Zarco no veía conflicto entre el placer y la moral, porque el primero no era exclusivamente físico o sensual, más bien representaba uno de los atributos esenciales del espíritu. A su entender, la

[19] "Ni la dedicación de vuestros parientes y amigos pudieron apartar de vos la espada de la justicia", recuerda el cura Clervil al temible Franval (Sade, 1969, p. 100).

[20] A ese respecto, Praz (1969, p. 99) dice que los "héroes byronianos de novelistas de folletín como Eugéne Sue y Paul Féval, bajo una apariencia satánica, son apóstoles del bien".

piedad, la virtud, la inteligencia, la amistad, la bondad, el amor y la pureza provocan placer a quienes los poseen o practican, de tal manera que el hombre se alza sobre los otros seres de la naturaleza y reserva goces para la vejez.[21] Obrar bien conduce a la felicidad; guiarse por el instinto, a la perdición, porque "las pasiones son ciegas, y el que de ellas se deja llevar, funda el placer en acciones perversas o criminales" (1980, p. 59).[22] La virtud primordial del cristiano es la caridad, para volver compasiva a su grey es que "Dios quiere verse representado en los pobres" (p. 69). Payno la consideraba el "punto céntrico donde parten las virtudes celestiales" (2000a, VI, p. 345). Las riquezas, dice Riva Palacio, "en manos de los caritativos son como la lluvia sobre los prados secos y áridos; si esos bienes pasan a manos extrañas, quizá sólo sirvan para fomentar vicios, para perder almas" (1997a, p. 398).

Como en Lizardi, para Pizarro la vida individual y comunitaria transitan por la ruta del aprendizaje moral (con una dosis de expiación), en la cual van captando los designios divinos y purificando su alma hasta comprender el papel que desempeñan en la tierra (si no bastara, deja errando sus almas en el infinito). Logrado esto, puesto en sintonía el orden social con la moral, alcanzada la armonía, el hombre podría elevarse sobre las demás criaturas planetarias, encontrar la felicidad personal y el progreso humano, estrechar sus lazos con Dios y fundirse con él:

> Nada tenemos que envidiar a la planta, ni al animal, ni al astro, aunque sus funciones son tan perfectas y sus apariencias tan hermosas; nuestros destinos son más elevados, porque son más libres, más durables, porque participan más directamente de la grande inteligencia que gobierna al mundo. Nuestro término apenas puede vislumbrarse; Dios, la inmensidad, el bien por excelencia nos espera... [1868a, p. 223].

21 "El hombre nace para el placer: lo siente y no es necesaria ninguna otra prueba. Obedece pues a su razón al entregarse al placer" (Pascal, 2001, p. 27).

22 "Nuestro mismo instinto nos advierte que lo natural y lo sencillo es no apartarnos de la línea del deber" (Dumas, 2002, p. 141).

CONCLUSIÓN

Como prácticamente todo el pensamiento decimonónico nacional, el romanticismo fue ecléctico. En cierta medida, esto obedeció al desfase cronológico entre la aparición de las corrientes intelectuales europeas y su recepción mexicana; esto propició que se encontraran en espacio y tiempo doctrinas que en otros medios tuvieron un desarrollo más vertical y autónomo. En parte también, porque a veces no se leían directamente los textos originales sino traducciones, o por conducto de comentaristas, e incluso porque las versiones publicadas en la prensa periódica eran expurgadas, suprimiéndose las cuestiones inconvenientes (Ruedas de la Serna, 1985). Sin embargo, no era extraño que los intelectuales mexicanos leyeran lenguas extranjeras,[1] ni que se pusieran a la venta libros europeos en la ciudad de México.

Cualquier tentativa de rastrear aspectos originales en estos pensadores debe atender más a cómo mezclaron ideas de distinta matriz teórica e ideológica, que a buscar rasgos prístinos o novedosos. Lo esencial, en todo caso, fue la forma particular en que se adaptaron las herramientas intelectuales a un espacio social y cultural muy distinto y distante de donde surgieron. Este hecho también tiene que ver con el polo de la recepción representado por el lector. Textos dirigidos a cierto público, y pensados en función de determinados propósitos, no tuvieron en México destinatarios sociales equivalentes o usos similares, dado los diferentes niveles de alfabetización y el distinto tamaño de las comunidades de lectores. Así, por ejemplo, si bien no llegó a darse una literatura popular de folletín, leída o escuchada masivamente, como sucedió en Inglaterra, Francia e incluso España, algunas novelas mexicanas de esa época sí utilizan elementos provenientes de ese tipo de literatura.

[1] Payno, por ejemplo (2003, XIV, pp. 553-560), reseñó *Los misterios de París* muy poco después de que apareciera la edición francesa.

Con el curso de los años algunos escritores modificaron sus inclinaciones estéticas, sin abandonar plenamente sus posturas anteriores, dificultando su ubicación en tal o cual corriente de pensamiento. Es el caso de Payno y Cuéllar, autores de novelas románticas y de otras, las más, consideradas costumbristas o incluso realistas. Esto se complica mayormente si tomamos en cuenta que los saberes y campos no se habían especializado, y los escritores se dedicaban lo mismo a la literatura que a la historia, a las ciencias que a las artes. Es "más romántico" el trabajo literario que la obra historiográfica de Riva Palacio. Hay más romanticismo en la reflexión filosófica de Zarco que en su narrativa. Entre *Clemencia* y *El Zarco* el romanticismo de Altamirano menguó. Ya en un momento tardío, Prieto, autor de lo más ecléctico, presentó una epopeya romántica con sus *Lecciones de historia patria.* En la madurez, Pizarro dejó de publicar literatura, toda clasificable como romántica, para ocuparse de libros didácticos y la difusión del espiritismo.

Son tan diferentes estos "grados" de romanticismo que quizá lo mejor fuera fijarse en temas comunes, énfasis, en ciertas premisas compartidas, la intención de su escritura y en los recursos técnicos utilizados. La ideología, y especialmente las simpatías políticas de estos pensadores, fue desde el conservadurismo de Lacunza y Roa Bárcena hasta el socialismo de Pizarro (muy mezclado con el liberalismo) y Rhodakanaty. La mayoría de ellos fueron liberales militantes: Riva Palacio y Altamirano incluso formaron parte del ejército republicano. Esta variedad ideológica tuvo consecuencias literarias. El liberalismo, la corriente dominante, cargó el interés hacia la temática patria. El conservadurismo destacó la vertiente hispánica de la nacionalidad mexicana y marginó la raíz indígena, de gran significado para algunos liberales y para todos los socialistas. El socialismo puso en la mesa la cuestión social.

Bajo el influjo de éste, el romanticismo se volvió hacia la gente común y el indígena, castigó a los aristócratas, vindicó el trabajo manual, representó e integró al pueblo, y exploró las vías para transitar hacia la regeneración de la sociedad. Estas preocupaciones sociales, aunadas a la convicción de que México era aún un proyecto, un país por hacerse, una entelequia política que requería un contenido concreto, dotaron de materia al pensamiento utópico, que tuvo en las novelas un laboratorio adecuado para difundir sus ideas, afinar propuestas y realizar ejercicios prácticos. *El monedero* es la presenta-

ción más explícita y clara, pero incluso en pasajes de *Astucia* y *El comerciante en perlas*, o a lo largo de *Navidad en las montañas*, se conciben y realizan utopías sociales. Hasta para desautorizar al socialismo, en el terreno social, y al liberalismo, en el político, se empleó este recurso, presentándose contraejemplos (distopías) del tipo de *La quinta modelo.*

Paralela a la novelística, existió una literatura filosófica y política que delineó una sociedad ideal sustentada en la armonía. La palanca del siglo XIX, la asociación, impulsaría las energías humanas hasta alcanzar el fin providencial de la especie, la felicidad. Los catecismos de Adorno y Pizarro, las cartillas de Rhodakanaty y los folletos del estadunidense Owen apuntaron hacia ese objetivo supremo. Panfletistas y publicistas como Chevalier, De Fossey o Sartorius, distantes de esas tentativas socializantes y con puntos de vista políticos a menudo intervensionistas, buscaron cuando menos el modo de desarrollar el país. La transformación económica, impulsada por la inmigración y colonización extranjeras, y no la regeneración social anhelada por los utópicos, llevaría al progreso deseado.

El mensaje social romántico poseyó una fuerte carga moral y moralizante: el recto comportamiento de las personas, la disposición a conducirse conforme a los dictados de la fe y los intereses de la patria, darían la pauta. Un maniqueísmo didáctico operó en sus tramas, facilitó la exposición y abrevió la presentación de la complejidad social: aristócratas y ricos solían ser inmorales; la gente del pueblo, buena por naturaleza. Los menos románticos, como Payno y Cuéllar, hicieron caracterizaciones sociales más sutiles. Rhodakanaty fue tal vez el único en expresar claramente que el problema social era provocado por la imperfección de las instituciones. Esta moralización de lo social, perceptible también en Sue, Hugo y otros, parece una reminiscencia del pensamiento ilustrado, la cual irá desapareciendo con el enfoque biologicista del positivismo que, en su versión mexicana, derivó en fundamento intelectual de la exclusión y racismo. No hay que olvidar que los románticos desdeñaban el materialismo, para más de uno sinónimo de filosofía positiva.

El dualismo entre bien y mal estuvo en la raíz de esta óptica moral. En última instancia las buenas acciones tenían que ver con la divinidad, de la cual formaba parte la naturaleza, así fuera sola-

mente como guía normativa; las conductas improcedentes y negativas solían anudarse con lo diabólico y el pecado. Ejemplo de este dualismo son los atributos que visten al amor y la pasión. El amor es bueno, espiritual, desinteresado, puro, republicano; la pasión es mala, incontrolable, material, codiciosa, enfermiza y a veces monárquica. Finalmente, y después de uno que otro aviso, la providencia (ella misma o por conducto de sus brazos humanos) ajustaría las cuentas morales, repartiendo premios y castigos. Otra vez Rhodakanaty apareció como un caso aparte, aceptó aquel dualismo moral pero, siguiendo a Fourier, no consideró a la pasión mala y, correctamente dirigida, la vio como un impulso vital hacia el progreso social.

Hubo una desconfianza prácticamente unánime hacia la política, y más puntualmente, hacia los que viven de ella. En este asunto concordaban pensadores tan distintos como Prieto, Roa, Payno, Inclán, Pizarro, Adorno y Rhodakanaty. La demagogia, la empleomanía crónica y la irresponsabilidad de los políticos dañaron al país, propiciaron el caos y alimentaron el atraso social. Tanta "revolución" hizo perder a México cincuenta años de desarrollo económico, desarticuló la administración pública, permitió el crecimiento de lacras como el bandidaje entre las clases bajas y el agiotismo entre las altas, convirtiendo a la nación en presa fácil de la codicia imperialista. Desde su atalaya ideológica, cada uno vislumbró alguna solución racional.

Más allá de su relevancia estética, originalidad o pureza, el romanticismo coadyuvó a modelar la naciente conciencia nacional. La función asignada al arte, y no tanto la calidad de las formas empleadas, constituyó su aspecto fundamental.[2] El tema de la nación atravesó la escritura e influyó en la plástica y las ciencias. Cómo construir el país, qué elementos conforman la identidad mexicana, cuál es el significado de la independencia nacional, cómo acabar con la discordia y el conflicto interno, qué hacer para formar ciudadanos, cuáles son los instrumentos para arraigar los valores republicanos, fueron las preguntas corrientes del "nacionalismo

[2] "Con el tiempo, lo que nacía como un credo menos estético que social, ético o político, se transformaría en la estética que guiaría varias generaciones de transición, entre el romanticismo nunca recorrido del todo en este país, hasta la revuelta cosmopolita del modernismo" (Batis en *El Renacimiento*, 1993, p. xii).

romántico". Como dijo Antonio Gramsci (1967, pp. 109-110) a propósito de De Sanctis: fue la suya la lucha por una cultura nueva,

> por una vida moral nueva que no puede dejar de estar íntimamente ligada a una nueva percepción clara de la verdad de la vida hasta que esta intuición se convierte en un modo original de sentir y ver la realidad, íntimamente connatural con las probabilidades artísticas y la posibilidad del arte para obrar.

BIBLIOGRAFÍA

Archivos

AGN Archivo General de la Nación
AHCM Archivo Histórico de la Ciudad de México
AHUNAM-CESU Archivo Histórico de la Universidad Nacional Autónoma de México

Periódicos

La Firmeza, México, D.F.
El Semanario Ilustrado, México, D.F.
El Socialista, México, D.F.

Fuentes primarias

Adorno, Juan Nepomuceno (1862), *Catecismo de la providencialidad del hombre, deducida de los sentimientos de religiosidad, moralidad, sociabilidad y perfectibilidad, propios de la especie humana, e indicantes del destino de ésta sobre la Tierra*, México, Tipografía de Juan Abadiano.

Altamirano, Ignacio Manuel (1972), *Clemencia, Cuentos de invierno (Julia, Antonia, Beatriz, Atenea)*, México, Porrúa (Sepan Cuantos..., 62), 5a. ed.

——— (1974), "Discurso pronunciado por el licenciado... en la celebración del segundo aniversario de la Sociedad de Socorros Mutuos de Impresores", *Historia Obrera*, vol. I, núm. 2, pp. 28-29.

——— (1988), *Escritos de literatura y arte*, 2 tomos, coordinación de Nicole Giron, México, SEP (Obras Completas, XII-XIII).

——— (2000), *El Zarco, La Navidad en las montañas*, introducción de María del Carmen Millán, México, Porrúa (Sepan Cuantos..., 61), 23a. ed.

Azuela, Mariano (1999), *Los de abajo*, edición de Marta Portal, Madrid, Cátedra (Letras Hispánicas, 120).
Bianchi, Alberto G. (s.f.), *Los martirios del pueblo*, México, Imprenta y Litografía del Padre Cobos.
Bustamante, Carlos María de (1987), *El nuevo Bernal Díaz del Castillo, o sea la invasión de los anglo-americanos a México*, 2 tomos en un volumen, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana (Obras Fundamentales de la República Liberal).
Calderón, Fernando (1993), *A ninguna de las tres*, estudio preliminar de Francisco Monterde, México, UNAM (Biblioteca del Estudiante Universitario, 47), 3a. ed.
——— (1999), *Obras poéticas (Parnaso Mexicano 1844)*, edición, presentación y apéndices de Fernando Tola de Habich, México, UNAM (Al Siglo XIX. Ida y Regreso), 2a. ed.
Calderón de la Barca, Frances (1960), *Life in Mexico*, Nueva York, Dolphin Books.
Cámara de Diputados del Congreso de la Unión (1985), *Derechos del pueblo mexicano. México a través de sus constituciones. Historia constitucional*, 4 vols., México, Miguel Ángel Porrúa.
Chevalier, Michel (1983), *México antiguo y moderno*, México, FCE (SEP/80, 42).
Constant, Benjamín (1985), *Adolphe*, edición y traducción de Wenceslao Carlos Lozano, Madrid, Cátedra (Letras Universales, 45).
Considerant, Victor (1868), *Mexique. Quatre lettres au Maréchal Bazaine*, Bruselas, C. Muquardt Éditeur.
Cuéllar, José Tomás de (1996), *Baile y cochino*, presentación de Rosa Beltrán, México, Conaculta (Clásicos para Hoy, 5).
——— (1997), *El comerciante en perlas*, recuperación y estudio preliminar de Luis Mario Schneider, México, UNAM (Al Siglo XIX. Ida y Regreso).
Delgado, Rafael (1995), *La Calandria*, prólogo de Salvador Cruz, México, Porrúa (Sepan Cuantos..., 154), 13a. ed.
Díaz Covarrubias, Juan (1959), *Obras completas*, 2 vols., edición, estudio preliminar y notas de Clementina Díaz y de Ovando, México, UNAM.
——— (2000), *El diablo en México*, presentación de Adriana Sandoval, México, Conaculta (Clásicos para Hoy, 42).
Dumas, Alejandro (2002), *El conde de Montecristo*, Madrid, Debate.
El Año Nuevo, 1837-1840. Presente amistoso (1994-1996), 4 vols., estu-

dio preliminar de Fernando Tola de Habich, México, UNAM (Al Siglo XIX. Ida y Regreso), edición facsimilar.
El Año Nuevo. Periódico semanario de literatura, ciencias y variedades (1865), México, Imprenta de Juan Abadiano.
El Iris, periódico crítico y literario por Linati, Galli y Heredia (1988), 2 vols., introducción de María del Carmen Ruiz Castañeda, índice de Luis Mario Schneider, México, UNAM, edición facsimilar, 2a. ed.
El Recreo de las Familias (1992), edición y estudio preliminar de María del Carmen Ruiz Castañeda, índices de Sergio Márquez, México, UNAM, edición facsimilar.
El Renacimiento, periódico literario, México, 1869 (1993), 2 tomos en un volumen, presentación de Huberto Batis, México, UNAM, edición facsimilar.
Escriche, Joaquín (1993), *Diccionario razonado de legislación civil, penal, comercial y forense con citas del derecho, notas y adiciones por el licenciado Juan Rodríguez de San Miguel*, edición y estudio introductorio de María del Refugio González, México, UNAM.
Fernández de Lizardi, José Joaquín (1970), *El Periquillo Sarniento*, introducción de Jefferson Rea Spell, México, Porrúa (Sepan Cuantos..., 1).
——— (1975), *Constitución política de una república imaginaria*, México, Partido Revolucionario Institucional (Materiales de Cultura y Divulgación Política Mexicana, 9).
Fossey, Mathieu de (1994), *Viaje a México*, prólogo de José Ortiz Monasterio, México, Conaculta (Mirada Viajera).
Fourier, Charles (1989), *El nuevo mundo industrial y societario*, prólogo de Michel Butor, México, FCE.
Fuentes, Carlos (1962), *La muerte de Artemio Cruz*, México, FCE (Colección Popular, 34).
Goethe, Johann Wolfang von (1999), *Fausto*, edición de Manuel José González y Miguel Ángel Vega, Madrid, Cátedra (Letras Universales, 77).
——— (2000), *Las afinidades electivas*, edición de Manuel José González y Marisa Barreno, Madrid, Cátedra (Letras Universales, 280).
Heredia, José María (1974), *Poesías completas*, estudio preliminar de Raimundo Lazo, México, Porrúa (Sepan Cuantos..., 271).
——— (2002), *Jicotencatl*, estudio preliminar, edición y notas de Alejandro González Acosta, México, UNAM (Al Siglo XIX. Ida y Regreso).
Hugo, Victor (2000), *Los miserables*, Madrid, Jorge A. Mestas.

Inclán, Luis G. (1998), *Astucia. El jefe de los hermanos de la hoja o los charros contrabandistas de la rama. Novela histórica de costumbres mexicanas con episodios originales*, prólogo de Salvador Novo, México, Porrúa (Sepan Cuantos..., 63), 9a. ed.

Johann Moritz Rugendas in Mexiko. Ein Maler aus dem Umkreis von Alexander von Humboldt (1992), Berlín, Ibero-Amerikanisches Institut zu Berlin.

Linati, Claudio (1993), *Acuarelas y litografías*, prólogo de José N. Iturriaga de la Fuente, México, Inversora Bursátil.

Mateos, Juan A. (1976), *El Cerro de las Campanas. Memorias de un guerrillero*, prólogo de Clementina Díaz y de Ovando, México, Porrúa (Sepan Cuantos..., 193).

Michelet, Jules (1991), *El pueblo*, México, FCE/UNAM (Colección Popular, 445).

Miranda Cárabes, Celia (comp.) (1985), *La novela corta en el primer romanticismo mexicano*, México, UNAM.

Nación de imágenes. Litografía mexicana del siglo XIX (1994), México, Museo Nacional de Arte.

Nájera Corvera, René (comp.) (1986), *La Isla de Saucheofú. Fernández de Lizardi, educador*, México, SEP/El Caballito (Biblioteca Pedagógica).

Novalis [Friedrich von Hardenberg] (1998), *Himnos a la noche, Enrique de Ofterdingen*, edición y traducción de Eustaquio Barjau, Madrid, Cátedra (Letras Universales, 166).

Padura, Leonardo (2002), *La novela de mi vida*, Barcelona, Tusquets (Colección Andanzas, 470).

Payno, Manuel (1997), *Crónicas de viaje. Memorias e impresiones de un viaje a Inglaterra y Escocia*, 2 vols., presentación y coordinación de Boris Rosen Jélomer, México, Conaculta (Obras Completas, II).

——— (2000a), *El fistol del diablo*, 2 vols., prólogo de Aurelio de los Reyes, presentación y coordinación de Boris Rosen Jélomer, México, Conaculta (Obras Completas, VI-VII).

——— (2000b), *Los bandidos de Río Frío*, 2 vols., edición de Manuel Sol, prólogo de Margo Glantz, coordinación de Boris Rosen Jélomer, México, Conaculta (Obras Completas, IX-X).

——— (2001), *Compendio de historia de México. Historia nacional*, prólogo de Nicolás Cárdenas, compilación, presentación y notas de Boris Rosen Jélomer, México, Conaculta (Obras Completas, XII).

——— (2003), *Escritos literarios*, 2 vols., prólogo de Adriana Sandoval,

compilación y notas de Boris Rosen Jélomer, México, Conaculta (Obras Completas, XIII-XIV).
Pizarro, Nicolás (1851), *Catecismo político del pueblo*, edición de Leandro J. Valdés, México, Imprenta de Juan R. Navarro, 2a. ed.
——— (1861), *El monedero*, México, Imprenta de Nicolás Pizarro.
——— (1868a), *Catecismo de moral*, México, Imprenta de J. Fuentes y Compañía.
——— (1868b), "La zahorí", *El Semanario Ilustrado*, 7 de agosto-20 de noviembre.
——— (1872), *Leyendas y fábulas para los niños*, México, Imprenta de Castañeda y Rodríguez.
——— (1879), *Libro espírita para niños y adultos de la primera enseñanza*, México, Imprenta de José N. Sandoval.
——— (1982), *La coqueta*, México, Publicaciones y Bibliotecas Cultura-SEP/Premiá (La Matraca, 9).
——— (en prensa), *Obras*, 3 vols., edición, estudio preliminar y notas de Carlos Illades y Adriana Sandoval, recopilación de María Esther Reyes Duarte, México, UNAM (Nueva Biblioteca Mexicana).
Prieto, Guillermo (1985), "El marqués de Valero", en Miranda Cárabes (comp.), pp. 171-183.
——— (1994), *Poesía popular, poesía patriótica*, compilación y notas de Boris Rosen Jélomer, México, Conaculta (Obras Completas, XIII).
——— (1997), *Periodismo político y social 5*, compilación y notas de Boris Rosen Jélomer, México, Conaculta (Obras Completas, XXV).
——— (1999), *Lecciones de historia patria*, prólogo de Ernesto de la Torre Villar, compilación y notas de Boris Rosen Jélomer, México, Conaculta (Obras Completas, XXVIII).
Rabasa, Emilio (2000), *La bola*, prólogo de Carlos Monsiváis, México, Océano.
Ramírez, Ignacio (1952), *Obras*, 2 vols., nota biográfica de Ignacio Manuel Altamirano, México, Editorial Nacional.
Rhodakanaty, Plotino C. (1998), *Obras*, edición, prólogo y notas de Carlos Illades, recopilación de María Esther Reyes Duarte, México, UNAM (Al Siglo XIX. Ida y Regreso).
——— y Juan de Mata Rivera (2001), *Pensamiento socialista del siglo XIX*, edición, prólogo y notas de Carlos Illades, recopilación de María Esther Reyes Duarte, México, UNAM (Lecturas Universitarias, 44).
Riva Palacio, Vicente (1997a), *Martín Garatuza (memorias de la Inquisición)*, prólogo de Leticia Algaba, coordinación de José Ortiz Mo-

nasterio, México, Conaculta/UNAM/Instituto Mexiquense de la Cultura/Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora (Obras Escogidas, V), 3a. ed.
———— (1997b), *Calvario y Tabor (novela histórica y de costumbres)*, prólogo de Vicente Quirarte, coordinación de José Ortiz Monasterio, México, Conaculta/UNAM/Instituto Mexiquense de la Cultura/Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora (Obras Escogidas, VI), 3a. ed.
———— (2001), *Monja y casada, virgen y mártir*, prólogo de Carlos Monsiváis, México, Océano.
Roa Bárcena, José María (1971), *Recuerdos de la invasión norteamericana (1846-1848) por un joven de entonces*, 3 vols., edición y prólogo de Antonio Castro Leal, México, Porrúa (Colección de Escritores Mexicanos).
———— (1979), "Lanchitas", en *Dos siglos de cuento mexicano XIX y XX*, introducción, selección y notas de Jaime Erasto Cortés, México, Promexa, pp. 41-50.
———— (1984), *La quinta modelo*, México, SEP/Premiá (La Matraca, 2a. serie, 5).
Robles, Pedro (1991), *Los plateados de Tierra Caliente*, en *La novela de aventuras*, presentación de José Emilio Pacheco, México, Promexa, 2a. ed., pp. 773-898.
Rodríguez Galván, Ignacio (1994), *Obras*, 2 vols., prólogo y apéndices de Fernando Tola de Habich, México, UNAM (Al Siglo XIX. Ida y Regreso), edición facsimilar.
Rugendas, Johann Moritz (1979), *Viagem pitoresca através do Brasil*, São Paulo, Universidad de Sao Paulo.
Sade, Marqués de [Donaciano] (1969), *Eugenia de Franval. Historia trágica*, Buenos Aires, Quintaira.
Sartorius, Carl Christian (1990), *México hacia 1850*, estudio preliminar, revisión y notas de Brígida von Mentz, México, Conaculta (Cien de México).
Sue, Eugenio, (1987), *Los misterios de París*, 2 vols., México, Porrúa (Sepan Cuantos..., 525).
Ward, Henry George (1985), *México en 1827* [selección], México, FCE/SEP (Lecturas Mexicanas, 73), 3a. ed.
Zarco, Francisco (1980), *Escritos literarios*, selección, prólogo y notas de René Avilés, México, Porrúa (Sepan Cuantos..., 90), 2a. ed.
———— (1985), "La ocasión hace al ladrón", en Miranda Cárabes (comp.), pp. 357-372.

Fuentes secundarias

Acevedo, Esther (1994), *Una historia en quinientas caricaturas. Constantino Escalante en La Orquesta*, México, INAH.

——— (coord.) (2001), *Hacia otra historia del arte en México. De la estructuración colonial a la exigencia nacional (1780-1860)*, México, Conaculta (Arte e Imagen).

——— (2001), "Los símbolos de la nación en debate (1800-1847)", en Acevedo (coord.), pp. 63-81.

——— y otros (2000), *Los pinceles de la historia. De la patria criolla a la nación mexicana*, México, Munal.

Agostoni, Claudia y Elisa Speckman (eds.) (2001), *Modernidad, tradición y alteridad. La ciudad de México en el cambio de siglo (XIX-XX)*, México, UNAM (Serie Historia Moderna y Contemporánea, 37).

Aguilar Camín, Héctor y otros (1989), *En torno a la cultura nacional*, México, Instituto Nacional Indigenista/Conaculta (Presencias, 14), 2a. ed.

Aguilar Ochoa, Arturo (1996), *La fotografía durante el imperio de Maximiliano*, México, UNAM.

Alegría de la Colina, Margarita (2001), "*El Año Nuevo. Presente amistoso* y *El Recreo de las Familias*", en Suárez de la Torre (coord.), pp. 537-551.

Álvarez Junco, José (2001), *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus.

Anderson, Benedict (1993), *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo*, México, FCE (Colección Popular, 498).

Anderson, Perry (1998), *Campos de batalla*, Barcelona, Anagrama (Argumentos, 202).

——— (2002), "Internacionalismo, un breviario", *New Left Review*, núm. 14, pp. 5-24 [edición castellana].

Annino, Antonio (1997), "Ciudadanía 'versus' gobernabilidad republicana en México. Los orígenes de un dilema", en Sabato (coord.), pp. 62-93.

Araújo, Nara (1998), *Visión romántica del otro. Estudio comparativo de Atala y Cumandá, Bug-Jargal y Sab*, México, UAM (Texto y Contexto, 28).

Arte en tiempos de Goethe (2000), México, Instituto Goethe/Conaculta/Américo Arte.

Baczko, Bronislaw (1997), "El revolucionario", en Furet y otros, pp. 273-319.

Barajas, Rafael [*El Fisgón*] (2000), *La historia de un país en caricatura. Caricatura mexicana de combate, 1829-1872*, México, Conaculta.

Bartra, Roger (1996), *La jaula de la melancolía. Identidad y metamorfosis del mexicano*, México, Grijalbo, 2a. ed.

——— (1997), *El salvaje artificial*, México, ERA/UNAM.

Béguin, Albert (1986), *Creación y destino*, 2 vols., selección y notas de Pierre Grotzer, México, FCE.

Belaval, Yvon (dir.) (1992), *Historia de la filosofía*, 11 vols., México, Siglo XXI, 12a. ed.

Bénichou, Paul (1981), *La coronación del escritor, 1750-1830. Ensayo sobre el advenimiento de un poder espiritual laico en la Francia moderna*, México, FCE.

——— (1984), *El tiempo de los profetas. Doctrinas de la época romántica*, México, FCE.

Berlin, Isaiah (1983), *Contra la corriente. Ensayo sobre la historia de las ideas*, introducción de Roger Hausheer, compilación de Henry Hardy, México, FCE.

——— (1998), *El fuste torcido de la humanidad. Capítulos de historia de las ideas*, prólogo de Salvador Giner, edición de Henry Hardy, Barcelona, Península (Historia, Ciencia, Sociedad, 229).

——— (2000), *Las raíces del romanticismo*, edición de Henry Hardy, Madrid, Taurus.

Berman, Marshall (1989), *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, México, Siglo XXI, 2a. ed.

Bermúdez, María Teresa (1988), "Las leyes, los libros de texto y la lectura, 1857-1876", en Gonzalbo y otros, pp. 127-152.

Bernecker, Walther L. (2003), "El mito de la riqueza mexicana. Alejandro de Humboldt, del analista al propagandista", en Holl y otros, pp. 95-101.

Bethell, Leslie (ed.) (1992), *México, América Central y el Caribe, c. 1870-1910*, Barcelona, Cambridge University Press/Crítica (Historia de América Latina, 9).

Bieber, León E. (2001), "Alejandro de Humboldt y el quehacer científico", *Signos Históricos*, núm. 5, pp. 177-193.

Bourdieu, Pierre (1995), *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*, Barcelona, Anagrama (Argumentos, 167).

Brading, David (1985), *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, México, ERA.

Brooks, Peter (1976), *The Melodramatic Imagination*, New Haven-Londres, Yale University Press.
Burke, Peter (1991), *La cultura popular en la Europa moderna*, Madrid, Alianza (Alianza Universidad, 664).
Carballo, Emmanuel (2001), *Diccionario crítico de las letras mexicanas en el siglo XIX*, México, Océano/Conaculta.
Carilla, Emilio (1975), *El romanticismo en la América hispánica*, 2 vols., Madrid, Gredos (Biblioteca Románica Hispánica, II. Estudios y Ensayos, 40), 3a. ed., revisada y ampliada.
Carmagnani, Marcello y Alicia Hernández Chávez (1999), "La ciudadanía orgánica mexicana, 1850-1910", en Sabato (coord.), pp. 371-404.
Cassirer, Ernst (1997), *La filosofía de la Ilustración*, traducción de Eugenio Ímaz, México, FCE, 3a. ed.
Chartier, Roger (2000), *Entre poder y placer. Cultura escrita y literatura en la Edad Moderna*, Madrid, Cátedra.
Clark, Kenneth (1990), *La rebelión romántica*, Madrid, Alianza (Alianza Forma, 93).
Claps Arenas, María Eugenia (2001), "*El Iris*. Periódico crítico y literario", *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, núm. 21, pp. 5-29.
Cole, George Douglas Howard (1980), *Historia del pensamiento socialista, I. Los precursores, 1789-1850*, México, FCE.
Covarrubias, José E. (1996), "De Fossey y Sartorius en la tierra de la nostalgia", *Artes de México*, núm. 31, pp. 48-55.
Covo, Jacqueline (1983), *Las ideas de la Reforma en México (1855-1861)*, México, UNAM.
Darnton, Robert (1968), *Mesmerim and the End of the Enlightenment in France*, Cambridge, Mass.-Londres, Harvard University Press.
——— (1987), *La gran matanza de gatos y otros episodios de la historia de la cultura francesa*, México, FCE.
Deprun, Jean (1992a), "Filosofías y problemática de las Luces", en Belaval (dir.), vol. 6, pp. 281-312.
——— (1992b), "Las Anti-Luces", en Belaval (dir.), vol. 6, pp. 337-350.
Desroche, Henri (1975), *La société festive. Du fouriérisme écrit aux fouriérismes pratiqués*, París, Seuil.
Diener, Pablo (1996), "Rugendas y sus compañeros de viaje", *Artes de México*, núm. 31, pp. 26-39.
Dill, Hans-Otto y otros (eds.) (1994), *Apropiaciones de realidad en la*

novela hispanoamericana de los siglos XIX y XX, Frankfurt/Madrid, Iberoamericana (Historia y Crítica de la Literatura, 3).
Echeverría, Bolívar (1998), *Valor de uso y utopía*, México, Siglo XXI.
Echeverría, Esteban (1999), *El matadero, La Cautiva*, edición de Leonor Fleming, Madrid, Cátedra (Letras Hispánicas, 251).
Espinosa Spínola, Gloria (2001), "El retrato femenino en México durante el siglo XIX", *Tiempos de América*, núm. 8, pp. 107-120.
Ette, Ottmar (2001a), *Literatura de viaje de Humboldt a Baudrillard*, México, UNAM/Servicio Alemán de Intercambio Académico.
——— (2001b), "Un espíritu de inquietud moral: *Humboldtian writing*, Alexander von Humboldt y la escritura en la modernidad", en Zea y Taboada (comps.), pp. 26-50.
——— (2003), "Europa como movimiento. Sobre la construcción literaria de un asunto fascinante", en Leyva (coord.), pp. 319-362.
Evans, David Owen (1951), *Social Romanticism in France, 1830-1848*, Oxford, Oxford University Press.
Ezcurdia, Manuel de (1997), "Modernidad de Cuéllar", en Glantz (coord.), pp. 59-68.
Febvre, Lucien (1999), *Honor y patria*, prefacio de Charles Morazé, edición y notas de Thérèse Charmasson y Brigitte Mazon, México, Siglo XXI.
Fernández, Justino (1967), *El arte del siglo XIX en México*, México, UNAM.
Fernández Hernández, Silvia (2001), "La transición del diseño gráfico colonial al diseño gráfico moderno en México (1777-1850)", en Suárez de la Torre (coord.), pp. 15-26.
Florescano, Enrique (1998), *La bandera mexicana. Breve historia de su formación y simbolismo*, México, FCE (Colección Popular, 551).
——— (2002), *Historia de las historias de la nación mexicana*, México, Taurus.
Forster-Hahn, Françoise y otros (2001), *Spirit o fan Age. Nineteenth-Century Paintings from The Nationalgalerie, Berlin*, Londres, National Gallery.
Freud, Sigmund (1970), *El malestar en la cultura*, Madrid, Alianza (El Libro de Bolsillo, 280).
——— (1999), *Tótem y tabú*, Madrid, Alianza (Biblioteca de Autor, 626).
Fritsche Aceves, Ernesto (2001), "Los Niños Héroes o el olvido", *Nexos*, núm. 285, pp. 78-80.
Furet, François y otros (1997), *El hombre romántico*, Madrid, Alianza.
Galí Boadella, Monserrat (2002a), *Historias del bello sexo. La introducción del romanticismo en México*, México, UNAM.

——— (2002b), "La introducción del romanticismo en México", en Von Kügelgen (ed.), pp. 403-436.
García Cantú, Gastón (1974), *El socialismo en México (siglo XIX)*, México, ERA, 2a. ed.
Gay, Peter (2002), *Schnitzler y su tiempo. Retrato cultural de la Viena del siglo XIX*, Barcelona, Paidós.
Geli, Patricio Andrés (2003), "Mirarse en la periferia. Imágenes de América Latina en la prensa socialista europea en tiempos de la II Internacional", tesis doctoral, Leiden, Universidad de Leiden.
Gellner, Ernest (1991), *Naciones y nacionalismo*, México, Conaculta/Alianza (Los Noventa, 53).
Giron, Nicole (1989), "La idea de 'cultura nacional' en el siglo XIX, Altamirano y Ramírez", en Aguilar Camín y otros, pp. 51-83.
——— (1996), "Ignacio Manuel Altamirano y Vicente Riva Palacio, una amistad con fondo de parentesco tixtleco", *Secuencia*, núm. 35, pp. 7-22.
——— (2001), "El entorno editorial de los grandes empresarios culturales, impresores chicos y no tan chicos en la ciudad de México", en Suárez de la Torre (coord.), pp. 51-64.
Glantz, Margo (coord.) (1997), *Del Fistol a la Linterna. Homenaje a José Tomás de Cuéllar y Manuel Payno en el centenario de su muerte*, México, UNAM (Al Siglo XIX. Ida y Regreso).
——— (1997), "Huérfanos y bandidos, *Los bandidos de Río Frío*", en Glantz (coord.), pp. 221-240.
González Casanova, Pablo (1987), *Un utopista mexicano*, México, SEP (Lecturas Mexicanas, 2a. serie, 95).
González Peña, Carlos (1928), *Historia de la literatura mexicana*, México, Porrúa.
Gramsci, Antonio (1967), *La formación de los intelectuales*, México, Grijalbo (Colección Setenta, 2).
Guerra, François-Xavier (1988), *México, del Antiguo Régimen a la Revolución*, 2 vols., México, FCE.
———, Annick Lempérière y otros (1998), *Los espacios públicos en Iberoamérica. Ambigüedades y problemas. Siglos XVIII-XIX*, México, FCE/Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos.
Hale, Charles (1991), *La transformación del liberalismo en México a finales del siglo XIX*, México, Vuelta.
Halperin Donghi, Julio (1987), *El espejo de la historia. Problemas argentinos y perspectivas contemporáneas*, Buenos Aires, Sudamericana.

Hamnet, Brian (2001), "Imagen, método, trascendencia", *Letras Libres*, vol. III, núm. 29, pp. 12-18.
Hart, John Mason (1980), *El anarquismo y la clase obrera mexicana (1860-1931)*, México, Siglo XXI.
Hobsbawm, Eric J. (1976), *Bandidos*, Barcelona, Ariel (Ariel Quincenal, 118).
——— (1987), *El mundo del trabajo. Estudios históricos sobre la formación y evolución de la clase trabajadora*, Barcelona, Crítica.
——— (1991), *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Barcelona, Crítica.
——— (1997), *Sobre la historia*, Barcelona, Crítica.
——— (1999), *Gente poco corriente. Resistencia, rebelión y jazz*, Barcelona, Crítica.
——— (2002), "Introducción. La invención de la tradición", en Hobsbawm y Ranger (eds.), pp. 7-21.
——— y Terence Ranger (eds.) (2002), *La invención de la tradición*, Barcelona, Crítica.
Holl, Frank y otros (2003), *Alejandro de Humboldt. Una nueva visión del mundo*, México, UNAM/Conaculta/Gobierno del Distrito Federal.
Honour, Hugh (1981), *El romanticismo*, Madrid, Alianza (Alianza Forma, 20).
Hume, David (1990), *Disertación sobre las pasiones y otros ensayos morales*, introducción, traducción y notas de José Luis Tasset Carmona, Barcelona, Anthropos/Centro de Publicaciones del Ministerio de Educación y Ciencia (Textos y Documentos, 5).
——— (2002), *Del suicidio, de la inmortalidad del alma*, edición, traducción, introducción y notas de Rafael Muñoz Saldaña, México, Océano.
Illades, Carlos (1996), *Hacia la república del trabajo. La organización artesanal en la ciudad de México, 1853-1876*, México, El Colegio de México/Universidad Autónoma Metropolitana (Ciencias Sociales y Humanidades).
——— (2001), *Estudios sobre el artesanado urbano del siglo XIX*, México, Miguel Ángel Porrúa/UAM (Biblioteca de Signos, 15), 2a. ed. revisada y aumentada.
——— (2002), *Rhodakanaty y la formación del pensamiento socialista en México*, Barcelona, Anthropos/UAM (Pensamiento Crítico/Pensamiento Utópico, 127).
——— y Adriana Sandoval (2000), *Espacio social y representación*

literaria en el siglo XIX, México, Plaza y Valdés/UAM (Ciencias Sociales y Humanidades).
——— y Ariel Rodríguez Kuri (2001), *Ciencia, filosofía y sociedad en cinco intelectuales del México liberal*, México, Miguel Ángel Porrúa/UAM (Biblioteca de Signos, 9).
Im Hof, Ulrich (1993), *La Europa de la Ilustración*, Barcelona, Crítica.
Jiménez Rueda, Julio (1989), *Letras mexicanas en el siglo* XIX, México, FCE (Colección Popular, 413).
Joseph, Gilbert M. y Daniel Nugent (comps.) (2002), *Aspectos cotidianos de la formación del Estado*, México, ERA.
——— (2002), "Cultura popular y formación del Estado en el México revolucionario", en Joseph y Nugent (comps.), pp. 31-52.
Katz, Friedrich (1992), "México, la restauración de la república y el porfiriato, 1867-1910", en Bethell (ed.), pp. 13-77.
Knight, Alan (2003), "El nacionalismo mexicano, de Hidalgo a Cárdenas", ponencia leída en el encuentro académico "El nacionalismo mexicano ayer y hoy", México, Secretaría de Cultura del Gobierno del Distrito Federal/UAM, 10-12 de septiembre de 2003.
Lameiras, José (1995), "Tres relatos, tres interpretaciones y un asunto, la identidad popular en Payno, Altamirano y López Portillo y Rojas", en Seneff y Lameiras (eds.), pp. 91-126.
Lazo, Raimundo (1992), *El romanticismo. Lo romántico en la lírica hispanoamericana del siglo* XVI *a 1970*, México, Porrúa (Sepan Cuantos..., 184), 3a. ed.
Leonardini, Nanda (1999), *Santiago Rebull*, México, Conaculta (Círculo de Arte).
Leyva, Gustavo (coord.) (2003), *Política, identidad y narración*, México, Miguel Ángel Porrúa/UAM (Biblioteca de Signos, 26).
Lida, Clara E. (1997), "¿Qué son las clases populares? Los modelos europeos frente al caso español en el siglo XIX", *Historia Social*, núm. 27, pp. 3-21.
——— (comp.) (1999), *España y el imperio de Maximiliano*, México, El Colegio de México.
Lloréns, Vicente (1989), *El romanticismo español*, Madrid, Castalia, 2a. ed. corregida y aumentada.
Lombardo García, Irma (1989), "Ignacio Cumplido, un empresario nacionalista", *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas*, 2a. época, núm. 3, pp. 9-41.

Lomnitz-Adler, Claudio (1995), *Las salidas del laberinto. Cultura e ideología en el espacio nacional mexicano*, México, Joaquín Mortiz.
Martínez, José Luis (1984), *La expresión nacional*, México, Oasis (Biblioteca de las Decisiones, 7).
Marx, Karl y Friedrich Engels (1974), *La ideología alemana*, México, Ediciones de Cultura Popular.
Matute Aguirre, Álvaro (1991), "Notas sobre la historiografía positivista mexicana", *Secuencia*, núm. 21, pp. 49-64.
——— (1999), *Pensamiento historiográfico mexicano del siglo XX. La desintegración del positivismo (1911-1935)*, México, FCE/UNAM.
Mayer-Minnemann, Klaus (1994), "Apropiaciones de realidad en las novelas de José Joaquín Fernández de Lizardi", en Dill y otros (eds.), pp. 47-61.
Maza, Francisco de la (1959), "Escultura romántica", *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, vol. VII, núm. 28, pp. 47-51.
McLean, Malcolm (1998), *Vida y obra de Guillermo Prieto*, México, Conaculta/El Colegio de México, 2a. ed.
Millán, María del Carmen (1957), "Dos utopías", *Historia Mexicana*, VII(2), núm. 26, pp. 187-206.
Miliani, Domingo (1963), "Utopian Socialism, transitional thread from Romanticism to Positivism in Spanish America", *Jounrnal of the History of Ideas*, vol. XXIV, núm. 4, pp. 523-538.
Monsiváis, Carlos (1997), "Manuel Payno, México, novela de folletín", en Glantz (coord.), pp. 241-252.
——— (2000), *Las herencias ocultas del pensamiento liberal del siglo XIX*, presentación de Elba Esther Gordillo, México, Instituto de Estudios Educativos y Sindicales de América.
Mora, Pablo (1997), "Los lazos nacionales y la vía de la tinta de Manuel Payno, revistas literarias de la primera mitad del siglo XIX", en Glantz (coord.), pp. 193-200.
——— (2001), "Cultura letrada y regeneración nacional a partir de 1836", en Suárez de la Torre (coord.), pp. 385-393.
Moreno Gamboa, Olivia (2002), "Una cultura en movimiento, la prensa musical de la ciudad de México (1866-1910)", tesis de licenciatura en historia, México, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.
Morgan, Prys (2002), "*From a Death to a View*, la caza del pasado galés en el periodo romántico", en Hobsbawm y Ranger (eds.), pp. 49-106.
Muchembled, Robert (2002), *Historia del diablo. Siglos XII-XX*, México, FCE.

Muschg, Walter (1965), *Historia trágica de la literatura*, México, FCE.
Olea Franco, Rafael (ed.) (2001), *Literatura mexicana del otro fin de siglo*, México, El Colegio de México.
Ortega Noriega, Sergio (1978), *El Edén subvertido. La colonización de Topolobampo, 1886-1896*, México, INAH (Serie Historia).
Ortiz Monasterio, José (1994), *Historia y ficción. Los dramas y novelas de Vicente Riva Palacio*, México, Universidad Iberoamericana/Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.
Oseguera de Chávez, Lydia (1990), *Historia de la literatura mexicana. Siglo XIX*, México, Alhambra Mexicana.
Oviedo, José Miguel (1997), *Historia de la literatura hispanoamericana. 2. Del romanticismo al modernismo*, Madrid, Alianza (Alianza Universidad Textos, 163).
Pacheco, José Emilio y Andrés Reséndez (1997), *Crónica del 47*, México, Clío.
Palti, Elías José (2001), *Aporías. Tiempo, modernidad, historia, sujeto, nación, ley*, Buenos Aires, Alianza (Alianza Estudio, 47).
Pani, Erika (1999), "Cultura nacional, canon español", en Lida (comp.), pp. 215-260.
Pascal, Blaise (2001), *Discurso acerca de las pasiones del amor (1652-1653)*, traducción y prefacio de Raúl Falcó, México, UAM (Mascarón, 3).
Paz, Alfredo de (1992), *La revolución romántica. Poéticas, estéticas, ideologías*, Madrid, Tecnos.
Paz, Octavio (1999), *El laberinto de la soledad, Posdata, Vuelta a El laberinto de la soledad*, México, FCE (Colección Popular, 471).
Perales Ojeda, Alicia (2000), *Las asociaciones literarias mexicanas*, México, UNAM (Al Siglo XIX. Ida y Regreso), 2a. ed. revisada y aumentada.
Pérez Montfort, Ricardo (2000), *Avatares del nacionalismo cultural*, México, Centro de Investigaciones y de Estudios Superiores en Antropología Social/Centro de Investigación y Docencia en Humanidades del Estado de Morelos.
——— (coord.) (1997), *Hábitos, normas y escándalo. Prensa, criminalidad y drogas durante el porfiriato tardío*, México, Plaza y Valdés/Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.
Pérez Vejo, Tomás (2001), "La invención de una nación, la imagen de México en la prensa ilustrada de la primera mitad del siglo XIX", en Suárez de la Torre (coord.), pp. 395-408.

Picard, Roger (1947), *El romanticismo social*, México, FCE.
Piccato, Pablo (1997), " 'Es inútil cerrar los ojos'. El discurso sobre la criminalidad y el alcoholismo hacia el fin del porfiriato", en Pérez Montfort (coord.), pp. 35-142.
Pichardo Hernández, Hugo (2001), "La Comisión Científica Francesa y sus exploraciones en territorio insular mexicano, 1864-1867", *Política y Cultura*, núm. 16, pp. 125-142.
Praz, Mario (1969), *La carne, la muerte y el diablo en la literatura romántica*, Caracas, Monte Ávila.
Prendes, Manuel (2003), *La novela naturalista hispanoamericana. Evolución y direcciones de un proceso narrativo*, Madrid, Cátedra.
Ramírez, Fausto (2000), "La 'restauración' fallida, la pintura de historia y el proyecto político de los conservadores en el México de mediados del siglo XIX", en Acevedo y otros, pp. 204-229.
——— (2000), "La historia disputada de los orígenes de la nación y sus recreaciones pictóricas a mediados del siglo XIX", en Acevedo y otros, pp. 230-253.
Reyes, Aurelio de los (1997), "Precisiones sobre *El fistol del diablo* de Manuel Payno", en Glantz (coord.), pp. 185-192.
Reyna, María del Carmen (2001), "Impresores y libreros extranjeros en la ciudad de México, 1821-1853", en Suárez de la Torre (coord.), pp. 259-271.
Rodríguez, Blanca (2001), "La crítica del Conde de la Cortina a *El Año Nuevo* de 1837", en Suárez de la Torre (coord.), pp. 625-635.
Rodríguez, Delfín (1996), *Del neoclacisimo al realismo*, Madrid, Ediproyectos Europeos (Historia, 16).
Rodríguez Prampolini, Ida (1997), *La crítica de arte en México en el siglo XIX*, 3 vols., México, UNAM, 2a. ed.
Rosado, Juan Antonio (2001), *Bandidos, héroes y corruptos o nunca es bueno robar una miseria...*, México, Coyoacán (Diálogo Abierto, 105).
Rousseau, Juan Jacobo (1992), *Contrato social*, México, Espasa-Calpe Mexicana (Austral, 1445).
Ruedas de la Serna, Jorge (1985), "La novela corta de la Academia de Letrán", en Miranda Cárabes (comp.), pp. 53-71.
Ruiz Castañeda, María del Carmen (1987), *Revistas literarias mexicanas del siglo XIX*, México, UNAM (Deslinde, 175).
——— (2001), "*El Mosaico Mexicano, o colección de amenidades curiosas e instructivas*", en Suárez de la Torre (coord.), pp. 529-536.
Sabato, Hilda (coord.) (1999), *Ciudadanía política y formación de las*

naciones. Perspectivas históricas de América Latina, México, FCE/ El Colegio de México/Fideicomiso para la Historia de las Américas.
Said, Edward W. (1996), *Cultura e imperialismo*, Barcelona, Anagrama (Argumentos, 187).
——— (2002), *Orientalismo*, Barcelona, Debate.
Sánchez, Evelyne y Gabriela Dalla Corte (2000), "Carrera de méritos y representaciones sociales en América Latina. Un ensayo comparativo para la primera mitad del siglo XIX", *Tiempos de América*, núm. 7, pp. 41-57.
Sánchez Alonso, Magdalena (2001), "Una empresa educativa y cultural de Ignacio Cumplido, *El Museo Mexicano* (1843-1846)", en Suárez de la Torre (coord.), pp. 553-560.
Sánchez de Tagle, Esteban (2000), "1847. Un protectorado americano para la ciudad de México", *Relaciones*, núm. 84, pp. 59-94.
Sandoval, Adriana (1999), *A cien años de La Calandria*, Jalapa, Universidad Veracruzana (Biblioteca Universidad Veracruzana).
Schneider, Luis Mario (1988), "*El Iris*, primera revista literaria del México independiente", *El Iris*, vol. I, pp. xxv-lxiii.
Semo, Enrique (1981), *Historia mexicana. Economía y lucha de clases*, México, ERA (Serie Popular, 66), 2a. ed.
Seneff, Andrew Roth y José Lameiras (eds.) (1995), *El verbo popular. Discurso e identidad en la cultura mexicana*, Zamora, El Colegio de Michoacán/Universidad ITESO.
Sims, Harold Dana (1984), *La reconquista de México. La historia de los atentados españoles, 1821-1830*, México, FCE.
Sol, Manuel (2001), "El habla en *Astucia*, de Luis G. Inclán", en Olea Franco (ed.), pp. 187-193.
Solares Robles, Laura (2001), "Prosperidad y quiebra. Una vivencia constante en la vida de Mariano Galván Rivera", en Suárez de la Torre (coord.), pp. 109-121.
Speckman, Elisa (2001), "Las tablas de la ley en la era de la modernidad. Normas y valores en la legislación porfiriana", en Agostoni y Speckman (eds.), pp. 241-270.
Stepánek, Pavel (1971), "Pinturas de José María Velasco y Santiago Rebull en Praga", *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, vol. X, núm. 40, pp. 113-117.
Suárez Molina, María Teresa (2000), "La Plaza mayor de México", en Acevedo y otros, pp. 104-113.
Suárez de la Torre, Laura Beatriz (coord.) (2001), *Empresa y cultura en*

tinta y papel (1800-1860), edición de Miguel Ángel Castro, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora/UNAM.
Tapia Chávez, Dulce Regina (2004), "La nación romántica. Naturaleza e historia a través de las revistas literarias en México, 1836-1846", tesis de licenciatura en historia, México, Instituto Cultural Helénico.
Tenorio-Trillo, Mauricio (1996), *Mexico at the World's Faires. Crafting a Modern Nation*, Berkeley, University of California Press.
Terán, Óscar (2000), *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la "cultura científica"*, Buenos Aires, FCE.
Thompson, Edward Palmer (2002), *Las peculiaridades de lo inglés y otros ensayos*, presentación de José Antonio Piqueras, Valencia, Centro Francisco Tomás y Valiente, UNED Alzira-Valencia/Fundación Instituto de Historia Social (Biblioteca Historia Social, 11).
Trabulse, Elías (1994), *Historia de la ciencia en México (versión abreviada)*, México, FCE/Conacyt.
Trejo, Evelia y Álvaro Matute Aguirre (1997), "Manuel Payno, de la historia inmediata a la perspectiva histórica", en Glanz (coord.), pp. 115-121.
Trevor-Roper, Hugh (2002), "La invención de la tradición, la tradición de las Highlands en Escocia", en Hobsbawm y Ranger (eds.), pp. 23-48.
Trotignon, Pierre (1990), "De Goethe a Schopenhauer", en Bleaval (dir.), vol. 8, pp. 17-27.
Valadés, José C. (1939), *Topolobampo, la metrópoli socialista de Occidente (Apuntes para la historia de la Ciudad de la Paz)*, México, FCE.
Vanderwood, Paul J. (1986), *Desorden y progreso. Bandidos, policías y desarrollo mexicano*, México, Siglo XXI.
——— (1994), "Los bandidos de Manuel Payno", *Historia Mexicana*, XLIV (I), núm. 173, pp. 107-139.
Vázquez, Josefina Zoraida (1960), "La historiografía romántica en México", *Historia Mexicana*, X(I), núm. 37, pp. 1-13.
——— (1997), "El aspecto educativo de don Manuel Payno", en Glantz (coord.), pp. 161-170.
——— (2000), *Nacionalismo y educación en México*, México, El Colegio de México, 2a. ed.
Verwiebe, Birgit (2000), "Clasicismo y romanticismo. Arte en tiempos de Goethe", *Arte*, pp. 23-42.
Viqueira Albán, Juan Pedro (1987), *¿Relajados o reprimidos? Diversio-*

nes públicas y vida social en la ciudad de México durante el Siglo de las Luces, México, FCE.
Von Kügelgen, Helga (ed.) (2002), *Herencias indígenas, tradiciones europeas y la mirada europea/Indigenes Erbe, europäische Traditionen und der europäische Blick*, Madrid-Frankfurt, Vervuert/Iberoamericana (Ars Iberica et Americana, 7).
Wesenberg, Angelika (2001), "Constructing and Reconstructing a Tradition. Twentieth-century Interpretations of the Development of Nineteenth-century German Art", en Forster-Hahn y otros, pp. 51-56.
Widdifield, Stacie (2001), "El indio re-tratado", en Acevedo (coord.), pp. 241-256.
——— (2001), "El impulso de Humboldt y la mirada extranjera sobre México", en Acevedo (coord.), pp. 257-271.
Williams, Raymond (1984), *Hacia el año 2000*, Barcelona, Crítica.
Wolf, Eric (1985), *Pueblos y culturas de Mesoamérica*, México, ERA, 9a. ed.
Zamoyski, Adam (1999), *Holly Madness. Romantics, patriots, and revolutionaries, 1776-1871*, Nueva York, Penguin Books.
Zavala, Iris M. (1972), *Románticos y socialistas. Prensa española del XIX*, Madrid, Siglo XXI.
Zea, Leopoldo (1949), *Dos etapas del pensamiento en Hispanoamérica. Del romanticismo al positivismo*, México, El Colegio de México.
——— y Hernán Taboada (comps.) (2001), *Humboldt y la modernidad*. México, FCE/Instituto Panamericano de Geografía e Historia (Tierra Firme, Latinoamérica Fin de Milenio, 16).